PHILIP REEVE

EL ORO DEL DEPREDADOR

MÁQUINAS MORTALES

Lectulandia

En un mundo que se está quedando sin recursos, la ingente ciudad de Londres intenta sobrevivir como puede.

Tom y Hester están en un vertedero helado esperando a la muerte tras un fallo en los motores de la Jenny Haniver. Pero, en el último momento, los dos darán con Anchorage, una ciudad de hielo que habría sucumbido tiempo atrás.

El oro del depredador es la segunda parte de una saga de cuatro novelas fantásticas escritas por Philip Reeve y que forma parte de la tetralogía «Máquinas mortales». La historia se sitúa en un mundo postapocalíptico donde las ciudades de la Tierra deambulan por el mundo sobre ruedas gigantescas, arrasando las unas con las otras, y en el que los recursos cada vez son más escasos. El protagonista de la novela es Tom Natsworthy, un huérfano londinense de 15 años del Gremio de Historiadores, que tratará de revelar un misterio que podría cambiar el orden del mundo.

Lectulandia

Philip Reeve

El oro del depredador

Máquinas mortales - 2

ePub r1.0
NoTanMalo 25.01.18

Título original: *Predator's Gold*
Philip Reeve, 2003
Traducción: Federico Eguíluz
Diseño de cubierta: David Buisan

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Sarah y Sam.

Primera parte

1

El helado norte

Freya se despertó temprano y se quedó aún un rato en la oscuridad sintiendo que su ciudad se estremecía y se balanceaba por debajo de ella mientras sus poderosos motores la propulsaban deslizándola a través del hielo. Adormilada, esperó a que vinieran los sirvientes para ayudarla a levantarse. Le llevó unos instantes recordar que todos estaban muertos.

Apartó la colcha, encendió la lámpara de argón y avanzó torpemente hacia el baño entre los polvorientos montones de ropa tirados en el suelo. Hacía ya varias semanas que había estado tratando de hacerse con el valor necesario para darse una ducha, pero, una vez más, esta mañana, los complicados controles del baño la derrotaron: no podía conseguir que el agua se calentase. Al final, acabó llenando el lavabo como siempre y echándose de golpe agua sobre el rostro y el cuello. Quedaba un trocito alargado de jabón, casi una astilla, que se aplicó al pelo y luego hundió la cabeza en el agua. Sus sirvientes hubieran utilizado champú, lociones, ungüentos, acondicionadores y todo tipo de bálsamos de olores agradables. Pero estaban todos muertos y aquella acumulación de frascos en el gabinete de la entrada del baño intimidaba a Freya. Frente a semejante diversidad para escoger, decidía no elegir ninguno.

Por fin había descubierto cómo vestirse. Recogió uno de sus arrugados vestidos del suelo, lo puso sobre la cama y se metió en él como en una madriguera: desde abajo, luchando dentro hasta conseguir llegar con los brazos y luego con la cabeza hasta las aberturas correctas. El largo chaleco guarnecido de piel que iba sobre el vestido era mucho más fácil de poner, pero tenía muchos problemas con los botones. Sus doncellas siempre le habían abrochado los botones con toda rapidez y facilidad, charlando y riendo ante el día que se presentaba, y nunca nunca abrochaban un botón en el ojal que no correspondía, pero estaban todas muertas.

Freya maldijo y peleó y manipuló su vestimenta con absoluta torpeza durante quince minutos y a continuación estudió el resultado en su espejo, cubierto de telarañas. «No está tan mal», pensó, considerando todos los aspectos de la situación. Quizá alguna joya contribuyera a darle un mejor aspecto. Pero cuando se dirigió a la habitación del joyero, se dio cuenta de que las mejores piezas habían desaparecido. Las cosas no dejaban de desaparecer en aquellos días. Freya no podía imaginarse dónde habrían ido a parar. De todas formas, qué más daba: no necesitaba una tiara sobre su pegajoso y jabonoso cabello ni un collar de ámbar y oro alrededor de su mugriento cuello. Mamá no hubiera aprobado que fuera vista sin joyas, naturalmente,

pero mamá estaba muerta también.

En los silenciosos y vacíos pasillos de su palacio se depositaban gruesas capas de polvo como si fuera nieve. Tocó un timbre para que viniera un criado y se quedó mirando por una ventana esperando a que llegara. Fuera, una tenue y ártica luz crepuscular brillaba gris sobre los tejados helados de su ciudad. El suelo temblaba ante los latidos de las ruedas dentadas y de los pistones que rugían abajo, en el distrito de máquinas, pero apenas había sensación de movimiento porque esto era el Alto Hielo, al norte del norte, y no se veían huellas en el suelo que indicaran que por allí hubiera pasado nadie, solo una blanca llanura que brillaba ligeramente con el reflejo del cielo.

Su criado llegó, colocándose bien la peluca empolvada con ligeras palmaditas.

—Buenos días, Smew —le saludó ella.

—Buenos días, Su Fulgor.

En un instante le habían entrado las ganas de pedirle a Smew que se acercara a sus habitaciones e hiciera algo con todo aquel polvo, con las ropas tiradas por el suelo, con las joyas perdidas; que le enseñase cómo funcionaba la ducha. Pero era un hombre y habría sido una irrupción impensable en las tradiciones que un hombre entrara en las habitaciones privadas de la margravina. En su lugar, dijo lo mismo que todas las mañanas:

—Puedes acompañarme al comedor para el desayuno, Smew.

Montando delante de él en el ascensor camino del piso inferior, se imaginó su ciudad escurriéndose por la capa de hielo como un minúsculo escarabajo negro arrastrándose por un enorme plato blanco. La pregunta era: ¿adónde se dirigía? Eso era lo que Smew quería saber; se podía ver en su cara, en la forma rápida en que le miraba inquisitivamente a veces. Los de la Comisión de Iniciativas también querrían saberlo. Huir de un lado para otro de las garras de los hambrientos depredadores era una cosa, pero ya había llegado la hora de que Freya decidiera cuál iba a ser el futuro de su ciudad. Durante miles de años, la gente de Anchorage había dejado en manos de la Casa de Rasmussen la toma de semejantes decisiones. Las mujeres Rasmussen eran especiales, después de todo. ¿No habían gobernado siempre Anchorage desde el final de la Guerra de los Sesenta Minutos? ¿No era cierto que los Dioses del Hielo les hablaban en sus sueños, diciéndoles dónde debería ir la ciudad si querían encontrar buenas personas con las que hacer negocios y evitar las trampas de hielo y los depredadores?

Pero Freya era la última de su linaje y los Dioses del Hielo no le hablaban. Casi nadie le hablaba a ella ya y cuando lo hacían era solo para preguntar, de la forma más educada y cortés, cuándo se iba a decidir por una dirección. «¿Por qué me preguntan a mí? —Quería gritarles—. ¡Soy solo una niña! ¡Yo no quise ser margravina!». Pero ya no quedaba nadie a quien gritar.

Por fin, esta mañana, Freya tendría una respuesta para ellos. Lo que sucedía era que no estaba segura de si les iba a gustar.

Desayunó sola en una silla negra de respaldo muy alto ante una mesa larga y negra. El ruido del tenedor contra su plato, su cuchara en la taza de té, todo parecía insoportablemente ruidoso en aquel silencio. Desde las sombrías paredes, los retratos de sus divinos antepasados la contemplaban con un aire ligeramente impaciente, como si ellos también estuvieran esperando a que ella decidiese un destino.

—No os preocupéis —les dijo—. Ya he tomado una decisión.

Cuando hubo terminado el desayuno, entró su chambelán.

—Buenos días, Smew.

—Buenos días, Luz de los Campos de Hielo. La Comisión de Iniciativas espera el placer de la presencia de Su Fulgor.

Freya asintió y el chambelán abrió de par en par las puertas del salón del desayuno para que pudiera entrar la comisión. Solían ser veintitrés personas; ahora solo estaban el señor Scabious y la señorita Pye.

Windolene Pye era una mujer alta, corriente y de mediana edad, con un pelo rubio peinado en la parte superior del cráneo en una especie de moño plano que daba la impresión de que estuviera manteniendo el equilibrio de un pastel danés en la cabeza. Había sido la secretaria del difunto jefe de los navegantes y parecía entender sus cartas y tablas bastante bien, pero se sentía muy nerviosa en la presencia de su margravina y le hacía pequeñas reverencias cada dos por tres.

Su colega, Soren Scabious, era completamente diferente. Sus antepasados habían sido jefes de máquinas durante casi tanto tiempo como el que la ciudad llevaba convertida en móvil y él era lo más parecido a un igual que le quedaba a Freya. Si las cosas hubieran sido normales, ella se habría casado con su hijo, Axel, el verano siguiente; la margravina tomaba con frecuencia a alguien del distrito de máquinas de consorte como forma de mantener felices a las clases de ingenieros de la ciudad. Pero las cosas no eran normales y Axel había muerto. Freya se sintió bastante contenta, en secreto, de que, de ese modo, Scabious no se fuera a convertir en su suegro. Era un anciano tan serio, triste, silencioso… Sus negras ropas de luto se mezclaban con la oscuridad de la sala del desayuno como si fueran de camuflaje, dejando colgada en el espacio la blanca máscara mortuoria que era su cara como si careciera de cuerpo entre aquellas sombras.

—Buen día, Su Refulgencia —dijo, inclinándose ligeramente, mientras la señorita Pye hacía sus reverencias, se sonrojaba y se agitaba detrás de él.

—¿Cuál es nuestra posición? —preguntó Freya.

—Oh, Su Refulgencia, nos encontramos a casi trescientos kilómetros al norte de las Montañas de Tannhäuser —gorjeó la señorita Pye—. Nos hallamos sobre hielo marino firme y no ha habido ningún avistamiento de ninguna otra ciudad.

—El distinto de máquinas espera vuestras instrucciones, Luz de los Campos de Hielo —dijo Scabious—. ¿Deseáis regresar hacia el este?

—¡No! —Freya se estremeció recordando lo cerca que habían estado de ser engullidos en el pasado. Si retrocedían hacia el este o regresaban hacia el sur para

comerciar a lo largo de los márgenes del hielo, era seguro que los Cazadores de Arkangel se enterarían enseguida, y con solo tripulaciones de esqueletos para manejar los motores, Freya no creía que su ciudad pudiera escapar del gran depredador otra vez.

—¿Podríamos ir hacia el oeste, Su Refulgencia? —sugirió nerviosa la señorita Pye—. Hay unas cuantas ciudades pequeñas que pasan el invierno en el extremo este de Groenlandia. Podíamos arreglárnoslas para comerciar un poco con ellas.

—No —dijo Freya con firmeza.

—¿Entonces, quizá, tiene Su Refulgencia algún otro destino en mente? —preguntó Scabious—. ¿Os han hablado ya los Dioses del Hielo?

Freya asintió solemnemente. De hecho, la idea era un pensamiento al que había estado dando vueltas en la cabeza desde hacía un mes o más y no creía que procediera de ningún dios, simplemente se trataba de la única forma que se le había ocurrido para mantener su ciudad a salvo de depredadores, de plagas y de naves espías para siempre.

—Poned rumbo al Continente Muerto —dijo—. Nos vamos a casa.

2
Hester y Tom

Hester Shaw estaba empezando a acostumbrarse a ser feliz. Después de todos aquellos sombríos y famélicos años por las cunetas embarradas y por los poblados basureros del Gran Territorio de Caza, por fin había encontrado un lugar en el mundo para ella. Tenía su propia aeronave, la Jenny Haniver (si estiraba el cuello podía ver la curva superior de su cubierta roja amarrada al noray diecisiete, justo detrás de aquel carguero de especias de Zanzíbar), y tenía a Tom, el dulce, guapo e inteligente Tom, al que amaba con todo su corazón y quien, a pesar de todo, parecía amarla a ella también.

Durante bastante tiempo había estado segura de que aquello no podría durar. Eran muy diferentes y Hester no representaba ni por asomo el ideal de belleza de nadie: se veía más bien como una especie de espantapájaros alto y sin gracia con forma de chica, con un pelo cobrizo peinado en trenzas demasiado tirantes, un rostro partido en dos por un viejo lance de espada que le había también robado un ojo y la mayor parte de la nariz y que le había torcido la boca hasta dejarle los dientes en desorden formando una mueca despectiva. No durará, se había estado diciendo a sí misma una vez tras otra durante todo el tiempo que permanecieron en la Isla Negra esperando a que sus astilleros repararan la pobre y golpeada Jenny Haniver. «Solo está conmigo por pena», había decidido mientras descendían volando hacia África para luego cruzar a América del Sur. «¿Qué puede ver en mí?», se preguntaba mientras se hacían ricos llevando provisiones a las grandes ciudades plataforma dedicadas a la extracción de petróleo de Antártica y pronto pobres de nuevo al tener que soltar en pleno vuelo un cargamento sobre la Tierra del Fuego para poder escapar de los piratas del aire. Volando de regreso sobre el azul Atlántico con un convoy de mercancías, susurró para sí misma: «Posiblemente, esto no pueda durar».

Y a pesar de todo había durado. Llevaba durando más de dos años. Sentada al sol de septiembre en una terraza de la Zona Plegable, en una de las muchas cafeterías de la Calle Mayor de Puertoaéreo, Hester se encontró empezando a creer que podía durar para siempre. Apretó la mano de Tom por debajo de la mesa y sonrió con aquella sonrisa torcida suya y él la miró con tanto amor como cuando ella le besó por primera vez a la luz ondulante de MEDUSA la noche que la ciudad de Tom murió.

Puertoaéreo había volado hacia el norte este otoño y ahora se mantenía suspendida a unos cuantos miles de metros por encima de los Yermos Helados, donde pequeñas ciudades basureras que habían estado arriba en los hielos durante los meses del sol de medianoche se arracimaban ahora abajo para comerciar. Globo tras globo,

subían a amarrar en los noráis del puerto franco volador y desembarcaban pintorescos mercaderes de antigua tecnología, la llamada Vieja Tecno, comerciantes que empezaban a pregonar sus mercancías en el mismo instante en que sus botas tocaban las ligeras plataformas. El helado norte era un buen territorio de caza para excavadores de tecnologías perdidas, y estos caballeros vendían piezas de *stalkers*, acumuladores del cañón Tesla, innombrables cachivaches de maquinaria abandonados por una docena de diferentes civilizaciones, incluso algunas piezas de una antigua máquina voladora que había permanecido sin ser molestada por nadie en el Alto Hielo desde la Guerra de los Sesenta Minutos.

Por debajo de ellos, hacia el sur, el este y el oeste, los Yermos Helados se extendían bajo la neblina; un paisaje frío, pedregoso, donde los dioses del hielo reinaban ocho meses al año y donde los copos de nieve ya se habían instalado en los fondos sombríos de las huellas entrecruzadas de las ciudades. Hacia el norte se elevaba el gran muro de basalto de las montañas de Tannhäuser, la cadena de volcanes que marcaba el límite más septentrional del Gran Territorio de Caza. Varios se hallaban en erupción, con sus penachos de humo gris como pilares que sujetaban el cielo. Entre ellos, borrosos tras un velo de ceniza, Hester y Tom apenas podían distinguir el blanco universal de los Desiertos de Hielo y algo que se movía allí, vasto, sucio e implacable, como una montaña que se hubiera vuelto vagabunda.

Hester sacó un telescopio de uno de los bolsillos de su abrigo y se lo acercó al ojo, girando el anillo de enfoque hasta que la visión borrosa se hizo clara de repente. Estaba contemplando una ciudad: ocho niveles de fábricas y de barracones de esclavos y de chimeneas que escupían hollín, como un tren aéreo abriéndose paso igual que un huracán, aeronaves parásitas registrando la estela del tubo de escape en busca de minerales de desecho y, mucho más abajo, fantasmales por entre velos de nieve y rocas en polvo, las grandes ruedas girando y avanzando.

—¡Arkangel!

Tom le cogió el telescopio.

—Tienes razón. Sigue el rumbo de las estribaciones norte de las Tannhäuser en verano, engullendo las ciudades basureras mientras atraviesan los pasos. La capa de hielo polar es mucho más gruesa ahora que lo que lo fue en tiempos remotos, pero aún quedan partes que son demasiado frágiles como para aguantar el peso de Arkangel hasta el final del verano.

Hester se rio.

—¡Sabelotodo!

—No puedo evitarlo —dijo Tom—. Yo era un aprendiz de historiador, ¿recuerdas? Teníamos que memorizar una lista de las grandes ciudades-tracción del mundo, y Arkangel estaba entre las primeras, así que no es probable que se me pueda olvidar.

—¡Faroleas! —refunfuñó Hester—. Si hubieran sido Zimbra o Xanne-Sadansky no habrías podido mostrarte tan listo.

Tom miraba de nuevo por el catalejo.

—Cualquier día elevará sus ruedas y sus cadenas, bajará sus patines de hierro y saldrá deslizándose en busca de ciudades del hielo y ciudades basureras enloquecidas en medio de la nieve para engullirlas…

De momento, sin embargo, Arkangel parecía conformarse con el comercio. Era demasiado vasta como para poder atravesar los estrechos pasos de las Tannhäuser, pero de sus puertos se elevaban aeronaves y volaban hacia el sur entre la neblina que las llevaba a Puertoaéreo. La primera de ellas hizo un arrogante giro a través del torbellino de globos que rodeaban la ciudad flotante y cayó en picado para amarrar en el noray seis, justo debajo del punto de observación de Tom y Hester. Sintieron la suave vibración cuando sus abrazaderas de anclaje se agarraron al muelle. Era una fina nave de ataque de corto alcance con un lobo rojo pintado en su oscura cubierta y el nombre escrito debajo en letras góticas: «Turbulencia de Aire Limpio».

Unos hombres se contoneaban orgullosos alrededor de la góndola acorazada y zapateaban después a lo largo del muelle y subiendo las escaleras que llevaban a la Calle Mayor. Hombres grandes, fornidos, enfundados en abrigos de piel y sombreros también de piel natural con el frío brillo de las cotas de malla bajo sus túnicas. Uno exhibía un casco de acero del que surgían dos enormes y fulgurantes bocinas de gramófono. Un cordón eléctrico unía el casco con un micrófono de latón, sujeto a la muñeca de otro hombre, cuya voz amplificada tronaba por todo Puertoaéreo a medida que iban subiendo las escaleras.

—¡Saludos, compañeros del aire! ¡Desde el Gran Arkangel, Martillo del Alto Hielo, Azote del Norte, Devorador de la Estática Spitzbergen, saludos! Tenemos oro para intercambiar por cualquier información que nos podáis dar sobre la situación y localización de las ciudades del hielo. ¡Treinta soberanos por cada información que nos lleve a una nueva captura!

Comenzó a dirigir sus pasos hacia el espacio entre las mesas de la zona plegable, aún pregonando su oferta, mientras alrededor de él los aviadores hacían gestos negativos con la cabeza, gestos más bien poco amistosos, y se ponían a mirar hacia otra parte. Ahora que las capturas estaban en tan baja proporción por todas partes, algunos de los grandes depredadores habían comenzado a ofrecer recompensas por capturas a agentes intermediarios, pero pocos lo hacían de una forma tan clara y manifiesta como este. Los mercaderes aéreos honrados estaban empezando a temer que pronto se les prohibiera comerciar para siempre con las ciudades del hielo más pequeñas. Porque ¿qué alcalde se arriesgaría a conceder permiso de atraque a una nave que podía volar al día siguiente y vender su ruta a una ciudad urbívora tan voraz como Arkangel? Y así y todo, siempre había otras, contrabandistas y semipiratas y mercaderes cuyas naves no lograban conseguir el beneficio que se esperaba de ellas y que estaban dispuestas a aceptar el oro del depredador.

—¡Ven a verme al Gas & Góndola si has tenido negocios este verano a bordo de Kivitoo o de Breidhavik o de Anchorage y sabes dónde tienen previsto pasar este

invierno! —presionaba el recién llegado. Se trataba de un hombre joven y tenía un aspecto entre estúpido, rico y bien comido, quizá los tres—. Treinta en oro, amigos; lo bastante para mantener vuestras naves llenas de combustible de propulsión y de gas elevador durante un año…

—Este es Piotr Masgard —oyó Hester que les decía a sus amigos una aviadora dinka en la mesa de al lado—. Es el hijo pequeño del *direktor* de Arkangel. Los llama a los de su banda, los *cazadores*. Y no se andan con bromas. He oído decir que aterrizan con esa nave suya en pequeñas ciudades pacíficas demasiado rápidas para que Arkangel les pueda dar alcance y les ordenan detenerse o virar en redondo. ¡Ellos los obligan a punta de espada a dirigirse derechas hacia las propias mandíbulas de Arkangel!

—¡Pero eso es un juego muy sucio! —exclamó Tom, que también había estado escuchando. Desgraciadamente, sus palabras cayeron como losas en un momentáneo espacio vacío en medio del discurso de Masgard. El cazador se giró en redondo y su rostro perezoso, grande y guapo, le sonrió irónicamente:

—¿Juego sucio, aviadorcito? ¿Qué es lo que no está bien? Este es un mundo en el que *ciudad come ciudad*, tú lo sabes.

Hester se puso tensa. Algo que ella no había podido nunca entender de Tom era por qué siempre tenía la manía de que todo fuese juego limpio. Suponía que era por su crianza y educación. Unos cuantos años viviendo de su ingenio en una aldea basurera podrían habérsela eliminado de raíz, pero luego había sido educado bajo las reglas y costumbres del Gremio de Historiadores para mantener a raya la vida real y, a pesar de todo lo que había vivido desde entonces, aún podía verse sorprendido por gente como Masgard.

—Solo quiero decir que va contra todas las reglas del darwinismo municipal —trató de explicarse Tom, levantando la vista hacia aquel corpulento hombre que tenía enfrente, porque aquella torre era al menos treinta centímetros más alto que él—. Las ciudades rápidas se comen a las lentas y las fuertes a las débiles. Esa es la forma en que se funciona, exactamente como en la naturaleza. Ofrecer recompensas por delación a intermediarios y secuestrar a las presas rompe el equilibrio —continuó, como si Masgard fuera tan solo un oponente de la Sociedad de Debate de los Aprendices de Historiador.

La sonrisa irónica de Masgard se hizo más amplia. Apartó con un golpecito rápido su abrigo de piel y sacó la espada. Se produjeron jadeos y gritos y un estruendo de sillas al caer mientras todo el mundo en las cercanías trataba de retroceder lo más posible. Hester agarró fuertemente a Tom y comenzó a tratar de sacarlo de allí, siempre con el ojo fijo en aquella brillante hoja.

—¡Tom, no seas idiota y déjalo ya!

Masgard se le quedó mirando unos instantes y entonces soltó una risa como un rugido mientras volvía a envainar la espada.

—¡Mirad! ¡El aviadorcito tiene una preciosa chiquilla que le guarda de todo

daño!

Su tripulación rio con él y Hester se sonrojó a trozos y se subió su viejo chal rojo para ocultar su rostro.

—¡Ven a buscarme más tarde, muchacha! —le gritó Masgard—. ¡Siempre estoy en casa para una linda dama! ¡Y recuerda: si tienes la dirección de una ciudad para informarme, te daré treinta en oro! ¡Te podrás comprar una nueva nariz!

—No se me olvidará —prometió Hester, empujando a Tom para sacarlo de allí. La ira y la indignación latían en su interior como si se tratara de un cuervo recién enjaulado. Deseaba volverse y pelear. Estaba dispuesta a apostar a que Masgard no sabía utilizar aquella espada de la que se sentía tan orgulloso… Pero la parte oscura, vengativa y asesina encerrada en ella era algo que trataba de mantener a raya en aquellos tiempos, así que se conformó con deslizar su cuchillo y cortar tranquilamente el cable del micrófono de Masgard al pasar junto a él. La próxima vez que tratara de hacer un anuncio, la risa se le quedaría congelada en la cara.

—Lo siento —dijo Tom algo avergonzado mientras se dirigían apresurados hacia el anillo de los muelles, ahora abarrotado de comerciantes y turistas recién llegados de Arkangel—. No quise decir… Yo solo pensé…

—Está bien —cortó Hester. Quería decirle que si no hacía valentonadas y cosas tontas como aquella de vez en cuando, no sería el mismo Tom y por lo tanto ella no le amaría de aquella forma. Pero no podía poner todo aquello en palabras, así que le empujó al hueco que había bajo un soporte de la plataforma y, tras asegurarse de que nadie miraba, rodeó su cuello con sus delgados brazos, se bajó el velo y lo besó—. Vámonos.

—Pero aún no tenemos una carga. Tenemos que tratar de buscar un comerciante de pieles o…

—Aquí no hay comerciantes de pieles, solo de Vieja Tecno, y no queremos empezar a cargar con ese tipo de materiales, ¿verdad?

Él parecía desconcertado, así que ella lo besó de nuevo antes de que pudiera decir nada.

—Estoy cansada de Puertoaéreo. Quiero volver a las Rutas de las Aves.

—De acuerdo —dijo Tom. Y sonrió, acariciando su boca, su mejilla, el rulo de su párpado donde lo atravesaba la cicatriz—. De acuerdo, pues. Ya hemos visto bastante de los cielos del norte. Vámonos.

Pero no iba a ser tan sencillo. Cuando llegaron al amarre diecisiete, había un hombre sentado sobre un gran paquete de cuero esperando junto a la Jenny Haniver. Hester, aún un tanto resentida por las burlas de Masgard, ocultó su rostro de nuevo. Tom dejó su mano libre y se apresuró a encontrarse con el extraño.

—¡Buen día! —gritó el hombre poniéndose en pie—. ¿El señor Natsworthy?, ¿la señorita Shaw? Me imagino que ustedes son los dueños de esta espléndida y ligera nave. ¡Dios mío, me dijeron en la oficina del puerto que erais jóvenes, pero no me imaginé que lo fuerais tanto! ¡Si apenas sois poco más que unos niños!

—Yo tengo casi dieciocho —dijo Tom a la defensiva.

—No importa, no importa —vociferaba el extraño—. La edad no significa nada si el corazón es grande, y yo estoy seguro de que vosotros tenéis un gran corazón. «¿Quién es ese joven tan guapo?», le pregunté a mi amigo, el capitán del puerto, y él me respondió: «Es Tom Natsworthy, el piloto de la Jenny Haniver». «¡Pennyroyal!», me dije a mí mismo. «¡Ese joven debe de ser el tipo exacto que estás buscando!». ¡Así que aquí estoy!

Y aquí estaba. Era un hombre bastante pequeño, bastante calvo, con un ligero sobrepeso y una blanca barba bien recortada. Sus ropas eran las típicas de un basurero del norte (abrigo largo de piel, sombrero también de piel, una túnica con muchos bolsillos, gruesos pantalones y botas ribeteadas de piel), pero parecían demasiado caras, como si hubieran sido arregladas para él por un sastre para servir de vestimenta en una obra de teatro cuyo tema se desarrollase en los Desiertos de Hielo.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Bien qué? —preguntó a su vez Hester, que había tomado una manía instantánea a aquel extraño presuntuoso.

—Lo siento, señor —habló Tom mucho más cortésmente—. No entendemos realmente lo que quiere usted…

—Oh, permítanme que me disculpe. Les pido perdón —farfulló el extraño—. ¡Déjenme que lo aclare! Mi nombre es Pennyroyal, Nimrod Beauregard Pennyroyal. He estado explorando un poco por esas grandes, horribles y altas montañas y ahora me encuentro en viaje de vuelta a casa. Me gustaría encargar pasaje a bordo de vuestra encantadora aeronave.

3

El pasajero

Pennyroyal era un nombre que le llamaba la atención a Tom, que le sonaba de algo, aunque no podía recordar por qué. Estaba seguro de que lo había oído mencionar en una conferencia, allá en sus lejanos tiempos de aprendiz de historiador. Pero lo que Pennyroyal hubiese hecho o dicho para hacerle merecedor de ser el tema de una conferencia, de eso no era capaz de acordarse. Había perdido mucho tiempo en ensoñaciones como para prestar demasiada atención a sus profesores.

—Nosotros no llevamos pasajeros —le dijo Hester con firmeza—. Nos dirigimos al sur y viajamos solos.

—¡El sur sería igualmente estupendo y excelente! —voceó Pennyroyal—. Mi ciudad de origen es la ciudad flotante de Brighton y va a cruzar el Mar Medio este otoño. Estoy deseando encontrarme en casa cuanto antes, señorita Shaw. Mis editores, Fewmet y Spraint, están desesperados por tener un nuevo libro mío para publicar para el Festival de la Luna y yo necesito la paz y la tranquilidad de mi propio estudio para empezar a ordenar mis notas.

A medida que hablaba, miraba rápidamente por encima de sus hombros, estudiando los rostros de la gente del anillo de embarque. Sudaba ligeramente y Hester pensó que él no parecía muy interesado en llegar a casa, sino, más bien, claramente evasivo y astuto. Pero Tom había quedado enganchado.

—¿Así que es usted escritor, señor Pennyroyal?

—*Profesor* Pennyroyal —le informó el hombre, corrigiéndole con toda suavidad —. Soy explorador, aventurero e historiador alternativo. Puede ser que te hayas tropezado con mis obras: *Ciudades perdidas de las arenas*, quizá, o *América la bella: la verdad sobre el Continente Muerto*…

Ahora recordaba Tom dónde había oído aquel nombre antes. Chudleigh Pomeroy había mencionado una vez a Nimrod B. Pennyroyal en una conferencia sobre tendencias recientes de la historia. Pennyroyal (había dicho el anciano historiador) no tenía respeto en absoluto por la verdadera investigación histórica. Sus atrevidas expediciones eran meros ardides publicitarios y llenaba sus libros de desordenadas teorías y sensacionales cuentos de amor y aventuras. A Tom le atraían mucho las teorías desordenadas y los cuentos sensacionales y había buscado después las obras de Pennyroyal en la biblioteca del museo, pero el pesado Gremio de Historiadores había desechado conceder a tal autor espacio alguno en sus estanterías, así que Tom nunca pudo averiguar adónde había llegado Pennyroyal en sus expediciones.

Dirigió la mirada hacia Hester.

—Tenemos sitio para un pasajero, Het. Y podíamos utilizar el dinero…

Hester frunció el entrecejo.

—Oh, el dinero no es ningún problema —prometió Pennyroyal sacando una bolsa repleta y haciéndola sonar—. ¿Digamos cinco soberanos ahora y otros cinco más cuando atraquemos en Brighton? No es un trato tan ventajoso como el que Piotr Masgard os ofrecería por traicionar a alguna pobre ciudad, pero es bastante bueno y estaréis prestando un gran servicio a la literatura.

Hester se quedó contemplando un rollo de cables sobre el muelle. Sabía que había perdido. Este forastero tan enormemente amigable sabía cómo llegar hasta Tom, e incluso ella tuvo que admitir que diez soberanos les vendrían estupendamente. Realizó un último esfuerzo para evitar lo inevitable, dio un ligero puntapié al paquete que llevaba Pennyroyal y preguntó:

—¿Qué hay en tu equipaje? Nosotros no transportamos Vieja Tecno. Ya sabemos demasiado bien para lo que puede servir.

—¡Cielos! —gritó Pennyroyal—. ¡No podría estar más de acuerdo! Puede que yo sea alternativo, pero no idiota. Yo también he visto lo que le sucede a la gente que pasa su vida desenterrando viejas máquinas. Acaban envenenados por misteriosas radiaciones o saltando por los aires hechos pedazos por la explosión de artefactos en mal estado. No, todo lo que yo llevo conmigo son unas prendas de repuesto y miles de páginas de notas y dibujos para mi nuevo libro, *Montañas de Fuego: ¿fenómeno natural o antiguo desatino?*

Hester le dio otro golpe al paquete, que se cayó un poco sobre uno de sus costados, pero sin dejar oír sonidos metálicos que sugirieran que Pennyroyal estuviera mintiendo. Ella se miró los pies, luego más abajo aún, a través de las planchas perforadas de Puertoaéreo, hacia tierra firme, donde una ciudad se arrastraba lentamente hacia el este llevándose consigo su larga sombra por detrás. Bueno, pensó. El Mar Medio sería cálido y azul, una diferencia enorme con estos deprimentes Yermos, y solo les llevaría una semana llegar allí. ¿No podría compartir a Tom con el profesor Pennyroyal durante tan solo una semana? Ella lo tendría en exclusiva durante el resto de sus vidas.

—De acuerdo —dijo, y echó mano a la bolsa del explorador, contando y sacando de ella cinco soberanos antes de que él pudiera reconsiderar su oferta. A su lado, Tom propuso:

—Podemos prepararle una cama en la bodega de delante, profesor, y podrá utilizar el botiquín como estudio si lo desea. Yo había pensado en quedarnos aquí esta noche y soltar amarras al amanecer.

—Si no te importa, Tom —propuso Pennyroyal, con un fugaz destello en su mirada, extraña y esquiva, dirigida al anillo de embarque—, yo preferiría irme inmediatamente. No debo hacer esperar a mi musa…

Hester se encogió de hombros y volvió a escamotearle la bolsa del dinero a Pennyroyal.

—Saldremos tan pronto como el capitán del puerto nos dé vía libre. Habrá un recargo de dos soberanos.

* * *

El sol caía como un ascua que se hundía en las brumas de las Tannhäuser occidentales. Los globos continuaban ascendiendo aún desde el centro de la plaza del mercado de abajo mientras las aeronaves y los dirigibles todavía seguían rumbo sur atravesando las altiplanicies basálticas desde el gran Arkangel. Una de ellas pertenecía a un afable y anciano caballero llamado Widgery Blinkoe, un comerciante de Vieja Tecno que conseguía sobrevivir cada mes alquilando habitaciones situadas encima de su tienda, en el distrito portuario de Arkangel, y mediante su actividad como informador de todo aquel que quisiera pagarle.

El señor Blinkoe dejó que sus esposas acabasen de amarrar la nave y se dirigió apresuradamente hacia la oficina del capitán del puerto, donde preguntó de forma imperiosa:

—¿Alguien ha visto a este hombre?

El capitán fijó su mirada en la fotografía que el señor Blinkoe había dejado sobre su mesa y exclamó:

—Pero, hombre, si este es el profesor Pennyroyal, el caballero de la historia.

—¡Caballero!, ¡qué disparate! —gritó Blinkoe airado—. Se alojó en mi casa estas últimas seis semanas y se largó en cuanto Puertoaéreo estuvo a la vista, ¡y sin pagarme ni un solo penique de lo que me debe! ¿Dónde está? ¿Dónde puedo encontrar a semejante criatura?

—Demasiado tarde, compañero. —El capitán del puerto, al que le causaba un extraño placer comunicar malas noticias, esbozó una especie de mueca que podía pasar por sonrisa—. Llegó en uno de los primeros globos procedentes de Arkangel preguntando por naves que se dirigieran al sur. Le puse en contacto con esos jóvenes de la Jenny Haniver. Zarpó no hará aún ni diez minutos con destino al mar Medio.

Blinkoe gruñó lastimeramente y se pasó una mano decaída y desanimada por su larga y pálida cara. No se podía permitir de ninguna manera perder los veinte soberanos que Pennyroyal le había prometido. Ah, ¿y por qué, por qué, *por qué* no había pactado un maldito pago por adelantado? Se había sentido tan halagado cuando Pennyroyal le regaló un ejemplar firmado de *América la bella* («A mi buen amigo Widgery, con mis mejores deseos») y tan emocionado con la promesa de una mención personal en el próximo libro del gran hombre, que ni siquiera llegó a sospechar que allí había gato encerrado cuando Pennyroyal empezó a cargar en su cuenta las facturas del cantinero. Y ni siquiera había presentado la más mínima objeción cuando empezó a tontear de forma abierta con la más joven señora Blinkoe.

¡Al infierno con todos los escritores!

Pero entonces, algo que el capitán del puerto había dicho se abrió paso por entre el marasmo de autocompasión y el incipiente dolor de cabeza que habían estado nublando los pensamientos de Blinkoe. Un nombre. Un nombre familiar. ¡Un nombre valioso!

—¿Dijo usted la Jenny Haniver?

—Sí, señor.

—¡Pero eso es imposible! ¡Desapareció, se perdió cuando los dioses destruyeron Londres!

El capitán del puerto negó con la cabeza.

—No, señor, no. Nada de eso. Ha estado en cielos foráneos estos últimos dos años, comerciando por las ciudades zigurat nuevomayas. Eso es, al menos, lo que he oído.

El señor Blinkoe le dio las gracias y salió corriendo hacia el muelle. Era un hombre corpulento y por lo general no solía correr, pero esta vez parecía que el asunto merecía la pena. Apartó de un empujón a unos niños que se turnaban para mirar el cielo por un telescopio montado en la barandilla. Hacia el suroeste, las últimas luces del sol se reflejaban sobre las ventanillas de popa de una aeronave, una pequeña aeronave roja con una góndola de tingladillo y vainas de motores gemelos Jeunet-Carot.

El señor Blinkoe se apresuró a regresar a su propia nave, la Temporary Blip, y a sus esposas, que ya llevaban bastante tiempo sufriendo su ausencia.

—¡Rápido! —gritó en el instante en que entraba en la góndola—. ¡Encended la radio!

—Así que Pennyroyal se le ha escapado de entre los dedos otra vez —dijo una de las esposas.

—Sorpresa, sorpresa —dijo otra.

—Esto es exactamente lo que sucedió en Arkangel —dijo una tercera.

—¡Silencio, esposas! —gritó Blinkoe—. ¡Esto es importante!

Su cuarta esposa puso una cara avinagrada.

—Pennyroyal difícilmente merece las molestias —comentó.

—Mi pobre y querido profesor Pennyroyal —se compadeció la quinta en tono plañidero.

—Olvidaos de Pennyroyal —voceó el marido quitándose el sombrero y colocándose los auriculares de la radio, ajustando el transmisor en una longitud de onda secreta, gesticulando impacientemente para que la mujer número cinco dejara de gimotear y girara la manivela de arranque—. ¡Conozco gente que me pagará muy bien por lo que acabo de descubrir! ¡El mercante en el que Pennyroyal acaba de salir era la vieja nave de Anna Fang!

* * *

Tom no se había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que echaba en falta la compañía de otros historiadores. Hester estaba siempre deseando oírle contar los extraños sucesos y acontecimientos que recordaba de sus días de aprendiz, pero ella podía ofrecerle muy poco a cambio. Había vivido de su ingenio desde que era tan solo una niña y, aunque sabía cómo saltar a bordo de una ciudad en marcha, cómo cazar y pelar un gato y cómo darle una patada a un ladrón donde más le podía doler, nunca se había molestado en aprender mucho sobre la historia de su mundo.

Y ahora, aquí estaba el profesor Pennyroyal, con su afable personalidad llenando la plataforma de vuelo de la Jenny. Él siempre tenía una teoría o una anécdota acerca de todo y escucharlo hacía sentirse a Tom casi nostálgico de los viejos tiempos en el Museo de Londres, cuando vivía rodeado de libros y realidades y reliquias y debates intelectuales.

—Fíjate ahora en esas montañas —decía Pennyroyal, gesticulando por la ventanilla de estribor. Iban siguiendo un largo ramal de las Tannhäuser hacia el sur y el fulgor de la lava en una caldera activa se reflejaba tembloroso sobre el rostro del explorador—. Ellas van a ser el tema de mi siguiente libro. ¿De dónde salieron? No estaban aquí en los tiempos antiguos, lo sabemos por los mapas que han sobrevivido. Entonces, ¿por qué se levantaron tan rápidamente? ¿Qué causó el fenómeno? Sucede lo mismo en el lejano Shan Guo. Zhan Shan es la montaña más alta de la tierra y a pesar de ello no se la menciona en absoluto en los registros antiguos. ¿Son estas nuevas montañas el simple resultado del vulcanismo natural, como siempre se nos ha dicho? ¿O estamos ante los efectos de una antigua tecnología que ha tenido un resultado atrozmente erróneo? ¡Una fuente de energía experimental, quizá, o un arma terrible! ¡Un productor de volcanes! ¡Piensa en lo que sería un hallazgo como ese, Tom!

—Nosotros no estamos interesados en encontrar Vieja Tecno —dijo Hester automáticamente. Estaba ante la mesa de los mapas, tratando de señalar un rumbo, y Pennyroyal la molestaba cada vez más.

—¡Por supuesto que no, mi querida muchacha! —gritó Pennyroyal fijando su vista en la mampara que se hallaba a su lado (no se atrevía aún a mirar directamente a su horrible cara sin sobresaltarse)—. ¡Por supuesto que no! Un prejuicio muy noble y delicado. Pero…

—No es ningún prejuicio —respondió Hester irritada, señalándolo con un compás de división de forma tal que él llegó a pensar que podría sufrir algún daño serio por parte de ella—. Mi madre era arqueóloga. Exploradora y aventurera de la historia, lo mismo que usted. Se fue a las tierras muertas de América, extrajo algo y se lo llevó consigo a casa. Algo llamado MEDUSA. Los regidores de Londres llegaron a saber de su existencia y enviaron a su hombre, a Valentine, a matarla por ello. Él se llevó

MEDUSA a Londres y allí los ingenieros lo pusieron en funcionamiento, y ¡pum!, el tiro por la culata: ese fue el final de todo.

—Ah, sí —dijo Pennyroyal, un tanto incómodo—. Todo el mundo conoce el asunto MEDUSA. Yo mismo me puedo acordar de lo que estaba haciendo en aquellos precisos momentos. Me encontraba a bordo de Cittámotore en compañía de una deliciosa joven llamada Minty Bapsnack. Vimos el destello que incendiaba el cielo del este desde medio mundo más allá…

—Pues bien, nosotros estábamos allí al lado. Volamos atravesando la onda expansiva y vimos lo que quedó de Londres a la mañana siguiente. Toda una ciudad completa. La ciudad de Tom convertida en escoria por algo que mi madre había desenterrado. Esa es la razón por la que no queremos saber nada de la Vieja Tecno.

—Ah —pudo farfullar Pennyroyal, ya completamente incómodo.

—Me voy a la cama —añadió Hester—. Me duele la cabeza.

Y era cierto. Unas cuantas horas oyendo las conferencias de Pennyroyal le habían dado un feroz y vibrante dolor de cabeza, que palpitaba, siguiendo los latidos de su corazón, justo detrás de su ojo sin vista. Se dirigió al asiento del piloto con la intención de darle a Tom un beso de despedida, pero no le gustaba la idea de que Pennyroyal estuviese presente, así que tocó rápidamente la oreja de Tom y le dijo:

—Llámame cuando necesites hacer un alto. —Y se dirigió a la cabina de popa.

—¡Vaya! —comentó Pennyroyal cuando ella se hubo ido.

—Tiene un temperamento fuerte —admitió Tom un tanto azorado por el arranque de Hester—. Pero en realidad es encantadora. Solo que es tímida. Una vez que llegas a conocerla…

—Claro, claro —asintió Pennyroyal—. Uno puede ver de un primer vistazo qué hay detrás de esa apariencia, digamos, tan poco convencional. Ella es absolutamente… Hummm… —Pero no pudo pensar en nada bueno que decir sobre la muchacha, así que dejó que su voz se fuese apagando y se puso a mirar por la ventana hacia las montañas bañadas por la luna y las luces de una pequeña ciudad que se movía en las llanuras debajo de ellos—. Ella se equivoca con Londres, ya sabes —dijo por fin—. Quiero decir, que no tiene razón al afirmar que se quemó hasta quedar convertida en escoria. He hablado con gente que ha estado allí. Quedan aún muchos restos, secciones enteras de la Entraña han quedado como ruinas en la Región Exterior, al oeste de Batmunkh Gompa. Y bueno, una arqueóloga conocida mía, una encantadora joven llamada Cruwys Morchard, dice que de hecho ha estado *dentro* de uno de los fragmentos más grandes. Parece extraordinario. Esqueletos carbonizados diseminados por todas partes y grandes porciones de edificios y maquinaria medio derretidos. Las persistentes y prolongadas radiaciones de MEDUSA hacen que aparezcan de repente luces de colores moviéndose entre los escombros como si fueran fuegos fatuos o cualquier otra cosa.

Le tocaba ahora a Tom sentirse incómodo. La destrucción de su ciudad le resultaba aún algo así como una herida reciente en su interior. Al cabo de dos años y

medio, el resplandor crepuscular de aquella gran explosión todavía deslumbraba sus sueños. No quería hablar de la ruina de Londres y por eso dirigió la conversación de nuevo hacia el tema favorito del profesor Pennyroyal: el propio profesor Pennyroyal.

—Supongo, por lo que voy viendo, que usted ha debido de viajar a lugares de lo más interesantes, diría yo.

—¡Interesantes! ¡Oh, no sabes ni la mitad de todo ello, Tom! ¡Las cosas que he visto! Cuando tomemos suelo en el puerto aéreo de Brighton me iré derecho a una librería y compraré mis obras completas para regalártelas. Estoy sorprendido de que no te hayas tropezado con ellas antes, un joven tan brillante como tú.

Tom se encogió de hombros.

—Me temo que no las tenían en la biblioteca del Museo de Londres… —añadió.

—¡Pues claro que no! ¡El gremio de los llamados historiadores! ¡Bah! ¡Pedorros polvorientos…! No sabes que yo solicité el ingreso una vez. ¡El historiador jefe, Thadeus Valentine, me rechazó de plano! ¡Solo porque no le gustaron mis hallazgos durante mi viaje a América!

Tom estaba intrigado. No le gustaba que despreciaran a los miembros de su anterior gremio llamándolos pedorros polvorientos, pero Valentine era diferente: Valentine había tratado de matarlo y había asesinado a los padres de Hester. Cualquiera a quien Valentine no hubiera aprobado tenía el apoyo de Tom.

—¿Qué *encontró* usted en América, profesor?

—Bueno, bueno, Tom. De ahí viene toda la historia. ¿Te gustaría oírla?

Tom asintió. No podía abandonar la cabina de vuelo esa noche, con aquel viento que soplaba del sur, y estaría encantado de oír una buena historia que le mantuviera alerta. De todas formas, la charla de Pennyroyal había despertado algo en él, un recuerdo de tiempos más sencillos, cuando se acurrucaba bajo las mantas en el dormitorio de los aprendices de Tercera Clase y leía a la luz de la linterna las historias de los grandes historiadores y exploradores: Monkton Wylde y Chung-Mai Spofforth, Valentine y Fishcare y Compton Cark.

—Sí, por favor, profesor —respondió.

4

El hogar de los bravos

Norteamérica —dijo Pennyroyal— es el Continente Muerto. Todo el mundo lo sabe. Descubierto en el año 1924 por Cristóbal Columbo, el gran explorador y detective, se convirtió en la patria de un imperio que una vez gobernó el mundo, pero que fue totalmente destruido en la Guerra de los Sesenta Minutos. Es una tierra de fantasmales desiertos rojos, pantanos envenenados, cráteres producidos por las bombas atómicas y rocas herrumbrosas y sin vida. Solo unos pocos valientes exploradores se aventuran allí. Arqueólogos como Valentine y la pobre madre de tu amiga, para recuperar chatarra de Vieja Tecno de los antiguos complejos de búnkeres.

»Y todavía uno oye rumores. Historias. Cuentos narrados por viejos perros del cielo borrachos en destartaladas caravaneras aéreas. Fantasías increíbles sobre aeronaves que han sido barridas de su rumbo y que se encuentran luego navegando sobre una clase de América muy diferente: un verde paisaje de bosques y praderas y vastos lagos azules. Hace unos cincuenta años, un aviador llamado Snori Ulvaeusson creyó que había aterrizado en un verde enclave llamado Vineland y dibujó un mapa de allí para el alcalde de Reikiavik. Pero, claro, cuando los investigadores modernos fueron a buscar el mapa, no encontraron ni rastro de él en la biblioteca de Reikiavik. En lo que concierne a los otros informes y relatos, su final es siempre el mismo: el aviador pasa unos cuantos años tratando de volver a encontrar el lugar, pero nunca puede. O, si no, desciende con su nave solo para encontrarse con que aquel verdor que parecía tan sugerente desde arriba no es en realidad sino algas tóxicas que crecen en un lago dentro de un cráter volcánico.

»Pero los historiadores como nosotros, Tom, sabemos que dentro de esas leyendas, con frecuencia se esconde la semilla de una verdad. Yo he reunido todas las historias que he oído y decidí que había algo que merecía la pena indagar. ¿Está América realmente muerta, tal como los hombres sabios —Valentine entre ellos— nos han contado siempre? ¿O existe un lugar, lejos, al norte de las ciudades muertas, que los buscadores de Vieja Tecno visitan y que los ríos llenos de agua procedente del deshielo que parten del borde de los Desiertos de Hielo han lavado y limpiado de venenos, de modo que han conseguido que el Continente Muerto haya vuelto a florecer?

»¡Yo, Pennyroyal, decidí descubrir la verdad! Allá por la primavera del año 89, partí para ver qué podía averiguar al respecto. Cuatro compañeros y yo, a bordo de mi aeronave, el Alian Quatermain, cruzamos el Atlántico Norte y pronto arribamos a las costas de América, cerca de un lugar al que las antiguas cartas llamaban Nueva York.

Estaba tan muerto como nos habían prometido: una serie de grandes cráteres con sus bordes fundidos por el intenso calor de aquel viejo conflicto ocurrido hacía milenios, convertidos en una sustancia conocida como *cristal de explosión*.

»Despegamos de nuevo y volamos hacia el oeste, hacia el mismísimo corazón del Continente Muerto, y ahí fue donde nos sobrevino el desastre. Tormentas de una ferocidad casi sobrenatural abatieron a mi pobre Alian Quatermain y la arrojaron al centro de un inmenso y contaminado desierto. Tres de mis compañeros perecieron en el choque; el cuarto murió unos días después envenenado por el agua de un estanque que parecía clara, pero que debía de haber sido teñida con algún asqueroso producto químico de la antigua tecnología: se volvió azul y comenzó a expeler un olor como de calcetines viejos.

»Solo, me dirigí vacilante hacia el norte cruzando la Llanura de los Cráteres, donde antaño se habían alzado las legendarias ciudades de Chicago y de Milwaukee. Había abandonado ya cualquier pensamiento de encontrar mi verde América. Mi única esperanza ahora era poder llegar a los márgenes de los Desiertos de Hielo y ser rescatado por algún grupo de habitantes nómadas de la región, los nievómadas.

»Al fin, incluso aquella esperanza se desvaneció también. Débil y al borde del agotamiento por falta de comida y de agua, me quedé tumbado en un valle seco entre enormes y negras sierras. En mi desesperación me puse a gritar: "¿En serio va a ser este el final de Nimrod Pennyroyal?", y las montañas parecían responder: "Sip". Se había desvanecido toda esperanza ¿sabes? Encomendé mi alma a la Diosa de la Muerte y cerré mis ojos, esperando abrirlos de nuevo solo ya como espíritu en la Región de las Sombras. De lo siguiente que soy consciente es de que me encontraba envuelto en pieles, tumbado en el fondo de una canoa, mientras unos encantadores jóvenes remaban llevándome hacia el norte.

»No eran estos compañeros exploradores del Territorio de Caza, como supuse en un primer momento. ¡Eran nativos! ¡Sí, hay una tribu de gente que, de hecho, *vive* en las partes más septentrionales del Continente Muerto! Hasta entonces, yo había aceptado la historia tradicional —la historia que estoy seguro que te enseñaron a ti los de tu Gremio de Historiadores—: que las pobres y escasas almas que sobrevivieron a la caída de América escaparon hacia el norte, a los hielos, y se mezclaron con los inuit, produciendo la raza de los nievómadas que hoy conocemos. Entonces entendí por qué algunos se habían quedado atrás. Salvajes, incivilizados descendientes de una nación cuya codicia y egoísmo llevaron una vez el mundo a la ruina. ¡Y aún tenían la suficiente humanidad como para rescatar a un pobre y hambriento desdichado como Pennyroyal!

»Por señas y gestos, pronto pude conversar con mis salvadores. Se trataba de un chico y una chica y sus nombres eran Lavable a Máquina y Permita Doce Días Para La Entrega. Parecía que habían estado en una expedición por cuenta propia cuando me encontraron: excavaban en busca de cristal de explosión en las ruinas de una antigua ciudad llamada Duluth. (Descubrí, ahora me acuerdo, que los miembros de su

salvaje tribu apreciaban mucho los collares de cristal de explosión, tanto como cualquier dama elegante de París o de Tracciongrado. Mis dos nuevos amigos llevaban brazaletes y pendientes de ese material). Eran muy diestros en el arte de sobrevivir en los horrorosos desiertos de América: revolvían entre las piedras para atrapar larvas comestibles y encontrar agua potable mediante la observación del sistema de crecimiento de ciertos tipos de algas. Pero aquellos desiertos páramos no eran su hogar. No, ellos habían venido de un lugar mucho más al norte. ¡Y ahora parecía que regresaban conmigo a su tribu!

»¡Imagínate mi excitación, Tom! Ascender por aquel río era como regresar a los comienzos más tempranos del mundo. Para empezar, nada más que roca desierta y estéril agujereada aquí y allá por piedras castigadas por el tiempo o retorcidas vigas, que eran cuanto quedaba de algún gran edificio de los antiguos. Luego, un día, atisbé un retazo de musgo verde, ¡y luego otro! Unos cuantos días más de dirección norte y empecé a ver hierba, helechos, juncos que se apretaban a ambos lados del río. El propio río se fue haciendo más claro y Permita Doce Días pescó peces, que Lavable a Máquina nos asaba al fuego cada noche en la orilla. ¡Y los árboles, Tom! Abedules y robles y pinos cubrían el paisaje, y el río se abría hacia un amplio lago, y allí, en la orilla, se asentaban las toscas moradas de la tribu. ¡Qué visión para un historiador! ¡América viva de nuevo, después de todos aquellos milenios!

»No te aburriré con el relato de cómo viví con la buena gente de aquella tribu durante tres años. Ni cómo rescaté a la bella hija del jefe Código Postal de las garras de un oso furioso; cómo se enamoró ella de mí y cómo me vi obligado a escapar de su airado prometido. Ni siquiera, cómo viajé hacia el norte otra vez, siguiendo el hielo, y regresé de nuevo, después de multitud de aventuras, al Gran Territorio de Caza. Puedes leerlo todo en mi superventas interpolitano titulado *América la bella* cuando lleguemos a Brighton.

* * *

Tom se quedó sentado e inmóvil un buen rato y sin decir ni palabra, con la cabeza llena de las maravillosas visiones que el relato de Pennyroyal le había pintado. A duras penas podía creer que nunca hubiera oído hablar antes del gran descubrimiento del profesor. ¡Pero si era para conmover al mundo! ¡Monumental! ¡Qué necios tenían que ser los del Gremio de Historiadores para rechazar a semejante hombre! Por fin dijo:

—¿Pero nunca regresó allí, profesor? Seguramente que una segunda expedición, con un equipamiento adecuado…

—Una lástima, Tom —suspiró Pennyroyal—. Nunca pude encontrar a nadie que financiara un viaje de vuelta. Debes recordar que mis cámaras y mi equipo de

muestras se destruyeron en el desastre de la Alian Quatermain. Me llevé conmigo algún que otro artefacto cuando abandoné la tribu, pero todos se perdieron en el viaje de regreso. Sin pruebas, ¿cómo podía yo esperar la financiación de una expedición de vuelta? La palabra de un historiador alternativo no es suficiente, creo yo. ¿Por qué —dijo con tristeza— hasta el día de hoy, Tom, hay aún gente que cree que nunca jamás estuve en América?

5
Los espíritus del zorro

La voz de Pennyroyal aún resonaba en la cabina de vuelo cuando Hester se despertó a la mañana siguiente. ¿Había estado él allí toda la noche? Probablemente no, supuso, lavándose la cara en el pequeño lavabo de la galera de la Jenny. Se habría ido a la cama, al contrario que el pobre Tom, y acababa de volver atraído por el olor de la taza de café del muchacho.

Se giró para mirar por el ojo de buey de la galera mientras se lavaba los dientes —cualquier cosa menos enfrentarse a su propio rostro reflejado en el espejo sobre el lavabo—. El cielo era del color del flan de sobre salpicado por rayas de nubes de ruibarbo. Tres pequeñas manchitas negras colgaban en el centro del cuadro. Manchas de suciedad en el cristal, pensó Hester, pero cuando trató de quitarlas frotando con el puño, vio que se equivocaba. Frunció el ceño y luego tomó el catalejo y estudió las manchas durante un rato. Frunció aún más la frente.

Cuando llegó a la cabina de pilotaje, Tom se estaba preparando para echar una cabezada reparadora. El viento no había amainado, pero para entonces habían volado hasta muy cerca de las montañas y, aunque el viento les haría disminuir la velocidad y descender algo, ya no había peligro alguno de ser arrastrados a un penacho volcánico o aplastados contra un farallón. Tom tenía aspecto cansado pero parecía contento cuando dirigió su mirada hacia Hester mientras ella entraba por el escotillón. Pennyroyal estaba sentado en el asiento del copiloto, con una taza del mejor café de la Jenny en su mano.

—El profesor me ha estado contando cosas de algunas de sus expediciones —le informó rápidamente Tom, poniéndose en pie para que Hester se hiciera cargo de los controles—. ¡No te creerías las aventuras que ha vivido!

—Probablemente no —estuvo de acuerdo Hester—. Pero la única cosa de la que quiero oír hablar por el momento es de por qué hay una escuadrilla de cañoneras acercándosenos.

Pennyroyal graznó de miedo y luego, rápidamente, se tapó la boca con la mano. Tom se dirigió a la ventana de babor y miró hacia donde Hester señalaba. Las manchas estaban ya más cerca y eran claramente aeronaves: tres naves en línea abierta.

—Puede que sean comerciantes con destino a Puertoaéreo —dijo esperanzado.

—No es un convoy —respondió Hester—. Es una formación de ataque.

Tom tomó los prismáticos de su gancho bajo los controles principales. Las aeronaves se encontraban a unos quince kilómetros de distancia, pero podía ver que

eran rápidas y que estaban bien armadas. Llevaban una especie de insignia verde pintada en sus cubiertas, pero por lo demás eran completamente blancas. Eso les daba un aspecto absurdamente siniestro: como si fueran fantasmas de aeronaves atravesando el amanecer.

—Son guerreros de la Liga —dijo Hester categóricamente—. Reconozco esas fulgurantes vainas de las cubiertas de los motores. Los espíritus del zorro de Musaraki.

Su voz sonaba alarmada, y por una buena razón. Ella y Tom habían sido extremadamente cuidadosos en evitar a los de la Liga Antitracción durante los dos últimos años, puesto que la Jenny Haniver había pertenecido antaño a una de sus agentes, a la pobre Anna Fang, ya desaparecida, y aunque ellos no habían robado exactamente la nave, sabían que la Liga no lo vería del mismo modo. Habían esperado sentirse a salvo en el norte, donde las fuerzas de la Liga estaban tenuemente diseminadas desde la caída de la Estática Spitzbergen el año anterior.

—Mejor que nos vayamos —dijo Hester—. Aprovechemos el viento de cola y tratemos de dejarlos atrás o perderlos en las montañas.

Tom dudaba. La Jenny era mucho más rápida que lo que su góndola de madera y las panzas de sus motores hechos de piezas de desecho podían aparentar, pero dudaba de que pudiera sobrepasar a los espíritus del zorro.

—Salir corriendo nos haría parecer culpables de algo —dijo—. No hemos hecho nada malo. Hablaré con ellos y veré qué es lo que quieren…

Se acercó al aparato de radio, pero Pennyroyal lo agarró de la mano.

—¡Tom, no! He oído hablar de estas naves blancas. ¡No son en absoluto elementos regulares de la Liga Antitracción! Pertenecen a la Tormenta Verde, un nuevo grupo fanático escindido que opera desde bases aéreas secretas aquí en el norte. Extremistas conjurados para destruir todas las ciudades ¡y a todos sus habitantes! ¡Por todos los dioses, si les permites que nos alcancen, nos matarán a todos en nuestra góndola!

El rostro del explorador se había vuelto del color del queso caro y gotas de sudor como cabezas de alfiler brillaban sobre su frente y su nariz. La mano que agarraba la muñeca de Tom estaba temblando. Tom no se imaginó al principio qué podía no ir bien. Con toda seguridad, una persona que había sobrevivido a tantas aventuras como el profesor Pennyroyal no podía estar tan *asustado.*…

Hester regresó a la ventana a tiempo de ver que una de las naves se aproximaba y disparaba un cohete hacia barlovento para hacer señales a la Jenny Haniver de que se pusiera al pairo y permitiera ser abordada. No estaba segura de si creía a Pennyroyal, pero había algo amenazador en torno a aquellas naves. Estaba segura de que no se habían tropezado con la Jenny por casualidad. Habían sido enviadas en su búsqueda. Tocó el brazo de Tom.

—Vámonos.

Tom se lanzó sobre los controles del timón, haciendo oscilar a la Jenny hasta que

se puso en dirección norte, con la brisa tras ella. Empujó hacia adelante una secuencia de palancas de bronce y el rugido de los motores se elevó a un tono superior. Otra palanca y se desdoblaron unas pequeñas velas de navegación, semicírculos de seda de silicio que se extendían entre las cubiertas de los motores y los flancos del depósito de gas, añadiendo un pequeño impulso extra para ayudar a subir a *la* Jenny hacia las alturas del cielo.

—¡Los estamos ganando! —gritó Tom, mirando rápidamente por el periscopio la granulosa imagen invertida de la visión por popa. Pero los espíritus del zorro eran tenaces. Cambiaron su rumbo para ponerse en paralelo con la Jenny e insuflaron más potencia a sus propios motores. Al cabo de una hora se encontraban ya lo suficientemente cerca para que Tom y Hester distinguieran el símbolo pintado en sus flancos, no la rueda rota de la Liga Antitracción, sino un rayo verde dentado como una sierra.

Tom escrutó el paisaje gris de abajo esperando encontrar una ciudad o una población importante donde poder buscar refugio. No había ninguna, a excepción de un par de pequeños poblados granjeros lapones que conducían sus rebaños de renos lentamente a través de la tundra, hacia el este, y que él no podría alcanzar con los espíritus del zorro cortándole el paso. Las montañas de Tannhäuser se elevaban imponentes en el horizonte delante de ellos y sus cañones y esponjosas nubes ofrecían la única esperanza de encontrar un refugio.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Seguir —respondió Hester—. Puede que logremos perderlos en las montañas.

—¿Y qué pasa si nos lanzan cohetes? —gimoteó Pennyroyal—. ¡Se están acercando de una forma terrible! ¿Qué pasará si comienzan a dispararnos?

—Quieren la Jenny de una sola pieza, entera —le contestó Hester—. No se van a arriesgar a utilizar cohetes.

—¿Que quieren la Jenny? ¿Cómo puede querer nadie esta vieja ruina? —La tensión estaba poniendo a Pennyroyal quisquilloso. Cuando Hester se lo explicó, él gritó—: ¿Y esta fue la nave de Anna Fang? ¡Gran Clio! ¡Poskitt Todopoderoso! ¡Pero si la Tormenta Verde venera a Anna Fang! ¡Su movimiento se fundó en medio de las cenizas de la Flota Aérea del Norte y juraron vengarse de la gente muerta por los agentes de Londres en Batmunkh Gompa! ¡Naturalmente que quieren recuperar la nave! ¡Dioses misericordiosos! ¿Por qué no me dijisteis que esta nave era robada? ¡Pido que se me devuelva todo mi dinero!

Hester lo apartó de un empujón y se fue a la mesa de los mapas.

—¿Tom? —dijo, estudiando sus mapas de las Tannhäuser—. Hay una grieta en la cadena volcánica hacia el oeste: el paso de Drachen. Puede que haya una ciudad donde podamos posarnos.

Continuaron el vuelo ascendiendo por el fino aire sobre las cumbres nevadas y, en una ocasión, rozando peligrosamente un penacho de humo que subía como un eructo espeso de la garganta de un joven volcán. Ningún paso, ninguna ciudad llegaron a

ver, y después de transcurrir otra hora durante la cual los tres espíritus del zorro se les fueron acercando cada vez más, una andanada de cohetes recorrieron deslumbrantes las ventanas de la nave para explotar justo ante la proa a estribor.

—¡Oh, Quirke! —exclamó Tom. Pero Quirke había sido el dios de Londres, y si no había podido ser molestado para que salvase su propia ciudad, ¿por qué iba a acudir en ayuda de una pequeña aeronave apaleada y perdida en las sulfurosas corrientes ascendentes de las Tannhäuser?

Pennyroyal trató de esconderse bajo la mesa de los mapas.

—¡Están disparando cohetes!

—Muchas gracias por la aclaración. Nos estábamos preguntando qué eran esas grandes cosas que explotaban ahí fuera —le respondió Hester, enfadada porque su predicción hubiera resultado errónea.

—¡Pero tú dijiste que ellos no lo harían!

—Apuntan a las cubiertas de los motores, a las vainas —dijo Tom—. Si las inhabilitan, estaremos muertos y tratarán de ponerse a nuestro costado y lanzar un grupo de abordaje…

—Bueno, ¿y no puedes hacer algo? —Exigía Pennyroyal—. ¿No puedes responderles?

—No tenemos cohetes —le respondió Tom apenado. Tras aquella última y terrible batalla sobre Londres, cuando él había derribado al Elevador del Decimotercer Nivel y después de haber visto a su tripulación arder dentro de su llameante góndola, había jurado que la Jenny sería siempre una nave pacífica. Sus lanzaderas de cohetes habían estado vacías desde entonces. Ahora se lamentaba de sus escrúpulos. Gracias a él, Hester y el profesor Pennyroyal estarían pronto en las manos de la Tormenta Verde.

Otro cohete explotó cerca. Era ya hora de hacer algo desesperado. Se encomendó de nuevo a Quirke, luego lanzó la Jenny violentamente a babor y rebajó drásticamente su potencia para descender sobre el laberinto de montañas de abajo, cruzando como un relámpago por entre las sombras de los riscos de basalto esculpidos por el viento y de nuevo hacia la luz del sol.

Y por debajo de él, muy lejos y hacia adelante, vio otra persecución en pleno apogeo. Una diminuta población basurera huía precipitadamente hacia el sur, adentrándose en una hendidura en las montañas y, tras ella, con las fauces entreabiertas, rodaba una ciudad-tracción de tres niveles, grande y oxidada.

Tom dirigió el timón hacia ella, mirando de vez en cuando por su periscopio hacia donde se encontraban aún los tres espíritus del zorro obstinadamente a su cola. Pennyroyal se comía las uñas y farfullaba los nombres de dioses desconocidos.

—¡Oh, gran Poskitt! ¡Oh, Deeble, no nos abandones!

Hester volvió a encender la radio y saludó a la ciudad, que se aproximaba rápidamente, pidiendo permiso para aterrizar.

Una pausa. Un cohete levantó humo y esquirlas de la ladera de una montaña

situada treinta metros a popa. Luego, la voz de una mujer crepitó en la radio, hablando aeroesperanto con un fuerte acento eslavo.

—Esta es la dirección del puerto de Novaya-Nizhni. Su petición ha sido denegada.

—¿Qué? —gritó Pennyroyal.

—Pero eso no es… —Trataba de decir Tom.

—¡Esto es una emergencia! —Hester respondió a la radio—. ¡Nos están cazando!

—Lo sabemos —volvió la voz, con tono pesaroso pero firme—. No queremos problemas. Novaya-Nizhni es una ciudad pacífica. Manteneos alejados, por favor, o dispararemos contra vosotros.

Un cohete de los espíritus del zorro que iba en cabeza vino en la dirección del viento en popa para estallar justo frente a ella. Las duras voces de los aviadores de la Tormenta Verde ahogaron las amenazas de Novaya-Nizhni por unos instantes; luego, la voz de la mujer sonó de nuevo, insistiendo:

—¡Manteneos fuera, Jenny Haniver, o dispararemos!

A Tom se le ocurrió una idea.

No había tiempo para explicarle a Hester lo que estaba a punto de hacer. No pensaba, de todas formas, que ella lo aprobara, puesto que él había tomado prestada esta maniobra de Valentine, de un episodio de *Aventuras de un historiador práctico*, uno de aquellos libros que tanto le habían gustado allá en sus días de aprendiz, antes de que averiguara de qué tipo de aventuras se trataba en realidad. Escupiendo gas a borbotones por las aberturas dorsales, la Jenny se dejó caer hacia la trayectoria de la ciudad que se aproximaba y avanzó aún con más potencia tomando un rumbo de colisión. La voz de la radio se elevó hasta convertirse en un súbito grito y Hester y Pennyroyal gritaron también mientras Tom dirigía la nave en picado sobre las oxidadas fábricas situadas al borde del nivel medio y la hacía pasar entre dos enormes pilares de soporte hacia la sombra del nivel superior. Detrás de él, dos de los espíritus del zorro desistieron de su persecución, pero el jefe era más atrevido y le siguió hacia el corazón de la ciudad.

Esta era la primera visita de Tom a Novaya-Nizhni y resultó más bien breve. Por lo que pudo ver, la ciudad estaba distribuida de forma bastante parecida a la del pobre y antiguo Londres, con amplias calles saliendo radialmente desde el centro de cada nivel. A lo largo de una de estas, la Jenny Haniver se colocó a la altura de las farolas, mientras rostros sorprendidos miraban boquiabiertos desde las ventanas superiores y los peatones se diseminaban a toda prisa en busca de refugio en las aceras. Cerca del centro de la plataforma surgía una espesura de columnas de sustentación y huecos de elevadores, una pista de eslalon por la que la pequeña nave se deslizaba pasando a escasos centímetros de los obstáculos, rozando su cubierta y dejando en ellos la pintura de las paletas del timón. El espíritu del zorro perseguidor no tuvo tanta suerte. Ni Hester ni Tom vieron exactamente lo que sucedió, pero oyeron el estrépito de algo que se rompía por encima del rugido de los motores de la Jenny y el periscopio les

mostró los restos del aparato totalmente destrozados cayendo hacia la plataforma, con la góndola balanceándose tambaleante sobre los cables de un funicular por encima de sus cabezas.

De pronto se encontraron fuera, en la cegadora luz del sol del lejano extremo de la ciudad. Parecía que habían escapado, e incluso el petrificado Pennyroyal se alegraba dentro de la repentina ráfaga de felicidad que los unía a todos. Sin embargo, la Tormenta Verde no se rendía tan fácilmente. La Jenny se balanceó atravesando la niebla de humo de motores que colgaba por detrás de la ciudad… y en el aire claro del otro lado les esperaban los dos espíritus del zorro que quedaban.

Un cohete dio un trallazo en los motores de estribor y el estampido reventó las ventanillas de la cabina de vuelo, lanzando a Hester al suelo. Ella se revolvió para dirigirse hacia Tom, que aún se aferraba a los controles con su cabello y sus ropas escarchados con cristal en polvo. Pennyroyal cayó contra la mesa de los mapas, con un reguero de sangre corriéndole por la frente por culpa de un corte en su cabeza calva, donde uno de los extintores de bronce de la Jenny le había sacudido de refilón al caerse. Hester lo arrastró hasta un asiento cerca de una ventanilla. Él aún respiraba, pero sus ojos habían girado hacia arriba hasta colocarse en la forma de dos blancas medias lunas bajo sus pálidos párpados. Tenía el aspecto de alguien que estuviera estudiando algo muy interesante en el interior de su cabeza.

Estallaron más cohetes. Una hélice de motor torcida pasó zumbando, girando como las aspas de un molino, hacia los campos nevados como un bumerán que hubiera errado el blanco. Tom aún seguía agarrado a los controles, pero la Jenny Haniver ya no lo obedecía —o bien había perdido el timón, o los cables que lo gobernaban habían sido cortados—. Una impresionante corriente de aire, que venía aullando desde una grieta en las montañas lanzó a la Jenny hacia los espíritus del zorro. El más próximo de los dos hizo un brusco movimiento para evitar la colisión y, en cambio, chocó contra su hermano gemelo.

La explosión, a escasos quince metros a estribor, inundó la cabina de vuelo de la Jenny de un resplandor pálido y desvaído. Cuando Hester pudo ver de nuevo, el cielo estaba lleno de basura que giraba y daba vueltas sin parar. Podía apreciar el traqueteo y el choque de los fragmentos más grandes de los espíritus del zorro, unos con otros, que iban cayendo hacia las laderas de las montañas y hacia el paso que se abría más abajo. Podía oír los gruñidos de los motores de Novaya-Nizhni a unos pocos kilómetros por detrás, los crujidos y el retumbar de sus cadenas de tracción mientras se arrastraba hacia el sur. También oía latir su propio corazón, muy alto y muy rápido, y se dio cuenta de que los motores de la Jenny se habían parado. De la cada vez más frenética y desesperada forma en que Tom tiraba de las palancas y golpeaba con fuerza los controles, dedujo que había muy poca esperanza de que los motores arrancasen de nuevo. Un viento glacial se coló por las ventanillas rotas, trayendo consigo copos de nieve y un olor, frío y limpio, de hielo.

Hester pronunció una breve plegaria por las almas de los aviadores de la

Tormenta Verde, esperando que sus espíritus bajaran deprisa a la Región de las Sombras y que no se quedaran vagando colgados por allí para causar mayores problemas. Luego se dirigió rápidamente a situarse de pie junto a Tom. Él abandonó su inútil pelea con los instrumentos de control y la cogió por la cintura, y así permanecieron abrazados, contemplando las vistas que se les presentaban delante. La Jenny se movía empujada por la corriente al borde de la boca de un volcán. Al otro lado ya no había más montañas, solo una infinita llanura blanca y azulada que se extendía hasta el horizonte. Se encontraban a merced del viento, que los llevaba sin remedio hacia los Desiertos de Hielo.

6

Por encima del hielo

¡Qué mala suerte! —dijo Tom—. No puedo reparar los desperfectos de los motores sin aterrizar, y si aterrizamos aquí…

No necesitaba decir nada más. Hacía ya tres días del desastre del Drachen Pass y por debajo de la destartalada Jenny Haniver a la deriva, aparecía un paisaje tan hostil como una luna helada: todo un sombrío desierto de antiguo y espeso hielo. Diseminados por aquí y por allá, algunos picos montañosos surgían entre la superficie de aquella enorme blancura, pero también sin vida alguna, blancos e inhóspitos. No había señales de poblaciones, de ciudades ni de grupos de nómadas de la nieve, los llamados nievómadas errantes, ni tampoco respuesta alguna a las regulares llamadas de auxilio que la Jenny enviaba. Aunque todavía eran las primeras horas de la tarde, el sol ya se estaba empezando a poner, un insulso disco rojo que no daba calor alguno.

Hester apretó sus brazos alrededor de Tom y lo sintió temblando dentro de su grueso abrigo de aviador forrado de borrego. Hacía un frío terrorífico allí. Un frío como algo vivo que se apretaba a tu carne, buscando un lugar para colarse por los poros y extinguir el cada vez más débil núcleo de calor de dentro de tu cuerpo. Hester sintió como si ya se le hubiera colado hasta los huesos; sentía que le roía el surco que la espada de Valentine había dejado en el cráneo. Pero, con todo, ella tenía aún algo más calor que el pobre Tom, que había estado fuera, sobre la vaina del motor de estribor, durante toda la hora anterior, intentando rascar y despegar el hielo que se había formado allí y tratando de repararlo.

Se lo llevó atrás y lo sentó en la litera de la cabina, amontonando mantas y ropas diversas sobre él y acurrucándose a su lado para permitirle compartir sus escasas provisiones de calor.

—¿Cómo está el profesor Pennyroyal? —preguntó él.

Hester gruñó. Era difícil de decir. El explorador no había recuperado el conocimiento y ella estaba empezando a sospechar que nunca lo haría. De momento se encontraba echado en una cama que ella le había preparado en la galera, tapado con su propio cobertor y unas cuantas mantas de las que Hester pensó que ella y Tom podrían difícilmente prescindir.

—Cada vez que pienso que se ha ido definitivamente y que es necesario arrojarlo por la borda, él parece que se mueve y rezonga, y me doy cuenta de que no puedo.

Se quedó dormida. Era más fácil y agradable dormir. En sus sueños, una extraña luz llenaba la cabina, un fulgor que aleteaba y brillaba y se movía como la luz de

MEDUSA. Recordando aquella noche, se abrazó más fuerte a Tom y encontró su boca con la suya. Cuando ella abrió el ojo, la luz de su sueño aún estaba allí, meciéndose por el hermoso rostro de Tom.

—Aurora boreal —susurró él.

Hester dio un bote.

—¿Quién? ¿Dónde?

—Las luces del norte —le explicó riéndose y señalando por la ventana. Fuera, en la noche, un reluciente velo de color se mecía sobre el hielo, ahora verde, rojo luego, dorado después; finalmente, todo junto en un conjunto indescriptible, a veces desvaneciéndose hasta casi desaparecer y a veces llameando y ardiendo y convirtiéndose en serpentinas de nubes deslumbrantes.

—Siempre había deseado verla —dijo Tom—. Desde que leí algo sobre ella en aquel libro de Chung-Mai Spofforth, *Una temporada con los nievómadas*. Y ahí está. Como si alguien la hubiera puesto solo para nosotros.

—Felicidades —dijo Hester, y apretó su cara contra el suave hueco de debajo de su mandíbula de forma que ya no podía ver las luces. Eran preciosas, de todas formas, pero era una belleza enorme, inhumana, y ella no podía evitar pensar que podían pronto convertirse en sus faroles funerarios. Pronto, el peso del hielo que se había acumulado en la sobrecubierta y en las jarcias de la Jenny la obligaría a descender, y allí, en la oscuridad y el frío susurrante, Hester y Tom entrarían en las profundidades de un sueño del que no habría la esperanza de ningún despertar.

No sentía ningún temor en especial. Era agradable quedarse dormida en el refugio del soñoliento abrazo de Tom, sintiendo que el calor se le iba, como en un lento goteo, de su cuerpo. Y todo el mundo sabía que los amantes que morían en los brazos uno del otro iban juntos a la Región de las Sombras como favoritos de la Diosa de la Muerte.

El único problema era que necesitaba orinar. Cuanto más trataba de no pensar en ello, y serenarse, y esperar con calma el suave toque del dedo de la diosa de la oscuridad, más urgente se hacía la presión de su vejiga. No quería morir distraída, pero tampoco quería orinarse: no sería nada romántico entrar en la otra vida tan empapada.

Refunfuñando y maldiciendo se escurrió de debajo de los cobertores y gateó hacia delante, resbalándose en el hielo que se había formado en el suelo. El retrete químico de debajo de la cabina de vuelo se había hecho pedazos por el impacto de uno de los cohetes, pero aún quedaba un agujero apropiado en el suelo donde había estado antes el deseado servicio sanitario. Se agachó sobre él y llevó a cabo sus asuntos tan rápido como pudo, con la respiración entrecortada por el frío feroz.

Quería regresar cuanto antes a donde se encontraba Tom y luego deseó haberlo hecho, pero, por el contrario, algo la movió a seguir hacia delante, hacia la silenciosa cabina de mandos. Estaba ahora bastante arriba, con el tenue brillo de los paneles de instrumentos asomando entre las capas de escarcha. Se arrodilló frente a la pequeña

hornacina donde se encontraban las estatuas de la Diosa del Firmamento y el Dios de los Aviadores. Muchos aviadores decoraban sus pequeños altarcitos de la cabina de mandos con retratos de sus antepasados, pero ni Hester ni Tom tenían ninguna imagen de sus padres muertos, así que habían clavado con una chincheta una fotografía de Anna Fang que habían descubierto en un baúl de la cabina cuando la Jenny estaba siendo reparada. Hester le dedicó una pequeña oración, esperando que fuera una amiga para ellos allá abajo, en la Región de las Sombras.

Y aquello sucedió cuando Hester se puso en pie. Se disponía ya a volver adonde Tom se encontraba, cuando divisó allá en el hielo algo parecido a un racimo de luces. Al principio pensó que era únicamente un reflejo de aquel extraño fuego del cielo con el que Tom había disfrutado tanto, pero estos eran puntos fijos y no cambiaban de color: solo titilaban un poco en el aire impregnado de escarcha y neblina. Se acercó un poco más a la ventana resquebrajada. El frío le hizo llorar el ojo, pero tras unos instantes descubrió un bulto oscuro alrededor de las luces y una pálida corriente de niebla o de vapor por encima de todo ello. Estaba contemplando una pequeña ciudad del hielo, a unos quince kilómetros a sotavento, enfilando al norte.

Intentando no hacer caso de su extraño e ingrato sentido de decepción, fue a despertar a Tom dándole cariñosas palmaditas en la cara, hasta que este empezó a gruñir, se revolvió un poco y dijo:

—¿Qué sucede?

—Algún dios ha querido suavizar nuestra situación —dijo—. Estamos salvados.

Para cuando llegó a la cabina de vuelo, la ciudad se encontraba ya más cerca, pues, por suerte, el viento la traía casi directamente hacia ellos. Se trataba de un pequeño complejo de dos pisos que avanzaba deslizándose sobre amplios patines de hierro. Tom enfocó los binoculares hacia abajo y vio sus curvas y empinadas mandíbulas, cerradas hasta formar una especie de quitanieves, y la enorme y ganchuda rueda de popa que la propulsaba a través del hielo. Era una elegante ciudad, con calles en forma de media luna, de blancas y altas casas en su plataforma superior y un cierto tipo de complejo palaciego cerca de la popa, pero no dejaba de tener un cierto aire desvaído y un tanto fúnebre, y había manchas de óxido y muchas ventanas sin luz.

—No entiendo por qué no pudimos captar su radiofaro —dijo Hester, manejando desesperada los controles de la radio.

—Puede ser que no tengan —respondió Tom.

Hester movió hacia un lado y hacia otro los mandos de las bandas de onda buscando el gorjeo de un acogedor radiofaro. Allí no había nada. Aquello le pareció muy extraño y era realmente siniestro que esa ciudad solitaria se arrastrara hacia el norte en medio de tanto silencio. Pero cuando ella los saludó en el canal abierto, un auténticamente amistoso capitán de puerto le contestó en inglés y, al cabo de media hora, el sobrino del capitán del puerto se vino zumbando a bordo de un pequeño remolcador aéreo de color verde llamado Graculus para llevarse a la Jenny tras de sí.

Aterrizaron en un casi desierto puerto aéreo cercano a la parte frontal del nivel superior de la ciudad. El capitán del puerto y su esposa, gente amable, regordeta y de piel morena, vestidos con parkas y gorros de piel, condujeron a la Jenny hasta un hangar cubierto con una cúpula que se abría como una flor y se llevaron a Pennyroyal en una camilla hasta su casa, detrás de la oficina del puerto. Allí, en la cálida cocina, esperaban a los recién llegados café, panceta y pastelillos, y a medida que Tom y Hester iban haciendo honor a los manjares, sus anfitriones se mantenían de pie observando, transmitiendo sonrientes su aprobación y diciendo:

—¡Bienvenidos, viajeros! ¡Bienvenidos, bienvenidos, bienvenidos a Anchorage!

7

La ciudad fantasma

Era un miércoles, y los miércoles, el chófer de Freya siempre la llevaba al templo de los Dioses del Hielo, de forma que pudiera rezarles en petición de guía. El templo se encontraba a escasos diez metros de su palacio, en la misma plataforma elevada cerca de la popa de la ciudad, así que no era realmente necesario pasar por todo el asunto de llamar al chófer, subir al coche oficial, conducir la corta distancia y descender de nuevo, pero Freya hacía todo eso de todas formas: no habría estado bien visto que la margravina caminase.

Una vez más, se arrodilló en la penumbra suavemente iluminada por las velas del templo refrigerado y elevó su mirada hacia las hermosas estatuas de hielo del señor y la señora y les pidió que le dijeran lo que debería hacer o, al menos, que le enviaran una señal de que las cosas que ya había hecho estaban bien. Y, una vez más, no hubo respuesta: no se produjo ninguna luz milagrosa, ninguna voz susurrando en su cabeza, ningún motivo de escarcha convirtiéndose en mensaje sobre el suelo; solo el constante susurro de los motores que hacía que las plataformas trepidaran bajo sus rodillas, con el crepúsculo del invierno asomando en las ventanas.

Su mente siguió flotando, pensando en cosas estúpidas y aburridas, como las pertenencias que se habían perdido del palacio. Que alguien pudiera entrar en sus aposentos y coger sus cosas la asustaba y enfadaba a partes iguales. Intentó preguntar a los Dioses del Hielo quién era el ladrón, pero, por supuesto, tampoco hubo respuesta.

Finamente, oró por mamá y papá, preguntándose cómo les iría allá abajo, en la Región de las Sombras. Desde su muerte, había empezado a darse cuenta de que realmente nunca los había conocido, no de la forma en que otras personas conocían a sus padres. Siempre había habido niñeras y doncellas para cuidar a Freya y ella solo veía a papá y a mamá a la hora de cenar y en ocasiones formales. Los había llamado *Su Fulgor* y *Señor*. Lo más cerca que había estado de ellos fue en ciertas tardes de verano, cuando habían salido de merienda en la barca de hielo de la margravina: sencillos asuntos familiares con solo Freya y papá y mamá y unos setenta sirvientes y cortesanos. Luego llegó la peste y ni siquiera le fue permitido verlos, y después ya estaban muertos. Unos sirvientes los colocaron en la barcaza, le prendieron fuego y la enviaron hacia los hielos. Freya se había quedado junto a la ventana observando cómo ascendía el humo, lo que le produjo la impresión de que era como si no hubieran existido jamás.

Fuera del templo, su chófer la esperaba paseándose de un lado a otro, dibujando

figuras en la nieve con la puntera de sus botas.

—A casa, Smew —le anunció, y mientras él se apresuraba a abrir la tapa del vehículo para que ella entrase, Freya miró hacia los arcos pensando en lo patéticas que resultaban las escasas luces que había en la parte alta de la ciudad en aquellos días. Recordaba haber lanzado una proclamación sobre las casas vacías estableciendo que cualquiera de los trabajadores del distrito de los motores que lo deseara podía dejar sus sombríos y pequeños pisos de allá abajo y trasladarse a alguna de las villas vacías de la parte superior. Pero muy pocos lo habían hecho. Quizá les *gustaban* sus lúgubres pisitos. Quizá necesitaban el calor de las cosas familiares de forma tan imperiosa como ella.

Abajo, en el puerto aéreo, una mancha de color rojo sobresalía sobre los blancos y grises.

—¿Smew? ¿Qué puede ser eso? ¿No habrá llegado una nave?

El chófer hizo una inclinación.

—Llegó anoche, Su Fulgor. Una nave mercante llamada Jenny Haniver. La dispararon piratas aéreos o algo así y tiene absoluta necesidad de hacer reparaciones, según dice el capitán del puerto, Aakiuq.

Freya se quedó mirando la nave con atención, esperando descubrir más detalles. Era difícil ver algo a través de los remolinos de nieve en polvo que caían movidos por el viento desde los tejados. ¡Qué extraño pensar en forasteros caminando a bordo de Anchorage otra vez, después de tanto tiempo!

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le preguntó.

—La margravina no suele ser informada de la llegada de meros mercaderes, Su Fulgor.

—¿Pero quién está a bordo de esa nave? ¿Es gente interesante?

—Dos jóvenes aviadores, Su Fulgor. Y un hombre mayor, su pasajero.

—Oh —dijo Freya, perdiendo interés. Durante unos instantes se había sentido casi entusiasmada y se había imaginado que podría invitar a palacio a aquellos recién llegados, pero, naturalmente, nunca estaría bien que la margravina de Anchorage empezara a codearse con aviadores vagabundos y con un hombre que ni siquiera se podía permitir su propia nave.

—Natsworthy y Shaw eran sus nombres, me dijo el señor Aakiuq, Su Fulgor —continuó Smew, ayudándola a entrar en el coche—. Natsworthy, Shaw y Pennyroyal.

—¿Pennyroyal? ¿No será el profesor Nimrod Pennyroyal?

—Creo que sí, Su Fulgor, sí.

—Entonces, yo… Entonces, yo… —Freya se removió inquieta, se ajustó el sombrero y sacudió su cabeza. Las tradiciones que habían sido su guía desde que todo el mundo había muerto no decían nada en absoluto sobre «qué hacer en caso de un milagro»—. Oh, Smew. ¡Debo darle la bienvenida! ¡Ve al puerto aéreo! Tráelo a la cámara del Consejo; no, a la gran sala de audiencias. Tan pronto como me hayas llevado a palacio, debes irte y… ¡No, vete ahora! ¡Me iré a casa andando!

Y corrió de nuevo hacia el interior del templo para dar gracias a los Dioses del Hielo por haberle enviado la señal que tanto había estado esperando.

* * *

Incluso Hester había oído hablar de Anchorage. A pesar de su pequeño tamaño, era una de las más famosas de entre las ciudades del hielo porque se podía rastrear la pista de su nombre hasta llegar a la vieja América. Un grupo de refugiados habían escapado de la Anchorage original instantes antes de que estallara la Guerra de los Sesenta Minutos y habían fundado un nuevo asentamiento en una isla del norte convulsionada por los vientos. Allí sobrevivieron a pesar de las epidemias, los terremotos y las épocas de glaciación hasta hacía ocho siglos, cuando el gran periodo de auge de la Tracción alcanzó también al Norte. Entonces, todas las ciudades fueron obligadas a moverse o, en caso contrario, a ser deglutidas por aquellas que ya lo habían hecho, y las gentes de Anchorage reconstruyeron sus hogares e iniciaron su incesante viaje por los hielos.

No era una ciudad predadora y las pequeñas mandíbulas de su proa únicamente se utilizaban para recoger objetos en los salvamentos o abrir boquetes en los hielos de agua dulce para alimentar las calderas. Sus gentes se ganaban la vida comerciando por las orillas de los Desiertos de Hielo, donde se solían unir mediante elegantes puentecitos de abordaje a otras pacíficas ciudades y formar así una especie de mercado ambulante donde los basureros y los arqueólogos se podían reunir para vender los objetos que habían arañado del hielo.

¿Pero qué estaba haciendo allí, a kilómetros de distancia de las rutas de mercado, dirigiéndose hacia el norte a través de un invierno cada vez más intenso? La pregunta había machacado incesantemente la cabeza de Hester mientras ayudaba a amarrar la Jenny Haniver, y le seguía acosando cuando despertó de un largo y reparador sueño en la casa del capitán del puerto. En la entreverada oscuridad, que pasaba allí por luz diurna, podía ver que las medias lunas de las blancas mansiones que dominaban el puerto aéreo estaban manchadas de rayas de óxido y que muchos de los edificios tenían las ventanas rotas, que se abrían en completa oscuridad como las cuencas vacías de los ojos de un esqueleto. El puerto mismo parecía estar a punto de desvanecerse bajo una corriente de deterioro y decadencia; el viento glacial lanzaba con fuerza desperdicios y nieve en medio de los ventisqueros contra los vacíos hangares y un escuálido perro levantaba la pata contra un montón de viejas cadenas de acoplamiento de trenes aéreos.

—Qué pena, qué pena —decía la señora Aakiuq, la esposa del capitán del puerto, mientras cocinaba un segundo desayuno para sus jóvenes visitantes—. Si hubierais podido ver este querido lugar en los viejos tiempos. Qué riquezas había, y qué idas y

venidas. Bueno, cuando yo era una muchacha, a menudo teníamos aeronaves detenidas ahí arriba, a veces hasta veinte, esperando a que se quedase libre un puesto de atraque. Yates aéreos y navecillas y balandros de regatas venían a probar suerte en las Regatas Boreales, y también hermosas y espléndidas naves de pasaje con nombres de grandes estrellas de cine antiguas, como el Audrey Hepburn y el Gong Li.

—¿Y entonces, qué sucedió? —preguntó Tom.

—Oh, el mundo nos cambió —dijo la señora Aakiuq con tristeza—. Las presas empezaron a escasear y las grandes ciudades depredadoras como Arkangel, que no nos hubieran dedicado una segunda mirada en otros tiempos, ahora nos perseguían y trataban de darnos caza siempre que podían.

Su marido asentía, llenando tazas de humeante café para sus invitados.

—Y luego, ese año, llegó la epidemia. Subimos a bordo a unos basureros nievómadas que acababan de encontrar trozos de una vieja plataforma orbital de armas que había chocado en el hielo cerca del polo y que resultó estar infectada con algún tipo de virus de ingeniería procedente de la Guerra de los Sesenta Minutos. Oh, no pongáis esa cara de preocupación: esos virus de las viejas batallas hacen su trabajo rápidamente y luego mutan y se transforman en algo inofensivo. Pero se extendió por la ciudad como un reguero de pólvora, matando a centenares de personas. Incluso la antigua margravina y su consorte murieron. Y cuando todo hubo terminado y se levantó la cuarentena, muchísima gente no acertaba a ver futuro alguno para Anchorage, así que se hicieron con cuantas naves había y se fueron en busca de una nueva vida en otras ciudades. Dudo que seamos más de cincuenta los que quedamos ahora en este lugar.

—¿Solo cincuenta? —preguntó sorprendido Tom—. ¿Pero cómo puede tan poca gente mantener en funcionamiento una ciudad de este tamaño?

—No se puede —replicó Aakiuq—. No indefinidamente. Pero el viejo señor Scabious, el jefe de máquinas, ha hecho maravillas: un montón de sistemas automatizados, artilugios de la Vieja Tecno y cosas por el estilo. Y así sigue haciendo que continuemos moviéndonos el tiempo necesario.

—¿El tiempo necesario para qué? —preguntó Hester en tono de sospecha—. ¿Dónde vais?

La sonrisa del capitán del puerto se desvaneció.

—No le puedo contestar a eso, señorita Hester. ¿Quién puede asegurar que no vas a huir de aquí para vender nuestro rumbo a Arkangel o a cualquier otro depredador? No queremos encontrárnoslos agazapados esperándonos en el Alto Hielo. Ahora, terminad de comer esas hamburguesas de foca y después iremos a ver si podemos encontrar algunas piezas para reparar esa pobre y maltrecha Jenny Haniver vuestra.

Comieron y luego le siguieron por los muelles hasta un enorme almacén de techo abombado. En la penumbra del interior, montones tambaleantes de tanques de motor y paneles de góndola se disputaban el espacio con piezas de repuesto arrancadas de las cabinas de navegación de aeronaves desmanteladas y curvados puntales de

aluminio de sujeción de las cubiertas de los globos como si fueran las costillas de unos gigantes. Hélices de todos los tamaños colgaban encima de sus cabezas, balanceándose suavemente con el movimiento de la ciudad.

—Este solía ser el sitio de mi primo —dijo Aakiuq, encendiendo una linterna eléctrica sobre los montones de cachivaches—. Como él murió en la epidemia, supongo que ahora es mío. Pero no temáis: poco habrá que no funcione en una aeronave que no sepa yo cómo repararlo, y hay poquísimas cosas que tenga que hacer obligatoriamente estos días.

Mientras le seguían por aquella herrumbrosa penumbra, algún pequeño objeto repiqueteó y pareció arrastrarse por sí solo por entre aquellos montones de estanterías de hierro con piezas recuperadas de las catástrofes. Hester, cautelosa como siempre, movió la cabeza bruscamente en aquella dirección, escrutando las sombras con su único ojo. Nada se movía. Cosas pequeñas que siempre se caían, eso debería ser, en un viejo trastero o en cualquier lugar como este. Era normal en un edificio con amortiguadores tan chungos que se balanceaba y se estremecía como lo hacía Anchorage, trasladándose como una quitanieves por el hielo. Y a pesar de todas estas reflexiones, no conseguía quitarse de encima la sensación de que estaba siendo observada.

—Motores Jeunet-Carot, ¿verdad? —Estaba preguntando el señor Aakiuq. Estaba claro que Tom le gustaba. Tom gustaba siempre a la gente, y estaba realizando grandes esfuerzos para ayudar, correteando entre los montones de trastos viejos y comprobando notas en un enorme libro de registro manchado de moho—. Creo que tengo algo que irá bien. Tus células de gas son viejos chismes tibetanos, por la pinta que tienen. Los que no pueda remendar los sustituiré por unos preciosos RJ50 de un Halcón Zhang-Chen. Sí. Creo que vuestra Jenny Haniver estará en el aire de nuevo antes de tres semanas.

* * *

En la azul oscuridad de allá lejos, abajo, tres pares de ojos ávidos observaban atentos una pequeña pantalla, con la atención fija en la granulada imagen de Tom y de Hester y del capitán del puerto. Tres pares de orejas, tan blancas como hongos subterráneos, se esforzaban por captar las minúsculas y distorsionadas voces que bajaban susurrando desde el mundo de arriba.

De regreso, en la casa del capitán del puerto, la señora Aakiuq equipaba a Tom y a Hester con polainas y calzado de nieve, ropa interior térmica, gruesos jerséis de lana aceitada, mitones, bufandas y parkas. También había máscaras para el frío, objetos de cuero ribeteados de lana con protectores de cola de pescado para los ojos y un filtro por el que poder respirar. La señora Aakiuq no dijo de dónde procedían todas

aquellas cosas, pero Hester había observado las fotografías adornadas con cintas de luto en el altarcito de la casa y sospechó que ella y Tom se iban a vestir con las ropas de los hijos muertos de los Aakiuq. Esperaba que todos aquellos gérmenes de la epidemia estuvieran tan muertos como había prometido el capitán del puerto. A pesar de todo, le encantaba la máscara.

Cuando regresaron a la cocina se encontraron a Pennyroyal sentado junto al fuego, con los pies metidos en una palangana de agua caliente y una venda alrededor de la frente. Estaba pálido, pero, por otro lado, era su antigua imagen de siempre, sorbiendo una taza del té de musgo de la señora Aakiuq y saludando con alborozo a Hester y a Tom.

—¡Qué alegría veros de nuevo a salvo! Qué aventuras compartimos, ¿eh? Algo para mi nuevo libro, sospecho…

Un teléfono de latón pegado a la pared cerca de la cocina emitía un minúsculo tintineo. La señora Aakiuq corrió a levantar el auricular, escuchando con todo cuidado el mensaje que le estaba transmitiendo su amiga, la señora Umiak, en la central telefónica. Su rostro se amplió en una brillante sonrisa y para cuando dejó el teléfono de nuevo colgado del gancho y regresó junto a sus invitados, casi no podía hablar de la emoción.

—¡Excelentes noticias, queridos míos! ¡La margravina os va a conceder una audiencia! ¡La margravina en persona! ¡Va a enviar a su chófer para trasladaros al Palacio de Invierno! ¡Qué honor! ¡Y pensar que vais a ir directamente de mi humilde cocina a la cámara de audiencias de la margravina!

8

El Palacio de Invierno

¿Qué es una margravina? —preguntó Hester a Tom en voz muy baja mientras salían de nuevo al feroz frío del exterior—. Suena como algo que se extiende sobre una tostada…

—Supongo que es una especie de alcaldesa —le respondió Tom.

—Una margravina —intervino Pennyroyal— es la versión femenina de un margrave. Muchas de esas pequeñas ciudades norteñas tienen un sistema similar: una familia gobernante de carácter hereditario con títulos pasados de una generación a la siguiente. Margrave. Portreeve. Graf. El elector Urbanus de Eisenstadt, el *direktor* de Arkangel. Son muy celosos de sus tradiciones ahí arriba.

—Bueno, no veo por qué no pueden limitarse a llamarle alcaldesa y acabar todo el asunto —gruñó Hester casi de mal humor.

Un coche los esperaba en las verjas del puerto; un vehículo eléctrico de la clase que Tom recordaba de Londres, aunque ninguno tan bonito como este. Estaba pintado de rojo brillante, con una letra *R* dorada rodeada de florituras en los costados. La única rueda de atrás era mayor que la de un coche normal y estaba hecha para agarrarse a la nieve. En los curvados guardabarros que se arqueaban sobre las dos ruedas frontales se habían montado dos grandes faroles eléctricos y los copos de nieve danzaban locamente frente a los dos haces de luz.

El chófer los vio venir y abrió completamente la cubierta una vez se hubieron acercado. Llevaba un uniforme rojo con un cordón trenzado dorado y charreteras, y cuando se puso en pie y alcanzó toda su estatura y saludó, solo llegaba hasta la cintura de Hester. Un niño, pensó ella al principio, pero luego vio que era mucho mayor que ella, con la cabeza de un hombre adulto equilibrada sobre un cuerpecillo achaparrado. Entonces miró rápidamente hacia otro lado, dándose cuenta de que había estado mirándolo fijamente de la misma y exacta forma, tan dolorosa, indiscreta y compasiva con que la gente a veces la miraba a ella.

—Me llamo Smew —dijo—. Su Fulgor me ha enviado para llevarlos al Palacio de Invierno.

Subieron al coche, apretándose en el asiento de atrás, uno a cada lado de Pennyroyal, que ocupó una sorprendente cantidad de espacio para un hombre tan pequeño. Smew cerró el techo y partieron. Tom miró hacia atrás para despedirse de los Aakiuq, que los observaban desde una ventana de su casa, pero el puerto aéreo se había desvanecido en medio de las ráfagas de viento y la oscuridad invernal. El coche circulaba por la amplia avenida, en la que se abrían a ambos lados arcadas cubiertas

formando soportales. Tiendas, restaurantes y grandiosas villas se diseminaban por allá, todo vacío y sin vida, en la más completa oscuridad.

—Esta es Rasmussen Prospekt —anunció Smew—. Una calle muy elegante. Atraviesa por completo el centro de la ciudad alta de proa a popa. Tom miró a través de la cubierta transparente del coche. Se hallaba impresionado por aquel lugar tan bello y desolado y, así y todo, aquel vacío le ponía nervioso. ¿Adónde se dirigía, a toda velocidad, hacia el muerto norte y de aquella forma? Se estremeció dentro de sus cálidas ropas recordando sus días a bordo de otra ciudad que se había dirigido al lugar equivocado siguiendo un misterioso destino, Tunbridge Wheels, que su desquiciado alcalde había conducido a una tumba de agua allá en el Mar de Khazak.

—Ya hemos llegado —anunció de repente Smew—. El Palacio de Invierno, el hogar de la Casa de Rasmussen durante ochocientos años.

Se estaban acercando a la popa de la ciudad y el motor eléctrico del coche refunfuñó y relinchó a medida que ascendían una larga rampa. En la cúspide se hallaba el palacio que Tom había vislumbrado desde el aire la noche anterior: una enroscadura de metal blanco con chapiteles y balcones tallados en el hielo. Los pisos altos parecían vacíos y abandonados, pero se veían luces en algunas de las ventanas de las plantas inferiores y las llamas de gas bailaban en trípodes de bronce por fuera de la puerta de entrada circular.

El coche crujió antes de detenerse en el camino helado y Smew sujetó la cubierta transparente en forma de baldaquino mientras los pasajeros descendían. Luego se apresuró a subir las escaleras del palacio para abrir la puerta exterior, llevándolos hasta una pequeña cámara llamada *el guardacalor*. Cerró la puerta por completo y, tras unos segundos, cuando el aire frío que había entrado con los visitantes se había ya templado gracias a unos calentadores colocados en el techo y las paredes, se abrió una puerta interior. Siguieron a Smew hasta un vestíbulo revestido de paneles en cuyas paredes colgaban tapices. Puertas dobles gigantescas se alzaban por delante, adornadas con aleaciones de vieja tecnología de valor incalculable. Smew llamó a la puerta y luego susurró:

—Esperen aquí, por favor. —Y salió disparado por un pasadizo lateral. El edificio crujió ligeramente, balanceándose con el movimiento de la ciudad. Había un olor a moho.

—A mí no me gusta esto —dijo Hester, elevando la vista hacia los gruesos velos de telarañas que envolvían las lámparas de brazos que pendían del techo y colgaban de los conductos de la calefacción—. ¿Por qué nos ha pedido que viniéramos? Podría ser una trampa.

—Tonterías, señorita Shaw —se burló Pennyroyal tratando de no parecer demasiado alarmado por su sugerencia—. ¿Una trampa? ¿Por qué tendría que tendernos una trampa la margravina? Es una clase de persona muy superior, recuerda, una especie de alcaldesa.

Hester se encogió de hombros.

—Yo solo he conocido a dos alcaldes antes y ninguno de ellos era muy superior. Los dos estaban locos de atar, como auténticas cabras.

Las puertas se movieron de repente y se apartaron lateralmente, chirriando ligeramente sobre sus rodamientos. Tras ellas se hallaba Smew, vestido ahora con una amplia túnica azul y un sombrero de seis picos y sujetando un bastón de ceremonia el doble de alto que él. Dio la bienvenida a los invitados solemnemente, como si nunca los hubiera visto con anterioridad, y luego golpeó con el bastón tres veces en el suelo de metal.

—El profesor Nimrod Pennyroyal y sus acompañantes —anunció, y se hizo a un lado para permitirles entrar en el espacio de columnas a su espalda.

Una fila de globos de argón colgaban del techo abovedado y cada uno de ellos lanzaba un resplandor circular sobre el suelo abajo, como piedras al estilo de las que se usan para cruzar un río poco profundo, pero en este caso, de luz, que les señalaban el camino hacia el lejano extremo de la enorme cámara. Alguien se encontraba esperando allí, sentada en un trono ampuloso sobre un estrado elevado. Hester estiró su mano en busca de la de Tom y, uno junto al otro, siguieron a Pennyroyal a través de las luces y de las sombras, hasta que se detuvieron al pie de los escalones del estrado y elevaron la vista hasta el rostro de la margravina.

Por alguna razón, los dos habían esperado encontrarse a alguien de más edad. Todo en aquella silenciosa y herrumbrosa casa hablaba de edad y de decadencia, de antiguas costumbres conservadas durante mucho tiempo después de que su utilidad y su propósito se hubieran olvidado. Y, a pesar de todo eso, la muchacha que los miraba con altivez desde allá arriba era más joven incluso que ellos. No pasaría de los dieciséis. Era una muchacha alta y bonita, vestida con un elaborado traje azul hielo y un sobremanto blanco con un cuello de piel de zorro. Sus rasgos tenían algo del aspecto inuit, esquimal, de Aakiuq y su esposa, pero su piel era muy clara y su cabello dorado. Del color de las hojas del otoño, pensó Hester, escondiendo su rostro. La belleza de la margravina le hizo sentirse pequeña y sin ningún valor, innecesaria. Empezó a mirar en busca de defectos. Está demasiado gorda. Y su cuello necesita un buen lavado. Y las polillas han hecho de las suyas en ese precioso vestido y todos los botones están mal atados…

A su lado, Tom pensaba a su vez: «¡Tan joven y a cargo de toda una ciudad! ¡No es de extrañar que tenga un aspecto tan triste!».

—Su Señoría —dijo Pennyroyal haciendo una profunda reverencia—. Quisiera expresarle lo agradecido que estoy por la amabilidad que Su Señoría y su pueblo han extendido hacia mí y hacia mis jóvenes compañeros…

—Debéis llamarme Su Fulgor —dijo la muchacha— o Luz de los Campos de Hielo.

Se produjo un incómodo silencio. Pequeños chirridos y chasquidos surgieron procedentes de los conductos de calefacción, que serpenteaban por el techo llevando calor reciclado procedente de los motores con que caldear el palacio. La muchacha

observaba a sus invitados. Por fin dijo:

—Si tú eres Nimrod Pennyroyal, ¿cómo es que estás mucho más gordo y más calvo que en tu retrato?

Ella tomó un libro de una mesita auxiliar y se lo puso ante la vista, mostrándole la contracubierta. En ella se veía el retrato de alguien que podía haber sido un apolíneo hermano menor de Pennyroyal.

—Ah, bueno, licencias artísticas, ya se sabe —dijo el explorador en tono de bravata—. Tonto de pintor; le dije que me sacara tal como era, con barriga y amplia frente y todo lo demás, pero vos sabéis lo que son estos tipos artísticos: les encanta idealizar, mostrar al hombre en su interior…

La margravina sonrió. (Parecía incluso más bonita al sonreír. Hester decidió que le caía fatal).

—Solo quería saber si era usted realmente, profesor Pennyroyal —dijo ella—. Entiendo lo del retrato. Yo siempre tenía que hacerme los míos para placas, sellos, monedas y esas cosas antes de que llegara la epidemia, y *rara* vez consiguieron que me pareciera…

Dejó de hablar de repente, como si una niñera interna le hubiera recordado que una margravina no parlotea frente a sus invitados como una quinceañera nerviosa.

—Podéis sentaros —les anunció de un modo mucho más formal, y dio una palmada. Una puerta detrás del trono se abrió inmediatamente y Smew entró a continuación, arrastrando unas cuantas sillas pequeñas. Había adquirido otro aspecto en cuanto a su vestimenta: la gorra o casquete y la colorida túnica de un lacayo. Por un momento Tom se preguntó si realmente eran tres hombrecitos idénticos al servicio de la margravina, pero si miraba con más atención resultaba obvio que era el mismo Smew, que aún seguía casi sin respiración a causa de sus súbitos cambios; además, la peluca del chambelán todavía asomaba por uno de sus bolsillos—. Date prisa —le dijo la margravina.

—Lo siento, Su Fulgor. —Smew colocó las tres sillas frente al trono y luego desapareció de nuevo en las sombras. Un momento después, ya estaba de vuelta, empujando un carrito térmico en el que se hallaba una tetera y una bandeja con pastas de almendra. Con él venía otro hombre, alto, serio y mayor, totalmente vestido de negro. Saludó con la cabeza a los recién llegados, luego se situó junto al trono mientras Smew servía el té en coquetas tazas de cristal de explosión y se las acercaba a los invitados.

—¿Así que debo dar por supuesto que conocéis mi trabajo, oh Luz de los Campos de Hielo? —dijo Pennyroyal con una sonrisa casi tonta.

La máscara de cortés etiqueta de la margravina se deslizó de su sitio otra vez, mostrando por completo a la excitable y nerviosa adolescente.

—¡Ah, sí! Me encanta la historia y las aventuras. Solía leer todo lo que podía acerca de ellas antes de…, bueno, antes de que me convirtiera en margravina. He leído a todos los clásicos. Valentine y Spofforth y Tamarton Foliot. Pero sus obras

han sido siempre mis favoritas, profesor Pennyroyal. Eso fue lo que me dio la idea de…

—Cuidado, margravina —dijo el hombre que se hallaba a su lado. Su voz era un suave murmullo de desaprobación, como un motor bien ajustado.

—Bueno, de todas formas —continuó la margravina—, ¡esa es la razón por la que los Dioses del Hielo os enviaron aquí! Es una señal, ya veis. Una señal de que tomé la decisión correcta y de que encontraremos lo que estamos buscando. Con vos para ayudarnos ¿cómo podríamos de ninguna manera fracasar?

—Está como una regadera —le susurró al oído Hester a Tom, en voz muy baja.

—Me siento un tanto confuso, Su Fulgor —admitió Pennyroyal—. Pienso que quizá mi intelecto está aún un tanto embotado después del golpe en la cabeza. Me temo que no acabo de comprender…

—Es muy sencillo —respondió la margravina.

—Margravina —previno de nuevo el anciano situado a su lado.

—¡Oh, no actuéis como un viejo aguafiestas, señor Scabious! —le replicó—. ¡Este es el profesor Pennyroyal! ¡Podemos confiar en él!

—No lo dudo, Su Fulgor —dijo Scabious—. Lo que me preocupa son sus jóvenes amigos. Si se enteran de nuestro rumbo, existe el peligro de que se escapen de aquí para vendernos a Arkangel tan pronto como tengan su nave arreglada. El *direktor* Masgard estaría entusiasmado de poner sus manos sobre mis motores.

—¡Nosotros nunca haríamos algo como eso! —gritó Tom, y hubiera salido disparado hacia delante para enfrentarse al anciano si Hester no le hubiera sujetado.

—Creo que puedo responder de la honestidad de mi tripulación, Su Fulgor —añadió Pennyroyal—. El capitán Natsworthy es un historiador, como yo, formado en el Museo de Londres.

La margravina giró el rostro para estudiar a Tom por primera vez, con semejante admiración que él se sonrojó y tuvo que bajar la mirada hacia sus propios pies.

—Entonces, sed bienvenido, señor Natsworthy —dijo ella con dulzura—. Espero que os quedéis y podáis ayudarnos también.

—¿Ayudaros en qué? —preguntó Hester con rotundidad.

—En nuestro viaje a América, naturalmente —replicó la muchacha. Le dio la vuelta al libro que tenía en las manos para enseñar la portada. Mostraba un musculoso y demasiado atractivo Pennyroyal peleando con un oso, apoyado calurosamente por una moza vestida con un bikini de piel. Era la primera edición de *América la bella*.

—Este fue siempre mi favorito —explicó la margravina—. Espero que esa sea la razón por la que los Dioses del Hielo metieron la idea de América en mi cabeza. Vamos a encontrar nuestro camino a través del hielo hacia el nuevo espacio verde que el profesor Pennyroyal descubrió. Allí cambiaremos nuestros patines por ruedas, talaremos los árboles para conseguir combustible, comerciaremos con los salvajes y les enseñaremos los beneficios del darwinismo municipal.

—Pero, pero, pero… —Pennyroyal se agarró con fuerza a los brazos de su silla

como si estuviera montado en una montaña rusa—. Pero lo que quiero decir es que la Plancha de Hielo Canadiense, al oeste de Groenlandia, ninguna ciudad ha intentado nunca…

—Lo sé, profesor —asintió la muchacha—. Va a ser un viaje largo y peligroso para nosotros, de la misma forma que lo fue para vos cuando salisteis a pie de América cruzando todos aquellos hielos. Los dioses están con nosotros. Tienen que estarlo. De otra forma, no os hubieran enviado aquí. Os voy a nombrar *navegante jefe honorario* y con vuestra ayuda yo sé que llegaremos a salvo a nuestro nuevo territorio de caza.

Tom, encantado con la valentía de la visión de la margravina, se volvió hacia Pennyroyal.

—¡Qué suerte tan maravillosa, profesor! —le dijo lleno de felicidad—. ¡Podrás volver a América después de todo!

Pennyroyal hizo un ruido como de gorjeo apagado y sus ojos parecía que se le salían de las órbitas.

—Yo… navegante jefe, ¿eh? Sois demasiado amable, Luz de los Campos de Hielo, demasiado amable…

Su taza de cristal de explosión se le resbaló de la mano mientras se desmayaba, haciéndose añicos en el suelo de hierro. Smew chasqueó la lengua en señal de desaprobación, porque el juego era una vieja reliquia de familia de la Casa de Rasmussen, pero Freya pareció no darle importancia.

—El profesor Pennyroyal está aún débil y no se ha recuperado de sus aventuras —dijo—. ¡Llevadlo a la cama! Habitaciones oreadas en la sección de invitados para él y sus amigos. Lo cuidaremos para que recupere su salud cuanto antes. Y deja de ponerte neurasténico por esa tontería de taza, Smew. ¡Una vez que el profesor nos haya llevado a América, podremos excavar y obtener cuanto cristal de explosión queramos!

9

Bienvenidos al Complejo

A un buen trecho de allí, ya hacia el sur, más allá de los márgenes del hielo, surgía una isla sobre un frío mar. Era negra, irregular, con vetas de los excrementos de las gaviotas y los págalos que construían sus hogares sobre sus arrecifes. El ruido de las aves podía oírse a kilómetros de distancia, con sus sonidos metálicos, sus chillidos y el fragor de sus peleas, buceando en la marea en busca de peces o revoloteando en grandes bandadas sobre la elevada cumbre, a veces posándose en los tejados de los achaparrados edificios pegados al suelo o sobre las roñosas barandillas de las precarias pasarelas de metal que sobresalían de los escarpados acantilados como grupos de hongos sobre el tocón de un árbol muerto. Porque, aunque el lugar parecía inhabitable, la gente vivía allí; los hangares de las naves habían sido construidos volando la roca y grupos de tanques de combustible esféricos se arracimaban como huevos de araña en grietas estrechas. Era la Percha de los Bribones, donde Loki el Rojo y su legendaria banda de piratas aéreos habían construido su nido de águilas, su refugio en la cima.

Loki se había ido ya y todavía quedaban allí cicatrices de explosiones de cohetes en algunos edificios para mostrar que no se había marchado por propia voluntad. Una gran unidad de asalto de la Tormenta Verde había descendido a su refugio una noche tranquila, habían hecho una carnicería con los piratas y había tomado el control de la Percha, estableciendo una base a la que no pudiera acceder ninguna ciudad hambrienta.

El sol se estaba poniendo; el rojo, el púrpura y el naranja ahumado inundaron todo el cielo haciendo que la isla pareciera incluso más siniestra de lo normal, cuando el Temporary Blip llegó resoplando de barlovento. Los emplazamientos de artillería giraron como cabezas blindadas siguiendo el rumbo de la vieja y redonda aeronave. Cuando se aproximó hacia el hangar principal, su escolta de espíritus del zorro voló en círculos a su alrededor como perros pastores tratando de llevar al aprisco a una oveja retrasada.

—¡Vaya basurero! —se quejó una de las esposas de Widgery Blinkoe mirando por las ventanas de la góndola.

—Nos dijiste que informar sobre aquella vieja aeronave nos traería suerte y dinero —afirmó otra—. Nos dijiste que estaríamos tomando el sol en una plataforma turística, no arrastrándonos por el borde del mundo.

—¡Prometiste vestidos nuevos y esclavos!

—¡Silencio, esposas! —gritó Blinkoe, tratando de concentrarse en las palancas

del timón mientras la tripulación de tierra le guiaba hacia el hangar con banderolas de colores—. ¡Mostrad más respeto! ¡Esta es una base de la Tormenta Verde! Es un honor ser invitado aquí, una señal de que valoran mis servicios. —Pero, en realidad, él estaba tan bajo de moral como ellas por haber sido llamado a la Percha de los Bribones. Después de que radiara su avistamiento de la Jenny Haniver a la base de la Tormenta en las Tannhäuser, había esperado una palabra de agradecimiento y quizá una bonita paga. Lo que no había esperado de ninguna manera es que le saltara detrás una banda de espíritus del zorro tan pronto como dejara Puertoaéreo y lo llevaran prácticamente a rastras todo el tiempo hasta llegar aquí.

—¡Pues vaya negocio! —refunfuñaban sus mujeres, dándose codazos unas a otras.

—¡Es una pena que la Tormenta Verde no le respete tanto como él los respeta a ellos!

—¡Valorar sus servicios, verdaderamente!

—¡Pensad en los negocios que nos estamos perdiendo arrastrándonos hasta aquí!

—Mi madre me advirtió que no me casara con él.

—¡Y la mía!

—¡La mía también!

—¡Él sabe que es una empresa descabellada! ¡Mirad el aspecto tan preocupado que tiene!

* * *

El señor Blinkoe seguía teniendo el mismo aspecto de preocupación cuando descendió del Temporary Blip en el caótico hangar lleno de ecos, pero su expresión cambió hasta componer una indulgente sonrisa cuando una bonita subalterna vino a toda prisa a saludarlo. Widgery Blinkoe tenía verdadera debilidad por las mujeres jóvenes y bonitas, que era lo que había hecho que acabara casándose con cinco de ellas, y aunque todas habían resultado ser bastante chillonas y obstinadas y tendían a hacer piña para tomarla con él, no podía evitar jugar con la idea de pedirle a la subalterna si querría convertirse en la número seis.

—¿Señor Blinkoe? —preguntó—. Bienvenido al Complejo.

—Yo pensaba que se llamaba la Percha de los Bribones, cariño.

—La comandante prefiere que lo llamemos el Complejo.

—Oh.

—Estoy aquí para llevaros ante ella.

—Ella, ¿eh? No me había dado cuenta de que había tantas damas en vuestra organización.

La sonrisa de la muchacha se desvaneció.

—La Tormenta Verde cree que tanto los hombres como las mujeres deben desempeñar su papel en la guerra que se avecina para derrotar a los bárbaros traccionistas y conseguir que la Tierra se vuelva verde de nuevo.

—Oh, claro, claro, naturalmente que sí —dijo rápidamente el señor Blinkoe—. No podría estar más de acuerdo. —A él no le gustaba nada aquel tipo de charla: la guerra era tan terriblemente mala para los negocios… Pero los últimos años habían sido malos para la Liga Antitracción: Londres se había trasladado casi hasta las puertas de Batmunkh Gompa y sus agentes habían incendiado la Flota Aérea del Norte. Eso significaba que ya no quedaban más naves que pudieran venir en ayuda de la Estática Spitzbergen cuando Arkangel la atacó el pasado invierno, y así la última gran ciudad antitracción del norte había sido engullida por las entrañas del depredador. Por eso resultaba natural que algunos de los oficiales más jóvenes de la Liga se hubieran vuelto impacientes con los nervios y titubeos del Alto Consejo y rabiaban por vengarse. Por suerte, todo quedaría en nada.

Caminando detrás de la subalterna, trató de calibrar la fuerza de aquella pequeña base. Había un par de espíritus del zorro bien armados esperando alertas en rampas de salida y muchos soldados con uniformes blancos y cascos de bronce en forma de cáscara de cangrejo, todos ellos con brazaletes en los que figuraba el símbolo del rayo de la Tormenta Verde. «Alta seguridad», pensó, desviando la mirada rápidamente hacia sus ametralladoras de carga de vapor. Pero ¿por qué? ¿Qué estaba sucediendo allí, en el fondo de la nada, que justificase todo esto? Una formación de soldados pasó llevando grandes cajas de metal, con rótulos que decían «FRÁGIL» y «MÁXIMO SECRETO», herméticamente cerradas. Un hombrecito de cabeza calva que llevaba una túnica de plástico transparente encima del uniforme gritaba insistentemente a los soldados:

—¡Caminad con cuidado ahora! ¡No os tropecéis! ¡Estos son instrumentos muy sensibles!

Captando la mirada de Blinkoe, le echó también un vistazo. Había un pequeño tatuaje entre sus cejas con la forma de una rueda roja.

—¿Qué es lo que hacéis aquí exactamente? —preguntó Blinkoe a su femenina escolta, siguiéndola fuera del hangar por húmedos túneles y escaleras, adentrándose cada vez más en el corazón de la roca.

—Es secreto —respondió ella.

—Pero seguro que me lo puedes contar a mí, ¿a que sí?

La subalterna negó con la cabeza. Era el tipo característico de militar femenina ruda, decidió Blinkoe: ni la sexta parte del material de señora Blinkoe al que estaba él acostumbrado. Desvió su atención a los carteles pegados en las paredes del pasadizo. Mostraban aeronaves de la Liga dejando caer como lluvia cohetes sobre ciudades móviles bajo lemas airados que exhortaban al lector a DESTRUIR TODAS LAS CIUDADES. Entre los carteles había señales impresas indicando el camino a los bloques de celdas, cuarteles, diversas plataformas de artillería y a un laboratorio. Aquello parecía raro

también. La Liga Antitracción siempre se había mostrado desdeñosa con la ciencia. Creían que cualquier tecnología más complicada que una aeronave o un lanzador de cohetes era algo propio de bárbaros y era mejor ignorarlo. Estaba claro que la Tormenta Verde tenía ideas diferentes.

El señor Blinkoe comenzó a sentir un poco de miedo.

* * *

El despacho de la comandante estaba en uno de los viejos edificios de la cima de la isla. Había sido en tiempos el cuartel privado de Loki el Rojo y las paredes habían sido decoradas con insolentes murales que la comandante había blanqueado remilgadamente. La capa de pintura era delgada y, a pesar de todo, comenzaban a asomar suavemente por aquí y por allá rostros pintados, como si fueran los fantasmas de los piratas muertos, que contemplaban con mirada desaprobatoria a los nuevos inquilinos de la Percha. En el otro extremo, una gran ventana circular daba a prácticamente nada.

—Eres Blinkoe, ¿no? Bienvenido al Complejo.

La comandante era muy joven. El señor Blinkoe había esperado que fuera bonita, pero resultó ser una pequeña descarada con un aspecto verdaderamente serio y adusto, con un corte en su pelo negro a lo *garçon* y un rostro duro del color de la turba.

—Tú eres el agente que avistó la Jenny Haniver en Puertoaéreo, ¿es cierto? —preguntó. Sus manos se abrían y cerraban con fuerza, como inquietas arañas marrones. ¡Y la forma en que ella lo miraba con aquellos grandes ojos oscuros!

Blinkoe se preguntó si no estaría ligeramente loca.

—Sí, Su Honor —respondió nervioso.

—¿Y estás seguro de que era ella? ¿No hay posibilidad de ningún error? No será esta una historia que te has inventado para defraudar el dinero de la Tormenta Verde, ¿verdad?

—¡No, no! —respondió apresuradamente Blinkoe—. Por los Dioses que no: era la nave de Flor del Viento. ¡Tan claro como el agua!

La comandante se alejó de él, se dirigió hacia la ventana y se puso a mirar por el cristal salpicado de salitre a un cielo que se oscurecía rápidamente. Al cabo de un instante dijo:

—Un ala de los espíritus del zorro despegó de una de nuestras bases secretas para interceptar a la Jenny. No regresó ninguno.

Widgery Blinkoe no sabía bien qué decir.

—Madre mía —se aventuró a musitar.

Ella se volvió hacia él de nuevo, pero él no pudo ver su expresión porque la

comandante se encontraba en pie, de espaldas a la luminosa ventana.

—Los dos bárbaros infiltrados que robaron la Jenny Haniver en Batmunkh Gompa han debido hacerse pasar por simples pilluelos de la Región Exterior, pero en realidad eran agentes a sueldo de Londres espléndidamente entrenados. Por eso no hay ninguna duda de que utilizaron su infernal astucia para burlar y destruir nuestras naves y luego escapar hacia los Desiertos de Hielo del Norte.

—Es, humm…, perfectamente posible, comandante —se mostró de acuerdo Widgery Blinkoe, pensando en lo improbable que todo aquello parecía.

Ella se le acercó. Era una muchacha bajita y ligera, con unos ojos que ardían al mirarlo.

—Tenemos muchos espíritus del zorro. La Tormenta Verde crece cada día con más fuerza. Muchos comandantes de la Liga están de nuestra parte y estamos preparados para enviar soldados y naves a fortalecer nuestras bases. De lo que carecemos es de una red de inteligencia. Esa es la razón por la que te necesitamos, Blinkoe. Quiero que me ayudes a encontrar la Jenny Haniver y a los bárbaros que la pilotan.

—Eso es, humm; bien, eso podía ser, sí —respondió Blinkoe.

—Serás bien pagado por tus servicios.

—¿Cómo de bien? No quiero parecer un mercenario, pero tengo cinco mujeres que mantener…

—Diez mil cuando entregues la nave aquí.

—¡Diezm…!

—La Tormenta Verde recompensa bien a quien le sirve —le aseguró la comandante—. Pero también castigamos a los que nos traicionan. Si se te escapa el más mínimo resuello sobre esta conversación o sobre lo que has visto en el Complejo, a quienquiera que sea, te encontraremos y te mataremos. Y de forma absolutamente dolorosa. ¿Entiendes?

—¡Hip! —Pudo casi afirmar Blinkoe, dándole vueltas y más vueltas a su sombrero en las manos—. Humm… ¿Puedo preguntar por qué? Quiero decir, ¿por qué esa nave es tan importante? Pensé que podría tener un valor sentimental, como si representara alguna clase de símbolo para la Liga, pero resulta difícil imaginar que tenga algún valor…

—Tiene el valor que yo te estoy ofreciendo. —La comandante sonrió por primera vez: una leve, pequeña, fría y dolorida sonrisa, como la de alguien que agradece a un pariente lejano su asistencia a un funeral—. La Jenny Haniver y los bárbaros que la robaron podrían ser vitales para nuestro trabajo aquí —dijo—. Eso es todo lo que necesitas saber. Encuéntrala y tráemela, señor Blinkoe.

10

La Wunderkammer

Todos los médicos de Anchorage habían muerto. La mejor enfermera que se pudo encontrar para el profesor Pennyroyal fue Windolene Pye, del Comité de Dirección, que una vez había realizado un curso de primeros auxilios. Sentada junto a su cama, en una lujosa habitación de invitados del Palacio de Invierno, ella sujetaba su muñeca entre sus delgados dedos, comprobando su pulso ante el reloj de bolsillo.

—Yo creo que solamente se ha desvanecido —anunció—. Quizá por el agotamiento, o un efecto secundario de sus terribles aventuras. Pobre caballero.

—¿Cómo es que nosotros no nos hemos caído redondos también? —quiso saber Hester—. También pasamos por terribles aventuras y no se nos ve desmayándonos por todos los sitios como viejas solteronas.

La señorita Pye, que era una vieja solterona, le dedicó a Hester una mirada taladrante.

—Creo que deberíais dejar al profesor en paz. Necesita silencio y cuidado continuo durante estas veinticuatro horas. Así que fuera de aquí todos…

Hester, Tom y Smew se retiraron hacia el pasillo y Windolene Pye cerró la puerta firmemente detrás de ellos. Tom dijo:

—Espero que sea porque le ha embargado la emoción. Se ha pasado años intentando que alguien le financiase una segunda expedición a América, y encontrarse de repente con que la margravina va a llevarse a toda su ciudad allí…

Hester se rio.

—¡Es imposible! ¡Está loca!

—Señorita Shaw —jadeó entrecortado Smew—, ¿cómo puede decir usted semejantes cosas? La margravina es nuestra soberana y la representante en la tierra de los Dioses del Hielo. Fue su antepasada, Dolly Rasmussen, quien sacó a los supervivientes de la primera Anchorage de América. Es completamente natural que sea una Rasmussen la que nos lleve de nuevo a casa.

—No sé por qué la defiendes —rezongó Hester—. Te trata como algo que se encontró pegado en la suela del zapato. Y supongo que sabes que no engañas a nadie con todos esos cambios de vestimenta. Podemos asegurar que solo hay una persona entre todos los sirvientes.

—Yo no estoy tratando de engañar a nadie —replicó Smew con inmensa dignidad —. La margravina debe ser atendida por ciertos sirvientes y oficiales: chóferes, jefes de cocina, chambelanes, lacayos, etc. Por desgracia, todos ellos han muerto. Por eso yo debo ocupar todos los huecos. Pongo mi granito de arena para mantener en

funcionamiento las viejas tradiciones.

—¿Y qué eras antes? ¿Chófer o chambelán?

—Era el enano de la margravina.

—¿Y para qué necesitaba ella un enano?

—El servicio de la margravina *siempre* ha tenido un enano. Para entretener y divertir a la margravina.

—¿Cómo?

Smew se encogió de hombros.

—Siendo pequeño, supongo.

—¿Y eso es divertido?

—Es tradición, señorita Shaw. Hemos sido muy felices con nuestras tradiciones en Anchorage; luego llegó la epidemia. Aquí están vuestras habitaciones.

Abrió de golpe las puertas de dos habitaciones un poco más allá, en el mismo pasillo que la de Pennyroyal. Las dos tenían amplias ventanas, una gran cama y gruesos conductos de calefacción. Cada una de ellas era aproximadamente del tamaño de la góndola completa de la Jenny Haniver.

—Tienen un aspecto estupendo —dijo Tom agradecido—, pero solo necesitamos una.

—Ni hablar de eso —dijo Smew, entrando animoso en la primera habitación para ajustar los controles de la calefacción—. Nunca se había oído que personas solteras de distinto sexo hubieran compartido una habitación en el Palacio de Invierno. Podía ocurrir cualquier tipo de besuqueo y cosas de esas. —Un ruido en uno de los tubos de calefacción lo distrajo un instante y luego se volvió hacia Hester y Tom con un pícaro guiño—. De todas formas, hay una puerta que conecta las dos habitaciones, y si alguien quisiera trasladarse de un sitio a otro, bueno, nadie se enteraría jamás…

* * *

Pero había alguien que sabía casi todo lo que sucedía en Anchorage. Espiando en sus pantallas en la oscuridad azul, los observadores tenían una visión granulada, como a través de un objetivo de ojo de pez, de Tom y Hester siguiendo al enano hacia la segunda habitación.

—¡Ella es tan fea!

—No parece demasiado feliz.

—¿Y quién lo estaría, con una cara como esa?

—No, no es eso. Está celosa. ¿No te has fijado en la forma en que Freya mira a su chico?

—Ya estoy harto de todo esto. Vamos a cambiar de asunto.

El cuadro cambió, saltando a otras imágenes: los Aakiuq en su cuarto de estar.

Scabious en su solitaria casa, el tranquilo y paciente trabajo del distrito de máquinas y la zona agrícola…

* * *

—¿No deberíamos mandar algún mensaje a los Aakiuq? —preguntó Tom, mientras Smew realizaba sus ajustes en la calefacción de la segunda habitación y se disponía a irse—. Estarán esperando nuestro regreso.

—Ya se ha hecho, señor —dijo Smew—. Ahora sois huéspedes de la Casa de Rasmussen.

—El señor Scabious no se sentirá muy feliz al respecto —respondió Hester—. No parecía que le gustáramos ni siquiera un poco.

—El señor Scabious es un hombre pesimista —contestó Smew—. No es culpa suya. Es viudo, y su único hijo, Axel, murió en la epidemia. No ha sabido llevar bien la pérdida. Pero no tiene ningún poder para impedir que la margravina os ofrezca su hospitalidad. Sois muy bienvenidos aquí, en el Palacio de Invierno. Solo tenéis que tocar un timbre para llamar a un criado (de acuerdo, yo) si necesitáis algo. La cena será a las siete, pero sería bueno que, por favor, pudieseis bajar un poco antes: la margravina desea enseñaros su Wunderkammer.

«¿Su qué?», pensó Hester, pero estaba ya harta de parecer ignorante y estúpida ante Tom, así que se quedó callada. Cuando Smew se hubo ido, abrieron la puerta que comunicaba las dos habitaciones y se sentaron en la cama de Tom, rebotando suavemente arriba y abajo para comprobar los muelles.

—¡América! —exclamó Tom—. ¡Imagínate! Es muy valiente esta Freya Rasmussen. Casi ninguna ciudad se aventura a ir al oeste de Groenlandia y ninguna ha tratado de alcanzar el Continente Muerto.

—No, porque está *muerto* —contestó Hester agriamente—. Yo creo que no arriesgaría toda una ciudad por lo que dice uno de los libros de Pennyroyal.

—El profesor Pennyroyal sabe de lo que está hablando —le respondió Tom con lealtad—. De todas formas, él no es el único que habla de lugares verdes en América.

—¿Todas esas leyendas de aviadores, quieres decir?

—Bueno, sí. Y el mapa de Snori Ulvaeusson.

—¿Aquel del que me hablaste? ¿Aquel que desapareció convenientemente antes de que nadie pudiera hacer ninguna comprobación?

—¿Estás diciendo que el profesor miente? —le preguntó Tom.

Hester negó con la cabeza. No estaba segura de lo que estaba diciendo: solo que encontraba difícil de aceptar el relato de Pennyroyal sobre bosques vírgenes y nobles salvajes. ¿Pero quién era ella para dudar de él? Pennyroyal era un famoso explorador que había escrito libros, y Hester ni siquiera había *leído* un libro en toda su vida. Tom

y Freya creían en él y ellos sabían mucho más de estas cosas que ella. Simplemente, no podía identificar al tímido hombrecillo que se echaba a temblar cada vez que un cohete pasaba cerca de la Jenny Haniver con el valiente explorador que había vencido en su lucha con los osos y se había hecho amigo de los salvajes americanos.

—Iré a ver a Aakiuq mañana —dijo ella—. Para ver si puede acelerar las labores de reparación de la Jenny.

Tom asintió, pero sin mirarla.

—Me gusta estar aquí —dijo—. Esta ciudad, quiero decir. Es triste, pero es estupenda. Me recuerda algunas de las partes más agradables de Londres. Y no va por ahí comiéndose a otras ciudades, como hacía Londres.

Hester se imaginaba que se estaba abriendo una brecha entre ambos, como una rendija en el hielo, muy delgada de momento, pero que probablemente se iba a ensanchar. Y dijo:

—Es tan solo otra ciudad-tracción, Tom. Comerciantes y depredadores, son todos lo mismo. Muy bonito por arriba, pero abajo habrá esclavos y suciedad y sufrimiento y corrupción. Cuanto antes nos vayamos, mejor para los dos.

* * *

Smew volvió a recogerlos a las seis y los llevó abajo por la larga escalera de caracol hasta un recibidor donde los estaba esperando Freya Rasmussen.

La margravina parecía haber realizado un intento de hacer algo interesante con su pelo, pero debía de haber desistido a mitad de camino. Parpadeó al ver a sus invitados a través de su flequillo demasiado largo y dijo:

—Me temo que el profesor Pennyroyal sigue aún indispuesto, pero estoy segura de que se recuperará. Sería difícil de creer que los Dioses del Hielo lo hubieran enviado hasta aquí para dejarle morir, ¿no es cierto? No estaría bien. Pero estarás interesado en mi Wunderkammer, Tom, un historiador de Londres como tú.

—Vale, ¿qué es un Wunderkammer? —preguntó Hester, harta de ser ignorada por aquella adolescente maleducada.

—Es mi museo privado —respondió Freya—. Mi Gabinete de las Maravillas, mi Cámara de los Prodigios. —Freya estornudó y esperó un momento a que llegara una doncella a limpiarle la nariz; luego se acordó de que estaban todas muertas y se limpió con la manga—. Me encanta la historia, Tom. Todas esas cosas antiguas que la gente obtuvo en las excavaciones, cosas corrientes que una vez fueron utilizadas por gente corriente pero que se han ido haciendo especiales con el transcurso del tiempo. —Tom asentía con entusiasmo y ella rio, sintiendo que había encontrado un alma gemela—. Cuando yo era pequeña, no quería ser margravina en absoluto. Quería ser historiadora, como tú y el profesor Pennyroyal. Así que inicié mi propio museo.

Venid a verlo.

Smew dirigía la marcha y la margravina continuaba aún su animada y brillante charla a medida que iban caminando por distintos pasillos y atravesaban una enorme sala de baile cuyas grandes arañas de luz se encontraban recubiertas de fundas para el polvo y depositadas fuera, en un claustro de paredes de cristal. Las luces brillaban en la oscuridad exterior e iluminaban los remolinos de nieve alrededor de una fuente helada. Hester se metió las manos en los bolsillos y las convirtió en puños, caminando aún ofendida detrás de Tom. «Así que no solo es bonita, —pensó—, sino que se ha leído los mismos libros que Tom y lo sabe todo sobre la Historia, y aún espera que los dioses jueguen limpio. Es como la imagen de Tom en un espejo. ¿Cómo puedo competir con eso?».

El paseo terminó en un recibidor circular, en una puerta guardada por dos *stalkers*. En cuanto Tom reconoció sus formas angulares, se detuvo en seco, retrocedió y casi gritó de terror, pues una de aquellas máquinas luchadoras de armadura blindada los había perseguido en una ocasión a Hester y a él en medio del Territorio de Caza. Entonces Smew encendió un globo de argón y Tom vio que aquellos *stalkers* eran solo reliquias: oxidados exoesqueletos de metal sacados a trozos del hielo y que se encontraban allí, colocados a la entrada de la Wunderkammer de Freya Rasmussen, como elementos decorativos. Miró a Hester para ver si compartía su temor, pero ella miraba hacia otro lado y, antes de que pudiera llamar su atención, Smew había abierto la puerta y la margravina los introducía en su museo.

Tom la siguió por el polvo y la penumbra con una extraña sensación de haber regresado a casa. Cierto: la gran habitación solitaria se parecía más a una tienda de chatarra que a las cuidadosas exposiciones en las que él estaba acostumbrado a cooperar en Londres, pero, de todas formas, era también como la cueva del tesoro. Los Desiertos de Hielo habían visto el resurgimiento y la caída de al menos dos civilizaciones desde la Guerra de los Sesenta Minutos y Freya poseía importantes reliquias de cada una de ellas. Había también una maqueta de Anchorage tal como debía haber sido en sus días estáticos, una estantería con jarrones de la cultura del Metal Azul y algunas fotografías de los Círculos de Hielo, un misterioso fenómeno que a veces se producía en el Alto Hielo.

Caminando como un sonámbulo entre los objetos exhibidos, Tom no se dio cuenta de lo remisa que se mostraba Hester a seguirlo.

—¡Mira! —La llamó, mirando hacia atrás entusiasmado—. ¡Hester, mira!

Hester miró y su propio rostro se reflejó enorme en los frontales de las vitrinas de exhibición. Vio cosas para cuya comprensión no estaba cualificada por carecer de la educación adecuada, y vio a Tom moverse y alejarse de ella soltando exclamaciones ante cierta estatua de piedra bastante deteriorada por los golpes recibidos. Él tenía un aspecto tan *apropiado* que ella pensó que le iba a estallar el corazón.

Uno de los tesoros favoritos de Freya colgaba en una caja cerca del fondo de la

habitación. Era una hoja casi perfecta de fino metal plateado, rescatada de alguno de los vertederos del Imperio Americano esparcidos por el mundo y que los Antiguos llamaban *papel de estaño*. Se detuvo junto a Tom y miró hacia el objeto, disfrutando de la visión de sus rostros reflejados uno al lado del otro en la ondulada superficie.

—Tenían mucho *material* aquellos Antiguos.

—Es sorprendente —asintió Tom en un susurro, porque la cosa de la vitrina era tan vieja y preciosa que daba la impresión de ser sagrada, señalada por la Diosa de la Historia—. ¡Y pensar que hubo alguna vez gente tan rica que podía tirar cosas como esta! ¡Hasta los más pobres de su mundo vivían como lores mayores!

Avanzaron hasta la siguiente vitrina: una colección de aquellos extraños anillos de metal tan frecuentemente hallados en los vertederos de basura de los Antiguos, algunos aún acompañados del colgante en forma de lágrima con la palabra *TIRAR* impresa.

—El profesor Pennyroyal no acepta que estas cosas fueran desechadas —comentó Freya—. Dice que los lugares que los modernos arqueólogos llaman vertederos de basura fueron en realidad centros religiosos donde los Antiguos sacrificaban objetos preciosos a sus Dioses del Consumo. ¿No has leído su libro sobre el tema? Se titula *¿Basura? ¡Basura!* Te dejaré un ejemplar…

—Gracias —respondió Tom.

—Gracias, *Su Fulgor* —lo corrigió Freya, pero le sonrió con tal dulzura que era imposible sentirse ofendido—. Naturalmente —continuó, pasando el dedo por el polvo de una vitrina—, lo que este lugar necesita de verdad es un conservador. Solía haber uno, pero murió en la epidemia o se fue, no recuerdo bien. Ahora todo se está llenando de polvo y comienzan a robar cosas: joyería antigua estupenda y un par de máquinas. Aunque no me puedo imaginar quién las querrá o cómo consiguieron entrar aquí. Pero será importante recordar el pasado una vez que lleguemos a América. —Ella lo miró de nuevo, sonriendo—. Te podías quedar, Tom. Me gustaría pensar que tengo a un verdadero historiador de Londres a cargo de mi pequeño museo. Tú podrías ampliarlo, abrirlo al público. Lo llamaremos el Instituto Rasmussen…

Tom respiró el aire del museo más profundamente, inhalando los olores allí detenidos y el aroma del abrillantador del suelo y de los animales disecados mordidos por la polilla. Cuando él era un aprendiz de historiador había ansiado escapar y tener aventuras, pero ahora que su vida entera era una aventura, la idea de trabajar de nuevo en un museo le parecía extrañamente tentadora. Entonces miró detrás de Freya y vio a Hester que lo observaba, una leve y solitaria figura medio escondida en las sombras cerca de la puerta sujetando con una mano su pañuelo rojo contra su rostro. Por primera vez se sintió enojado con ella. Si tan siquiera fuera más bonita. ¡Y más sociable!

—Lo siento —dijo él—. Hester no quiere estar aquí. Es mucho más feliz en el cielo.

Freya lanzó una mirada dura a la otra muchacha. No estaba acostumbrada a que la gente la rechazara cuando ofrecía un puesto. Aquel joven historiador había empezado a gustarle. Incluso había empezado a preguntarse si los Dioses del Hielo se lo habían enviado para compensar el hecho de que ya no quedaran muchachos adecuados a bordo de Anchorage. ¿Pero por qué, oh por qué, habían decidido también enviar a Hester con él? La chica no era solo fea; era completamente horrible y se interponía entre Freya y aquel agradable joven como un demonio que guardaba a un príncipe encantado.

—Bueno —dijo ella, como si el rechazo no la hubiera decepcionado para nada—. Supongo que le llevará a Aakiuq unas cuantas semanas reparar la nave. Así que vas a tener muchísimo tiempo para pensártelo (y muchísimo tiempo, añadió para sus adentros, para deshacerte de esa horrible novia tuya).

11

Espíritus inquietos

Tom durmió bien aquella noche, y soñó con museos. Hester, echada junto a él, apenas durmió nada. La cama era tan grande que para eso habría podido quedarse en la otra habitación. La forma en que le gustaba dormir era acurrucada y abrazada a Tom en la estrecha litera de la Jenny Haniver, con la cara metida entre el cabello de él, con las rodillas contra la parte trasera de las de Tom, igual que dos cuerpos que se ajustan como piezas de un puzle. En este enorme y suave colchón, él rodó adormilado alejándose de ella y la dejó sola entre un rebujo sudoroso de sábanas. Y en la habitación hacía demasiado calor, el aire seco hacía que le dolieran los senos nasales y de los tubos de la calefacción del techo salían ruidos metálicos, un lejano y horrible chirrido, como de ratas moviéndose por las paredes.

Al fin, se puso la ropa y las botas y salió del palacio hacia el frío punzante de las calles a las tres de la mañana. Una escalera de caracol se dirigía hacia abajo, a través de un sello térmico, al distrito de máquinas de Anchorage, una región de constante y machacón estruendo donde calderas bulbosas y los depósitos de combustible se arracimaban como hongos en medio de la oscuridad que formaban los soportes de la plataforma. Se dirigió hacia popa pensando: «Ahora veremos cómo trata la pequeña Reina de las Nieves a sus trabajadores». Ella quería arrancarle a Tom su admiración por este lugar. Le estropearía el desayuno con su relato de las condiciones de vida del nivel inferior.

Cruzó un estrecho puente de hierro donde enormes ruedas dentadas chirriaban y zumbaban como las tripas de un colosal reloj. Siguió un enorme y segmentado conducto que se dirigía hacia abajo, hacia un subnivel deprimido donde subían y bajaban los pistones, alimentados por una serie ensamblada de motores de Vieja Tecno de un tipo que ella no había visto jamás: esferas blindadas que zumbaban y gorjeaban lanzando haces de luz violeta. Hombres y mujeres iban y venían resueltamente llevando cajas de herramientas o conduciendo grandes máquinas de trabajo multiarticuladas, pero no había nada de cuadrillas de esclavos encadenados ni sujetos con grilletes; ni tampoco los arrogantes capataces y supervisores que Hester había esperado. La cara insípida de Freya Rasmussen los miraba desde carteles colgados de las columnas de soporte y los trabajadores hacían una reverencia respetuosa con sus cabezas cuando pasaban por debajo.

Quizá Tom tuviera razón, pensó Hester, merodeando sin ser vista por los bordes del pozo de máquinas. Era posible que Anchorage fuera tan civilizada y pacífica como parecía. Era posible que él consiguiera ser feliz aquí. La ciudad incluso podría

sobrevivir a su viaje a América y él quedarse a bordo como el conservador del museo de Freya Rasmussen para enseñar a las tribus salvajes el mundo que sus distantes antecesores habían construido. Podría conservar la Jenny como su yate aéreo privado e ir a prospecciones en busca de Vieja Tecno en los desiertos embrujados en sus días libres…

Él, sin embargo, no te va a necesitar, ¿a que no? ¿Y qué vas a hacer tú sin él?

Intentó imaginar su vida sin Tom, pero no pudo. Siempre había sabido que no duraría para siempre, pero ahora que el final estaba a la vista, quería gritar: «¡Todavía no! ¡Quiero más! Tan solo otro año de ser feliz. O quizá dos…».

Se secó las lágrimas que nublaban su ojo y se apresuró a continuar hacia la popa con una sensación de frío y de aire libre que venía de algún lugar más allá de la vasta planta de reciclaje del calor de la ciudad. El latido de extraños motores se desvanecía tras ella y era reemplazado por un silbido como de gaitas que se hacía más fuerte a medida que se acercaba a la popa. Tras unos cuantos minutos más, se encontró en una pasarela cubierta que recorría toda la ciudad a lo ancho. Había una pantalla protectora hecha de paneles de rejilla de acero y, al fondo, las Luces del Norte brillaban trémulas sobre la incesante mole de la rueda de popa de Anchorage.

Hester cruzó la pasarela, apretó su rostro contra la fría rejilla y miró a través de ella. La rueda había sido bruñida y parecía un espejo, y en la cascada de reflejos se veían las espuelas de metal que la tachonaban cayendo sin cesar una y otra vez por detrás, incrustándose en el hielo y empujando el Anchorage en su marcha. Una fina y fría lluvia de hielo derretido subía con el aire desde allí y pequeños fragmentos de hielo sólido tintineaban y tamborileaban en la pantalla. Algunos de los trozos eran muy grandes. A unos cuantos metros de donde se encontraba Hester, una sección de rejilla había recibido un buen golpe y se había aflojado, balanceándose hacia dentro cada vez que un trozo de hielo la volvía a golpear y abriendo un espacio por el que aguanieve y trozos de hielo más pequeños se colaban y salpicaban la pasarela.

¡Qué fácil sería deslizarse por ese hueco! Habría un momento de caída y luego la rueda le pasaría por encima, dejando solo una mancha roja en el hielo que pronto se olvidaría. ¿No sería eso mejor que ver a Tom alejarse de ella para siempre? ¿No sería mejor estar muerta que sola otra vez?

Llegó hasta el trozo suelto de la rejilla, pero de repente una mano la agarró del brazo y una voz le gritó al oído:

—¿Axel?

Hester se giró en círculo en busca de su cuchillo. Soren Scabious estaba allí, tras ella. Sus ojos, cuando ella se volvió, parecían brillar de esperanza y de lágrimas no derramadas, pero luego él la reconoció y su rostro se recompuso en su habitual aspecto de profunda infelicidad.

—Señorita Shaw —masculló, como disculpándose—. Con esta oscuridad pensé que era…

Hester retrocedió, ocultando su rostro. Se preguntaba cuánto tiempo había estado

él observándola.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué quiere? —dijo ella.

Scabious se sintió azorado y buscó refugio en la ira.

—¡Yo podría preguntarte a ti lo mismo, aviadora! Has venido a espiar en el distrito de mis máquinas, ¿verdad? Confío en que tuvieras una buena vista.

—No me interesan tus máquinas —respondió Hester.

—¿No? —Scabious se adelantó de nuevo y la agarró de la muñeca—. Eso me parece difícil de creer. Las esferas Scabious han sido perfeccionadas por mi familia durante veinte generaciones. Es uno de los sistemas de motores más eficaces del mundo. Estoy seguro de que estás deseando largarte e ir a contarle a Arkangel o Ragnaroll todo lo que conoces de los tesoros que encontrarán aquí si nos devoran.

—No seas estúpido —le soltó con toda dureza Hester—. ¡Nunca me llevaría el oro del depredador! —Un pensamiento se le vino a la cabeza de repente, tan duro y frío como una de las astillas de hielo que repiqueteaban en la rejilla detrás de ella—. De todas formas, ¿quién es Axel? ¿No era tu hijo? ¿Aquel del que habló Smew? ¿El que murió? ¿Pensaste que yo era su espíritu o algo parecido?

Scabious soltó su brazo. Su enfado se desvaneció con toda rapidez, como un fuego al que se le echa un cubo de agua. Su mirada se dirigió entonces hacia la rueda motriz y hacia arriba, hacia las luces del cielo, mirando a cualquier parte menos a Hester.

—Su espíritu camina —masculló.

Hester soltó una breve y horrible risotada y después se calló. El anciano hablaba completamente en serio. Le lanzó una rápida mirada y la desvió inmediatamente para llevarla hasta la lejanía. Su rostro, iluminado por una luz oscilante e incierta, se mostraba de repente dulce y delicado.

—Los nievómadas creen que las almas de los muertos habitan en la aurora, señorita Shaw. Dicen que en las noches más brillantes bajan a caminar sobre el Alto Hielo.

Hester no dijo nada, solo se encogió de hombros, incómoda ante la presencia de su locura y de su dolor. Y dijo de forma un tanto áspera:

—Nadie regresa de la Región de las Sombras, señor Scabious.

—Pero ellos sí, señorita Shaw. —Scabious movía con toda seriedad su cabeza de arriba abajo—. Desde que se inició nuestro viaje a América ha habido avistamientos. Movimientos. Cosas que se pierden en habitaciones cerradas con llave. Gente que oye pasos y voces en partes del distrito que estaban cerradas y abandonadas desde la epidemia. Esa es la razón por la que yo bajo hasta aquí siempre que mi trabajo me lo permite y brilla la aurora. Ya le he visto dos veces: un muchacho de pelo rubio que me mira desde las sombras y que se desvanece en el momento en que yo lo veo. Ya no quedan muchachos rubios en esta ciudad. Es Axel. Sé que lo es.

Se quedó mirando al infinito, hacia el cielo luminoso; luego se volvió y se marchó lentamente. Hester lo miró marcharse hasta que su alta silueta desapareció tras una

esquina al final de la galería. Lo miró y se hizo mil preguntas. ¿De verdad creía Scabious que esta ciudad podría llegar a América? ¿Le importaba eso algo? ¿O simplemente había seguido aceptando la chifladura de los planes de la margravina porque esperaba encontrar al fantasma de su hijo esperándolo en el Alto Hielo?

Se estremeció. No se había dado cuenta hasta entonces del frío que hacía aquí, en la popa de la ciudad. Aunque Scabious ya se había ido, seguía aún con la sensación de estar siendo observada. El pelo de su cogote empezaba a ponérsele como púas. Echó un vistazo hacia atrás y allí, en la boca de una pasarela de acceso, vio —o pensó que veía— la pálida mancha borrosa de un rostro que rápidamente se desvaneció en la oscuridad, dejando únicamente una imagen posterior de una cabeza rubia, casi blanca.

Nadie regresa de la Región de las Sombras. Hester sabía eso, pero aquello no dejaba de mantener vivas todas las historias de espíritus y fantasmas que ella hubiera oído o suscitado al recordar sus sueños o escarbar en su cerebro. Se volvió y echó a correr, y corrió tan velozmente como pudo por aquellas sombras repentinamente amenazadoras, de vuelta a calles más transitadas.

Detrás de ella, entre la maraña de tubos y cañerías que sobresalían por encima de la galería de popa, algo metálico se escabullía con un taconeo extraño, hasta que todo quedó totalmente quieto y en silencio.

12

Huéspedes inesperados

El señor Scabious tenía al mismo tiempo razón y no la tenía en el asunto de los espíritus o de los fantasmas. Su ciudad estaba encantada, de acuerdo, pero no por los espíritus de los muertos.

El encantamiento había comenzado casi un mes antes, pero no en Anchorage, sino en Grimsby, una ciudad verdaderamente extraña y secreta. Todo había empezado con un pequeño ruido: un clic hueco, como si la uña de un dedo diese un golpecito contra la piel tirante de un globo de juguete. Luego una especie de suspiro de electricidad estática, el chisporroteo de un micrófono que se acciona y la oreja del techo de Caul que comenzó a hablarle.

—Levántate, muchacho. Despierta. Aquí el Tío llamando. Tengo un trabajo para ti, Caul, muchacho. Sí.

Caul, emergiendo de los restos de los sueños, se dio cuenta con repentina sorpresa de que aquello era real. Se incorporó de la litera y se puso en pie aún aturdido. Su habitación era poco mayor que un armario y aparte de la litera, de la anchura de una estantería, y unas espectaculares manchas de humedad, lo único que había en aquel cubículo era una maraña de cables en el centro del techo donde se apretujaban una cámara y un micrófono. Los Ojos y los Oídos del Tío, así llamaban los muchachos a estas instalaciones. Nada acerca de la Boca del Tío. Y, a pesar de eso, le estaba hablando de todas maneras.

—¿Despierto, muchacho?

—¡Sí, Tío! —dijo Caul tratando de no dejar que sus palabras sonaran soñolientas. Había estado trabajando mucho en el Ladronarium el día anterior, tratando de coger a una banda de muchachos más jóvenes que se arrastraban por un laberinto de corredores y escaleras que el Tío había diseñado para entrenarlos en las artes de un invisible y sutil latrocinio. Se había metido en la cama muerto de cansancio y debía de haber dormido durante horas, pero la sensación que tenía era la de haberlo hecho tan solo unos pocos minutos desde que se habían apagado las luces. Se sacudió la cabeza, tratando de quitarse de encima la pesadez del sueño de entre sus pensamientos—. ¡Estoy despierto, Tío! —repitió.

—Bien.

La cámara, una larga y brillante serpiente hecha de segmentos metálicos que lo hipnotizaba con su único ojo fijo que nunca parpadeaba, se dirigió hacia abajo para enfocar más directamente a Caul. Él sabía que en las dependencias del Tío, arriba, en lo alto del viejo ayuntamiento, su rostro estaba siendo registrado ahora mismo dentro

del foco de una pantalla de vigilancia. En un impulso, agarró el cobertor de su cama y lo utilizó para tapar su cuerpo desnudo.

—¿Qué quieres de mí, Tío? —preguntó.

—Tengo una ciudad para ti —respondió la voz—: Anchorage. Una dulce y pequeña ciudad del hielo a la que le ha ido abandonando la fortuna y que se dirige hacia el norte. Cogerás la lapa Gusano de Hélice e irás a robarla.

Caul pensó en algo sensato que pudiera decir, allí de pie, vestido con un edredón ante la inquebrantable y fija mirada de la cámara.

—Bien, muchacho —restalló la voz del Tío—. ¿No quieres el trabajo? ¿No te sientes preparado para dirigir una lapa?

—¡Oh, naturalmente que sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritó Caul ansioso—. Solo era que… pensé que el Gusano de Hélice era la nave de Wrasse. ¿No tendría que ir él también, o uno de los muchachos mayores?

—No cuestiones mis órdenes, muchacho. El Tío lo sabe todo. Sucede que voy a enviar a Wrasse al lejano sur con otro trabajo y eso nos deja escasos de personal. Por lo general, y en el aspecto cotidiano, yo nunca suelo poner a un joven a cargo de un viaje de rapiña, pero creo que ya estás preparado, y Anchorage es una presa demasiado bonita como para perderla.

—Sí, Tío. —Caul había oído hablar de ese misterioso trabajo allá abajo, en el sur, para el que habían ido transfiriéndose más y más muchachos mayores y mejores lapas. El rumor era que el Tío estaba planificando el robo más atrevido de su larga carrera, pero nadie sabía de qué se trataba. Como si aquello le importara a Caul. ¡La ausencia de Wrasse significaba que él tendría que comandar su propia lapa!

A los catorce años, Caul ya había formado parte de la tripulación de una docena de misiones de lapas, pero también era cierto que había mantenido la esperanza de aguardar por lo menos dos temporadas más antes de que se le ofreciera mandar una misión. Los comandantes de las lapas eran por lo general muchachos mayores, figuras glamorosas y sofisticadas con hogares para ellos solos en las plantas superiores, muy distintos de los pequeños cuchitriles en los que siempre había vivido Caul, aquí, en los húmedos pisos de encima del Ladronarium, donde el agua salada se filtraba por todos los remaches roñosos y el metal sobretensionado llenaba las noches con su lóbrega canción, donde se sabía que habitaciones enteras habían implosionado sin avisar, matando a los muchachos de dentro. Si resultaba que tenía éxito en esta misión y traía a casa material que le gustase al Tío, ¡podría, por fin, decir adiós a estos lúgubres alojamientos para siempre!

—Te llevarás a Skewer contigo —dijo el Tío—. Y a un novato: Gargle.

—¡Gargle! —exclamó Caul, tratando demasiado tarde de que su voz no sonara incrédula. Gargle era el más burro de toda su promoción: nervioso, patoso y con una personalidad que parecía atraer a todos los matones de entre los chicos mayores. Nunca había conseguido pasar del segundo nivel en el Ladronarium sin ser descubierto. Normalmente, era Caul el que realizaba la captura, sacándolo de allí

rápidamente antes de que pudiera caer víctima de las manos de uno de los otros entrenadores, como Skewer, que disfrutaba enormemente golpeando a los alumnos que fallaban. Caul había perdido la noción de las veces que había llevado al muchacho con la cara pálida y llorosa de vuelta a los dormitorios de los novatos. ¡Y ahora, el Tío esperaba que él se llevara al pobre chaval a un trabajo de los de verdad!

—Gargle es torpe, pero es brillante —dijo el Tío (el Tío siempre sabía lo que estabas pensando, aunque no dijeras ni palabra)—. Es bueno con las máquinas, especialmente con las cámaras operadoras. Lo he tenido trabajando en los archivos y estoy pensando en trasladarlo aquí arriba a tiempo completo, pero antes quiero que te lo lleves contigo y le muestres todo sobre la vida de un muchacho perdido. Te lo pido a ti porque tú tienes más paciencia que Wrasse, Turtle y el resto.

—Sí, Tío —respondió Caul—. Tú lo sabes todo.

—Voy al grano. Iréis a bordo del Gusano de Hélice tan pronto como el turno de día comience. Traeme algunas cosas bonitas, Caul. Historias también. Montones y montones de historias.

—¡Sí, Tío!

—Y Caul…

—¿Sí, Tío?

—Que no lo cojan.

* * *

Y aquí se encontraba Caul, un mes después y a cientos de kilómetros de Grimsby, agazapado y sin aliento en las sombras mientras esperaba que el latido de los pies de Hester se desvaneciera en la distancia. ¿Qué le había sucedido desde que llegó aquí para hacerle correr semejantes riesgos? Un buen ladrón nunca se dejaba ver, pero Caul estaba casi seguro de que la joven aviadora le había localizado, y en lo que se refería a Scabious… Le entró un escalofrío imaginando lo que sucedería si el Tío se enterara.

Cuando estuvo seguro de que se encontraba solo, se escurrió de su escondite y descendió rápidamente, casi sin hacer ningún ruido, por un pasaje secreto que le llevaba hasta el Gusano de Hélice, que colgaba escondido en las grasientas sombras del bajo vientre de Anchorage, no lejos de la rueda tractora. Era una vieja, oxidada y destartalada lapa, pero Caul estaba orgulloso de ella y del modo en que su bodega se estaba llenando con las cosas que él y su tripulación habían ido robando de los abandonados talleres y villas de la ciudad. Colocó su último bolsón de saqueo junto al resto y se deslizó entre los fardos y paquetes amontonados hacia el compartimento delantero. Ahí, en medio del suave zumbido de la maquinaria y la constante agitación de las pantallas, el resto de la tripulación de tres muchachos del Gusano de Hélice le

esperaba. Lo habían visto todo, naturalmente. Mientras Caul había estado siguiendo a Hester silenciosamente por el distrito de máquinas, ellos habían estado siguiendo su pista con sus cámaras secretas, y aún estaban riéndose entre dientes de la conversación de Hester con el jefe de máquinas.

—¡Buuuh…! ¡El fantasmilla…! —dijo Skewer sonriendo burlón.

—Caul, Caul —dijo Gargle alegremente—. ¡El viejo Scabious cree que eres un fantasma! ¡Su hijo muerto que vuelve para decir hola!

—Ya lo sé —respondió Caul—. Ya lo he oído. —Y empujando a Skewer, fue a sentarse en una de las chirriantes butacas de cuero, repentinamente molesto por lo abarrotado y recargado que parecía el Gusano de Hélice tras el límpido frío de la ciudad sobre sus cabezas. Dirigió su mirada hacia sus compañeros, que aún seguían observándolo con sonrisas bobas, esperando que se les uniera en sus burlas hacia el viejo Scabious. Ellos también parecían más pequeños y menos vitales en comparación con la gente que acababa de ver.

Skewer era de la misma edad que Caul, pero más grande, más fuerte y más seguro de sí mismo. A veces le parecía raro a Caul que el Tío no hubiera puesto a Skewer al mando de este viaje, y a veces había un tono en sus bromas que le hacía sospechar que Skewer pensaba lo mismo. Gargle, de diez años y con los ojos siempre abiertos como platos ante las novedades de su primera expedición, parecía no darse cuenta de la tensión existente entre ellos. Había resultado tan torpe e inútil como Caul se había temido: inepto en la cuestión del robo, helado de terror siempre que un seco se le acercaba, regresaba de la mayoría de las expediciones a la ciudad con las manos temblándole y los pantalones mojados. Skewer, que siempre estaba dispuesto a aprovecharse de las debilidades de los demás, le habría intimidado y se habría burlado de él sin piedad si no fuera porque Caul lo mantenía a raya. Aún recordaba su primer trabajo, apretujado en una lapa bajo Zeestadt Gdansk con una pareja de muchachos mayores que él y nada amistosos. Todos los ladrones tenían que empezar en alguna parte.

Skewer seguía aún sonriendo.

—¡Estás cometiendo un error, Caul! Has permitido que la gente te vea. Menos mal que el viejo está loco, vaya suerte. ¡Un fantasma, eh! ¡Espera a que lleguemos a casa y se lo contemos a los demás! ¡Caul el macabro! ¡Buuuh…!

—No tiene ninguna gracia, Skew —le respondió Caul. Lo que el señor Scabious dijo le había hecho sentirse extraño y tenso. No sabía bien por qué. Comprobó el reflejo de su cara en la ventana de la cabina. No existía mucho parecido con el retrato de Axel que él había visto cuando registró la oficina de Scabious. El muchacho de Scabious era mucho mayor, más alto y más guapo, y tenía los ojos azules, mientras que Caul tenía la típica complexión de ladrón: delgado como una llave maestra y con ojos negros. Sin embargo, ambos tenían el mismo pelo revuelto de color rubio claro. Un anciano con el corazón roto que alcanza a ver una cabeza en medio de la oscuridad o de la niebla puede llegar a conclusiones erróneas, ¿no?

Se dio cuenta con un sobresalto de que Skewer le estaba hablando y que ya llevaba bastante rato haciéndolo.

—… Y ya sabes lo que el Tío dice. La primera regla del robo: no te dejes coger.

—No me voy a dejar coger, Skewer. Tengo cuidado.

—Y entonces, ¿cómo es que te has dejado ver?

—Todo el mundo tiene mala suerte a veces. El Gran Spadger tuvo que acuchillar a un seco que lo descubrió en las plataformas bajas de Arkangel la temporada pasada.

—Eso es distinto. Tú pasas demasiado tiempo observando a los secos. Estaría bien si fuera solo en la pantalla, pero tú andas por ahí viéndolos de verdad.

—Sí que lo hace —asintió Gargle, ansioso de agradar—. Yo le he visto.

—Cállate —respondió Skewer dándole una patada, distrayendo al muchacho pequeño.

—Son interesantes —respondió Caul.

—¡Son secos! —dijo Skewer impaciente—. Ya sabes lo que el Tío dice de los secos. Son como ganado. Sus cerebros no se mueven tan rápido como los nuestros. Esa es la razón por la que está bien que les quitemos sus cosas.

—¡Ya lo sé! —respondió Caul. Como a Skewer, le habían aleccionado con todo esto cuando tan solo era un novato allá en el Ladronarium—. Nosotros somos los muchachos perdidos. Somos los mejores ladrones del mundo. Todo lo que no esté bien clavado, es nuestro. —Pero sabía que Skewer tenía razón. A veces sentía como si no fuera un muchacho perdido en absoluto. Prefería observar a la gente que robarla.

Se levantó de su asiento y tomó su último informe de la estantería situada por encima de los controles de las cámaras: trece páginas del mejor papel de notas de Freya Rasmussen cubiertas con la grande y descuidada caligrafía de Caul. Los agitó en la cara de Skewer al pasar camino de popa.

—Voy a enviar esto a la base. El Tío se enfada si no recibe un informe actualizado una vez a la semana.

—Eso no es nada en comparación con lo enfadado que se pondrá si vas y consigues que nos cojan —murmuró Skewer.

El compartimento de los peces del Gusano de Hélice se hallaba debajo de las cabinas donde los muchachos dormían y había adquirido el mismo olor a sudor rancio y a calcetines sin lavar. Había compartimentos para diez peces mensajeros, pero tres estaban ya vacíos. Caul sintió una punzada como de pena cuando empezó a preparar el número 4 para el lanzamiento. En seis semanas más, el último pez ya se habría ido. Entonces sería ya la hora en que el Gusano de Hélice debería desacoplarse de Anchorage para partir hacia casa. Echaría de menos a Freya y a su gente. Pero eso era estúpido, ¿a que sí? Ellos no eran más que estúpidos secos. Solo figuras en una pantalla estúpida.

El pez mensajero parecía un brillante torpedo de plata y, si se le hubiera colocado de pie, habría resultado más alto que Caul. Como siempre, un ligero sentimiento de

temor reverente lo invadió mientras comprobaba el tanque de combustible del pez y colocaba su informe enrollado en el compartimento estanco cerca de su nariz. Por todo el norte, los capitanes de las lapas como él estaban enviando peces al Tío, de forma que el Tío supiera todo lo que sucedía en cualquier parte y pudiera así planificar robos cada vez más atrevidos. Esto le hacía a Caul sentirse aún más culpable por su atracción hacia los secos. Tenía tanta suerte de ser un muchacho perdido… Tenía tanta suerte de trabajar para el Tío… El Tío lo sabía todo.

* * *

Unos minutos más tarde, el pez mensajero se deslizó del vientre del Gusano de Hélice y se dejó caer sin ser visto, alejándose de las complejas sombras de los bajos de Anchorage, buscando el camino del hielo. Como la ciudad se deslizaba hacia el norte, el pez comenzó a taladrar su camino hacia abajo a través de la nieve, a través del hielo, pacientemente, cada vez más y más abajo, hasta que por fin irrumpió en las negras aguas que corrían por debajo del casquete de hielo. Su cerebro computarizado de antigua tecnología sonaba como el tic-tac de un reloj y retumbaba. No era brillante, pero conocía su camino a casa. Extendía unas aletas regordetas y una pequeña hélice y marchaba ronroneando a toda velocidad hacia el sur.

13
La casa del Timón

Hester no le contó a Tom nada de su extraño encuentro. No quería que él pensara que era tonta, balbuciendo cosas sobre fantasmas. La forma difusa que ella había visto observándola desde las sombras había sido una jugada de su imaginación, y en lo referente al señor Scabious, estaba loco. Toda la ciudad estaba loca si creían a Freya y a Pennyroyal y sus promesas de un nuevo y verde territorio de caza al otro lado del hielo. Y Tom estaba loco al igual que ellos. No había nada que discutir al respecto o a la hora de intentar que viera las cosas con cierto sentido común. Mejor concentrarse en tratar de sacarlo de allí sano y salvo.

Pasaron los días y luego las semanas, con Anchorage corriendo hacia el norte a través de las amplias planicies de hielo marino mientras bordeaban el escudo montañoso de Groenlandia. Hester comenzó a pasar la mayor parte del tiempo en el puerto aéreo, viendo trabajar al señor Aakiuq en la Jenny Haniver. No había mucho que ella pudiera hacer para ayudarlo, porque carecía de conocimientos de mecánica, pero le podía acercar las herramientas e ir a buscarle otras cosas del taller y servirle hirvientes tazas de un cacao color púrpura oscuro que se mantenía en un viejo termo; ella sentía que tan solo por estar allí podía ayudar a acelerar la llegada del día en que la Jenny estuviera lista para sacarla de aquella ciudad embrujada.

A veces Tom se le unía en el hangar, pero, por lo general, no iba mucho por allí.

—Al señor Aakiuq no le gusta vernos rondar por aquí a los dos —le decía a Hester—. Solo lo estorbamos. —Pero ambos sabían cuál era la verdadera razón: él estaba disfrutando demasiado de su nueva vida en Anchorage. No se había dado cuenta hasta ahora de cuánto había echado en falta vivir a bordo de una ciudad en movimiento. Eran los motores, se decía a sí mismo, aquella suave y confortable vibración que hacía que los edificios se sintieran vivos, aquella sensación de que te dirigías a alguna parte y de que te despertarías cada mañana ante un nuevo paisaje al mirar por la ventana de tu habitación. Incluso aunque fuera exactamente otra visión de oscuridad y de hielo idéntica a todos los demás paisajes que pasaban ante ellos.

Y, quizá, aunque no le gustaba admitirlo, en el fondo tenía algo que ver con Freya. Con frecuencia se reunía con ella en la Wunderkammer o en la biblioteca del palacio, y aunque los encuentros eran bastante formales, con Smew o la señorita Pye siempre esperando al fondo, a Tom le parecía sentir que estaba empezando a conocer a la margravina. Ella le intrigaba. Era tan diferente de Hester y tan parecida a las chicas con las que solía soñar despierto cuando era un aprendiz solitario allá en Londres: bonita y sofisticada. También era cierto que era un poco esnob y que estaba

un tanto obsesionada con los rituales y la etiqueta, pero eso parecía comprensible cuando recordabas cómo había sido educada y cómo había tenido que vivir. Cada vez le gustaba más y más.

* * *

El profesor Pennyroyal se había recuperado por completo y se había trasladado a la residencia oficial del navegante jefe, en una elevada torre en forma de paleta o cuchilla llamada la Timonera o la Casa del Timón, que se alzaba dentro de los límites del Palacio de Invierno, cerca del templo. Su piso superior albergaba el puente de control de la ciudad, pero debajo había un lujoso apartamento en el que Pennyroyal se estableció con un no disimulado aire de satisfacción. Siempre se había creído una persona más bien grandiosa y era agradable encontrarse a bordo de una ciudad donde todo el mundo lo pensaba también.

Naturalmente que él no tenía ni idea de cómo dirigir el timón de una ciudad de hielo, así que las labores cotidianas de conducir Anchorage seguían siendo realizadas por Windolene Pye. Ella y Pennyroyal pasaban una hora juntos cada mañana enfrascados en el contenido de las pocas y vagas cartas de navegación del hielo del oeste. El resto del tiempo lo empleaba en relajarse en su sauna o con los pies apoyados en cualquier parte elevada del cuarto de estar o hurgando por las *boutiques* abandonadas del Centro Rasmussen o de la Galería Última, recolectando ropas carísimas acordes con su nueva posición.

—¡Verdaderamente, caímos de pie cuando aterrizamos en Anchorage, Tom, mi querido muchacho! ¡Eso sí que fue suerte! —le dijo cuando Tom fue a hacerle una visita una de aquellas tardes del Ártico que parecen noches. Movió una mano cargada de joyas señalándolo todo alrededor de su enorme sala de estar, con sus ampulosas alfombras y sus cuadros enmarcados, sus fuegos resplandecientes en trípodes de bronce, sus grandes ventanales con vistas al paisaje helado en movimiento por encima de los tejados. Fuera se levantaba un viento furibundo que llenaba de nieve las calles de la ciudad, pero en el cuartel general del navegante jefe todo era cálido y apacible.

—Y a propósito, ¿qué tal va esa aeronave vuestra? —preguntó Pennyroyal.

—Oh, va lenta —respondió Tom.

La verdad, él no había estado en la zona del puerto aéreo desde hacía varios días y no sabía cómo iban avanzando las labores de reparación de la Jenny Haniver. No le gustaba pensar en ello demasiado porque cuando la reparación se hubiera completado, Hester querría que se fuesen, arrancándolo de aquella maravillosa ciudad y de Freya.

«Aun así —pensó—, es muy amable por parte del profe mostrar semejante

interés».

—¿Y qué hay del viaje a América? —preguntó—. ¿Va todo bien, profesor?

—¡Absolutamente! —gritó Pennyroyal, acomodándose en un sofá y recomponiendo sus ropajes acolchados de seda de silicona. Se sirvió otra copa de vino y le ofreció una a Tom—. Hay unas excelentes cosechas en la bodega del navegante jefe y parece un desperdicio no ir apreciándolas como se merecen en tanto que podamos, antes de que tengamos que…, bueno…

—Debería dejar la mejor para brindar a su llegada a América —le dijo Tom, sentándose en una pequeña silla cerca de los pies del gran hombre—. ¿Ha decidido ya un rumbo?

—Bueno, sí y no —respondió Pennyroyal como sin darle importancia, haciendo gestos con su copa y derramando vino sobre el cubresofá de piel—. Sí y no, Tom. Una vez que nos encontremos al oeste de Groenlandia, nos deslizaremos todo el tiempo por terreno llano. Windolene y Scabious habían ideado algo muy complicado, serpenteando entre un montón de islas que es posible que ni siquiera estén ya ahí, y luego bajar por la costa oeste de América. Por suerte, pude mostrarles una ruta mucho más fácil —señaló un mapa en la pared—. Pellizcaremos la Isla de Baffin y entraremos en la bahía de Hudson. Es un hielo marítimo bueno, sólido y grueso, y se extiende hasta el corazón del continente norteamericano. Ese es el camino que tomé en mi viaje de regreso a casa. Lo atravesaremos zumbando, levantaremos la rueda de popa y rodaremos sencillamente sobre nuestras cadenas de oruga hasta el verde espacio de los campos. Será pan comido.

—Me gustaría ir con usted —suspiró Tom.

—¡No, no, mi querido muchacho! —el explorador dijo bruscamente—. Tu lugar está en los Caminos de las Aves. Tan pronto como esa nave vuestra esté mejor, tú y tu, ah, encantadora compañera, debéis regresar al cielo. A propósito, he oído que Su Excelencia la margravina os ha prestado unos cuantos libros míos… —Tom se sonrojó ante la mención de Freya—. ¿Qué vais a hacer con ellos, eh? —Siguió Pennyroyal, sirviéndose más vino—. ¿Buen material?

Tom no estaba seguro del todo qué contestarle. Los libros de Pennyroyal eran ciertamente emocionantes. El problema estaba en que algunas de las peripecias del historiador alternativo eran un poco *demasiado* alternativas para la mente de Tom, formada en Londres. En *América la bella* afirmaba haber visto las vigas de los antiguos rascacielos sobresaliendo del polvo del Continente Muerto, pero ningún otro explorador había descrito semejantes hallazgos, pues con toda seguridad las vigas habrían sido carcomidas por el viento y el óxido hacía ya eones de tiempo. ¿Había sufrido Pennyroyal una alucinación cuando las vio? Y luego, en *¿Basura? ¡Basura!*, Pennyroyal afirmaba que los pequeños trenes de juguete y coches de superficie hallados a veces en lugares antiguos no eran juguetes en absoluto: «Sin duda —escribía—, estas máquinas estaban pilotadas por minúsculos seres humanos, producidos mediante ingeniería genética por los Antiguos por razones aún

desconocidas».

Tom no dudaba de que Pennyroyal fuera un gran explorador. Solo que, cuando se sentaba ante una máquina de escribir, su imaginación parecía viajar tanto como él.

—¿Y bien, Tom? —preguntó Pennyroyal—. No seas tímido. Un buen escritor nunca pone objeciones al consumismo constrictivo. Quiero decir, al cretinismo consuntivo…

—¡Oh, profesor Pennyroyal! —gritó la voz de Windolene Pye, resonando estridente por un tubo-altavoz de latón situado en la pared—. ¡Venga rápidamente! ¡Los vigías están informando de algo que hay sobre el hielo ahí delante!

A Tom le entró un frío repentino al imaginarse una ciudad depredadora acechando allí fuera, en el hielo, pero Pennyroyal se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué esperará esa vieja tonta que haga yo en este asunto? —preguntó.

—Bueno, usted *es* el navegante jefe ahora, profesor —le recordó Tom—. Quizá se supone que debería encontrarse en el puente en momentos como este.

—Navegante jefe *honorararario* Tim —dijo Pennyroyal, y Tom se dio cuenta de que estaba ya algo borracho.

Con paciencia, ayudó al achispado explorador a incorporarse y lo condujo a un pequeño ascensor privado que los sacudió hasta dejarlos en el piso superior de la Timonera. Salieron del ascensor y entraron en una habitación con paredes de cristal donde la señorita Pye se hallaba de pie, muy nerviosa, junto a la máquina del telégrafo del distrito mientras su escasa plantilla extendía cartas y mapas sobre la mesa de navegación. Un fornido timonel aguardaba ante el enorme timón de la ciudad en espera de instrucciones.

Pennyroyal se derrumbó en la primera silla que encontró, pero Tom, sin embargo, se apresuró a acercarse a la pared de cristal y esperó a que pasase el limpiaparabrisas para poder así echar un vistazo a lo que había delante. Espesas ráfagas de nieve atravesaban la ciudad ocultándolo todo, a excepción de los edificios más cercanos.

—No puedo ver nada —comenzó a decir, y entonces, una momentánea interrupción de la tormenta le mostró un destello de luces lejos, hacia el norte.

En el vacío existente delante de Anchorage había aparecido de repente un suburbio asesino de cazadores.

14

El suburbio

Freya estaba tratando de ordenar una lista de invitados para la cena. Era un asunto difícil, pues, por una larga tradición, solo los ciudadanos del más alto rango podían cenar con la margravina y en aquellos tiempos eso significaba exactamente el señor Scabious, del que nadie tenía el concepto de ser una buena compañía. La llegada del profesor Pennyroyal había animado las cosas bastante, por supuesto, pero incluso las fascinantes historias del profesor estaban empezando a resultarle un poco manidas y él tenía cierta tendencia a beber de más.

Lo que ella realmente quería (aunque trataba de no admitirlo en su interior cuando se sentó en el escritorio de su estudio) era invitar a Tom. Solo a Tom, a él solo, de forma que pudiera mirarla a la luz de las velas y decirle lo bella que era. Estaba segura de que él lo deseaba también. El problema era que él era tan solo un simple aviador. E incluso si rompía con la tradición y lo invitaba, él se traería a su repugnante amiga, y ese no era el tipo de velada que Freya deseaba en absoluto.

Se dejó caer en el sillón con un suspiro. Los retratos de margravinas anteriores la miraban con rostro amable desde las paredes del estudio y Freya se preguntaba qué habrían hecho ellas en una situación semejante. Pero, naturalmente, nunca se había producido una situación como aquella con anterioridad. Para ellas, las antiguas tradiciones de la ciudad habían funcionado siempre suponiendo una sencilla e infalible guía de lo que podía hacerse y lo que no: sus vidas habían transcurrido como un reloj. Vaya suerte la mía: haber tenido que hacerme cargo de todo cuando se rompe el muelle, pensaba Freya sombría. Vaya suerte haberme quedado con una carga de reglas y tradiciones que ya no sirven para nada.

Pero sabía que si se desprendía de la armadura de la tradición, debería hacer frente a todo tipo de nuevos problemas. La gente que se había quedado a bordo de su ciudad después de la epidemia lo había hecho solo porque veneraba a la margravina. Si Freya dejaba de comportarse como tal, ¿estarían aún preparados para seguir con sus planes?

Volvió a su lista de invitados y, justo acababa de dibujar el garabato de un pequeño perro en la esquina inferior izquierda, cuando entró Smew, luego salió de nuevo y dio los tradicionales tres golpes.

—Puedes entrar, chambelán.

Entró de nuevo, sin aliento, con el sombrero puesto del revés.

—Lo siento, Su Fulgor. Malas noticias de la Casa del Timón, Fulgor. Depredador, justo ahí delante.

* * *

Para cuando llegó al puente, el tiempo se había cerrado completamente y no se podía ver fuera nada más que los remolinos de la intensa tormenta.

—¿Y bien? —preguntó saliendo del ascensor antes de que Smew pudiera anunciarla.

Windolene Pye, atemorizada, realizó una pequeña reverencia.

—¡Oh, Luz de los Campos de Hielo! ¡Estoy casi segura de que se trata de Wolverinchampton! Vi esos tres bloques de torres de metal detrás de sus mandíbulas con bastante claridad justo cuando estalló la tormenta. Debe de haber estado agazapada esperando ahí, esperando hincarle el diente a alguna ciudad ballenera de la ruta de Groenlandia…

—¿Qué es Wolverinehampton? —preguntó Freya, deseando haber prestado más atención en su día a todos sus caros tutores.

—Aquí, Su Fulgor…

No se había percatado de la presencia de Tom hasta que no habló. Ahora, al verlo, notó que un cierto calorcillo comenzaba a surgir en su interior. Él tenía en la mano un libro sobado y con las esquinas dobladas, y le dijo:

—Lo miré en el *Almanaque de las ciudades-tracción*, de Cade.

Ella le tomó el libro, sonriendo, pero su sonrisa se desvaneció al abrir la página que él le había marcado y ver el diagrama de la señora Cade y la leyenda debajo:

> WOLVERINEHAMPTON: suburbio angloparlante que emigró al norte en el 768 ET para convertirse en uno de los más temidos pequeños depredadores del Alto Hielo. Sus enormes mandíbulas y su tradición de emplear en sus distritos de máquinas esclavos vergonzosamente maltratados hacen de ella una ciudad que se debe evitar por todos los medios.

El suelo bajo los pies de Freya trepidó con una sacudida. Cerró el libro de golpe, imaginándose las enormes mandíbulas de Wolverinehampton cerrándose sobre su ciudad, pero solo eran las Esferas de Scabious, que se cerraban. Anchorage redujo la velocidad y en la inquietante tranquilidad pudo oír el aguanieve picoteando en las paredes de cristal.

—¿Qué sucede? —preguntó Tom—. ¿Es algún problema con las máquinas?

—Vamos a detenernos —le contestó Windolene Pye—. Por la tormenta.

—¡Pero ahí fuera hay un depredador!

—Ya lo sé, Tom. Es de lo más inoportuno. Pero siempre nos detenemos y

echamos el ancla cuando sopla una tormenta realmente grande. Es demasiado peligroso no hacerlo. El viento del Alto Hielo puede soplar hasta una velocidad de ochocientos kilómetros por hora. Se sabe que ha arrollado y puesto patas arriba a muchas pequeñas ciudades. La pobre Skraelingshavn quedó panza arriba como un escarabajo en el invierno del 69.

—Podríamos bajar los gatos —sugirió Freya.

—¿Gatos? —gritó Pennyroyal—. ¿Qué gatos? Les tengo alergia…

—Su Fulgor se refiere a nuestras cadenas de oruga, profesor —explicó la señorita Pye—. Darían tracción extra, pero podría no ser suficiente, no con esta tormenta.

El viento aulló en señal de acuerdo y las paredes de cristal se abombaron hacia adentro, crujiendo.

—¿Y qué hay de ese sitio, Wolverinetonham? —preguntó Pennyroyal, aún tirado en la butaca—. Ellos también pararán, ¿no?

Todo el mundo miró a Windolene Pye. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Siento tener que decirle que no, profesor Pennyroyal. Son más bajos y más pesados que nosotros y pueden desplazarse perfectamente a través de esta tormenta.

—¡Madre mía! —lloriqueó Pennyroyal—. ¡Entonces, es más que seguro que nos coman! ¡Debieron de haber trazado nuestra orientación y tenían nuestra posición antes de que el tiempo se pusiera tan malo! ¡Solo han de seguir lo que les dice su olfato y *galopar*!

Bebido como estaba, a Tom le parecía que el explorador era la única persona de todas las que se encontraban en el puente que hablaba con sentido común.

—¡No podemos quedarnos aquí sentados esperando a que nos coman! —Le apoyó Tom.

La señorita Pye echó una mirada a las agujas de los indicadores de la velocidad del viento, que giraban casi enloquecidas.

—Anchorage nunca se ha movido con un viento tan fuerte… —dijo.

—¡Entonces, ya es hora de que empiece a hacerlo! —gritó Tom. Se volvió hacia Freya—. ¡Hablad con Scabious! Decidle que apague las luces, que altere el rumbo y que corra tan veloz como pueda en medio de la tormenta. Será mejor volcar que ser comidos, ¿no es cierto?

—¿Cómo te atreves a hablarle a Su Fulgor de esa forma? —gritó Smew, pero Freya se sintió conmovida y complacida de que Tom se preocupara tanto por su ciudad. Así y todo, aún había que considerar la tradición. Y dijo:

—No estoy segura de que pueda hacerlo, Tom. Ninguna margravina ha ordenado nunca semejante cosa con anterioridad.

—Ni tampoco margravina alguna ha puesto nunca rumbo a América —señaló Tom.

Detrás de él, Pennyroyal trataba, con grandes esfuerzos, de ponerse en pie. Antes de que Smew o cualquiera de los otros pudieran detenerlo, apartó a Tom de un empujón para lanzarse hacia Freya, cogerla por sus redondos hombros y sacudirla

hasta que sonaron todas sus joyas.

—¡Haz lo que dice Tom! —gritó—. ¡Haz lo que dice, tonta y pequeña bobalicona, antes de que acabemos todos como esclavos en la panza de «Wolverteeningham»!

—Oh, profesor Pennyroyal —chilló la señorita Pye.

—¡Aparta tus sucias garras de Su Fulgor! —gritó Smew, desenvainando su espada y poniéndola a la altura de las rodillas del explorador.

Freya pudo liberarse, asustada, indignada, furiosa, limpiándose las babas de Pennyroyal de la cara. Nadie le había hablado nunca de aquella forma y por unos instantes pensó: «¡Esto es lo que sucede cuando rompo con las costumbres ancestrales y nombro a un plebeyo para un alto puesto!». Luego se acordó de Wolverinehampton acercándose hacia su ciudad a toda velocidad amparada por la tormenta, con sus enormes mandíbulas posiblemente abiertas ya para entonces y los hornos de sus entrañas encendidos. Se volvió hacia sus navegantes y les dijo:

—¡Haremos lo que dice Tom! ¡No os quedéis ahí mirando! ¡Alertad al señor Scabious! ¡Cambiad el rumbo! ¡Adelante a toda máquina!

* * *

Las anclas de la ciudad quedaron libres del hielo depositado por la nieve y las extrañas turbinas encerradas en el corazón de las esferas de Scabious empezaron a girar de nuevo. Los gruesos peraltes de las cadenas de las orugas tractoras que sobresalían de los bordes de Anchorage para formar brazos hidráulicos dieron una sacudida al iniciar el movimiento en medio de una nube de vapor y de anticongelante. Descendieron hasta que las tachonadas cadenas agarraron el hielo. Bamboleándose ligeramente mientras el viento machacaba su superestructura, Anchorage se balanceó hacia un nuevo rumbo. Si los Dioses del Hielo fueran benévolos, Wolverinehampton no detectaría la maniobra. Pero el rumbo que Wolverinehampton siguiera y lo que hacía en aquellas arremolinadas tinieblas solo los Dioses del Hielo lo sabían, porque la tormenta se había asentado definitivamente, una tormenta ártica salvaje que arrancaba los postigos y los paneles de los tejados de los edificios abandonados de la plataforma superior y los enviaba en remolinos hacia los altos cielos, mientras Anchorage apagaba sus luces y corría ciega hacia la negra oscuridad.

* * *

Caul estaba llenando su bolsa con piezas mecánicas de repuesto procedentes de

un taller del distrito de máquinas cuando la ciudad cambió el rumbo. El brusco movimiento casi le hizo perder el equilibrio. Asió su saco con más fuerza y lo apretó contra su pecho, de forma que el botín que contenía no hiciera ruidos con el traqueteo ni se saliera del saco, y se dirigió a toda prisa por el laberinto de calles ya familiares hacia el corazón del distrito y el lecho donde estaban albergadas las esferas de Scabious. Agazapado entre dos tolvas de combustible vacías, oyó a los trabajadores gritarse los unos a los otros mientras se dirigían a sus puestos a toda prisa y, lentamente, fue dándose cuenta de lo que sucedía. Se acurrucó aún más en las sombras, sin saber qué hacer.

Sabía lo que *debía* hacer: las reglas del Tío eran muy claras. Cuando una ciudad de acogida estaba en peligro de ser engullida, cualquier lapa adosada a ella debía despegarse y escapar de inmediato. Era parte de la gran regla: «No te dejes capturar». Si tan solo una lapa fuera encontrada por alguien ajeno al sistema y las ciudades del norte descubrieran de qué habían vivido y cómo habían robado todos aquellos años, empezarían a apostar guardias y a tomar medidas de seguridad. La vida de los muchachos perdidos se haría entonces imposible.

Y, a pesar de todo, Caul no regresó hacia el Gusano de Hélice. No quería abandonar Anchorage. Todavía no, y tampoco de aquella manera. Intentó convencerse a sí mismo de que esta ciudad era su filón de la suerte: todavía quedaban buenas capturas que recoger y ningún estúpido suburbio depredador iba a arrancarle aquello de las manos. ¡Ni hablar de volver a casa antes de tiempo y con las expectativas de robo a medio cumplir en su primera misión de mando!

Pero esa no era la verdadera razón, y él lo sabía desde lo más profundo de su mente, incluso aunque la superficie hirviera de enojo ante la impertinencia de Wolverinehampton.

Caul tenía un secreto. Era un secreto tan íntimo y tan recóndito que nunca podría contárselo a Skewer o a Gargle. La terrible verdad era que le *gustaba* la gente a la que robaba. Sabía que eso no estaba bien, pero no podía evitarlo. Se interesaba por Windolene Pye y se compadecía de su secreto temor de que no era lo suficientemente buena como para dirigir la ciudad hasta América. Se preocupaba por el señor Scabious y se conmovía ante el valor de Smew y los Aakiuq y los hombres y mujeres que trabajaban en el distrito de máquinas y en las granjas de ganado y de algas. Se sentía atraído hacia Tom, por su amabilidad y la vida que había llevado en los cielos (tenía la sospecha de que si el Tío no le hubiera llamado para ser un muchacho perdido, él habría sido parecidísimo al propio Tom).

En cuanto a Freya, no tenía palabras para describir la mezcla de nuevos sentimientos que se agitaban dentro de él.

El bramido de las esferas de Scabious se elevó en intensidad. La ciudad se tambaleaba y temblaba. Los objetos pesados chocaban contra el suelo y rodaban por todas partes en las calles por detrás del escondite de Caul, pero él sabía que no podía irse. No podía abandonar a aquella gente ahora que había llegado a conocerlos tan

bien. Podía jugársela y esperar a que comenzara la persecución. Skewer y Gargle no se desacoplarían sin él. E incluso si fueran capaces de verlo allí escondido, no podrían saber qué estaba pensando. Les diría que no se había atrevido a regresar al Gusano de Hélice en medio de todo aquel caos. Aquello estaría bien. Anchorage sobreviviría. Él confiaba en la señorita Pye, en Scabious y en Freya para salir adelante.

* * *

Tom había presenciado con frecuencia cacerías de ciudades desde los puentes de observación del segundo nivel de Londres, animando a su ciudad cuando iba a la caza de pequeños núcleos industriales o de pesadas y abarrotadas ciudades mercantiles, pero nunca había experimentado una caza desde el punto de vista de la presa, y aquello no le parecía nada divertido. Deseaba tener algún tipo de tarea que cumplir, como Windolene Pye y el personal que trabajaba con ella, atareados extendiendo aún más cartas de navegación sobre la gran mesa y apoyando sus tazas de café en las esquinas del papel curvadas hacia arriba. Habían estado tomando una taza de café tras otra desde que había empezado la persecución y lanzando constantes miradas en forma de plegaria a las estatuillas de los Dioses del Hielo del altarcillo de la Casa del Timón.

—¿Por qué están todos tan nerviosos? —preguntó Tom volviéndose hacia Freya, que se hallaba cerca con tan poca labor que hacer como él—. Me refiero a que el viento no es tan malo, ¿no? No podría derribarnos y ponernos patas arriba.

Freya frunció sus labios y asintió. Ella conocía su ciudad mejor que Tom y podía sentir la inquieta agitación y el temblor que corría por las plataformas mientras el vendaval introducía sus garras bajo el casco y trataba de levantarlo. Y no era solo el viento a lo que debían tener miedo.

—La mayor parte del Alto Hielo es segura —dijo—. Casi toda la capa de hielo tiene trescientos metros de espesor y en algunas partes llega hasta el fondo del océano. Pero hay trozos donde es más delgada. Y además están las polinias —como lagos de agua sin helar en medio de todo el hielo— y los Círculos de Hielo, que son más pequeños, pero que así y todo nos podrían hacer volcar si uno de los patines se sumergiera. Las polinias no deberían ser difíciles de esquivar porque son más o menos permanentes y estarán señaladas en las cartas de la señorita Pye. Pero los círculos simplemente aparecen en el hielo al azar.

Tom recordaba las fotos de la Wunderkammer.

—¿Qué es lo que los causa?

—Nadie lo sabe —respondió Freya—. Corrientes en el hielo, quizá, o la vibración de las ciudades que pasan. Se les suele ver con frecuencia cuando ha pasado cerca

una ciudad. Son muy extraños. Perfectamente redondos, con bordes muy suaves. Los nievómadas dicen que están hechos por los fantasmas y que son agujeros para pescar cortados en el hielo —se rio, contenta de estar hablando de los misterios del Alto Hielo en vez de estar pensando en el depredador demasiado real que se hallaba ahí fuera, en medio de la tormenta—. Hay todo tipo de historias sobre el Alto Hielo. Como la de los cangrejos fantasmas: unas cosas gigantes como cangrejos-araña, tan grandes como un iceberg, que la gente ha visto escabullirse a la luz de la aurora. Yo solía tener pesadillas con ellos cuando era pequeña…

Se acercó más a Tom, hasta que su brazo rozó la manga de su túnica. Se sintió muy atrevida. Se había encontrado como atemorizada, al principio, por ir contra las viejas costumbres, pero ahora que avanzaban en medio de la tormenta, desafiando tanto a Wolverinehampton como a todas las tradiciones de Anchorage, aquello le hacía sentirse más que atemorizada. *Excitada, estimulada, tonificada*, esas eran las palabras. Estaba contenta de que Tom estuviera aquí con ella. Si sobrevivían a esto, decidió, rompería con otra tradición y lo invitaría a cenar con ella, solos.

—Tom… —le dijo.

—¡Cuidado! —gritó Tom—. ¡Señorita Pye! ¿Qué es eso?

Más allá de los borrosos contornos de los tejados de Anchorage, una línea de luces centelleó de repente rompiendo la oscuridad. Luego, unas ruedas gigantes dotadas de garras dentadas y brillantes luces de las ventanas de los edificios pasaron a gran velocidad por la derecha, hacia el nuevo rumbo de Anchorage. Era la popa de Wolverinehampton. Las pesadas ruedas giraron al revés para dar marcha atrás en cuanto sus vigías avistaron Anchorage, pero las enormes mandíbulas del suburbio hacían que la maniobra fuera muy lenta, y de nuevo la tormenta los volvió a envolver con su oscuro abrazo, con la furiosa nieve ocultando a la presa de su depredador.

—¡Gracias a Quirke! —susurró Tom, y se rio con alivio. Freya apretó sus manos y él se dio cuenta de que, en medio de la impresión de ver al depredador, se habían buscado el uno al otro y su cálida y llenita mano se había quedado entre las suyas. Él se liberó rápidamente, azorado. No había pensado en Hester desde que la persecución empezara.

La señorita Pye ordenó un cambio de rumbo para dirigir la ciudad a lo más profundo de los laberintos de la tormenta de nieve. Pasó una hora, y luego otra, y, lentamente, un sentimiento como de indulto fue invadiendo la Casa del Timón. Wolverinehampton no malgastaría más combustible tratando de seguirlos durante la noche, y para cuando el alba llegara, la tormenta habría borrado sus huellas. La señorita Pye abrazaba a sus colegas, luego al timonel, luego a Tom.

—¡Lo conseguimos! —decía—. ¡Hemos logrado escapar!

Freya estaba radiante. El profesor Pennyroyal, viendo que el peligro había pasado, había caído dormido en un rincón.

Tom devolvió el abrazo a la navegante y comenzó a reír, feliz de estar vivo y muy muy feliz de encontrarse a bordo de esta ciudad, entre estas buenas y agradables

personas. Hablaría con Hester tan pronto como hubiera cesado la tormenta y le haría ver que no había necesidad de que salieran volando en cuanto la Jenny Haniver hubiera sido reparada. Puso su mano abierta sobre la mesa de los mapas y dejó que el latido regular de los motores de Anchorage se reflejara en su. Palma. Y se sintió como en casa…

* * *

En un hotel barato, detrás del muelle aéreo de Wolverinehampton, las cinco esposas de Widgery Blinkoe se habían convertido en cinco poco favorecedores matices de verde envidia.

—¡Ooooh! —Gruñían, agarrándose sus delicados estómagos mientras el suburbio se inclinaba y viraba, escudriñando la tormenta en busca de la presa que se había esfumado.

—¡Yo nunca he estado a bordo de un pueblacho tan *horrible* como este!

—¿Es que no tiene este hotel ni un solo amortiguador?

—¿En qué estabas *pensando*, marido, metiéndonos en este antro?

—¡Deberías haber sabido que no encontrarías rastro alguno de la Jenny Haniver a bordo de un simple suburbio!

—¡Me hubiera gustado haberme marchado con el querido profesor Pennyroyal! Estaba perdidamente enamorado de mí, ya sabéis.

—¡Ojalá hubiera hecho caso a mi madre!

—¡Ojalá estuviéramos de vuelta en Arkangel!

Widgery Blinkoe se tapó cuidadosamente los oídos con pequeñas bolas de cera para no oír sus quejas, pero también él se encontraba harto, asustado y echando de menos las comodidades de su casa.

—¡Maldita la Tormenta Verde por enviarlo a semejante tontería! Hacía ya cuatro semanas que había empezado a investigar por los Desiertos de Hielo como un nievómada vagabundo, entrando en cada ciudad que veía para recabar noticias de la Jenny Haniver. La gente a la que había preguntado en Novaya Nizhni le dijo que la habían visto volar hacia el norte después de destruir los cazas de la Tormenta Verde, pero nadie había vuelto a verla desde entonces. ¡Era como si la condenada aeronave se hubiera desvanecido de repente!

Vagamente, se preguntaba sobre la ciudad que Wolverinehampton acababa de intentar birlar: Anchorage. Si despegaba cuando terminase la tormenta, podría posiblemente localizar el lugar y alcanzarla… ¿Pero qué sentido tenía? Estaba seguro de que aquellos dos jóvenes aviadores no podían haber traído su vieja nave tan al oeste. Además, estaba empezando a pensar que prefería enfrentarse a los asesinos de la Tormenta Verde que decirles a sus esposas que tenían que aterrizar en otro sombrío

puertecillo.

Era, definitivamente, la hora de un cambio de planes.

Se sacó los tapones de los oídos justo en el momento en que la esposa número tres decía lastimeramente:

—¡… Y ahora que han perdido su presa, los rufianes que gobiernan esta ciudad se enfadarán y la pagarán con nosotras! ¡Seremos asesinadas y será culpa de Blinkoe!

—¡Tonterías, esposas! —bramó Blinkoe poniéndose en pie para demostrarles que él era el amo de la casa y que una vertiginosa persecución en medio de semejante tormenta a bordo de un suburbio salvaje no lo alteraba—. ¡Nadie va a ser asesinado! Tan pronto como acabe esta tormenta iremos a buscar el Temporary Blip al hangar y regresaremos a casa, a Arkangel. Venderé a los cazadores detalles de algunas de las ciudades en las que hemos tocado y así nuestro viaje no nos dejará con los bolsillos raídos. Y en lo que se refiere a la Tormenta Verde… Bueno, toda clase de aviadores pasan por la central aérea de Arkangel. Les preguntaré a todos. Alguno de ellos tendrá que saber algo de la Jenny Haniver.

15

Hester sola

Todavía soplaba la tormenta y la voz aguda del viento se elevaba más y más. En la parte superior de la ciudad, varios edificios vacíos habían sido derruidos y muchos más habían perdido los tejados y las ventanas. Dos de los trabajadores del señor Scabious que se habían aventurado a salir a la proa para amarrar y sujetar una plancha suelta fueron arrastrados fuera de la ciudad con ella y desaparecieron en la oscuridad por sotavento, mientras se agarraban a los cables que colgaban como si fueran los dueños de una cometa difícil de manejar.

Hester había estado trabajando con el señor Aakiuq en el hangar de la Jenny cuando llegó su sobrino, a punto de explotar, con noticias de la persecución. El primer instinto de ella había sido correr al Palacio de Invierno para estar con Tom, pero cuando puso un pie fuera, el viento la golpeó como si se tratara de un colchón bien dirigido, aplastándola contra el costado del hangar. Un vistazo a la nieve que volaba por las vacías planchas del muelle le dijo que no podría llegar más allá de la casa del capitán del puerto. Se sentó a pasar la tormenta en la cocina de la casa, mientras los Aakiuq le daban de comer estofado de algas y le hablaban de otras tormentas mucho peores que aquella que la querida y vieja Anchorage había superado casi indemne.

Hester sintió una ola de agradecimiento hacia ellos por tratar de tranquilizarla, pero no era ninguna niña y podía adivinar que detrás de sus sonrisas estaban tan atemorizados como ella. No era solo aquella desnaturalizada e inesperada presión de la enorme tormenta; era el pensamiento de que aquel depredador estaba esperando tragárselos a todos. «¡Ahora no!», pensaba Hester mordiéndose los pulgares hasta que le brotó la sangre. No nos pueden comer ahora. Solo otra semana, unos cuantos días más…

Porque la Jenny Haniver estaba casi lista para volar de nuevo: sus timones y los tanques de los motores, reparados; la cubierta, parcheada; las celdas de gas, llenas. Lo único que le faltaba era una nueva mano de pintura y algún arreglo menor en el sistema eléctrico de la góndola. Sería una horrible ironía que fueran devorados antes de poder despegar.

Por fin sonó el teléfono. El señor Aakiuq corrió a cogerlo y regresó radiante.

—¡Era la señora Umiak! Tiene noticias de la Casa del Timón y dicen que hemos escapado de Wolverinehampton. Debemos seguir corriendo un poco más aún y después echar el ancla y dejar que pase la tormenta. Al parecer, fue el querido profesor Pennyroyal el que aconsejó a Su Fulgor que siguiera corriendo a pesar de la

tormenta. ¡El buen caballero! Y Hester, querida, tengo que decirte que tu muchacho está a salvo. Ha regresado al Palacio de Invierno.

Un poco después, el propio Tom era el que llamaba para decir las mismas cosas. Su voz sonaba metálica y poco natural, al pasar filtrada por la maraña de metros de cables desde el palacio. También podría haber estado hablando desde otra dimensión. Él y Hester intercambiaron pequeñas noticias.

—Me habría gustado haber estado contigo —dijo ella, poniendo su cara muy cerca del micrófono del teléfono y hablando bajo para que la señora Aakiuq no la oyera.

—¿Qué? ¿Perdón? No, es mejor que nos quedemos. Freya me dijo que a veces la gente se congela en las calles y muere durante tormentas como esta. Cuando Smew nos trajo de vuelta de la Casa del Timón el coche casi sale por los aires.

—Ahora Freya, ¿no?

—¿Qué?

—*La* Jenny está casi lista. Podremos marcharnos hacia el final de la semana.

—¡Oh! ¡Qué bien! —Podía oír la vacilación en su voz y, por detrás de él, otras voces que hablaban felizmente, como si hubiera muchísima gente en el palacio, todos de celebración—. Quizá podríamos quedarnos un poco más —dijo él, esperanzado—. Me gustaría permanecer a bordo hasta que lleguemos a América, y luego, bueno, ya veremos…

Hester sonrió, se sorbió la nariz y trató de hablar, pero no pudo durante unos momentos. Sonaba tan dulce la voz de él y tan llena de amor por aquel lugar que no le parecía decente enfadarse con él o hacerle ver que ella preferiría ir a cualquier otro sitio que no fuera el Continente Muerto.

—¿Hester?

—Te quiero, Tom.

—No te oigo muy bien.

—Está bien. Te veré pronto. Te veré en cuanto acabe la tormenta.

* * *

Pero la tormenta no mostraba ninguna señal de acabar. Anchorage se deslizó lentamente hacia el oeste unas cuantas horas más, deseosa de poner la mayor cantidad posible de hielo entre ella y Wolverinehampton, pero mostrándose más y más cautelosa. No solo había polinias y hielo poco espeso del que desconfiar; la ciudad se estaba acercando a los márgenes del nordeste de Groenlandia, donde las montañas sobresalían por encima de la capa de hielo para destrozar los bajos de las ciudades poco precavidas. El señor Scabious redujo la potencia a la mitad y luego a la mitad de la mitad. Se veían luces de exploración que avanzaban por delante, como largos y

blancos dedos tratando de separar las cortinas de nieve, y habían enviado equipos de reconocimiento en trineos motorizados para explorar el hielo. La señorita Pye comprobó y volvió a comprobar sus cartas de navegación y rezaba por tener una sola imagen de las estrellas para confirmar su posición. Por fin, con las oraciones de la navegante aún sin respuesta, Anchorage se vio obligada a detenerse.

Un día oscuro más amaneció. Hester se sentó junto a la lumbre de los Aakiuq y miró las fotos de sus hijos muertos, colocadas en su vitrina junto a la colección de platos y bandejas de recuerdo que conmemoraban los nacimientos, matrimonios y jubileos de la Casa de Rasmussen. Todas las caras parecían la de Freya, que ahora debía de estar cómodamente sentada con Tom en el Palacio de Invierno. Estarían probablemente bebiendo un ponche caliente de vino y especias y hablando de historia y de sus libros favoritos.

Las lágrimas inundaron el ojo de Hester. Se disculpó antes de que los Aakiuq empezaran a preguntarle qué era lo que le pasaba y echó a correr escaleras arriba, hacia el trastero donde le habían preparado una cama. ¿Por qué seguir con algo que hace que me sienta tan mal?, se preguntaba repetidamente. Sería más fácil acabar con todo de una vez. Podía ir a buscar a Tom cuando la tormenta amainase y decirle: Todo ha terminado. Quédate aquí con tu Reina de las Nieves si quieres, y verás que no me importa…

Sin embargo, no podía. Él era la única cosa buena que había tenido en toda su vida. Para Freya y Tom era diferente: ellos eran agradables, dulces, atractivos y tenían muchas muchas probabilidades de encontrar el amor. Para Hester nunca habría nadie más.

—¡Ojalá Wolverinehampton nos *hubiera* devorado! —dijo para sus adentros, mientras caía en un sueño lleno de preocupaciones. Por lo menos, en los tugurios donde alojarían a los esclavos, Tom la habría necesitado otra vez.

Cuando despertó, ya era medianoche y la tormenta se había detenido. Hester se puso los mitones, la máscara contra el frío y las ropas de salir y bajó rápidamente las escaleras. Un débil ronquido procedente del dormitorio de los Aakiuq la asaltó cuando pasaba por delante de su puerta entreabierta. Deslizó suavemente la puerta de conservación del calor de la cocina y la abrió. Fuera, el frío era fuerte. La luna estaba allí, en lo alto, apoyándose en el horizonte como una moneda perdida y, gracias a su luz, Hester pudo ver que todos los edificios del nivel superior estaban cubiertos de un vidriado de hielo que, con el viento, se convertía en regueros salvajes de espinas y filamentos. Los carámbanos colgaban de los cables superiores y de las torres y grúas del puerto aéreo, tamborileando entre ellos en la suave brisa y llenando la ciudad de una música fantasmagórica: era el único sonido que rompía el perfecto silencio de la nieve.

Ella necesitaba a Tom. Quería compartir esta fría belleza con él. A solas con él, en estas vacías calles, sería capaz de decirle cómo se sentía. Corrió y corrió, abriéndose paso con sus zapatos de nieve prestados por encima de los montones de nieve que a

veces le llegaban a la altura del hombro, incluso al abrigo de los edificios, mientras el frío le ardía a través de la máscara y parecía que le cortaba la garganta. Desde arriba, al final de la escalera que subía desde la ciudad inferior, llegaban repentinas ráfagas que traían risas y compases sueltos de música mientras el distrito de máquinas celebraba la liberación de Anchorage. Aturdida y marcada por el frío, Hester subió por la larga rampa que conducía al Palacio de Invierno.

Después de haber estado tirando de la cadena de la campana unos cinco minutos, Smew abrió la puerta.

—Lo siento —dijo Hester, encaminándose sin demora hacia la cámara de aislamiento del calor mientras entraba una ráfaga de aire frío en la estancia—. Ya sé que es tarde. Tengo que ver a Tom. Me sé el camino, así que no tienes que molestarte…

—No se encuentra en su habitación —dijo Smew malhumorado, ajustándose más su camisón y jugueteando con las ruedas de la cámara aislante—. Está en la Wunderkammer, con Su Fulgor.

—¿A estas horas?

Smew asintió hoscamente.

—Su Fulgor no desea ser molestada.

—Bueno, pues va a ser molestada, lo quiera o no —dijo Hester mascullando en voz baja, apartando a Smew a un lado y saliendo hacia los pasillos del palacio a todo correr. Mientras avanzaba, trataba de convencerse de que todo era perfectamente inocente. Tom y la muchacha Rasmussen habrían ido probablemente a ver su incomparable colección de extraños y viejos desperdicios y habrían perdido la noción del tiempo. Lo encontraría sumido en alguna conversación sobre las cerámicas o las ruinas de la Era del Sombrero de Rafia…

La luz se derramaba desde la puerta abierta de la Wunderkammer y Hester redujo el paso a medida que se acercaba. Sería mejor entrar directamente con un alegre «¡Hola!», pero ella no pertenecía a ese tipo de personas alegres y bulliciosas: era más de la clase de los que podían quedarse acechando desde un rincón oscuro. Y encontró un rincón oscuro detrás de uno de los esqueletos de *stalker*, y se quedó a observar. Podía oír que Tom y Freya estaban hablando, pero no lo suficientemente claro como para saber lo que decían. Oyó que Tom se reía y su corazón se abrió y se cerró. Había habido un tiempo, tras la caída de Londres, en que *ella* había sido la única persona que podía hacerle reír.

Salió de su escondite y se deslizó por la Wunderkammer. Tom y Freya se encontraban en el otro extremo, con media docena de polvorientas vitrinas entre ellos y Hester. A través de los muchos y gruesos cristales interpuestos, pudo divisarlos vagamente, ondulando como reflejos de un espejo distorsionador. Estaban de pie, muy juntos, y sus voces se habían vuelto suaves. Hester abrió la boca para hablar, deseando hacer algún ruido que los distrajera el uno del otro, pero no se le ocurrió nada.

Y mientras se encontraba allí observando, Freya se acercó de repente a Tom y en un segundo estaban el uno en los brazos del otro, besándose. Seguía sin poder hacer ningún ruido. Solo podía quedarse inmóvil y mirar los blancos dedos de Freya deslizándose por entre el pelo oscuro de Tom y las manos de él sobre los hombros de ella.

No había sentido unas ganas tan grandes de matar a alguien desde que trató de asesinar a Valentine. Se puso tensa, dispuesta a agarrar una de las viejas armas que colgaban de la pared y hacerlos trizas a aquellos dos, a aquellos dos, a Tom. ¡A *Tom*! Consternada, se volvió y salió furibunda, ciega, del museo. Había un retén de calor en el claustro y ella lo atravesó, empujando la puerta, y se perdió en la gélida noche.

Se lanzó sobre un montón de nieve y allí se quedó, desvalida, sollozando. Más terrible que el propio beso había sido aquello tan feroz que había suscitado el hecho en su interior. ¿Cómo podía ella tan siquiera haber pensado en hacer daño a Tom? ¡No era culpa suya! Era aquella muchacha, aquella muchacha, que le había embrujado. Él ni siquiera había mirado a otra chica hasta que aquella gordinflona margravina se había cruzado en su camino. Hester estaba segura de ello. Se imaginaba matando a Freya. ¿Pero qué sacaría en limpio de ello? Tom la odiaría entonces y, además, no era solo Freya, era toda esta ciudad la que había conquistado el corazón de él. Todo se había terminado. Lo había perdido. Se quedaría allí en el frío y moriría, y él encontraría su cuerpo helado cuando llegara la luz del día y se pondría muy triste…

Pero ella había pasado demasiado tiempo tratando de sobrevivir para morir de una forma tan simple. Tras unos momentos de reflexión, se levantó y trató de calmar sus entrecortados y doloridos jadeos. El frío se le había metido en la garganta y le atormentaba en los labios y en los extremos de las orejas, y una idea empezaba a comerle el coco como si fuera una serpiente roja alojada dentro de su cráneo.

Era un pensamiento tan terrible que, durante un rato, no se pudo creer que fuera ella la que lo había ideado. Quitó con la manga la escarcha helada del cristal de una ventana y se puso a contemplar su propio reflejo borroso. Y se preguntó: ¿funcionaría?, ¿se atrevería? Pero no tenía más remedio que intentarlo; era su única esperanza. Se ajustó la capucha, se colocó bien la máscara contra el frío y salió por entre la nieve, bajo la luz de la luna, hacia el puerto aéreo.

* * *

Había sido un día verdaderamente extraño para Tom, atrapado en el Palacio de Invierno, con la tormenta batiendo en las ventanas y Hester perdida al otro extremo de la ciudad. Un día extraño y una aún más extraña tarde. Había estado sentado en la biblioteca, tratando de concentrarse en otro de los libros de Pennyroyal, cuando

apareció Smew vestido con todos los atributos del chambelán para decirle que la margravina deseaba que la acompañara en la cena.

Por el aspecto de la cara de Smew, Tom podía deducir que aquello constituía un gran honor para su persona. Se habían preparado con esmero unas ropas adecuadas para él, recién lavadas y pulcramente planchadas.

—Pertenecieron al antiguo chambelán —le dijo Smew, ayudándolo a ponérselas —. Calculo que serán de su talla.

Tom nunca había llevado un traje de ceremonia antes y cuando se miró en el espejo vio a alguien con aspecto apuesto y sofisticado, y nada parecido a él. Se sentía muy nervioso siguiendo a Smew hacia el comedor privado de la margravina. El viento parecía empujar las contraventanas con menos insistencia que antes, así que quizá la tormenta estaba amainando. Comería tan deprisa como pudiera y luego se iría en busca de Hester.

Pero no era posible en absoluto comer rápidamente, no en una cena formal como esta, con Smew vestido de lacayo trayéndole plato tras plato y luego corriendo a toda prisa hacia las cocinas para ponerse su sombrero de chef y cocinar más cosas, o corriendo hacia las bodegas en busca de otra botella de vino tinto de excelente cosecha de la ciudad vinícola de Burdeosmóvil. Y después de unos cuantos platos, Tom se dio cuenta de que no quería presentar sus excusas y salir fuera a la tormenta moribunda, porque Freya era una estupenda compañía y se sentía muy a gusto estando a solas con ella. Había algo brillante en ella esta noche, como si pensara que había hecho una cosa muy atrevida al invitarlo a cenar, y hablaba con mayor facilidad que antes sobre su familia y la historia de Anchorage, hasta llegar a los lejanos tiempos de su antepasada Dolly Rasmussen, una muchacha en edad escolar que había tenido visiones de la Guerra de los Sesenta Minutos antes de que estallara y había dirigido a su pequeño grupo de seguidores sacándolos fuera de la primera Anchorage antes de que fuera vaporizada.

Tom la miraba cuando hablaba y se dio cuenta de que ella había intentado hacer algo realmente impresionante con su pelo, y que llevaba puesto el más fastuoso, y menos mordido por la polilla de sus vestidos. ¿Se había tomado todas aquellas molestias por él? La idea le hacía sentirse encantado y culpable; separó la vista de ella y se encontró con la mirada desaprobadora de Smew mientras retiraba el postre y servía el café.

—¿Habrá algo más, Su Fulgor?

Freya tomó un sorbo, observando a Tom por encima del borde de la taza.

—No, gracias Smew. Puedes acostarte. Creo que Tom y yo vamos a bajar a la Wunderkammer.

—Muy bien, Su Fulgor. Os acompañaré.

Freya lo miró secamente.

—No hay necesidad, Smew. Puedes irte.

Tom notó la inquietud del sirviente. Él también se sentía un poco inquieto, pero

podía ser que se tratara del vino de la margravina que se le había subido a la cabeza. Y dijo:

—Bueno, quizá otro día…

—No, Tom —dijo Freya, extendiendo el brazo para tocarle la mano con las yemas de los dedos—. Ahora. Esta noche. Escucha, la tormenta ha terminado. La Wunderkammer estará preciosa a la luz de la luna.

La Wunderkammer estaba preciosa a la luz de la luna, pero no tan preciosa como Freya. Mientras la seguía hacia el pequeño museo, Tom entendió por qué la gente de Anchorage la amaba y la seguía. ¡Si tan siquiera Hester se le pareciese un poco! Se vio a sí mismo tratando de encontrar excusas para Hester aquellos días, explicando que ella era como era a causa de las cosas tan horribles que le habían sucedido, pero Freya también había pasado por cosas horribles y no era tan amarga y malhumorada.

La luna miraba desde lo alto a través de los cristales velados por la nieve, transformando los objetos familiares con su luz. La lámina de papel de aluminio brillaba en su vitrina como una ventana que diera a otro mundo, y cuando Freya se giró en aquella tenue luz reflejada y se puso frente a él, Tom supo que quería que la besase. Era como si una extraña gravedad fuera atrayendo y acercando sus rostros, y cuando sus labios se tocaron, Freya hizo un pequeño y suave ruido de satisfacción. Ella se le acercó más aún y los brazos de él comenzaron a abrazarla sin poder evitarlo. Ella tenía un suave aroma, ligeramente sudoroso, que no se le había ido, que parecía extraño al principio y luego muy dulce. Su vestido se arrugaba bajo las manos de Tom y su boca sabía a canela.

Entonces, algo —un débil ruido procedente de la puerta, una ráfaga de aire frío del corredor del fondo— hizo que ella abriera los ojos y obligó a Tom a apartarla suavemente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Freya en un susurro—. Pensé que había oído a alguien…

Contento de tener una excusa para separarse de su calor y de su morboso olor, Tom se volvió hacia la puerta.

—Nadie. Solo los tubos de la calefacción, espero. Siempre están haciendo ruido y chirriando.

—Sí, ya lo sé; es una molestia horrible. Estoy segura de que nunca se comportaron así hasta que vinimos al Alto Hielo… —Se le acercó de nuevo, tendiéndole sus manos hacia él—. Tom…

—Debo irme —contestó—. Es tarde. Lo siento. Gracias.

Con pasos apresurados, subió las escaleras hacia su habitación tratando de ignorar el cálido sabor a canela de la boca de Freya y de pensar en Hester. ¡Pobre Het! Su voz había sonado tan solitaria cuando le habló por teléfono… Tenía que ir a su encuentro. Se echaría en la cama un rato y trataría de recomponer sus pensamientos, y luego se lanzaría a la fría intemperie y bajaría hasta el puerto. ¡Qué blanda resultaba su cama! Cerró los ojos y sintió que la habitación le daba vueltas. Demasiado vino. Había sido

únicamente el vino lo que le había hecho besar a Freya. Era de Hester de quien estaba enamorado. Pero entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en Freya?

—¡Eres un idiota! —dijo en voz alta.

Encima de su cabeza, los conductos de la calefacción repitieron su sonido habitual, como si algo por allí dentro le diera la razón. Pero Tom no se enteró, porque ya había caído en un profundo sueño.

* * *

Hester no era la única persona que había visto a Tom y a Freya besarse. Caul, sentado a solas en la cabina delantera de la lapa mientras Skewer y Gargle salían a robar casas, había estado tonteando indolentemente con los canales-espía, cuando se encontró con la imagen de la pareja abrazándose.

—Tom, eres un tonto —masculló para sus adentros.

Lo que más le gustaba a Caul de Tom era su amabilidad. La amabilidad no se valoraba allá en Grimsby, donde se animaba a los muchachos mayores a atormentar a los más jóvenes, que se harían mayores para atormentar a su vez a otra hornada de jovenzuelos cuando llegara su turno.

—Es una buena práctica para enfrentarse a la vida —decía el Tío—. ¡Coscorrones duros, eso es todo de lo que trata el mundo!

Pero quizá podría suceder que el Tío nunca hubiera conocido a nadie como Tom, que era amable con otras personas y no parecía esperar nada más que amabilidad a cambio. ¿Y qué podía ser más amable o demostrar mejor corazón que salir con Hester Shaw, haciendo que aquella fea e inútil muchacha se sintiera amada y deseada? Para Caul, aquello era una especie de santidad. Fue horrible ver a Tom besar a Freya así, traicionando a Hestcr, traicionándose a sí mismo, dispuesto a lanzarlo todo por la borda.

Y quizá, también, se sentía un poco celoso.

Alcanzó a entrever un rostro borroso en la entrada, por detrás de la pareja; pudo acercar y ampliar la imagen justo a tiempo para reconocer a Hester en el momento en que se giró y salió corriendo. Cuando volvió al tamaño normal de la imagen, los otros dos ya se habían separado y miraban con aire de inseguridad hacia la puerta, hablando en voz baja y azorada: «Es tarde. Tengo que irme».

—¡Oh, Hester!

Caul salió del canal de la Wunderkammer buscando otros canales distintos, tratando de encontrarla. No sabía qué era lo que le contrariaba tanto; quizá el pensamiento de ella y su dolor, suponía que sí. Quizá era, en parte, envidia, y la certeza de que si ella hacía algo estúpido, Tom acabaría en los brazos de Freya. Fuera lo que fuera, producía un temblor en sus manos mientras manejaba los controles del

monitor.

No había señales de ella en las otras cámaras del palacio. Colocó una de reserva en determinada posición en el tejado de forma que pudiera barrer en redondo, registrando los suelos y las calles circundantes. Sus huellas vacilantes habían garabateado una larga e ilegible frase en la blanca página que era el suelo cubierto de nieve del Rasmussen Prospekt. Caul se inclinó más sobre sus pantallas, sudando ligeramente, mientras empezaba a poner las cámaras en sus posiciones en el puerto aéreo. ¿Pero dónde estaba *ella*?

16

Vuelo nocturno

Los Aakiuq aún seguían durmiendo. Ya de vuelta, Hester se deslizó sigilosamente hasta su habitación y, del escondite que había buscado debajo de su colchón, cogió el dinero que Pennyroyal le había dado en Puertoaéreo y luego se fue derecha al hangar de la Jenny. Escarbó en la nieve que se había amontonado contra la puerta y la arrastró para abrirla. Encendió las luces. La roja figura de la Jenny Haniver surgió enfrente, con escaleras apoyadas contra los tanques de los motores a medio pintar y nuevos paneles cubriendo los agujeros de la góndola como piel nueva sobre una herida reciente. Subió a bordo y encendió los calentadores. Luego, dejando que todo adquiriera la temperatura conveniente, se volvió hacia la nieve, en dirección a los tanques de combustible.

Arriba, en la cúpula en sombras del hangar, algo se escabullía con un ligero ruido.

* * *

No era difícil de imaginar lo que ella trataba de hacer. Caul le dio un golpe al panel de controles que tenía delante y refunfuñó:

—¡Hester, no! ¡Estaba bebido! ¡Él no quiso hacerlo!

Se puso en el borde de la silla, sintiéndose como un dios impotente que era capaz de observar las cosas ocultas, pero al que le era imposible intervenir para alterar su curso.

Excepto que… sí podía. Si Tom se enteraba de lo que estaba sucediendo, Caul estaba seguro de que se presentaría inmediatamente en el puerto, razonaría con Hester, se disculparía, le haría comprender. Caul había visto a parejas reconciliarse con anterioridad y estaba seguro de que este distanciamiento no tenía que ser definitivo. Si Tom lo *supiera*.

Pero la única persona que podía decírselo era Caul.

—No seas estúpido —se dijo a sí mismo enfadado, retirando sus manos de los controles de las cámaras—. ¿Qué te preocupan a ti una pareja de secos? ¡Nada! Nada que merezca la pena arriesgar el Gusano de Hélice por ello. Y encima, desobedecer al Tío.

Se acercó a los controles de nuevo. No podía evitarlo. Tenía sus responsabilidades.

Conectó con la cámara de la habitación de Tom en el palacio e hizo que hiciera ruido con sus anclajes dentro del conducto donde estaba oculta. Tom seguía allí tumbado, dormido como un tronco, con su estúpida boca abierta y sin la más mínima idea de que su vida se desmoronaba.

Déjalo, pensaba Caul. Ya lo has intentado. No has podido despertarlo. Todo se ha acabado. No importa.

Enfocó a Hester, luego envió una cámara por los conductos de la calefacción de la parte alta de la villa donde Skewer y Gargle estaban trabajando y enfocó hacia cada una de las habitaciones, una tras otra, hasta que los encontró en la cocina, metiendo objetos de plata en sus bolsones. La cámara repiqueteó en el interior del conducto: tres golpecitos, luego una pausa, luego otros tres. «Regresad enseguida». Las borrosas figuras de la pantalla dieron un bote, reconociendo el código y haciendo bufonadas en su torpe prisa por cargar con la última pieza del botín y volver a la lapa.

Caul dudó durante un momento más, maldiciendo tener un corazón tan blando y recordándose lo que el Tío haría con él si algo de esto llegaba a su conocimiento. Luego echó a correr, buscando a tientas la escalera de mano, por la escotilla, hacia la ciudad en silencio.

* * *

Había temido que los depósitos de combustible se congelaran, si no hubiera contado con la habilidad durante ochocientos años de los capitanes del puerto de Anchorage, que habían encontrado la manera de adaptarse al frío ártico. Mezcló el combustible con anticongelante y los controles de la bomba se dejaron en un edificio acondicionado junto al depósito principal. Cogió la manguera de combustible y la lanzó a su hombro, pisando fuerte hacia el hangar, desenrollándolo sobre la nieve que había tras ella. Dentro del hangar, conectó la manguera a una válvula en la parte inferior del dirigible y luego volvió al edificio para encenderla. La manguera comenzó a estremecerse ligeramente cuando el combustible empezó a borbotear. Mientras los depósitos se llenaban, subió a bordo y empezó a prepararse. Las luces de la góndola todavía no funcionaban, pero ella encontró las lámparas de trabajo. Cuando empezó a encender los interruptores de los paneles de control, todo cobró vida, con sus emisoras iluminadas llenando la cubierta con un resplandor de luciérnaga.

* * *

Tom despertó, sorprendido de ver que se había dormido. Tenía una espesa y cenagosa sensación en la cabeza y alguien estaba en la habitación con él, inclinado sobre su cama, tocándole la cara con dedos fríos.

—¿Freya? —dijo él.

No era la margravina. Una linterna azulada reverberaba, iluminando la pálida cara de un total desconocido. Tom pensó que conocía de vista a todo el mundo a bordo de Anchorage, pero no reconocía esta cara blanca, este pálido fuego de pelo rubio casi blanco. La voz le era desconocida también, con un suave acento que no era el de Anchorage.

—¡No hay tiempo para explicaciones, Tom! Tienes que venir conmigo. Hester está en el puerto aéreo. ¡Se va a ir sin ti!

—¿Qué? —Tom sacudió la cabeza tratando de sacudir también los restos de sus sueños, medio esperando que esto fuera uno de ellos. ¿Quién era este muchacho y qué estaba haciendo allí?—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Por tu culpa, idiota —gritó el muchacho. Arrancó los cobertores de la cama y le lanzó sus ropas de calle—. ¿Cómo te crees que se ha sentido al veros besuqueándoos a ti y a Freya Rasmussen?

—Yo no lo hice —dijo Tom consternado—. Solo fue… Y Hester no pudo haber… De todas formas ¿cómo sabes tú todo eso?

Pero la prisa del desconocido estaba empezando a contagiársele a él. Se quitó sus ropas prestadas, se calzó a tientas las botas y la máscara contra el frío, se puso su abrigo de aviador y siguió a aquel muchacho fuera de la habitación, y luego fuera del palacio por una puerta lateral en la que él ni siquiera había reparado nunca. La noche era desgarradoramente fría; la ciudad, un sueño de invierno. A lo lejos, hacia el lado oeste, las montañas de Groenlandia sobresalían encorvadas por encima del hielo, con un aspecto frío y crespo, a la luz de la luna y tan cerca que parecía que se las podía tocar. La aurora llameaba por encima de los tejados y, en el silencio, Tom pensó que podía oírla crujir y zumbar como una línea de alta tensión en una mañana helada.

El desconocido lo llevó hacia abajo por una escalera del Rasmussen Prospekt y luego por una pasarela de mantenimiento por debajo de la plataforma para subir finalmente por otra pasarela hasta el puerto aéreo. Cuando salían de nuevo a la superficie, Tom vio que se había equivocado acerca del ruido. Los crujidos venían de la caída del hielo en el hangar de la Jenny, al abrirse el techo abovedado, y el zumbido procedía de las cubiertas de los motores, que giraban para colocarse en posición de despegue.

—¡Hester! —gritó Tom, avanzando como podía por entre la nieve. En el hangar abierto, las luces de dirección de la Jenny lucían intermitentes y los reflejos llameaban entre los ventisqueros. Oyó el ruido de una escalera de mano, que había estado apoyaba contra el costado de la aeronave y caía ahora con estrépito, y también oyó el triple sonido metálico al soltarse las abrazaderas de amarre. Aquella no podía ser Hester; imposible que fuera la figura que se movía por detrás de las oscurecidas

ventanillas de la cabina de vuelo. Se movió revolviéndose como si nadase por aquel océano de nieve.

—¡Hester! ¡Hester! —gritaba, y aún no acababa de creerse que ella se fuera. Hester no podía tener la menor idea de aquel estúpido beso, ¿a que no? Se había contrariado cuando él le dijo que deseaba quedarse y ahora le estaba dando un escarmiento, eso era todo. Trató de avanzar dando patadas y luchando a brazo partido contra los montones de nieve, ya más rápido, pero cuando aún se encontraba a veinte metros del hangar, la Jenny Haniver se elevó hacia el cielo y giró en dirección sureste, moviéndose a gran velocidad sobre los tejados hacia el hielo sin fin.

—¡Hester! —gritaba, sintiendo de repente un enorme enfado. ¿Por qué no le había contado cómo se sentía, como una persona normal, en vez de organizar semejante espectáculo? El viento del oeste comenzaba a soplar más fuerte: se llevaba la aeronave mucho más rápidamente, alejándose de él y arrojándole polvo de nieve a la cara, cuando se volvió para mirar a su misteriosa compañía. El muchacho se había ido. Ahora se encontraba solo, a no ser por el señor Aakiuq, que avanzaba a duras penas hacia él y le gritaba:

—¡Tom! ¿Qué ha sucedido?

—Hester —contestó al fin Tom con una voz casi inaudible mientras se sentaba en la nieve. Podía sentir las lágrimas mojando el borreguillo del interior de su máscara contra el frío mientras el farol de popa de la Jenny, un minúsculo copo de calor en aquella enorme frialdad, se disipaba cada vez más, hasta desaparecer confundido con la aurora.

17

Tras Hester

Tom realizó su camino de regreso a lo largo de la pasarela de debajo de la plataforma con un sentimiento horrible de vacío y, a la vez, como si hubiera recibido una patada en el estómago. Habían pasado ya varias horas desde que la Jenny Haniver despegase. El señor Aakiuq había intentado ponerse en contacto con Hester por radio, pero no había habido respuesta alguna.

—Quizá no la ha enchufado —decía el capitán del puerto—. O quizá es que no funciona: no tuve oportunidad de comprobar todas las válvulas. Y casi no hay gas suficiente en la cubierta. Yo solo la llené para comprobar que las celdas no tenían escapes. Oh, ¿por qué esta pobre criatura tuvo que marcharse tan de repente?

—No lo sé —le había contestado Tom, pero sí que lo sabía. Si tan siquiera él se hubiera dado cuenta antes de cuánto odiaba ella estar allí. Si al menos le hubiera dedicado un pensamiento para saber cómo se sentía antes de haber empezado a enamorarse de esta ciudad. Si no hubiera besado a Freya, al menos. Pero su sentimiento de culpabilidad seguía envolviéndolo y convirtiéndose poco a poco en enfado. Después de todo, *ella* no había pensado en los sentimientos de *él*. ¿Por qué no podía quedarse aquí, si así lo deseaba? Ella era una egoísta. Solo porque odiaba la vida de la ciudad, no quería decir que él deseara ser un vagabundo del cielo toda su vida.

Sin embargo, tenía que encontrarla de nuevo. No sabía si ella lo volvería a admitir o ni siquiera si él querría que sucediese, pero no podía permitir que todo terminase de aquella forma tan horrible, confusa y accidentada.

Los motores de la ciudad volvían, susurrantes, a la vida mientras él ascendía a toda prisa hacia el frío del nivel superior. Se dirigió hacia el Palacio de Invierno dando traspiés por el mismo camino helado que había tomado antes en dirección contraria. No quería ver a Freya. Se le retorcían las entrañas como papel ardiendo cuando pensaba lo que había sucedido entre ellos en la Wunderkammer. Pero solo Freya tenía el poder de ordenar que la ciudad diera media vuelta para perseguir a la Jenny Haniver.

Pasaba ahora por la larga sombra de la Casa del Timón, cuando la puerta se abrió de golpe y una frenética aparición, cubierta por una túnica, se le acercó dando tumbos por la nieve.

—¡Tim! ¿Es cierto, Tim? —Los ojos de Pennyroyal se veían redondos como platos y casi se le salían de las órbitas, y la forma de agarrar a Tom por el brazo fue como el mordisco de la helada—. ¡Dicen por ahí que esa chica tuya se ha ido! ¡Que

se ha marchado volando!

Tom asintió, sintiéndose avergonzado.

—Pero sin la Jenny Haniver… —Tom se encogió de hombros.

—Quizá tenga que ir con usted a América después de todo, profesor.

Continuó su camino corriendo, dejando atrás a Pennyroyal, que se dirigía rezongando hacia su apartamento y decía:

—¡América! ¡Ja, ja! ¡Claro que sí, naturalmente! ¡América!

En el Palacio de Invierno se encontró con Freya, que le estaba esperando. Estaba sentada en un diván en el más pequeño de sus recibidores, una cámara no mayor que un campo de fútbol cubierta con tantos espejos que parecía haber un millar de Freyas sentadas allí y otro millar de Toms empapados y despeinados goteando nieve derretida sobre el suelo de mármol.

—Su Fulgor —le dijo—. Debéis dar la vuelta.

—¿Dar la vuelta? —Freya había estado esperando todo tipo de cosas, pero no esta. Loca de contento por las noticias de la marcha de Hester, se había imaginado consolando a Tom, asegurándole que todo era para bien, haciéndole entender que le irían mucho mejor las cosas sin su espantosa novia y que había sido claramente la voluntad de los Dioses del Hielo que él se quedase aquí, en Anchorage, con ella. Se había puesto su vestido más bonito para ayudarlo a entender y había dejado el primer botón de arriba sin abrochar, de una forma que revelaba un pequeño triángulo de suave y blanca piel bajo el hueco de su garganta. Esto la hacía sentirse estremecedoramente atrevida y adulta. Había estado esperando todo tipo de cosas, menos esta.

—¿Cómo podemos dar la vuelta? —preguntó, medio riéndose, con la esperanza de que él estuviera haciendo algún tipo de broma—. ¿Por qué tendríamos que regresar?

—Pero Hester…

—¡No podemos alcanzar a una aeronave, Tom! ¿Y por qué tendríamos que hacerlo? Quiero decir, con Wolverinehampton ahí fuera, detrás de nosotros, en alguna parte… —Pero él ni siquiera la miraba; sus ojos estaban brillantes y arrasados de lágrimas. Ella se cerró con los dedos la parte superior del vestido, sintiéndose azorada, y luego, rápidamente enfadada—. ¿Por qué debería arriesgar mi ciudad entera por una muchacha loca en una aeronave?

—Ella no está loca.

—Actúa como si lo estuviera.

—¡Está contrariada!

—¡Bueno, yo también estoy contrariada! —gritó Freya—. ¡Yo creía que te importaba algo! ¿Y lo que sucedió antes no significa nada para ti? ¡Pensé que ya habías olvidado a Hester! ¡Ella no es nada! ¡No es nada más que un desperdicio del aire y estoy encantada de que te haya abandonado! ¡Quiero que seas mi, mi…, mi novio! ¡Espero que entiendas el honor que eso significa!

Tom se la quedó mirando fijamente y no pudo pensar en nada para responderle. La vio de repente como Hester la veía: una muchacha regordeta, maleducada y petulante que esperaba que el mundo se compusiera a sí mismo para satisfacer sus deseos. Él sabía que ella tenía razón al rechazar su petición, que sería una verdadera locura darle la vuelta a la ciudad e invertir el rumbo, pero, de alguna manera, su rectitud la hacía aún más irrazonable. Balbució algo y se dio media vuelta.

—¿Dónde vas? —solicitó Freya fríamente—. ¿Quién te ha dicho que te puedes ir? ¡No te he concedido el permiso para abandonar mi presencia!

Pero Tom no esperó a que llegara el permiso. Corrió escapando de aquella habitación, con la puerta dando un golpe al cerrarse tras él. Allí quedó ella con todos los reflejos, que movían sus rostros para aquí y para allá en los temblorosos espejos, mirándose inexpresivamente el uno al otro como preguntándose: ¿qué es lo que hicimos mal?

* * *

Él echó a correr por los largos pasillos del Palacio de Invierno sin tener la más mínima idea de adónde se dirigía, apenas sin darse cuenta de las habitaciones por las que pasaba y sin oír los débiles chirridos y ronroneos de los tubos de calefacción y de los conductos de ventilación. Siempre, desde que se habían caído de Londres, Hester había estado a su lado, cuidando de él, diciéndole lo que debía hacer, amándolo de aquella manera feroz y tímida a la vez, que era la suya. Ahora, ella se había ido por su culpa, la había echado de su lado. Ni siquiera se habría enterado de que se había ido, a no ser por aquel muchacho…

Por primera vez desde que despegase la Jenny Haniver, Tom pensaba en aquel extraño visitante. ¿Quién era? Alguien del distrito de máquinas, a juzgar por la forma en que iba vestido (Tom recordaba capas y más capas de ropas oscuras, una túnica manchada de aceite y de grasa, con pintura negra a rayas en sus botones de latón). ¿Y cómo se había enterado de lo que Hester estaba a punto de hacer? ¿Le había confiado ella algo? ¿Le habría dicho cosas que no le había contado a Tom? Sintió un extraño pinchazo de celos ante el pensamiento de Het compartiendo sus secretos con otro.

¿Pero qué sucedía si el muchacho sabía adónde se había ido Hester? Tom tenía que encontrarlo; hablar con él. Salió corriendo del palacio hacia la escalera más cercana y hacia abajo, al distrito de máquinas, a toda velocidad por entre los truenos y la niebla de las esferas de Scabious hasta la oficina del jefe de máquinas.

* * *

Skewer y Gargle estaban esperando a Caul cuando llegó corriendo del puerto aéreo, sin aliento y agitado a causa de la carrera. Estaban preparados dentro de la escotilla con armas y cuchillos, por si los secos le seguían la pista, y lo metieron de golpe y no le dejaron hablar hasta que no estuvieron completamente seguros de que nadie lo había seguido.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Skewer enfadado—. ¿Qué te creías que estabas haciendo? *Sabes* perfectamente que está prohibido dejar la lapa sin vigilancia. ¡Y en cuanto a hablar con un seco! ¿Es que no aprendiste nada en el Ladronarium? —Puso una extraña voz de gimoteo que Caul supuso que era una imitación de la suya —. «¡Tom! ¡Tom! ¡Rápido! ¡Ella te va a abandonar!». ¡Tonto!

Caul se sentó en el suelo, de espaldas a un fardo de ropas robadas, con un aspecto de indisimulado fracaso invadiéndole el rostro, como si le resbalase nieve derretida.

—La fastidiaste, Caul —dijo Skewer con una repentina sonrisa—. Quiero decir que la pifiaste *de verdad*. Me voy a hacer cargo de esta nave. El Tío lo entenderá. Cuando sepa lo que has hecho, se arrepentirá de no haberme puesto a mí al mando desde el principio. Voy a enviar un pez mensajero esta noche para que sepa todo lo que ha sucedido. Se te acabó el fisgar por ahí. Amante de los secos. Se acabaron las expediciones de medianoche. Se acabó el soñar con margravinas. Oh, no creas que no te he visto poner ojitos de carnero degollado cada vez que su cara aparece en las pantallas.

—Pero Skewer… —lloriqueó Gargle.

—¡Cállate! —le cortó Skewer dándole un buen cachete en la cabeza y volviéndose para darle una patada a Caul y derribarlo cuando este se levantaba para proteger al muchacho pequeño. Se mostraba exaltado y satisfecho de sí mismo—. Tú también te puedes estar quieto, Caul. De ahora en adelante, llevaremos esta lapa a mi manera.

* * *

El señor Scabious, cuya casa en la plataforma superior conservaba demasiados recuerdos infelices, pasaba casi todo su tiempo libre en su oficina, una estrecha choza que se reducía a un pequeño espacio entre dos columnas de sustentación de la plataforma en el corazón del distrito de máquinas. En ella se alojaba una mesa de despacho, un archivador, una litera, una estufa Primus, una pequeña palangana, un calendario, una taza esmaltada y no mucho más. Las ropas de luto de Scabious colgaban de un gancho adosado a la parte posterior de la puerta, ondeando como un ala negra, cuando Tom la abrió de repente. El hombre estaba sentado ante su mesa, viva imagen de la estatua de la melancolía. El centelleo de los hornos del distrito de máquinas se colaba a rayas por entre las lamas de la persiana de la ventana,

presentándolo como una imagen de barras de luz y sombras. Solo sus ojos se movían, taladrando al recién llegado con una mirada heladora.

—Señor Scabious —dijo Tom con voz entrecortada—. ¡Hester se ha ido! ¡Ha cogido la Jenny y se ha ido!

El jefe de máquinas asentía con la cabeza, con la vista fija en la pared de detrás de la cabeza de Tom, como si se estuviera proyectando una película que solo él podía ver.

—Así que se ha ido. ¿Y por qué vienes a mí?

Tom se dejó caer de golpe en la litera.

—Había un muchacho. Yo nunca lo había visto antes. Un tipo algo así como pálido y de pelo muy rubio procedente del distrito de máquinas, un poco más joven que yo. Parecía saberlo todo sobre Hester.

Scabious se movió por primera vez, levantándose como un resorte y acercándose rápidamente a Tom. Había una extraña expresión en su rostro.

—¿Así que tú también lo has visto?

Tom se echó hacia atrás, sorprendido por la súbita muestra de pasión del jefe de máquinas.

—Pensé que él me podría decir adónde iba ella.

—No hay nadie como el muchacho que tú describes a bordo de esta ciudad. Nadie que esté *vivo*.

—Pero… parecía como si él hubiera hablado con ella. Si solo me pudiera decir dónde encontrarlo…

—Tú no puedes encontrar a Axel. Él te encontrará cuando lo desee. Incluso yo he tenido que verlo desde la distancia… ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Te dio algún mensaje para su padre?

—¿Su padre? No.

Scabious apenas parecía que escuchaba. Registró en un bolsillo de su bata y extrajo algo parecido a un pequeño libro de plata: un minúsculo marco de fotos. Tom conocía a mucha gente que llevaba consigo aquellos relicarios portátiles, y cuando Scabious abrió el suyo, Tom dirigió una rápida mirada al retrato de dentro: vio a un fornido y corpulento joven, como una versión juvenil del propio Scabious.

—Oh —dijo—. Pero este no es el muchacho que yo vi. Era más joven y más delgado…

Aquello dejó anonadado al jefe de máquinas, pero solo por unos instantes.

—¡No seas tonto, Tom! —le espetó—. Los espíritus de los muertos pueden tomar cualquier forma que deseen. Mi Axel era tan delgado como tú hace tiempo. Es totalmente natural que aparezca como era en aquellos tiempos, joven y guapo y lleno de esperanzas.

Tom no creía en espíritus ni en fantasmas. Al menos, no pensaba que creía. «Nadie regresa nunca de la Región de las Sombras». Eso era lo que Hester decía siempre, y él fue repitiendo estas palabras en su interior para reafirmarse en su

pensamiento mientras se iba de la oficina del señor Scabious y se disponía a ascender por las sombrías escaleras hacia el nivel superior. El muchacho no podía ser un espíritu. Tom había notado su tacto, había captado su olor, había sentido el calor de su cuerpo. Había dejado huellas mientras abría el camino hacia el hangar. Las pisadas lo demostrarían.

Pero para cuando llegó al puerto aéreo, se había levantado el viento y la nieve en polvo caía implacable sobre la superficie de los ventisqueros como si fuera humo. Las pisadas alrededor del hangar eran ya tan borrosas que era imposible decir cuántos pies las habían hecho y si el extraño muchacho había sido real o un fantasma o tan solo un fragmento de un sueño.

18

El oro del depredador

Hester estaba agradecida al viento. La ayudaba a alejarse de Anchorage, pero se mostraba inestable y a veces soplaba a ráfagas violentas, desviándola hacia el norte en algunos momentos; en otros, con veloces corrientes; y en ocasiones, dejando de existir hasta quedarse en nada. Tenía que concentrarse para mantener el rumbo de la Jenny Haniver, y eso era bueno porque así no le quedaba tiempo para pensar en Tom o en las cosas que estaba planeando hacer. Sabía que si pensaba con mucha intensidad en cualquiera de las dos cosas, acabaría perdiendo su firmeza y pondría la aeronave con la proa de nuevo en dirección a Anchorage.

Pero a veces, cuando se quedaba traspuesta y echaba una breve cabezadita ante los mandos, no podía evitar preguntarse qué estaría haciendo Tom. ¿Estaría pesaroso por su marcha? ¿Se habría enterado de ello tan siquiera? ¿Estaría Freya Rasmussen consolándolo?

—No importa —se dijo para sí misma. Pronto regresaría para poner todas las cosas en su sitio y él sería suyo de nuevo. Al segundo día en el aire, avistó Wolverinehampton. El suburbio ya había cambiado su curso, ahora hacia el sur, tras el fracaso de la captura de Anchorage, y su suerte había cambiado también con ello porque habían encontrado una presa: un grupo de ciudades balleneras desviadas de su rumbo por la tormenta. Había tres de ellas, cada una de un tamaño mucho mayor que Wolverinehampton, pero el suburbio se había apresurado a ir rápidamente de la una a la otra, destrozando a mordiscos ruedas tractoras y soportes de deslizamiento, y cuando Hester lo vio, volvía para devorarlas al lugar donde las había dejado malparadas. A ella le parecía que la ciudad estaría ocupada con su festín durante unas cuantas semanas y se alegraba de que no se dirigiera hacia el oeste para amenazar a Anchorage de nuevo e interferir con sus propios planes.

Y siguió y siguió volando a lo largo de breves días y de largas, oscuras y amargas noches, y por fin su búsqueda nocturna en el dial de la radio se vio saludada por el ondulante aullido del radiofaro acogedor de una ciudad. Ella cambió el curso y la señal se fue haciendo más clara, hasta que unas pocas horas después divisó Arkangel un poco más adelante, acuclillada sobre su propia presa en el hielo.

El enorme, ruidoso y cercano puerto aéreo de la ciudad depredadora le hizo sentirse extrañamente añorante de la paz de Anchorage y la rudeza habitual de la tripulación de tierra y de la gente de aduanas le hicieron sentir nostalgia del señor Aakiuq. Gastó la mitad de los soberanos de Pennyroyal en combustible y en gas elevador y escondió el resto en uno de los compartimentos secretos que Anna Fang

había instalado bajo la cubierta de la Jenny. Luego, sintiéndose mal y culpable ante lo que estaba a punto de hacer, emprendió su camino hacia la Central Aérea, un gran edificio bajo los talleres de combustible donde los mercaderes se reunían con los comerciantes de la ciudad. Cuando empezó a preguntar dónde podía encontrar a Piotr Masgard, los aviadores le dirigieron miradas desaprobatorias y una mujer escupió en la cubierta a sus pies, pero después de un rato, un anciano y amistoso comerciante pareció compadecerse de ella y le indicó amablemente que se apartara un poco para poder hablar.

—Arkangel no es como las demás ciudades, querida mía —le explicó, llevándosela hacia una estación de elevadores—. Los ricos aquí no viven en la parte alta, sino en la central, donde se está más caliente; un distrito llamado el Núcleo. El joven Masgard tiene una mansión ahí. Bájate en la estación Kael y allí pregunta otra vez.

Él la observó con mucha atención mientras Hester pagaba su billete y subía a bordo de un elevador con destino al Núcleo. Entonces, agarró su túnica para elevarla unos centímetros y no pisarla y salió a toda prisa de vuelta a su tienda, al otro extremo del puerto: un espacioso y viejo establecimiento atestado de cosas llamado Vieja Tecno y Antigüedades Blinkoe.

—¡Rápido, esposas! —bramó, irrumpiendo en el estrecho cuarto de estar situado en la trastienda. Movía los brazos en un urgente código de señales y las cinco señoras Blinkoe levantaron la vista de sus novelas y bordados.

—¡Está aquí! ¡Esa muchacha! ¡La fea! ¡Y pensar en todas estas semanas desperdiciadas buscando y preguntando por todas partes, y que ella misma venga a nuestra propia Central Aérea como si nada! ¡Venga, rápido, debemos prepararnos!

Se frotaba las manos de gozo, imaginándose ya la forma en que gastaría el botín que la Tormenta Verde le pagaría cuando los llevara a Hester y a la Jenny Haniver.

* * *

El Núcleo era un lugar desconcertante: una gran caverna retumbante llena de los truenos de los motores de la ciudad, brumosa por el humo y el vapor que se movían de un lado para otro, atravesada de mil maneras por cientos de pasarelas, ferrocarriles y huecos de elevadores. Los edificios se veían apiñados sobre cornisas y plataformas sobre soportes, o colgando, como los nidos de los vencejos. Esclavos con collares de hierro barrían el suelo mientras otros eran fustigados más allá en grupos dirigidos por capataces vestidos con pieles, marchando a realizar tareas desagradables a los helados distritos exteriores. Hester trató de no verlos, ni tampoco a las damas ricas que llevaban niños pequeños atados con correas, ni al hombre que daba más y más y más patadas a un esclavo que accidentalmente había barrido el suelo en su dirección.

Aquello no era cosa suya, se dijo Hester. Arkangel era una ciudad donde los fuertes se comportaban como les daba la gana.

Estatuas de hierro del dios lobo Eisengrim guardaban las puertas de la mansión Masgard. Dentro, chorros de gas ardían en trípodes de hierro, llenando la gran sala de recepción con ondas de luz temblorosa que arrojaban sombras como filos de cuchillos. Una esbelta joven que llevaba un enjoyado collar de esclava miró a Hester de arriba abajo y le preguntó qué se le ofrecía. Hester le dio la misma respuesta que les había dado a los guardias a la entrada:

—Tengo información que vender a los cazadores de Arkangel.

Se produjo un zumbido en las sombras bajo el tejado del caserón y Masgard descendió como una aparición ante ella, montado en un sofá de cuero que se balanceaba colgado de un pequeño globo de gas con diminutas vainas de motores que surgían del reposacabezas. Era una nave-silla, un juguete de un hombre rico, y él la dirigió hacia donde se encontraba Hester y la dejó inmóvil, suspendida en el aire frente a ella, disfrutando enormemente de su sorpresa. Su esclava se puso entonces a frotarse la cabeza contra la puntera de la bota de Masgard, como una gata ante su amo.

—Bueno —dijo él—. ¡Yo te conozco! Tú eres aquella muchacha de la horrorosa cara llena de cicatrices de Puertoaéreo. Y has venido a aceptar mi oferta, ¿a que sí?

—He venido a decirte dónde puedes encontrar una presa —le dijo Hester, tratando de que no le temblara la voz.

Masgard condujo el sillón flotante un poco más cerca de ella, manteniendo a Hester a la espera y estudiando la combinación de miedo y culpabilidad que asomaba en su arruinado rostro. Su ciudad era demasiado grande para sobrevivir ya sin la ayuda de escorias como esta muchacha, y él la odiaba por eso.

—¿Y entonces? —preguntó por fin—. ¿A qué población quieres traicionar?

—No es solo una población —respondió Hester—. Es una ciudad: Anchorage.

Masgard intentó mantener su aire de aburrimiento, pero Hester vio chispas de interés en sus ojos. Hizo todo lo posible para darles aire y que se convirtiesen en llamas.

—Tiene que haber oído hablar de Anchorage, señor Masgard. Una gran ciudad de hielo. Con apartamentos llenos de rico mobiliario y magnífica decoración, la mayor rueda tractora de todo el hielo y una maravilla de despliegue de motores de antigua tecnología llamada las Esferas de Scabious. Se dirigen a la parte superior de Groenlandia, con rumbo al hielo del oeste.

—¿Por qué?

Hester se encogió de hombros. (Mejor no mencionar el viaje a América: demasiado difícil de explicar y más difícil aún de creer).

—¿Quién sabe? Quizá se han enterado de algún depósito de Vieja Tecno y se han lanzado a excavarlo. Estoy segura de que encontrarás una forma de sonsacarle los detalles a la bella y joven margravina…

Masgard sonrió.

—Esta que ves aquí, Julianna, fue hija de un margrave antes de que mi gran Arkangel se comiera a la ciudad de su papá.

—Entonces, piensa en la aportación tan bonita que Freya Rasmussen haría a tu colección —dijo Hester. Parecía encontrarse fuera de sí misma; no sentía nada, excepto un débil orgullo por lo despiadada que podía llegar a ser—. Y si deseas un aperitivo para mantener tu marcha durante el camino, te puedo dar las coordenadas de Wolverinehampton, un suburbio depredador que acaba de hacer un montón de nuevas capturas.

Masgard estaba entusiasmado. Había tenido noticias de Anchorage y de Wolverinehampton por parte de Widgery Blinkoe hacía tan solo unos días, pero el grasiento anticuario no sabía nada sobre el rumbo actual de Wolverinehampton. En cuanto a Anchorage, Masgard no estaba seguro de si creer en el avistamiento de una ciudad del hielo tan lejos y con rumbo oeste. Sin embargo, esta sarnosa golfilla del cielo parecía que sabía lo que se traía entre manos, y con el informe de Blinkoe para respaldarlo, su información sería suficiente para convencer al Consejo de que cambiara el rumbo. La hizo esperar unos momentos en silencio solo para que la muchacha pudiera comprender que se estaba comportando de un modo despreciable. Entonces abrió un compartimento en el brazo de su sillón volador y sacó una gruesa hoja de pergamino que firmó con una pluma estilográfica. Su esclava le pasó el documento a Hester. Había palabras escritas en letra gótica y sellos con los nombres de los dioses de Arkangel: Eisengrim y el Embajador.

—Un pagaré —explicó Masgard, acelerando los motores de su silla voladora y alejándose de ella—. Si se demuestra que tu información es correcta, podrás venir a recoger tus honorarios cuando nos hayamos comido a Anchorage. Dale los detalles a mi secretario.

Hester hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Yo no estoy haciendo esto por el oro del depredador.

—¿Entonces, por qué?

—Hay alguien a bordo de Anchorage, Tom Natsworthy, el muchacho con el que me viste en Puertoaéreo. Cuando devores la ciudad, déjamelo a mí. Pero él no podrá saber jamás que esto está pactado. Quiero que piense que lo estoy rescatando. Todo lo demás a bordo de ese apestoso lugar es tuyo, pero Tom no. Él es mío. Es mi precio.

Masgard se la quedó mirando desde arriba durante unos instantes, auténticamente sorprendido. Luego echó hacia atrás la cabeza y el eco de su risa llenó la habitación.

* * *

Esperando en la estación la llegada de un elevador que la llevara de regreso al

puerto aéreo, Hester sintió que se estremecían las plataformas mientras aquella gran ciudad, Arkangel, empezaba a moverse. Se palpó el bolsillo, comprobando de nuevo que tenía el pagaré revisado de Masgard a salvo. ¡Qué contento se pondría Tom cuando ella saliera de las entrañas de la ciudad depredadora para salvarlo! ¡Qué fácilmente le haría ella olvidar su capricho pasajero con la margravina una vez que estuvieran los dos juntos de nuevo en los Caminos de las Aves!

Había hecho lo que debía, todo por Tom, y ya no había marcha atrás. Recogería algunas cosas de la Jenny Haniver y buscaría una habitación en cualquier parte, a la espera del viaje.

Ya había anochecido cuando llegó al puerto aéreo y los copos de nieve se agitaban alrededor de las luces de aterrizaje en la boca del puerto. El sonido de risas estridentes y música barata salía de las tabernas de detrás de las plataformas portuarias, con ráfagas más altas cada vez que alguien abría una puerta. La tenue luz de las lámparas formaba charcos de sombras bajo los grandes mercantes amarrados: naves con nombres del norte, el Fram, el Froud y el Smaug. Comenzó a sentirse nerviosa a medida que caminaba hacia la plaza de amarre de renta baja donde estaba anclada, esperando, la Jenny. Esta era una ciudad peligrosa y ella había perdido la costumbre de andar sola.

—¿Señorita Shaw? —El hombre la sorprendió porque apareció por su parte ciega. Ella hizo un rápido movimiento en busca de su cuchillo y luego reconoció a aquel agradable mercader ya mayor que la había ayudado antes—. La llevaré hasta su nave, señorita Shaw. Hay ciertos mercaderes nievómadas a bordo; tipos con apariencia rufianesca. No es un lugar seguro para una joven sola. La nave es la Jenny Haniver, ¿verdad?

—Eso es —le contestó Hester, preguntándose cómo sabía su propio nombre y el de la nave. Supuso que habría preguntado por allí antes y curioseado en el libro de llegadas recientes en la oficina del puerto.

—Entonces, ¿ha conseguido dar con Masgard? —le preguntó su nuevo amigo—. Supongo que tendrá algo que ver con el súbito cambio de rumbo hacia el oeste, ¿no? ¿Le has vendido una ciudad?

Hester asintió con la cabeza.

—Yo estoy también en una línea de trabajo similar —dijo el mercader, dándole un violento empujón contra un noray metálico detrás de un mercante llamado Temporary Blip. A ella se le ahogó un grito en la garganta, dolorida y sorprendida, tratando de acumular aire suficiente para poder gritar en solicitud de ayuda. Algo como un aguijón le pinchó en un lateral del cuello. El mercader se separó de ella, respirando con fuerza. Una jeringa brilló atrapando un rayo de luz que venía de las distantes tabernas mientras él se la guardaba en uno de sus bolsillos.

Hester trató de llevarse la mano al cuello, pero la droga surtía efecto con rapidez y sus miembros ya no la obedecían. Intentó pedir socorro, pero todo lo que salía de su boca era una especie de silbido sin palabras. Dio un paso hacia delante y cayó, con el

rostro a escasos centímetros de las botas del hombre.

—Lo siento muchísimo —le escuchó decir con una voz que le parecía lejana y oscilante, como la voz de Tom la última vez que la oyó, filtrándose por el teléfono de la sala de estar de los Aakiuq—. Tengo cinco mujeres que mantener, ¿sabes?, y tienen gustos caros, y siempre me están fastidiando y diciendo cosas desagradables.

Hester trató de gritar de nuevo, pero se desplomó definitivamente sobre la plataforma.

—¡No te preocupes! —continuó la voz—. Voy a llevaros a ti y a tu nave a la Percha de los Bribones. Quieren hacerte algunas preguntas. Eso es todo.

—Pero Tom… —Hester acertó a sollozar.

Aparecieron más botas: botas de señora, caras, de última moda, adornadas con borlas. Nuevas voces parloteaban por encima de ella.

—¿Estás seguro de que es ella, Blinkoe?

—¡Pues claro! ¡Es tan fea!

—¡¡No puede valer nada para nadie!!

—Diez mil en efectivo cuando la lleve a la Percha —dijo Blinkoe con aire de suficiencia—. La llevaré allí a bordo de su propia nave y pondré a remolque la nave auxiliar del Blip para volver en ella a casa. Estaré de regreso en un suspiro con bolsas llenas de dinero. Cuidad de la tienda mientras esté fuera, queridas mías.

—¡No! —Intentó decir Hester, porque si él se la llevaba fuera, no podría estar allí para rescatar a Tom. Sería devorado como el resto de Anchorage y todos sus planes se vendrían abajo… Pero aunque trataba de resistirse mientras ellos le registraban los bolsillos en busca de las llaves, no podía moverse ni emitir un solo sonido, ni siquiera parpadear. Sin embargo, tardó mucho tiempo en quedar inconsciente, y eso fue lo peor de todo, porque entendía todo lo que estaba sucediendo mientras el mercader y sus esposas la arrastraban a bordo de la Jenny Haniver y comenzaban las operaciones para el despegue.

Segunda parte

19

La Cámara de la Memoria

El agua helada la despertó: toda una tormenta de esa agua que la llevaba de un lado a otro por el frío suelo de piedra y la empujaba con fuerza contra una pared de blancos azulejos. Jadeó como para gritar; lo intentó y solo consiguió emitir un gorgoteo ahogado. Tenía la boca llena de agua. El agua le aplastaba el pesado pelo contra la cara, de forma que no podía ver nada, y cuando se lo pudo apartar a un lado con los dedos, no había, de todas formas, mucho que ver; solo una heladora habitación blanca iluminada por un único globo de argón y hombres embutidos en blancos uniformes que la apuntaban con mangueras.

—¡Ya basta! —gritó una voz de mujer, y la tormenta cesó mientras los hombres se volvían para ir a colgar las aún chorreantes bocas de las mangueras sobre un marco de metal atornillado en la pared. Hester tragó, maldijo y vomitó agua sobre el suelo, que fue a arremolinarse sobre un sumidero central. Borrosas chispas de memoria volvieron a su cabeza: de Arkangel y de un mercader, de salir de un sueño profundo en la fría, agitada y ruidosa bodega de la Jenny y descubrir que estaba atada. Se había esforzado enormemente por gritar y el mercader había venido todo compungido para provocar aquel picotazo de avispa en su cuello otra vez, y la oscuridad de nuevo. La había drogado y drogada la mantuvo todo el tiempo, y mientras ella se hallaba bajo los efectos de aquella sustancia, él la llevó por el aire desde Arkangel a como quiera que aquel lugar se llamase…

—¡Tom! —gimió.

Unos pies calzados con botas se acercaron ruidosos hacia ella. Miró hacia arriba, gruñendo, esperando ver al mercader. Pero no era él. Era una mujer joven vestida de blanco, con una insignia de bronce en su pecho que la señalaba como subalterna de la Liga Antitracción y un brazalete bordado con un rayo verde.

—Vestidla —ladró la subalterna. Y los hombres agarraron a Hester por el pelo mojado para levantarla. No se preocuparon de secarla con una toalla, sino que obligaron a sus desfallecidos miembros a entrar en las mangas y perneras de un mono informe. Hester apenas podía mantenerse en pie y menos aún resistirse. La empujaron a que dirigiese sus pies desnudos hacia el exterior de la sala de ducha y avanzase por un frío y húmedo corredor, con la subalterna abriendo camino. Había carteles en las paredes con motivos de aeronaves atacando ciudades y atractivos jóvenes, tanto hombres como mujeres, mirando hacia un bello amanecer por detrás de una verde colina. Pasaron otros soldados, con sus botas resonando a poca distancia del techo bajo. La mayoría de ellos no eran mucho mayores en edad que Hester, pero todos

llevaban espadas en sus cinturas y brazaletes con el emblema del rayo, y la expresión exultante, autosuficiente y petulante de los que se creen en posesión de la verdad.

Al final del pasillo había una puerta de metal y detrás de la puerta había una celda: una habitación que era más una especie de estrecha y alta tumba con una única ventana en lo alto. Los conductos de la calefacción serpenteaban por el desigual techo desconchado de cemento, pero no daban calor alguno. Hester se estremeció de frío mientras se empezaba a secar en su desgastado buzo. Alguien le arrojó un pesado abrigo; se dio cuenta de que era el suyo y lo agarró agradecida.

—¿Dónde está el resto? —preguntó, y tuvo dificultades para hacer que la entendieran, con los dientes castañeando unos contra otros y los efectos secundarios de las drogas del mercader entumeciendo su ya torpe boca—. ¿El resto de mis ropas?

—Botas —dijo la subalterna tomándolas de uno de sus hombres y lanzándoselas a Hester—. El resto lo quemaremos. No te preocupes, bárbara: no vas a volver a necesitarlo.

La puerta se cerró; giró una llave en la cerradura; pies calzados con botas hacían el ruido de alguien que se aleja. Hester oía el sonido del mar por alguna parte, por abajo, lejos, golpeando y suspirando contra una costa pedregosa. Se abrazó a sí misma para defenderse del frío y empezó a llorar. No por ella, ni siquiera por Tom, sino por sus ropas quemadas: su chaleco con la fotografía de Tom en el bolsillo y aquella bufanda roja tan querida que él le había regalado en Peripatetiópolis. Ahora ya no le quedaba nada de él en absoluto.

La oscuridad al otro lado de la alta y pequeña ventana se desvanecía lentamente para volverse de un gris deslavazado. La puerta rechinó y un hombre la miró y le dijo:

—Arriba, bárbara: la comandante te está esperando.

* * *

La comandante esperaba en una habitación limpia y grande donde se mostraban tenuemente las vagas formas de delfines y ninfas marinas a través de la cal de las paredes y una ventana circular daba sobre un mar parecido a un rallador de queso. Estaba sentada detrás de un gran escritorio de acero y sus dedos morenos tamborileaban frenéticos ritmos sobre una carpeta de papel de Manila. Se levantó solo cuando los guardias de Hester saludaron.

—Podéis dejarnos —les dijo.

—Pero comandante… —protestó uno.

—Creo que puedo manejar sola a una bárbara escuálida.

Esperó hasta que los guardias se hubieron ido y luego se fue acercando lentamente a Hester, sin alejarse del borde del escritorio y observándola todo el

tiempo.

Hester se había encontrado con aquella fiera y oscura mirada antes, porque la comandante no era otra que aquella muchacha, Sathya, la feroz protegida de Anna Fang en Batmunkh Gompa. No se mostró especialmente sorprendida. Desde que había llegado a Anchorage, su vida había adoptado la extraña lógica de un sueño y le parecía totalmente normal el hecho de encontrarse aquí, en su final, con un rostro familiar y poco amistoso. Habían pasado dos años y medio desde su último encuentro, pero Sathya parecía haber envejecido mucho más que ella en ese tiempo: su rostro era delgado y adusto, y en sus ojos oscuros había una expresión que Hester no acertaba a leer, como si la rabia, la culpa, el orgullo y el miedo se hubieran mezclado en su interior y convertido en algo nuevo.

—Bienvenida al Complejo —le dijo fríamente.

Hester se la quedó mirando.

—¿Qué es este lugar? ¿Dónde se encuentra? No creía que a tu grupo le quedara ya ninguna base en el norte, no desde que Spitzbergen fue engullida.

Sathya se limitó a sonreír.

Tú no sabes gran cosa de mi grupo, señorita Shaw. El Alto Consejo puede haber retirado efectivos de la Liga del escenario ártico, pero algunos de nosotros no aceptamos la derrota tan tranquilamente. La Tormenta Verde mantiene varias bases en el norte. Puesto que no vas a salir de aquí con vida, te puedo decir que este complejo se encuentra en la Percha de los Bribones, una isla a unas trescientos kilómetros de la punta sur de Groenlandia.

—Precioso —dijo Hester—. Habéis venido aquí por el clima, ¿verdad?

Sathya le propinó una fuerte bofetada que la dejó aturdida y jadeante.

—Estos son los cielos donde Anna Fang se crio —dijo—. Sus padres comerciaban en estas regiones antes de ser esclavizados por Arkangel.

—De acuerdo. Razones sentimentales, entonces —murmuró Hester. Se tensó, esperando otra bofetada, pero esta no llegó. Sathya se separó de ella y se dirigió a la ventana.

—Tú destruiste una de nuestras unidades sobre el paso de Drachen hace tres semanas —le dijo.

—Solo porque ellos atacaron mi nave —replicó Hester.

—No es tu nave —la otra muchacha le dijo bruscamente—. Es… Era de Anna. Tú la robaste la noche en que Anna murió; tú y tu bárbaro amante, Tom Natsworthy. A propósito, ¿dónde se encuentra él? ¿No me digas que te ha abandonado?

Hester se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo sola a bordo de Arkangel?

—Solo he venido para traicionar a unas cuantas ciudades para los cazadores —le respondió Hester.

—Me lo creo. La traición está en tu sangre.

Hester frunció el ceño. ¿Le había arrastrado Sathya hasta allí solo para ser grosera

acerca de sus padres?

—Si te refieres a que me parezco a mi madre, bueno, fue enormemente estúpida excavando y sacando a MEDUSA, pero no creo que traicionara a nadie.

—No. —Sathya estaba de acuerdo—. Salvo a tu padre…

—Mi padre era granjero —gritó Hester, sintiéndose de pronto extrañamente enfadada de que esta muchacha pudiera estar allí ante ella insultando la memoria de su pobre padre muerto, que nunca había hecho otra cosa que el bien.

—Eres una mentirosa —le dijo Sathya—. Tu padre fue Thaddeus Valentine.

Fuera, la nieve caía como azúcar helada pasada por una criba. Hester podía ver icebergs surcando el inhóspito gris del mar invernal. Con una voz apenas audible, dijo:

—Eso no es verdad.

Sathya sacó una hoja de papel de la carpeta que reposaba sobre su escritorio.

—Este es el informe que escribió Anna para el Alto Consejo de la Liga aquel día en que te trajo a Batmunkh Gompa. ¿Qué dice acerca de ti…? Ah, sí:

> «Dos muchachos: uno, un adorable joven aprendiz de historiador de Londres bastante inofensivo; la otra, una pobre muchacha desfigurada que estoy segura que es la hija perdida de Pandora Rae y Thaddeus Valentine».

—Mi padre era David Shaw —respondió Hester—, de Oak Island…

—Tu madre tuvo muchos amantes antes de casarse con Shaw —dijo Sathya, con una voz seca de desaprobación—. Valentine fue uno de ellos. Tú eres su hija. Anna nunca habría escrito semejante cosa si no hubiera estado segura de ello.

—Mi padre era David Shaw —lloriqueó Hester; pero ella sabía que no era verdad. Lo había sabido, en el fondo de su corazón, durante los dos últimos años, desde el momento en que su mirada se cruzó con la de Valentine sobre el cuerpo de su hija moribunda Katherine. Un cierto y extraño tipo de entendimiento se había producido repentinamente entre ambos en aquel mismo instante, como si se tratara de electricidad, un reconocimiento a medias que ella misma había aplastado tan rápidamente y de forma tan dura como había podido, porque no lo quería en absoluto como padre. Ella lo había comprendido, sin embargo, en lo más profundo de su ser. ¡No era extraño que al final no hubiera sido capaz de matarlo!

—Anna se había equivocado contigo, ¿verdad? —dijo Sathya volviéndose hacia la ventana y quedándose allí. La nieve había dejado de caer y retazos de sol moteaban el mar gris dándole un tono más claro. Y añadió—: Tú no estabas perdida y Tom no era tan inocente. Estabais los dos compinchados con Valentine durante todo el tiempo. Utilizasteis la amabilidad de Anna para entrar en Batmunkh Gompa y ayudar a Valentine a quemar nuestra flota aérea.

—¡No! —respondió Hester.

—Sí. Vosotros atrajisteis a Anna con engaños a un lugar donde él pudiera matarla y luego tú le robaste la nave.

Hester negó con la cabeza.

—¡Estás equivocada!

—¡Deja de decir mentiras! —gritó Sathya, dando de nuevo pasos nerviosos alrededor de ella. Había lágrimas en sus ojos.

Hester trató de recordar aquella noche en Batmunkh Gompa. Casi todo había sido como una nebulosa de llamas y de gente corriendo, pero ella tenía la sensación de que Sathya no había actuado con demasiada generosidad. Por la forma en que hablaba, Sathya había dejado que su amada Anna saliera corriendo a enfrentarse a Valentine en solitario, y él la había matado. Hester sabía bastante bien que uno no se perdona a sí mismo cosas semejantes. En su lugar, o borrabas todos los recuerdos o te hundías en la desesperación.

O encontrabas a alguien a quien echarle la culpa. Como la hija de Valentine. Y Sathya dijo:

—Vas a pagar por lo que hiciste. Pero antes, quizá, podrás contribuir a reparar los daños causados.

Sacó una pistola de su escritorio e hizo un gesto señalando una pequeña puerta al otro extremo de la habitación. Hester caminó hacia allá sin preocuparse realmente de a dónde se dirigía o si Sathya le iba a disparar. «La hija de Valentine», seguía pensando. La hija de Valentine se dirige a una puerta que va a cruzar. La hija de Valentine va a bajar por unas escaleras de hierro. La hija de Valentine. No era de extrañar que ella tuviera semejante carácter. No era nada raro que hubiera sido capaz de vender una ciudad llena de buena gente a Arkangel con apenas una leve vocecita en el fondo de su conciencia. Era la hija de Valentine y había salido a papaíto.

Los escalones llevaban hasta un túnel y luego a un cierto tipo de antecámara. Dos guardias vigilaban a Hester fríamente a través de los visores tintados de sus cascos de concha de cangrejo. Un tercer hombre permanecía a la espera junto a una pesada puerta de acero: un inquieto hombrecito de ojos color de rosa como los de un conejo que se mordía nervioso las uñas de las manos. Las lámparas de argón de los muros producían brillantes reflejos en su calvo cráneo. En su entrecejo había una rueda roja tatuada.

—¡Es un ingeniero! —dijo Hester— ¡Un ingeniero de Londres! Creía que habían muerto todos…

—Unos pocos sobrevivieron —contestó Sathya—. Después de que Londres explotara, se me puso al frente del escuadrón que se envió para hacer una redada con los supervivientes de la catástrofe. La mayoría de ellos fueron enviados a los campos de esclavos en las profundidades del territorio de la Liga, pero cuando interrogué al doctor Popjoy y me enteré de cuál había sido su trabajo, me di cuenta de que podría sernos de utilidad.

—De utilidad ¿en qué? Yo creía que la Liga odiaba la Vieja Tecno.

—Siempre ha habido alguien en la Liga que creía que para derrotar a las ciudades deberíamos utilizar sus propios inventos infernales contra ellas —dijo Sathya—. Después de lo que tú y tu padre hicisteis en Batmunkh Gompa, sus voces comenzaron a hacerse oír. Se formó una sociedad secreta de jóvenes oficiales: la Tormenta Verde. Cuando les hablé de Popjoy, ellos vieron su potencial inmediatamente y estuvieron de acuerdo en dejarme montar este Complejo.

El ingeniero mostró sus dientes amarillos al esbozar una sonrisa nerviosa y dijo:

—Así que esta es Hester Shaw, ¿a que sí? Nos puede resultar de alguna ayuda. Sí, sí. Alguien que estuvo *en medio de la matanza*, por decirlo así. Su presencia en el Entorno Mnemotécnico puede ayudarnos a dar con la clave de lo que hemos estado buscando.

—Pues manos a la obra —dijo Sathya con cierta dureza, y Hester vio que ella también estaba extremadamente nerviosa.

Popjoy tiró de una serie de palancas en la puerta y las enormes cerraduras electromagnéticas se liberaron con ruidos huecos y sordos y con chirridos metálicos, como abrazaderas de acoplamiento soltándose. Los guardias extremaron su tensión mientras espectros de vapor surgían en volutas de los tubos de sus voluminosas ametralladoras a medida en que iban soltándose de sus pasadores de seguridad. Toda esta seguridad no había sido preparada para mantener a la gente fuera, se dio cuenta Hester. Se había diseñado para mantener algo *dentro*.

La puerta se abrió de repente. Luego, Hester se enteraría de que la Cámara de la Memoria era un tanque de combustible decomisionado, es decir, destinado a otros menesteres: uno entre las docenas de globos de acero amontonados en los circos montañosos y las hondonadas circulares de la Percha de los Bribones, aunque a primera vista parecía una enorme sala de locos, con paredes herrumbrosas que se curvaban para formar una cúpula por encima de ella y una especie de cuenco por abajo. Todas las paredes estaban cubiertas de grandes cuadros: granulosas ampliaciones de rostros de personas, fotografías de Londres, de Arkangel, de Marsella y una pintura sobre seda de Batmunkh Gompa en un marco de ébano. Rizos de película rayada se repetían interminablemente en paneles blanqueados: una pequeña muchacha rubia con trenzas riéndose feliz en un prado; una mujer joven acercando a la cámara una pipa de boquilla larga y echando humo hacia el objetivo.

Hester se sintió de repente muerta de miedo, pero no supo por qué.

Una pasarela recorría los bordes de esta cámara esférica y un estrecho puente iba de allí a la plataforma del centro, sobre la que se hallaba erguida una figura semejante a un monje vestido de gris. Hester intentó quedar rezagada cuando Sathya y Popjoy comenzaron a cruzar el puente, pero uno de los guardias que iba detrás de ella la empujó con firmeza hacia delante. Frente a ella, Sathya alcanzaba la plataforma y tocaba el brazo del ser que allí esperaba, mientras lloraba silenciosamente, con el rostro brillante de lágrimas en la tenue luz.

—Te he traído un regalo, querida mía —dijo con toda suavidad—. Una visita.

¡Alguien que con toda seguridad recordarás!

Y la figura envuelta en la túnica se volvió, la capucha gris cayó sobre sus hombros y Hester vio que era… —No, la que *una vez había sido*— Anna Fang.

20

El nuevo modelo

El doctor Popjoy había hecho un buen trabajo para sus nuevos amos. Naturalmente, él y sus compañeros ingenieros habían pasado muchos años estudiando la tecnología de los stalkers, aquellos cazadores acechantes mitad máquinas mitad humanos, y habían aprendido mucho de Shrike, el mecanizado asesino y cazador de recompensas que una vez había adoptado a Hester. Incluso habían llegado a hacer stalkers propios (Hester había visto brigadas de hombres resucitados desfilando por las calles de Londres la noche que estalló MEDUSA). Pero comparar aquellas tambaleantes criaturas sin cerebro con la cosa que se hallaba ahora delante de ella era como comparar un viejo y desgastado globo de carga con un nuevo y estiloso yate aéreo Serapis.

Se trataba de una figura más delgada, casi se diría que elegante, y no mucho más alta que lo que la señorita Fang había sido en vida. Su rostro estaba oculto tras una máscara funeraria de bronce de la aviadora y los conductos y cables que brotaban de la reconstrucción del cráneo se hallaban pulcramente recogidos detrás de su cabeza. Los apenas perceptibles y curiosos movimientos de su cabeza y de sus manos al observar la presencia de Hester parecían tan humanos que por un momento casi se imaginó que el ingeniero había triunfado en la tarea de devolver a Anna a la vida.

Sathya comenzó a hablar rápidamente y con voz quebradiza.

—Todavía no recuerda. Pero lo hará. Este lugar actúa como su memoria hasta que sus propios recuerdos vuelvan a ella. Hemos recogido fotografías de todas las personas a las que conoció, dondequiera que fuera, de las ciudades contra las que luchó, de sus amantes y de sus enemigos. Todo volverá de nuevo a su cabeza. Solo lleva resucitada unos pocos meses, pero luego… —Se detuvo de repente, como si entendiera que todo aquel chorro de palabrería esperanzada solo estaba consiguiendo hacer el horror de lo que había hecho aún más horrible. Los ecos de sus palabras musitaron por el interior de las redondas paredes de aquel tanque de combustible—. Y, y, y, y, y…

—Oh, dioses y diosas —le dijo Hester—. ¿Por qué no la dejas descansar en paz?

—¡Porque la necesitamos! —gritó Sathya—. ¡La Liga ha perdido su rumbo! Necesitamos nuevos líderes. Anna era la mejor de nosotros. ¡Ella nos mostrará el sendero de la victoria!

La stalker flexionó sus manos con atisbos de inteligencia y una fina cuchilla se deslizó de cada punta de sus dedos, con un leve sonido como de cortsss, cortsss, cortsss…

—Esta no es Anna —dijo Hester—. Nadie regresa de la Región de las Sombras.

Tu ingeniero domesticado puede que se las haya arreglado para recomponer su cuerpo, pero esto no es ella. Una vez conocí a un stalker: no recuerdan quiénes fueron en vida, no son la misma persona. Esa persona *ha muerto*, y cuando te pones a aplicar una de estas máquinas de la Vieja Tecno en su cabeza, construyes una nueva persona, como un nuevo inquilino que se traslada a una casa vacía…

Popjoy empezó a reírse entre dientes.

—No me había dado cuenta de que era una experta, señorita Shaw. Naturalmente, usted se estaría refiriendo al modelo del viejo Shrike, un trabajo muy inferior al nuestro, claro está. Antes de que yo instalara la maquinaria stalker en el cerebro de la señorita Fang, la programé para que buscara sus centros de memoria. Tengo plena confianza en que seremos capaces de volver a encender los recuerdos que están ahí enterrados. Y esa es la razón de la existencia de esta cámara: estimular al sujeto con constantes recordatorios de su vida anterior. Todo se reduce a una cuestión consistente en hallar el correcto disparadero mnemotécnico: un olor, un objeto, un rostro. Y aquí es donde intervienes tú.

Sathya empujó a Hester hacia delante hasta que se quedó a unos pocos centímetros de la nueva stalker.

—¡Mira, querida! —dijo ella alegremente—. ¡Mira! ¡Esta es Hester Shaw! ¡La hija de Valentine! ¿Recuerdas cómo la encontraste en la Región Exterior y la trajiste a Batmunkh Gompa? ¡Ella estaba allí cuando tú moriste!

La stalker se inclinó un poco más. En las sombras de detrás de su máscara de bronce una lengua negra y muerta lamía los marchitos labios. Su voz era un murmullo seco, un viento nocturno que soplaba por valles de piedra.

—Yo no conozco a esta muchacha.

—¡*Sí* que la conoces, Anna! —insistió Sathya con horrible paciencia—. ¡*Debes* conocerla! ¡Trata de recordar!

La stalker levantó la vista, registrando con la mirada los cientos de retratos de las paredes, el suelo y el techo de su esférica prisión. Los padres de Anna Fang estaban allí, y Stilton Kael, que había sido el dueño de Anna cuando ella era esclava en los patios de recuperación de Arkangel. Valentine estaba allí también, y el capitán Khora, y Pandora Rae, pero no había ningún retrato del rostro desfigurado de Hester. Enfocó su ojo mecánico de nuevo sobre ella y sus largas uñas se sacudieron.

—Yo no conozco a esta muchacha. Yo no soy Anna Fang. Estás haciéndome perder el tiempo, pequeña nacida solo una vez. Quiero abandonar este lugar.

—Claro que sí, Anna. Pero debes tratar de recordar. Debes ser tú misma de nuevo antes de que te llevemos a casa. Toda la gente de las tierras de la Liga te amaba; cuando se enteren de que has vuelto, se levantarán y te seguirán.

—Ah, comandante —dijo Popjoy entre dientes, retrocediendo hacia el puente—. Creo que deberíamos retirarnos ya…

—Yo no soy Anna Fang —decía la stalker.

—¡Anna, por favor!

Instintivamente, Hester agarró a Sathya y la arrastró hacia atrás. Las cuchillas de las uñas de la stalker pasaron como una guadaña a medio centímetro de la garganta de Sathya. El guardia levantó la ametralladora y la stalker vaciló un lapso de tiempo, lo suficiente como para que ellos huyeran corriendo por el puente. Cuando alcanzaron la puerta, el hombre apostado fuera tiró de una pesada palanca roja. Luces rojas de alarma comenzaron a encenderse en medio de un zumbido de electricidad cada vez más fuerte.

—¡Yo no soy Anna Fang! —Oía Hester que gritaba la stalker mientras se refugiaba con los demás en la antecámara. Echó un vistazo hacia atrás en el momento en que los guardias cerraron de golpe la puerta y vio que la miraba y que sus garras temblaban y lanzaban destellos.

—Fascinante —dijo Popjoy, escribiendo unas notas sobre el papel de su tablilla —. Fascinante. Con la perspectiva que da la experiencia, puede que no haya sido demasiado inteligente instalar las cuchillas de los dedos tan pronto…

—¿Qué es lo que le pasa? —demandó Sathya.

—Es difícil estar seguros del todo —admitió Popjoy—. Me imagino que los nuevos componentes del buscador de memoria que añadí al cerebro básico stalker están chocando con sus instintos tácticos y agresivos.

—¿Quiere decir que está loca? —preguntó Hester.

—Realmente, señorita Shaw, *loca* es un término que nos ayuda tan poco… Yo preferiría decir que la anterior señorita Fang es *diferentemente cuerda*.

—Pobre Anna —susurraba Sathya dándose golpecitos en la garganta con la punta de los dedos.

—No te preocupes por Anna —le dijo Hester—. Anna está muerta. Pobre de *ti* querrás decir. Has conseguido una máquina de matar loca ahí dentro. Y tus estúpidas armas no la van a poder mantener encerrada ahí para siempre. ¡Podría bajarse de esa plataforma! ¡Podría llegar hasta la puerta y…!

—El puente está electrificado, señorita Shaw —dijo Popjoy con firmeza—. Las vigas bajo la plataforma están electrificadas. La parte de la puerta que da al interior está también electrificada. Ni siquiera a los stalkers les gustan las descargas eléctricas masivas. Y en cuanto a las armas, estoy completamente seguro de que la anterior señorita Fang aún no es capaz de dominar la nueva fuerza que posee, y aún no se fía de ella. Esto puede ser una señal de que sí conserva recuerdos persistentes de su anterior encarnación humana.

Sathya le lanzó una mirada que contenía un brillo de esperanza en sus ojos.

—Sí, sí, doctor. No debemos rendirnos. Traeremos de nuevo a Hester aquí.

Y se marchó sonriendo, pero Hester había visto la mirada nerviosa, casi de pánico, detrás de las gafas de Popjoy. No tenía la más mínima idea de cómo restaurar y recuperar los recuerdos de la aviadora muerta. Con toda seguridad, incluso Sathya se daría pronto cuenta de que este intento de hacer regresar a su amiga de la Región de las Sombras estaba condenado al fracaso. Y cuando lo hiciera, no habría ya más

razones para que ella mantuviera a Hester en su cercanía.

Voy a morir aquí, pensó mientras los guardias la devolvían a su celda y la encerraban allí. Tanto Sathya como esa cosa loca podrían matarme y nunca volveré a ver a Tom, y nunca lo rescataré, y él morirá también en los fosos de esclavos de Arkangel, maldiciéndome.

Se apoyó en la pared y se dejó resbalar hasta que se encontró de rodillas, convertida en una especie de patético nudo retorcido. Podía oír el mar silbando entre las rocas de la Percha de los Bribones, tan frío como la voz de la nueva stalker. Podía oír cómo caían trocitos de pintura y cemento del techo de la celda podrido por la humedad, y desvaídos ruidos quejumbrosos en los viejos conductos de la calefacción que le hacían acordarse de Anchorage. Pensó en el señor Scabious, y en Sathya, y en las cosas imposibles y desesperadas que hacía la gente para tratar de conservar a la gente que amaba.

—¡Oh, Tom! ¡Oh, oh, Tom! —sollozaba, imaginándoselo a salvo y feliz en Anchorage, sin la menor idea de que había sido ella la que había puesto al gran Arkangel tras sus pasos.

21

Mentiras y arañas

Pasó una semana, y luego otra, y otra. Anchorage se dirigía hacia el oeste moviéndose con precaución por el borde norte de Groenlandia, con trineos de exploración enviados por delante para comprobar el espesor del hielo. Ninguna ciudad había hecho esa ruta previamente y la señorita Pye no confiaba en sus cartas de navegación.

Freya también tenía esa sensación, como si se hubieran metido en un territorio aún no cartografiado. ¿Por qué se sentía tan desgraciada? ¿Cómo se habían desarrollado las cosas tan mal, justo cuando parecía que todo estaba discurriendo de forma tan perfecta? No podía entender por qué Tom no la quería. Es posible, pensaba, despejando un espacio en el polvo del espejo de su vestidor para estudiar su imagen allí reflejada, es posible que… ¿pueda estar echando de menos a Hester? Es posible que… ¿no la estará prefiriendo a ella antes que a mí?

A veces, gimoteando de autocompasión, tramaba elaborados planes para recuperarlo. A veces se enfadaba y recorría con ruidosas zancadas los polvorientos pasillos, mascullando todas las cosas que ella debería haber dicho durante su discusión. Una o dos veces se encontró preguntándose si podía mandarle decapitar por alta traición, pero el verdugo de Anchorage (un anciano caballero cuyo puesto había sido meramente ceremonial) había fallecido y Freya dudaba que Smew pudiera tan siquiera levantar un hacha.

* * *

Tom había dejado su *suite* en el Palacio de Invierno y se había ido a un apartamento abandonado en un enorme edificio vacío en el Rasmussen Prospekt, no lejos del puerto aéreo. Sin la Wunderkammer o la biblioteca de la margravina para distraerlo, dedicaba sus días a lamentarse por su suerte y a sentir conmiseración por sí mismo mientras se preguntaba cómo conseguir que Hester regresara o, al menos, averiguar adonde había ido.

No había nada fuera de Anchorage, eso era una realidad. Le había dado la lata insistentemente al señor Aakiuq para que pusiera a punto el Graculus y lo preparase para viajes de larga distancia, pero el Graculus era únicamente un remolcador; nunca había volado más de un kilómetro desde el puerto aéreo con anterioridad, y el señor

Aakiuq afirmaba que sería imposible ponerle los tanques de combustible mayores que eran necesarios para que Tom pudiera llevárselos de vuelta hacia el este.

—Además —añadía el capitán del puerto—, ¿con qué los vas a llenar? He estado comprobando los niveles de combustible en los depósitos del puerto. Apenas queda ya nada. No lo entiendo. Los indicadores aún señalan «Lleno», pero los tanques están casi vacíos.

El combustible no era la única cosa que había estado desapareciendo. Nada convencido por las palabras de Scabious acerca de los espíritus y los fantasmas, Tom había estado indagando por los alrededores del distrito de máquinas en busca de alguien que supiera algo del misterioso amigo de Hester. Nadie sabía nada, pero todos parecían tener sus propias historias de figuras vistas en rincones del distrito donde nadie debería estar y de herramientas depositadas en su sitio al final de un turno y nunca vueltas a encontrar. Las cosas desaparecían de lugares bien cerrados con llave y de habitaciones de seguridad, y un tanque de aceite en Heat Exchange Street, en la calefacción central, se había secado, aunque los indicadores señalaban que estaba casi lleno.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tom—. ¿Quién se estará llevando todas estas cosas? ¿Creéis que hay alguien a bordo del que no sabemos nada? ¿Alguien que se quedase en secreto después de la epidemia para llenarse los bolsillos?

—¡Pero hombre! —le decían los trabajadores del distrito de máquinas—. ¿Quién se quedaría a bordo de una ciudad como esta si no quisiera ayudar a Su Fulgor a llevarla a América? No tiene sentido, no hay ninguna forma de vender las cosas que han robado.

—¿Y entonces, quién…?

—Los espíritus. —Es todo lo que decían, sacudiendo preocupados sus cabezas, tocando los amuletos que todos llevaban alrededor de sus cuellos—. El Alto Hielo ha estado siempre encantado. Los espíritus vienen a bordo y gastan bromas a los vivos. Todo el mundo lo sabe.

Tom no estaba tan seguro. *Había* algo fantasmal por el distrito de máquinas y, a veces, cuando él iba por su cuenta por aquellas lúgubres calles, tenía el extraño sentimiento de que estaba siendo observado, pero aun así no podía entender para qué necesitarían aquellos fantasmas aceite, herramientas, combustible de aeronave y chucherías del museo de la margravina.

* * *

—Nos está buscando —comentó misteriosamente Skewer, observando las pantallas una tarde, mientras Tom revolvía por algunos edificios abandonados en las cercanías del distrito de máquinas—. Él lo sabe.

—Él no *sabe* nada —dijo Caul cansinamente—. Él sospecha, eso es todo. Y ni siquiera sabe *qué* es lo que sospecha. Solo tiene una borrosa idea de que algo está sucediendo.

Skewer lo miró sorprendido y luego soltó una carcajada.

—Tú sabes perfectamente lo que piensa él, ¿verdad?

—Solo estoy diciendo que no tienes que preocuparte por él, eso es todo —masculló Caul.

—Y yo estoy diciendo que sí debemos preocuparnos, y puede que nos lo tengamos que cargar. Hacer que parezca un accidente. ¿Qué te parece eso?

Caul no dijo nada, negándose a morder el anzuelo. Era cierto que los ladrones tenían que ser mucho más precavidos desde que Tom iniciara la investigación, y esto los estaba retrasando. Skewer estaba deseoso de demostrar que había tenido razón al tomar el mando y decidió que cuando llevase al Gusano de Hélice de vuelta hasta el Tío, estuviera lleno a reventar con el botín, pero que aunque él y Caul subían a la parte superior casi todas las noches, no se atrevían a robar algo demasiado obvio por miedo a despertar luego las sospechas de Tom. También tuvieron que quitar sus mangueras de lamprea de los tanques de combustible del puerto aéreo, y eso pronto sería un nuevo problema, porque los peces mensajeros y la mayor parte de los sistemas del Gusano de Hélice funcionaban con combustible de aviación robado.

La parte de muchacho perdido de Caul le decía que Skewer tenía razón. Un cuchillo entre las costillas de Tom en una calle solitaria, el cuerpo arrojado después por la galería de popa, y el latrocinio normal podría ser reanudado. Pero su otra parte, la parte de buena persona, no podía soportar la idea. Deseaba que Skewer lo dejara todo ya y regresara a Grimsby dejándole a él allí solo para vigilar a Tom, a Freya y a los demás. A veces él también tenía la tentación de abandonar y arrojarse a la misericordia de las gentes de Anchorage. Excepto que, desde que podía recordar, siempre le habían dicho que los secos *no tenían* misericordia. Sus profesores en el Ladronarium, sus camaradas, la voz del Tío susurrando por los altavoces en la cantina de Grimsby, todos estaban de acuerdo en que, por muy civilizados que los secos pudieran llegar a ser, por muy cómodas que fueran sus ciudades, por muy bonitas que fueran sus muchachas, le harían cosas horribles a un muchacho perdido si lo capturaban.

Caul ya no estaba tan seguro de que aquello fuera cierto, pero no tenía el valor de ponerse a comprobarlo. ¿Cómo lo haría? «Hola, me llamo Caul y he estado robándoos…».

El telégrafo situado en la parte de atrás de la cabina comenzó a parlotear excitado, interrumpiendo de repente los pensamientos de Caul. Tanto él como Skewer se sobresaltaron ante el ruido repentino, y Gargle, que se había vuelto más nervioso que nunca bajo el duro mando de Skewer, chilló de miedo. La pequeña máquina sacudía sus miembros de latón arriba y abajo como un grillo mecánico y una larga cinta de papel blanco perforado comenzó a salir por una ranura de su cúpula. En algún lejano

lugar bajo Anchorage nadaba un pez mensajero procedente de Grimsby lanzando una señal a través del hielo.

Los tres muchachos se miraron entre sí. Esto era muy raro. Ni Caul ni Skewer habían estado nunca a bordo de una lapa que hubiera recibido un mensaje del Tío. En medio de su sorpresa, Skewer olvidó su nuevo cargo por un momento y miró claramente preocupado a Caul.

—¿Tú qué crees que será? ¿Crees que algo malo pasa en casa?

—Tú eres el capitán ahora, Skew —le replicó Caul—. Será mejor que lo compruebes.

Skewer cruzó la cabina, empujó a Gargle a un lado y echó mano a la cinta de papel que empezaba a rizarse, estrechando los ojos para estudiar mejor las señales de las perforaciones. Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué pasa, Skew? —le preguntó Gargle con ansiedad—. ¿Es del Tío?

Skewer asintió, levantó la vista, luego la volvió a la cinta como si no pudiera creer lo que había leído allí.

—Pues claro que es del Tío, pedazo de mentecato. Dice que ha leído nuestros informes. Tenemos que volver a Grimsby inmediatamente. Y dice que debemos llevarnos a Tom Natsworthy con nosotros.

* * *

—¡Profesor Pennyroyal!

El gran explorador se había convertido en una rara visión en Anchorage aquellas últimas semanas, pues no salía de sus habitaciones y ni siquiera se le veía en las reuniones del Comité de Iniciativas.

—¡Estoy resfriado! —había explicado con una voz que salía a través del pañuelo con el que se cubría la boca cuando Freya envió a Smew para que llamase a su puerta. Pero cuando Tom salió de la escalera del distrito de máquinas al Rasmussen Prospekt aquella noche, vio la figura familiar de Pennyroyal con su turbante dando traspiés por la nieve delante de él.

—¡Profesor Pennyroyal! —le gritó de nuevo, echando a correr hasta alcanzarlo y ponerse a su lado cerca ya de la Casa del Timón.

—¡Ah, Tim! —dijo Pennyroyal con una pálida sonrisa. Arrastraba las palabras al hablar y llevaba consigo unas cuantas botellas de vino tinto barato que acababa de tomar prestadas de un restaurante abandonado llamado Comidas del Norte—. Me alegro mucho de volver a verte. No ha habido suerte con esa nave, supongo, ¿eh?

—¿Nave?

—Un pajarito me dijo que le estabas pidiendo a Aakiuq su remolcador aéreo, el Crapulous o como se llame, con el fin de utilizarlo para escapar de este reino boreal y

largarte a la chita callando hasta la civilización.

—Eso fue hace varias semanas, profesor.

—¿Oh?

—No resultó.

—Ah. Qué pena.

Permanecieron en un embarazoso silencio. Pennyroyal se balanceaba ligeramente.

—Lo he estado buscando durante muchísimo tiempo —dijo por fin Tom—. Hay algo que quería preguntarle. Como explorador e historiador.

—¡Ah! —dijo Pennyroyal prudentemente—. Ah. Será mejor que subas.

La residencia oficial del jefe de navegantes tenía un aspecto totalmente descuidado desde que Tom la vio por última vez. Montones de papeles y vajilla sucia habían ido creciendo como hongos en todas las superficies, ropas caras se amontonaban arrugadas en el suelo y filas de botellas vacías rodeaban el sofá, restos traídos por una marea viva de vino robado.

—Bienvenido, bienvenido —decía Pennyroyal vagamente, señalándole a Tom una silla y hurgando entre los detritos de su escritorio en busca de un sacacorchos—. Y ahora, ¿en qué te puedo ayudar?

Tom sacudió de forma leve la cabeza, como dudando si decirlo. Aquello parecía una tontería ahora que lo había dicho en voz alta.

—Es solo —decía—, bueno, durante sus viajes, ¿se ha encontrado alguna vez con historias de intrusos a bordo de ciudades del hielo?

A Pennyroyal casi se le cae la botella que tenía en la mano.

—¿Intrusos? No. ¿Por qué? No querrás decir que hay alguien a bordo…

—No. No estoy seguro. Puede ser. Alguien ha estado robando cosas y no veo la razón de que sea ningún súbdito de Freya: pueden tener todo lo que necesiten; no tienen ningún motivo para robar.

Pennyroyal abrió el vino y bebió un largo trago directamente de la botella. Parecía calmarle los nervios.

—Quizá hayamos cogido un parásito —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—¿No has leído *Las ciudades zigurat del Dios Serpiente*, mi imponente relato de un viaje por Nuevo Maya? —preguntó Pennyroyal—. Hay todo un capítulo sobre ciudades parásitas: «Las ciudades vampiras».

—Nunca he oído hablar de ninguna ciudad parásita —dijo Tom con un tono de duda—. ¿Quiere decir algún tipo de basurero?

—¡Oh, no! —Pennyroyal tomó asiento más cerca de él, echándole ráfagas calientes de vapores de vino a la cara—. Hay más de una manera de alimentarse de la explotación de una ciudad. Estas ciudades vampiras se esconden en la basura de la Región Exterior hasta que uno pasa sobre ellas. Entonces ellas saltan y se acoplan a la parte baja con gigantescas ventosas. La pobre ciudad sigue avanzando sin tener ni idea de lo que lleva pegado al vientre, pero durante todo el tiempo la gente parásita se

está colando a bordo, vaciando los tanques de combustible, robando equipamiento, matando a la gente local una por una, llevándose bellas mujeres para venderlas en los mercados de Itzal como sacrificios para los dioses de los volcanes. Al final, la ciudad receptora de semejante parásito llega a dar bandazos y a detenerse, convertida en una concha vacía, una cáscara, con sus motores desguazados y sus gentes muertas o capturadas mientras la gorda ciudad vampira se arrastra para ir en busca de otra presa nueva y fresca.

Tom se quedó pensando en ello un rato.

—¡Pero eso es imposible! —dijo al fin—. ¿Cómo podría una ciudad desconocer que lleva toda una población colgando bajo ella? ¿Cómo no podrían detectar a toda esa gente corriendo por todas partes para robar sus cosas? ¡No tiene sentido alguno! Y… *¿las ventosas?*

Pennyroyal parecía afectado.

—¿Qué estás diciendo, Tom?

—Estoy diciendo que usted… ¡usted se lo inventó! Como el asunto de *¿Basura? ¡Basura!* Y los viejos edificios que dijo usted que vio en América… ¡Oh, Gran Quirke! —Tom sintió frío de repente, a pesar de que el apartamento tenía buena temperatura y el ambiente estaba bastante cargado—. Es más, ¿acaso fue usted, alguna vez a América? ¿O fue todo también una invención?

—¡Pues claro que fui! —dijo Pennyroyal enfadado.

—¡No le creo! —El Tom de siempre, educado para honrar a sus mayores y respetar a todos los historiadores, nunca se habría atrevido a decir semejantes cosas, ni siquiera a pensarlas. Tres semanas sin Hester le habían cambiado más de lo que se creía. Se levantó, miró hacia la hinchada y sudorosa cara de Pennyroyal y se dio inmediatamente cuenta de que estaba mintiendo—. Fue todo simplemente una fantasía, ¿verdad? ¡Todo su viaje a América fue una historia inventada a partir de cuentos de aviadores y de la leyenda del desaparecido mapa de Snori Ulvaeusson, que probablemente desde el principio no existió!

—¡Cómo se atreve, señor! —Pennyroyal se incorporó pesadamente con gran esfuerzo, gesticulando con su botella de vino vacía—. ¡Cómo se atreve un mero aprendiz de historiador a insultarme! ¡Le haré saber que se han vendido más de cien mil ejemplares de mis libros! ¡Que han sido traducidos a más de una docena de lenguas distintas! Estoy muy altamente considerado, yo: «Brillante, impresionante y creíble», la *Shaddersjíeld Gazette*; «Una historia sensacional», el *Panzerstadt Coblenz Advertiser*; «Las obras de Pennyroyal son un soplo de aire fresco en el anodino mundo de la Historia práctica», el *Wantage Weekly Waffle…*

Un soplo de aire fresco era lo que Tom necesitaba, pero no de la clase que le podía proporcionar Pennyroyal. Abandonó a toda prisa al autoritario historiador y corrió escaleras abajo hasta salir a la calle. No importaba que Pennyroyal hubiera estado tan deseoso de ver reparada la Jenny Haniver ni tan consternado cuando Hester escapó. ¡Su charla sobre los verdes lugares era toda una mentira! ¡Él sabía

perfectamente bien que Freya Rasmussen estaba conduciendo la ciudad a su propia condena!

Empezó a correr hacia el Palacio de Invierno, pero no había recorrido mucho trecho cuando cambió de idea. Freya no era la persona adecuada para contarle estas cosas. Ella lo había invertido todo en su viaje hacia el oeste. Si él le soltaba que Pennyroyal había estado equivocado todo el tiempo, su orgullo quedaría maltrecho, y Freya tenía un montón de orgullo en el que hacer mella. Pero aún peor: ella podía pensar que esto era alguna treta de Tom para que ella hiciera girar a la ciudad en redondo y él pudiera ponerse a buscar a Hester.

—¡El señor Scabious! —dijo en voz alta. Scabious nunca había terminado de confiar del todo en el profesor Pennyroyal. Scabious lo escucharía. Se volvió en dirección contraria y corrió lo más rápido que pudo hasta la escalera. Al pasar por la Casa del Timón, Pennyroyal se asomó al balcón para mirar y le gritó a Tom:

—«¡Un talento asombroso!», en *The Wheel Tapper's Weekly*.

Abajo, en la caliente oscuridad del distrito de máquinas, todo repiqueteaba y tronaba con la sacudida de los motores mientras conducían a la ciudad hacia el desastre. Tom detuvo a los primeros hombres que vio y les preguntó dónde podía encontrar a Scabious. Ellos le hicieron señas con la cabeza, señalando la popa, y tocaron disimuladamente sus amuletos.

—Se ha ido en busca de su hijo, como todas las noches —le dijeron.

Tom siguió corriendo hasta meterse en las tranquilas y sucias calles donde nada se movía. O casi nada. Cuando pasaba bajo una de las lámparas colgantes de argón, un leve movimiento en la boca de un conducto de ventilación lanzó una astillita de luz reflejada en la comisura de su ojo. Se detuvo, respirando con dificultad, con el corazón latiendo con fuerza y los cabellos como púas en la nuca. Ante el espectáculo de Pennyroyal, casi se había olvidado de los intrusos. Ahora, todas sus inconclusas teorías sobre ellos inundaron de nuevo su mente. El ventilador parecía vacío y bastante inocente en ese momento, pero estaba seguro de que había habido algo ahí, algo que se había lanzado como un dardo, al sentirse culpable, hacia las sombras, justo en el momento en que su ojo lo captó. Y estaba seguro de que todavía estaba allí, observándolo.

—¡Oh, Hester! —susurró, repentinamente atemorizado en extremo, esperando que ella estuviera allí para ayudarlo. Hester habría sido capaz de enfrentarse con aquello, pero no estaba tan seguro de que él pudiera hacerlo por sí mismo; no en solitario. Tratando de imaginarse lo que ella haría, se obligó a seguir caminando, un paso tras otro, sin mirar hacia el ventilador hasta que estuvo seguro de encontrarse fuera del campo de visión de quienquiera que se escondiera allí.

* * *

—Creo que nos ha visto —dijo Caul.

—¡Nunca! —respondió Skewer con tono desdeñoso.

Caul se encogió de hombros tristemente. Habían estado siguiendo la pista de Tom con sus cámaras toda la tarde, esperando que llegara a un lugar que fuera lo suficientemente tranquilo y cercano al Gusano de Hélice para que pudieran llevar a cabo la misteriosa orden del Tío. Nunca habían visto a un seco tan cerca y durante tanto tiempo, y algo en el rostro de Tom cuando miraba hacia la cámara intranquilizaba a Caul.

—Vamos, Skew —dijo—. Todo podrá ir a más dentro de un rato, ¿no? Los ruidos y la sensación de que estás siendo observado. Y él estaba ya receloso incluso antes…

—¡Ellos nunca nos ven! —dijo Skewer con firmeza. El extraño mensaje del Tío le había puesto nervioso y, ante la tarea de tener que seguir la pista de Tom, se había visto obligado a admitir que Gargle era el mejor operador de cámara a bordo y tuvo que pasarle los controles. Se aferraba a la idea de su superioridad sobre los secos como si aquello fuera la última verdad en el mundo—. Pueden mirar, pero nunca ven. No son tan observadores como tú. Ahí, ¿qué te decía? Se nos ha colado. Seco estúpido.

* * *

No era una rata. Todas las ratas de Anchorage habían muerto y, de todas formas, aquella cosa parecía mecánica. Mientras se retiraba prudente por las sombras hacia el ventilador, Tom pudo ver la luz desviarse sobre el metal segmentado. Un cuerpo bulboso del tamaño de un puño sostenido por demasiadas patas. Un simple ojo de lente de cámara.

Pensó en el misterioso muchacho que había venido a buscarlo la noche en que Hester se fue, y cómo parecía saber todo lo que sucedía en el puerto aéreo y en el Palacio de Invierno. ¿Cuántas de estas cosas había escabullándose y espiando en los conductos de la ciudad? ¿Y por qué lo estaba observando a él esta?

* * *

—¿Dónde está ahora, Gargle? Encuéntralo…

—Creo que se ha ido —respondió Gargle recorriendo el espacio visible con las cámaras.

—¡Cuidado! —advirtió Caul apoyando la mano sobre el hombro del muchacho más joven—. Tom está aún por ahí cerca en alguna parte. Estoy seguro de ello.

—Vaya, también nos has salido parapsicólogo, ¿eh? —comentó Skewer sarcástico.

* * *

Tom respiró profundamente tres veces y después se lanzó hacia el ventilador. Aquella extraña cosa de metal comenzó a buscar a tientas en la oscuridad, tratando de refugiarse en el oscuro hueco. Contento de llevar todavía puestos sus gruesos mitones, Tom lo agarró por sus patas, que se retorcían, y tiró de él.

* * *

—¡Nos ha cazado!
—¡Enrolla! ¡Recoge!

* * *

Ocho patas de acero. Imanes por pies. Un cuerpo blindado tachonado de remaches. Aquella lente ciclópea que zumbaba mientras luchaba por enfocarlo era tan semejante a una araña gigante que Tom la arrojó al suelo y se estremeció al verla ahí, patas arriba, sobre la plataforma, retorciendo las patas inútilmente. Luego, el fino cable que salía de su parte posterior se puso de repente tirante, arrastrando aquel objeto hacía el ventilador acompañado de un sonido metálico. Tom se lanzó tras él, pero fue demasiado lento. Aquella cosa parecida a un cangrejo recibió otro rápido tirón, desapareció en el hueco de ventilación y dejó a Tom escuchando un repiqueteo cada vez más débil a medida que se iba adentrando en las profundidades de la ciudad.

Tom se puso en pie con el corazón latiéndole a toda velocidad en el pecho. ¿A quién podría pertenecer semejante cosa? ¿Quién querría espiar a la gente de Anchorage? Pensó en la historia de Pennyroyal sobre las ciudades vampiras y, de repente, no parecía tan improbable después de todo. Se apoyó en la pared para recuperar el aliento y enseguida comenzó a correr de nuevo.

—¡Señor Scabious! —gritó, mientras los ecos bajaban por delante de él hacia las calles tubulares o subían para desvanecerse en las grandes, oscuras y fantasmales bóvedas chorreantes de humedad—. ¡Señor Scabious!

* * *

—¡Lo hemos perdido otra vez! No, ahí: cámara doce… Gargle pasaba frenético de una cámara a otra. Con un sonido metálico, como el de una lata, por los altavoces de la cabina se oía la voz de Tom que gritaba: «¡Señor Scabious! ¡No es un fantasma! ¡Sé de dónde viene!».

—Creo que se dirige a la galería de popa.

—¡Hay que cogerlo rápidamente! —aulló Skewer, revolviendo entre los armarios en busca de una pistola, de una red—. ¡Nos pondrá al descubierto! ¡El Tío nos va a matar! ¡Quiero decir que nos matará de verdad! ¡Dioses, qué poco me gusta esto! ¡Somos ladrones, no secuestradores! ¿En que está pensando el Tío? Nunca se nos había pedido que secuestráramos secos antes, y menos adultos…

—El Tío lo sabe todo —le recordó Gargle.

—¡Oh, cállate!

—Iré yo —dijo Caul. La emergencia le había tranquilizado, sabía lo que tenía que hacer y sabía cómo lo iba a hacer.

—No sin mí —gritó Skewer—. ¡No me fío de ti solo ahí arriba, amante de los secos!

—De acuerdo. —Caul estaba ya a mitad de camino hacia la escotilla—. Pero déjame a mí que lo maneje. Él me conoce, ¿recuerdas?

* * *

—¿Señor Scabious?

Tom irrumpió en la galería de popa. La luna brillaba en todo su esplendor, colgando baja en el cielo al otro lado de la ciudad, y la rueda del timón lanzaba sus reflejos por las planchas de la plataforma. El muchacho permaneció esperando allí bajo los destellos de la tenue luz como un fantasma gris.

—¿Qué tal te va, Tom? —le preguntó. Parecía nervioso y un tanto tímido, pero amistoso, como si fuera la cosa más natural del mundo el hecho de que ellos se encontraran allí en aquella situación.

Tom se tragó un grito de sorpresa.

—¿Quién eres tú? —le preguntó, retrocediendo unos pasos—. Esas cosas como cangrejos… Debes de tener montones de ellas arrastrándose por toda la ciudad, observándolo todo. ¿Por qué? ¿Quién eres?

El muchacho extendió la mano, como en un gesto de disculpa, rogando a Tom que se quedara.

—Me llamo Caul.

Tom sintió que se le secaba la boca. Retazos de la estúpida historia de Pennyroyal le sonaban dentro de la cabeza como un timbre de alarma intermitente: «Asesinan a la gente, la ciudad se queda como una concha vacía, como un cascarón, todos muertos…».

—No te preocupes —dijo Caul sonriendo de repente, como si entendiera—. Nosotros solo somos ladrones, y ya nos vamos a casa. Pero tú tienes que venirte con nosotros. Lo dice el Tío.

Varias cosas sucedieron, y todas a la vez. Tom se volvió para echar a correr y, desde una torreta por encima de sus cabezas, voló y le cayó encima una fina red metálica que lo tiró al suelo. En el mismo instante en que oyó a Caul gritar: «¡Skew! ¡No!», otra voz chilló: «¿Axel?», y cuando miró hacia arriba vio la figura del señor Scabious en el lejano extremo de la galería, perplejo ante la frágil imagen del muchacho rubio que él tomaba por el fantasma de su hijo. Al poco, de las sombras de encima de sus cabezas, como con una tos y una repentina puñalada de llama azul, algo como una pistola de gas retumbó aullando como un perro herido. Scabious profirió una maldición y se hizo a un lado dirigiéndose rápido a un rincón seguro, mientras un segundo muchacho, de mayor tamaño que Caul y con un largo y oscuro cabello azotándole el rostro, descendía deslizándose hasta la galería de popa. Los dos, él y Caul, levantaron a Tom, que aún se encontraba luchando por liberarse de la red, y empezaron a correr, llevándose a su cautivo a empujones hacia la boca de una galería de acceso débilmente iluminada.

Estaba muy oscuro y los suelos vibraban y chirriaban con un ritmo estable. Gruesos conductos surgían de las plataformas y enfilaban hacia las sombras de arriba como árboles en un bosque de metal. En alguna parte por allí detrás había un brillo de luna apagado y se oía la voz airada y herida del señor Scabious que gritaba:

—¡Tú, joven…! ¡Regresa! ¡Detente!

—Señor Scabious —le gritó Tom, presionando su rostro contra la fría y sombría red—. ¡Son parásitos! ¡Ladrones! Son…

Sus captores lo derribaron sobre la plataforma sin ceremonia alguna. El impulso le hizo rodar y los vio agazapados en un hueco entre dos conductos. Las largas manos de Caul se habían asido a una sección de la plataforma y trataba de levantarla: abrirla. Una boca de alcantarilla camuflada.

—¡Detente! —gritaba Scabious, cada vez más cerca, entre las sombras que dejaban vislumbrar su figura en medio de la maraña de conductos. El amigo de Caul enarboló su pistola de gas y efectuó otro disparo, abriendo un agujero en uno de los conductos del que empezaron a manar borbotones de un gran geiser de vapor blanco.

—¡Tom! —chillaba Scabious—. ¡Iré a buscar ayuda!

—¡Señor Scabious! —le gritó Tom, pero Scabious ya se había ido. Tom podía oír su voz, que gritaba en busca de ayuda en algún pasaje cercano. La tapa de la alcantarilla ya había cedido y de allí salía una luz azul que se filtraba por entre el vapor. Caul y el otro desconocido lo elevaron del suelo y lo empujaron hacia la luz.

Pudo percibir una escalerilla que descendía hacia una cámara débilmente iluminada, y luego se sintió caer, como un saco de carbón arrojado a una carbonera, aterrizando de forma abrupta sobre un duro suelo. Sus captores bajaron la escalera ruidosamente y por encima de sus cabezas la escotilla se cerró de golpe con un ruido seco.

22

El Gusano de Hélice

Una especie de bodega de techo redondo a rebosar con los productos del latrocinio como una barriga bien llena. Bombillas azules en jaulas de alambre. Un olor a pantano y moho y a muchachos sin lavar.

Tom hizo un esfuerzo para poder sentarse. En la caída por la escalerilla, una de sus manos se había visto libre de la red, pero en el mismo instante en que se dio cuenta de ello, y antes de que se pudiera liberar por completo, Caul lo agarró por los brazos desde atrás y el amigo de Caul, el muchacho llamado Skewer, se sentó en cuclillas frente a él. Skewer había enfundado su pistola de gas, pero sostenía un cuchillo en la mano: una hoja corta de pálido metal con un filo de sierra. Despedía destellos azules bajo aquella luz mientras lo apretaba contra la garganta de Tom.

—¡No, por favor! —le chilló Tom. No creía en realidad que los forasteros hubieran llegado hasta allí, con todos aquellos problemas para secuestrarlo, tan solo para acabar matándolo. Pero la hoja del cuchillo estaba fría y la mirada de aquellos ojos de estaño de Skewer era realmente aterradora.

—¡No lo hagas, Skewer! —le conminó Caul.

—Es para que se entere —le explicó Skewer retirando lentamente el cuchillo—. Que sepa lo que le sucederá si intenta tramar algo.

—Él tiene razón, Tom —dijo Caul, ayudando a Tom a incorporarse—. No puedes escapar, así que será mejor que no lo intentes. No te vas a encontrar muy cómodo si tenemos que encerrarte en un contenedor de carga… —Sacó una cuerda del bolsillo y le ató a Tom las muñecas—. Esto es solo hasta que hayamos salido de Anchorage. Luego te desataremos, si te portas bien.

—¿Salir de Anchorage? —preguntó Tom, mirando cómo los dedos de Caul trenzaban complejos nudos—. ¿Adónde os dirigís?

—A casa —le respondió Caul—. El Tío quiere verte.

—¿El tío de quién?

Una puerta circular en la mampara tras Caul giró de repente y se abrió como el iris de una cámara. Montones de equipos de aspecto complicado abarrotaban la habitación que aparecía allí y en la que un tercer muchacho, sorprendentemente joven, gritaba:

—¡Skewer, tenemos que IRNOS!

Caul sonrió apresuradamente a Tom y le dijo:

—¡Bienvenido a bordo del Gusano de Hélice! —Y corrió hacia aquella habitación. Tom lo siguió, empujado hacia adelante por la firme mano de Skewer.

Esta extraña caseta del perro iluminada de azul no era ninguna granja dependiente de Anchorage, tal como él había pensado en un principio, pero tampoco era ninguna de las famosas ciudades parásitas del profesor Pennyroyal. Era un vehículo y esta era su sala de control: una cabina en forma de media luna con paneles de mandos, llena de palancas y con unas ventanas bulbosas que daban a una oscuridad cada vez mayor. En seis pantallas ovales situadas por encima de los controles parpadeaban granulosas vistas azules de Anchorage: las esferas de Scabious, la galería de popa, el Rasmussen Prospekt, un pasillo del Palacio de Invierno. En la quinta pantalla, Freya Rasmussen dormía apaciblemente. En la sexta, Scabious iba al frente de una pandilla de trabajadores de la sala de máquinas hacia la escotilla secreta.

—¡Los tenemos encima! —dijo el más joven de los ladrones con un tono asustado.

—De acuerdo, Gargle. Ya es hora de irnos —le dijo Caul, haciéndose cargo de un puñado de palancas. Tenían un aspecto casero, como hechas a mano, lo mismo que casi todo lo demás que había a bordo de aquella extraña nave, y chirriaron y crujieron al tirar de ellas, pero parecía que funcionaban. Una a una, las imágenes de la pantalla fueron desapareciendo y convirtiéndose en manchas blancas. La cabina se llenó de un silbido metálico a medida que los cables de las cámaras que habían infestado los conductos de aire y de agua de Anchorage, como zarcillos de una mala hierba invasiva, iban siendo rápidamente retirados y arrastrados hacia la nave. Tom se imaginó a toda la gente de la ciudad mirando hacia arriba sorprendidos ante el súbito siseo y traqueteo que venía de sus conductos de calefacción. En la cabina, el ruido de los carretes se fue elevando hasta alcanzar un chirrido ensordecedor, para terminar en una serie de estruendos sordos a medida que los cangrejos eran recuperados e introducidos en puertos en el casco por encima de sus cabezas y unas tapas blindadas se cerraban sobre ellos. Cuando los ecos del último se hubieron desvanecido, Tom oyó otro ruido, esta vez más débil: Scabious y sus trabajadores del distrito de máquinas intentaban destrozar con palancas y martillos la escotilla camuflada.

Caul y Skewer permanecían el uno junto al otro frente a los controles, moviendo sus manos a toda velocidad y con enorme confianza por los innumerables paneles. Tom, que siempre había tenido un exquisito cuidado por los instrumentos de la Jenny Haniver, se había quedado sorprendido por el estado de estos: roñosos, arañados y sucios, con las palancas chirriando en sus ranuras, los cuadrantes agrietados y despidiendo brillantes chispas azules cada vez que un interruptor fallaba. Pero la cabina comenzó a sacudirse y a zumbar y las agujas de los enloquecidos indicadores iniciaron un movimiento tembloroso que le demostró a Tom que aquel material funcionaba. Esta máquina, fuera lo que fuera, estaba a punto de secuestrarlo y arrancarlo de Anchorage antes de que Scabious y los otros pudieran hacer nada para salvarlo.

—¡Bajando! —gritaba animado Skewer.

Había ahora un nuevo sonido, no como el que hacían los anclajes de la Jenny

Haniver cuando se desenganchaba de la bandeja de amarre. Era una horrible sensación de vértigo mientras el Gusano de Hélice cruzaba el espacio en caída libre al soltarse de su escondite en los bajos de Anchorage. A Tom se le revolvió el estómago. Se agarró a una manilla en la mampara situada a sus espaldas en inmediata búsqueda de apoyo. ¿Y eso era una nave? Pero si no volaba, solo se dejaba caer, y ahora presentaba una enorme trepidación y un choque fortísimo en el momento de aterrizar en el hielo situado bajo la ciudad. Las enormes formas de las torretas, los pórticos y los artilugios para ayudar a deslizarse en el hielo surgían al otro lado de las ventanas, medio ocultos por una nebulosa de nieve grisácea a medio derretir, y, de repente, la ciudad había desaparecido y él se encontró mirando hacia el exterior ante unos enormes campos de nieve iluminados por la luna.

Gargle comprobó sus instrumentos.

—Hielo fino hacia este-nordeste, dirección media este a unos diez kilómetros —gritó con voz chillona.

* * *

Tom aún seguía con muy poca idea acerca del tamaño o la forma del Gusano de Hélice, pero los observadores de la plataforma superior lo veían ya con claridad a la luz de la luna ahora que salía a toda velocidad de debajo de la ciudad, esquivando por poco la rueda del timón. Era como una araña metálica de la altura de una casa, con su grueso casco apoyado en ocho patas hidráulicas, cada una de ellas terminando en un amplio pie en forma de disco con garras. Un humo negro salía de los enclaves de escape situados en sus flancos a medida que se movía hacia el este por toda la pista que habían formado los patines de Anchorage.

—¡Un parásito! —bramó Scabious, deslizándose hacia afuera hasta una plataforma de mantenimiento por encima de la rueda del timón para verlo irse. La ira surgía a borbotones en su interior, desmembrándole todas las piezas con las que había construido su realidad y sus sentimientos desde que muriera su hijo. ¡Un asqueroso parásito que se había pegado a su ciudad como una garrapata! ¡Un muchacho parásito y ladrón engañándolo hasta hacerle creer que su Axel había regresado!

—¡Los detendremos! —gritó a su gente—. ¡Les enseñaremos a robar desde Anchorage! ¡Decidle a la Casa del Timón que se prepare! ¡Umiak, Kinvig, Kneaves! ¡Conmigo!

* * *

Anchorage hundió sus timones de hielo de estribor y cambió su rumbo. Durante un buen rato nadie a bordo pudo ver nada a causa de las relumbrantes cortinas de nieve que habían lanzado al aire los patines. Entonces apareció de nuevo el parásito, a unos dos kilómetros por delante, virando hacia el noreste. La ciudad aumentó su velocidad para darle caza mientras que la gente de Scabious mantenía las mandíbulas de Anchorage abiertas y las hacía rechinar para limpiar el hielo que se había formado en los bordes de aquellos dientes de acero. Los reflectores recorrían a tientas la oscuridad, extendiendo la retorcida sombra voladora del parásito por delante de él. Cerca, cada vez más cerca, hasta que las mandíbulas estuvieron chasqueando tan cerca de la popa de aquella cosa que un resoplido de humo de sus tubos de escape se les coló dentro.

—¡Una vez más! —gritaba Scabious con todas sus fuerzas, de pie sobre el suelo de la pequeña entraña de su ciudad—. Esta vez va a ser nuestro.

Pero Windolene Pye se puso a escudriñar sus cartas de navegación y observó que la ciudad se dirigía a toda velocidad hacia un lugar que los equipos de exploración habían señalado con cruces rojas: un lugar en el que el agua del mar abierto se había quedado cubierta por una capa de hielo tan delgada que no podría aguantar el peso de una ciudad. Pasó la señal del telégrafo del distrito de máquinas a PARADA TOTAL y Anchorage retropropulsó sus motores, clavó todas sus anclas y llegó temblorosa a un alto, lo que se tradujo en una detención acompañada de un golpe seco que desparramó nubes negras de tejas procedentes de los tejados de la ciudad y envió abajo toda una hilera de edificios corroídos por la intemperie que se hallaban hasta entonces en el nivel superior.

La máquina parásita seguía su curso, forzando su paso hacia el hielo traicionero. Scabious dirigió su mirada hacia el exterior a través de las abiertas mandíbulas de la ciudad y observó cómo aminoraba esta la marcha y se detenía allí mismo.

—¡Ajá! ¡Hemos conseguido llevarle hasta el asunto fino y delgado! ¡No se atreverá a avanzar más! ¡Ya es nuestro!

Corrió atravesando la entraña hasta el garaje donde los equipos de exploración guardaban sus trineos, arrancando al pasar de las manos de uno de sus hombres un rifle para cazar lobos. Alguien le acercó un trineo y le encendió los motores mientras él daba un salto para colocarse a bordo y salía a toda velocidad descendiendo hacia la rampa de salida, mientras se descorría una puerta, al fondo, por delante y a lo lejos. Una vez ya en el hielo del exterior de la ciudad, se dirigió hacia las mandíbulas y aceleró en dirección hacia aquella angulosa cosa arácnida con una docena de sus hombres sobre otros tantos trineos gritando y chillando tras de él.

* * *

Tom echó una mirada por las ventanillas de la lapa tratando de proteger sus ojos del resplandor de los reflectores de Anchorage. Llegaban ya a sus oídos los débiles gritos de sus salvadores, el estruendo de los rifles para lobos disparando al aire, el ronco tableteo de los motores de los trineos que martilleaban cada vez más cerca por aquel inmenso hielo.

—Si me dejarais marcharme, yo intercedería en vuestro favor —prometió a sus captores—. Scabious no es un mal tipo. Os tratará bien con que solo le devolváis las cosas que le habéis robado en el distrito de máquinas. Y yo sé que Freya no querrá que se os castigue.

El muchacho pequeño, Gargle, miraba como si se le pudiera convencer, dirigiendo su mirada temerosa desde Tom hasta los trineos que se aproximaban. Pero solo se oyó que Skewer decía:

—Cállate. —Mientras, las pálidas manos de Caul no paraban de bailar sobre las consolas. El Gusano de Hélice se volvía a sacudir para ponerse de nuevo en movimiento, colocando su orondo cuerpo en posición más baja hasta que el casco quedó apoyado en el hielo. Hojas de sierra giratorias salieron de su vientre y chorros de agua caliente cayeron finos como una ducha sobre el hielo, produciendo feroces nubes de vapor que se elevaron del suelo inmediatamente. Con torpes movimientos de sus patas, el Gusano de Hélice giró y giró sobre sí mismo, cortando un agujero de escape para poder entrar en él. Cuando se hubo completado el círculo, las hojas se doblaron sobre sí mismas, se retrotrajeron en el interior del casco y la máquina se autopropulsó hacia abajo, apartando a un lado el tapón de hielo e introduciendo su cuerpo por el agujero hacia el agua que la esperaba abajo.

* * *

Cien metros más atrás, Scabious vio lo que estaba sucediendo. Conduciendo su trineo con las rodillas, separó sus manos de los controles y levantó su rifle, pero la bala rebotó ruidosamente contra el casco blindado y se fue zumbando por el hielo como una abeja perdida. El bulboso ojo de buey del parásito se hundía, perdiéndose de vista. Pequeñas olas retozaron unos instantes tras su volumen, chapoteando sobre los garfios magnéticos y los puertos de las cámaras cangrejo hasta desaparecer.

Scabious detuvo su trineo y guardó el rifle. Se le había escapado la presa llevándose a Tom y a los muchachos parásitos consigo, y ni siquiera se podía imaginar hacia dónde se dirigía ni camino alguno que pudiera seguir. Pobre Tom, pensó, porque a pesar de sus asperezas y brusquedades, había acabado por gustarle aquel joven aviador. Pobre Tom. Y pobre Axel, que estaba muerto, muerto, y su fantasma no caminaba por los vericuetos de Anchorage después de todo. Nadie regresa de la Región de las Sombras, señor Scabious.

Estaba contento de haberse llevado consigo la máscara contra el frío. Aquello impedía que sus hombres vieran las lágrimas que le bajaban por las mejillas mientras estacionaban sus trineos junto al de él y corría a mirar por el agujero que había abierto el parásito para escapar.

Ya no había allí nada que contemplar. Solo un amplio círculo de agua fría y las olas golpeando y salpicando en sus bordes con un sonido que semejaba un aplauso sarcástico.

* * *

A Freya le habían despertado los bandazos y sacudidas de la ciudad, el ruido de los frascos de champú y los tarros de sales de baño cayendo al suelo desde las baldas del cuarto de baño donde ella los había abandonado. Llamó y llamó insistentemente al timbre, tras el que debería aparecer Smew, pero no vino, y al final ella tuvo que aventurarse a salir sola del Palacio de Invierno, quizá la primera margravina que hacía semejante cosa desde los tiempos de Dolly Rasmussen.

En la Casa del Timón, todo el mundo gritaba hablando de cangrejos fantasmas y muchachos parásitos. Hasta que se hubo calmado todo el alboroto, Freya fue incapaz de entender que Tom se había ido. No podía dejar que Windolene Pye y su personal vieran que estaba llorando. Se dirigió a toda prisa hacia el puente y comenzó a descender los peldaños de la escalera. El señor Scabious estaba acercándose desde abajo, chorreando nieve y agua helada de sus manoplas y de su máscara contra el frío. Su rostro estaba rojo y todo él parecía exaltado y, para ella, más vivo que nunca desde la epidemia, como si el descubrimiento del parásito hubiera liberado algo en su interior. Y él casi le sonrió.

—¡Una máquina sorprendente, Su Fulgor! Menuda forma de taladrar el manto de hielo. ¡Parecía cosa de los diablos! He oído leyendas de parásitos en el Hielo Alto, pero debo confesar que siempre las consideré tan solo como cuentos de las viejas comadres del hielo. Me gustaría haber tenido una actitud más abierta.

—Se llevaron a Tom —dijo Freya con voz muy débil, apenas audible.

—Sí, lo siento. Era un muchacho muy valiente. Intentó prevenirme contra ellos y ellos lo capturaron y se lo llevaron hasta el interior de su máquina.

—¿Y qué harán con él? —murmuró ella.

El jefe de máquinas se la quedó mirando unos instantes; luego movió negativamente la cabeza y se quitó el sombrero como en señal de respeto. No estaba seguro de lo que la tripulación de una máquina del hielo, arácnida, parásita y vampira podría querer del joven aviador, pero no podía imaginarse que fuera algo agradable.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó lastimeramente Freya—. ¿Podemos excavar o taladrar o lo que sea? ¿Qué pasaría si esa cosa parásita retornase a la superficie?

Debemos quedarnos aquí a vigilar…

Scabious hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hace ya tiempo que se ha ido, Su Fulgor. No podemos quedarnos por aquí. No merece la pena.

Freya respiró con un jadeo, como si él la hubiera abofeteado. No estaba acostumbrada a que sus órdenes fueran discutidas. Y le dijo:

—¡Pero Tom es nuestro amigo! ¡Y no lo voy a abandonar!

—No es más que un muchacho, Su Fulgor. Tenéis toda una ciudad entera en la que pensar. Por todos los datos que obran en nuestro poder, Wolverinehampton sigue aún tras nuestra pista. Debemos continuar nuestro camino inmediatamente.

Freya sacudió la cabeza, como tratando de ahuyentarlo todo, pero sabía que el jefe de máquinas tenía razón. Ella no había regresado en busca de Hester cuando Tom le había pedido que lo hiciera y tampoco podía ya regresar en busca de Tom, no importaba cuánto lo desease. ¡Qué pena no haber estado más amable con él aquellas últimas semanas! ¡Qué pena que sus últimas palabras hacia él hubieran sido tan irascibles y tan frías!

—Venid, margravina —le dijo Scabious amablemente, y le extendió la mano. Freya se la quedó mirando por unos instantes, sorprendida; luego se acercó y la aceptó, y ascendieron juntos las escaleras. Había una serena tranquilidad en el puente. La gente se volvió para mirar a Freya cuando ella entró, y había algo en el silencio que le decía que todos habían estado hablando de ella hasta hacía unos instantes.

Ella sorbió suavemente la humedad de su nariz, se secó los ojos con el puño y dijo:

—Por favor, pónganos en marcha, señorita Pye.

—¿Qué rumbo, Su Fulgor? —solicitó la señorita Pye con suavidad.

—Oeste —ordenó Freya—. Hacia América.

—¡Oh, Clio! —gimoteó Pennyroyal, acurrucado y casi desapercibido en un rincón—. ¡Oh, Poskitt!

Los motores empezaban a arrancar. Freya podía sentir las vibraciones repiqueteando por entre las vigas de la Casa del Timón. Dejando a Scabious atrás, se dirigió a la parte posterior del puente, dirigiendo su mirada hacia la popa de su ciudad en el momento en que esta empezaba a moverse, dejando tras de ella nada más que unos garabatos de huellas de trineo y un agujero perfectamente circular ya cerrándose poco a poco con el hielo que se empezaba rápidamente a formar.

23

Profundidades ocultas

Los días fueron pasando, aunque era difícil decir cuántos. La tenue luz azul a bordo del Gusano de Hélice lo hacía parecer como si el tiempo se hubiera detenido a las cuatro menos cuarto en una húmeda tarde de noviembre.

Tom dormía en un rincón de la bodega sobre un montón de colchas y tapices procedentes del saqueo de Anchorage. A veces soñaba que caminaba de la mano con alguien por los polvorientos pasillos del Palacio de Invierno y se despertaba sin saber si había sido Hester o Freya. ¿De verdad podía ser posible que no volviera a ver a ninguna de las dos nunca más?

Se imaginaba escapando, alcanzando la superficie y saliendo en busca de Hester, pero el Gusano de Hélice nadaba por entre los luminosos cañones de debajo del hielo y no había escapatoria. Se imaginaba peleando y abriéndose camino hacia la cabina de control y enviando señales a Anchorage, alertando a Freya de las mentiras de Pennyroyal, pero aunque consiguiera salir adelante y averiguar cuál de todas aquellas roñosas máquinas sería la radio, los muchachos que lo habían secuestrado nunca le dejarían acercarse al aparato.

Todos ellos lo vigilaban constantemente, desconfiando de él. Skewer se mostraba distante y hostil, y cuando Tom estaba cerca, ponía cara de pocos amigos y se pavoneaba, arrogante, y hablaba muy poco. A Tom le recordaba a Melliphant, aquel fanfarrón que le había amenazado en sus días de aprendiz. En cuanto a Gargle, que no podía tener más de diez u once años, el muchacho se limitaba a mirar fijamente a Tom cuando creía que Tom no le veía, con aquellos grandes y redondos ojos suyos. Solo Caul estaba preparado para hablar, el extraño y casi amistoso Caul; e incluso hasta él parecía mostrarse cauto y sin disposición alguna para responder a las preguntas de Tom.

—Lo entenderás cuando lleguemos allí. —Era todo lo que, al parecer, podía decir.

—¿Dónde?

—A casa. A nuestra base. Donde vive el Tío.

—¿Pero quién *es* tu tío?

—Él no es mi tío; es simplemente el Tío. Es el jefe de los muchachos perdidos. Nadie conoce su auténtico nombre ni de dónde vino. Yo oí una historia de que había sido un gran hombre alguna vez, a bordo de Breidhavik, de Arkangel o de una de esas ciudades, y que fue expulsado por alguna razón, y que entonces fue cuando se dedicó al robo. Es un genio. Inventó las lapas y las cámaras cangrejo, y nos encontró y construyó el Ladronarium para que nos preparáramos y nos entrenáramos en él.

—¿Que os encontró? ¿Dónde?

—No lo sé —admitió Caul. Por todas partes. En distintas ciudades. Las lapas roban niños para prepararlos como muchachos perdidos, de la misma forma que roban cualquier otra cosa que el Tío necesite. Yo era tan pequeño cuando me trajeron que no recuerdo nada de lo que me había sucedido antes. Ninguno de nosotros tiene esos recuerdos.

—¡Pero eso es horrible!

—¡Qué va! ¡En absoluto! —rio Caul. Siempre terminaba riendo. Era divertido y frustrante tratar de explicar aquella vida que él había considerado siempre tan normal a una persona de fuera. ¿Cómo podía hacerle ver a Tom que el hecho de haber sido llevado al Ladronarium constituía un honor y que preferiría mil veces ser un muchacho perdido que un aburrido seco?—. Lo entenderás cuando llegues allá —le prometió. Y luego (porque le entró una especie de inquietud al pensar en el mero hecho de llegar a casa para tener que darle explicaciones al Tío) cambió el tema y preguntó—: ¿Cómo es realmente Freya? ¿Crees que es cierto que Pennyroyal no se sabe el camino a América?

—Sí que se sabe el camino —dijo Tom sombrío—. Cualquiera con medio cerebro puede trazar una ruta hacia América partiendo de las viejas cartas. El problema está en que yo creo que él mintió sobre lo que hay al final del viaje. No creo que existan esos verdes lugares, excepto en su imaginación.

Echó la cabeza hacia atrás, deseando haber podido avisar a Freya de sus propios temores antes de que los muchachos perdidos lo capturaran. Para entonces, Anchorage se encontraría tan lejos de su camino que ni siquiera tendría combustible suficiente para regresar.

—Nunca se sabe —dijo Caul extendiendo la mano para tocar el brazo de Tom y luego retirándola a toda velocidad, como si el tacto de un seco quemara—. Resultó que él tenía razón sobre el asunto de los parásitos y esas cosas…

* * *

Llegó un día (o quizá una noche) en que Tom fue despertado de sus agitados sueños por los gritos de Caul.

—¡Tom! ¡Ya estamos en casa!

Se escurrió de su nido de tejidos robados y se apresuró a mirar, pero para cuando alcanzó la cabina de control, se dio cuenta de que el Gusano de Hélice se encontraba aún a gran profundidad bajo las aguas. Un sonido metálico repetitivo y lleno de resonancias salía de una de las máquinas. Skewer, atareado ante sus instrumentos, echó un vistazo hacia arriba, el tiempo suficiente para decir:

—¡Es el radiofaro del Tío!

Se produjo una especie de bandazo, una sensación de serpenteo cuando la lapa ajustó su rumbo. La oscuridad al otro lado de las ventanas se iba diluyendo, convirtiéndose en un crepúsculo azulado, y Tom se dio cuenta de que ya no estaban bajo la sábana de hielo, sino en el mar abierto, y que la luz del sol resplandecía por entre una superficie picada a varios cientos de metros por encima de su cabeza. Los fondos de icebergs gigantescos pasaban deslizándose como montañas puestas al revés. Luego, en la tenue luz frente a ellos, se empezaron a dibujar otras formas: torretas y vigas recubiertas de algas, el aspa incrustada de percebes de un gigantesco motor de hélice, un avión inclinado en postura forzada donde hileras enteras de planchas oxidadas surgían y se elevaban desde el fango y la arena. Como una aeronave que volaba sobre un paisaje de mesas y cañones, el Gusano de Hélice navegaba por encima de las calles de una enorme almadía, una ciudad flotante hundida.

—Bienvenido a Grimsby —dijo Skewer, poniendo rumbo hacia el nivel superior.

Tom había oído hablar de Grimsby. Todo el mundo había oído hablar de Grimsby. La mayor y más feroz de las almadías depredadoras del Atlántico Norte había sido hundida por hielos flotantes durante el Invierno de Hierro de hacía noventa años. Sobrecogido, Tom miró hacia el exterior a través de las ventanas de la lapa y contempló la vista que pasaba ante sus ojos: las volutas de los peces destellando entre las casas muertas, los templos y los grandes edificios de oficinas festoneados de hierbas marinas; y luego, entre los grises y los azules y los negros, algo surgía cálido y dorado. Gargle soltó un gritito de alegría y Skewer sonrió, empujando suavemente las palancas de dirección de la nave hacia delante y elevándola hasta el borde del nivel más alto de la ciudad.

Tom comenzó a respirar de forma entrecortada por el asombro. Delante de él brillaban las luces en las ventanas del ayuntamiento, y la gente se movía dentro, haciendo que aquel edificio sumergido pareciera cálido y hogareño, como una casa bien iluminada una noche de invierno.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom asombrado—. Quiero decir que cómo…

—Es nuestro hogar —respondió Caul. Había permanecido en silencio hasta ahora, preguntándose qué clase de bienvenida le esperaba a él, pero se sentía orgulloso de que Grimsby hubiera impresionado a Tom, que había visto tantas ciudades extrañas.

—¡El Tío la construyó! —dijo Gargle.

El Gusano de Hélice se deslizó por el anegado piso inferior del ayuntamiento y luego dirigió su curso por túneles tubulares donde tenía que esperar ante puertas automáticas para que se abrieran y se cerraran detrás. El sistema de puertas hidráulicas y cierres de aire servía para mantener el resto del edificio seco, pero Tom no entendía aquello, y resultó toda una sorpresa y un enorme alivio cuando la lapa irrumpió en la superficie y vino a descansar en un estanque bajo un alto techo abovedado.

El ruido de los motores cesó, pero desde el exterior aún llegaban sonidos metálicos y sordos mientras los brazos de acoplamiento encajaban elevando al Gusano de Hélice hasta sacarlo del agua. Se abrió entonces una escotilla en el techo de la cabina con una especie de suspiro. Caul trajo una escalera y la enganchó a la escotilla.

—Sal tú primero —le dijo a Tom, y Tom subió hasta el amplio dorso de la lapa y allí se quedó unos instantes respirando un aire fresco con olor a amoniaco y dirigiendo la mirada a su alrededor.

La lapa había ascendido hasta un agujero circular en el suelo de una enorme habitación llena de ecos que podía haber sido antaño la cámara principal del consejo de Grimsby (en el techo, el espíritu del darwinismo municipal —una mujer joven de aspecto vacuno y con alas— señalaba a los padres de la ciudad un próspero futuro). Docenas de entradas similares se veían por todo el suelo, cada una de ellas coronada por una complicada grúa de acoplamiento. De varias de ellas colgaban lapas y Tom estaba completamente asombrado al ver el aspecto de las destartaladas naves: parecía que las había compuesto un zapatero remendón con materiales muy similares a trozos de cualquier cosa que cayera en sus manos. Algunas eran obviamente meras reparaciones en curso, pero la gente que había estado trabajando en ellas (hombres jóvenes o muchachos, solo un poco mayores que Caul o Skewer) habían dejado sus puestos y se agrupaban en torno al Gusano de Hélice. Todos tenían puesta la mirada en Tom.

Tom les devolvió la mirada, agradeciendo la presencia de Caul, que había subido para estar cerca de él. Ni siquiera en las ciudades más duras que había visitado la Jenny Haniver había él sentido semejante puñado de miradas hostiles como en esta. Chicos de su edad, enjutos y nervudos muchachos de aspecto duro, muchachitos más jóvenes que Gargle, todos lo miraban con algo que era mitad odio mitad miedo. Todos ellos llevaban el pelo enmarañado y los pocos que tenían edad para afeitarse parecía que eran completamente indiferentes al tema. Sus ropas eran todo un surtido de prendas desparejadas que oscilaban entre lo demasiado grande y lo demasiado pequeño: retales de uniformes, chales y sombreritos de señora, trajes de buceo y gorros de aviador, cubreteteras y coladores acoplados para servir de gorros. Parecía como si se hubieran duchado con detritos procedentes de la explosión de un mercadillo de beneficencia.

De la parte de arriba vino una especie de crujido, un chisporroteo, y luego algo como un chillido gorjeante de realimentación eléctrica. Todos los rostros se volvieron y miraron hacia arriba. Altavoces acanalados atornillados a las grúas eructaban interferencias y una voz que parecía proceder de todos los sitios a la vez sonaba ahora:

—Traedme al seco a mis aposentos, muchachos míos —decía—. Hablaré con él ahora mismo.

24

El Tío

Grimsby no era exactamente lo que Tom habría esperado de la guarida submarina de un criminal de primera clase. Era demasiado fría y olía más de lo deseable a moho y a berza hervida. El edificio restaurado y recuperado que le había parecido tan mágico desde el exterior era un cuchitril atestado de cachivaches, tan repleto de cosas como una tienda de objetos de segunda mano, con los despojos de años y años de latrocinio. Montones de piezas de tapicería robada cubrían los pasillos, con sus ricos diseños sobrebordados con nuevas capas de moho. Sobre las estanterías, en cuchitriles y chiribitiles, medio visibles a través de las puertas abiertas de las habitaciones y talleres por los que pasaban, Tom vio montones de ropas apiladas unas encima de otras; montones de libros y documentos, de adornos y joyas, de armas y herramientas. Maniquíes de aspecto altivo procedentes de las tiendas de clase alta; pantallas informativas y timones; baterías y bombillas; grandes y grasientas piezas de recambio de motores arrancadas de los vientres de las ciudades. De todo había allí.

Y por todas partes se encontraban las cámaras cangrejo. Los techos hervían con aquellas maquinitas; los rincones oscuros destellaban con el brillo de sus estiradas patitas. Sin necesidad alguna de esconderse, se agazapaban entre montones de vajilla o se arrastraban arriba y abajo por las estanterías de libros, hundiéndose y escabulléndose por los tapices colgados de las paredes y balanceándose desde los pesados y, al parecer, peligrosos cables eléctricos que festoneaban las paredes. Sus ojos ciclópeos brillaban y runruneaban siguiendo la pista de Tom mientras Caul y Skewer lo conducían por los largos tramos de escaleras hacia los aposentos del Tío. Vivir en Grimsby era vivir por siempre bajo la mirada del Tío.

Y el Tío los esperaba, naturalmente. Estaba de pie frente a su silla cuando ellos entraron en su cámara, y se adelantó para recibirlos por entre la luz de un millar de pantallas de vigilancia. Era un hombre pequeño, bajo y también delgado, pálido por haber vivido tanto tiempo lejos de la luz del sol. Unas gafas de media luna cabalgaban sobre su nariz estrecha. Usaba guantes que dejaban los dedos al aire, una especie de bonete de cinco picos, una túnica trenzada que podía haber pertenecido alguna vez a un general o a un ascensorista, una bata de seda cuyos bordes dejaban dibujos en el polvoriento suelo, pantalones de mahón y zapatillas de peluche con forma de conejo. Hebras de ralo cabello blanco le caían sobre los hombros. Libros que sus chicos habían robado para él sin miramiento ni criterio alguno en las estanterías de una docena de bibliotecas asomaban de sus bolsillos. Unas migajas le colgaban de la barba de tres días que asomaba en su barbilla.

—¡Caul, mi querido muchacho! —murmuró—. Gracias por obedecer a tu pobre y anciano Tío con tanta prontitud y traerme al seco a casa de forma tan habilidosa. No ha sufrido ningún daño ¿entiendo bien? ¿No se le ha hecho ningún mal?

Caul, recordando cómo se había comportado en Anchorage y los informes que Skewer podía haber enviado a casa sobre él se sentía demasiado atemorizado como para responder. Pero Skewer respondió con brusquedad:

—Vivo y bien, Tío. De acuerdo con tus órdenes.

—Excelente, excelente —susurró el Tío—. Y Skewer, pequeño Skewer, tú has estado muy ocupado también, por lo que sé.

Skewer asintió con la cabeza, pero antes de que pudiera hablar, el Tío le dio un sopapo tan fuerte que se tambaleó hacia atrás y cayó con un gemido de dolor y de sorpresa totalmente infantiles. El Tío le dio unas cuantas patadas por si acaso. Debajo de las alegres caras de conejito, sus zapatillas tenían punteras de acero.

—¿Quién te has creído que eres —le gritó—, estableciéndote como capitán sin mi visto bueno? Ya sabes lo que les sucede a los chicos que me desobedecen, ¿verdad? ¿Recuerdas lo que le hice al joven Sonar, del Rémora, cuando me gastó una broma como la tuya?

—Sí, Tío —gimoteó Skewer—. Pero no fue culpa mía, Tío. ¡Caul habló con un seco! Pensé que las reglas…

—Así que Caul soslayó las reglas un poco —dijo el Tío amablemente, y volvió a darle otra patada a Skewer—. Yo soy un hombre razonable. No me importa que mis muchachos usen su iniciativa personal. Quiero decir que no fue ningún viejo seco ante el que el joven Caul se descubrió, ¿no es verdad? Era nuestro amigo Tom.

Había estado trazando estrechos círculos alrededor de Tom todo el tiempo y ahora sacaba una pegajosa mano y lo agarraba de la barbilla, retorciendo su cara hacia la luz para verla mejor.

—Yo no te ayudaré —dijo Tom—. Si estás planeando atacar Anchorage o algo por el estilo, no pienso ayudarte.

La risa del Tío era un pequeño y débil sonido.

—¿Atacar Anchorage? Eso no entra en mis planes, Tom. Mis muchachos son ladrones, no guerreros. Ladrones y observadores. Ellos vigilan. Escuchan. Me envían informes de lo que sucede a bordo de las ciudades, de lo que se dice. Sí, así es como empleo yo a mis muchachos en las misiones de saqueos y botines. Esa es la razón por la que nunca me han encontrado. Consigo multitud de informes y los ensamblo, los comparo y los contrasto; tomo nota de las cosas y añado un par de ellas de vez en cuando, si conviene. Busco nombres que surgen en lugares extraños. Como Hester Shaw. Como Thomas Natsworthy.

—¿Hester? —dijo Tom dando un paso adelante, que fue frenado por Caul—. ¿Qué has oído de Hester?

En las sombras de detrás de la silla del Tío, dos guardias, sorprendidos ante su repentino movimiento, desenvainaron sus espadas. El Tío les hizo una señal para que

las volvieran a envainar.

—¿Los informes de Caul tenían razón, entonces? —preguntó—. ¿Tú eres el novio de Hester Shaw? ¿Su amante?

Había un tono repugnante y adulador en su voz ahora y Tom sintió que se sonrojaba mientras asentía. El Tío lo observó unos instantes y luego rio entre dientes.

—Fue la nave la que primero me llamó la atención del asunto. La Jenny Haniver. Es un nombre que me llama mucho la atención, sí señor. Era la nave de aquella bruja, Anna Fang, ¿verdad?

—Anna era amiga nuestra —dijo Tom.

—Una amiga, ¿eh?

—Murió.

—Ya lo sé.

—La Jenny nos tocó como en herencia.

—Así que la heredasteis, ¿eh?

El Tío dejó escapar una larga risilla aguda.

—Oh, eso me encanta, Tom. ¡Heredada! Como puedes ver, tengo una buena cantidad de cosas ahí abajo que yo y mis muchachos hemos *heredado*. Me habría encantado haberte cogido hace diez años, Tom; podíamos haber hecho un buen muchacho perdido de ti.

Se rio de nuevo y retrocedió para acomodarse en su silla.

Tom dirigió su mirada hacia Caul, luego hacia Skewer, que volvía ya a mantenerse en pie, con la cara aún marcada con la huella roja de la mano del Tío.

¿Por qué lo aguantan?, se preguntaba Tom. Todos ellos son mucho más jóvenes y fuertes que él; ¿por qué consienten sus antojos?

Pero la respuesta titilaba y parpadeaba en todas las paredes a su alrededor, en las pantallas informativas de todo tipo y tamaño robadas, donde se movían imágenes azules de la vida en Grimsby y en los altavoces que desde arriba transmitían tenues conversaciones como si fuese una llovizna fina. ¿Quién podía desafiar el poder del Tío cuando él lo sabía todo sobre lo que ellos decían o hacían?

—Mencionaste algo sobre Hester —le recordó al anciano, esforzándose por ser cortés.

—Información, Tom —dijo el Tío como ignorándolo. Imágenes de vigilante alerta bailaron en las lentes de sus gafas—. Información. Esa es la clave de todo. Los informes que mis ladrones me envían se ajustan perfectos como las piezas de un rompecabezas. Probablemente, yo sé más que cualquier ser humano sobre todo lo que sucede en el norte. Y yo presto mucha atención a los pequeños y extraños detalles. A los cambios. Los cambios pueden ser peligrosos.

—¿Y Hester? —preguntó Tom de nuevo—. Tú sabes algo de Hester.

—Por ejemplo —respondió el Tío—, que hay una isla, la Percha de los Bribones, que no está muy lejos de aquí. Antaño fue guarida de Loki el Rojo y sus piratas del aire. No era mal tipo ese Loki el Rojo. Nunca nos molestó. Ocupamos diferentes

huecos en la cadena de alimentación él y yo. Pero ya se ha ido. Con una patada en el culo. Asesinado. Ahora su sitio lo ocupa una banda de antitraccionistas. La Tormenta Verde dicen llamarse. Una facción de la línea dura. Terroristas. Folloneros. ¿Has oído alguna vez hablar de la Tormenta Verde, Tom Natsworthy?

Tom, aún pensando en Hester, trató de encontrar una respuesta. Recordó a Pennyroyal gritando algo sobre la Tormenta Verde durante la persecución por encima de las Tannhäuser, pero habían sucedido tantas cosas desde entonces que apenas podía recordar una palabra de todo aquello.

—Más bien no —respondió.

—Bueno, pues ellos sí que han oído hablar de ti —dijo el Tío, inclinándose hacia delante en su asiento—. ¿Para qué habrían, si no, contratado un espía con el fin de tener vigilada tu nave? ¿Y por qué otra razón iba tu muchachita a ser una invitada en su casa?

—¿Hester está con ellos? —dijo Tom casi sin respiración—. ¿Estás seguro?

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —El Tío volvió a levantarse como un resorte, frotándose las manos, haciendo ruido con las articulaciones de los dedos mientras daba vueltas alrededor de Tom—. Aunque «invitada en su casa» no es exactamente la frase que más me guste, quizá. No es que esté cómoda, precisamente. No es que se encuentre feliz, precisamente. Arrinconada en una celda. Y sola. La sacan de vez en cuando para quién sabe qué: interrogatorios, torturas…

—¿Pero cómo ha podido llegar ahí? ¿Por qué? ¿Qué quieren de ella? —Tom se encontraba ya muy nervioso, aturullado y sin saber si el Tío le estaba contando la verdad o gastando algún tipo de broma a sus expensas. Todo lo que podía pensar era en Hester prisionera, sufriendo—. No me puedo quedar aquí —dijo—. Debo ir donde está esa Percha y tratar de ayudarla…

La sonrisa del Tío volvió a dibujarse en su rostro.

—Claro que debes, mi querido muchacho. Esa es la razón por la que te he traído aquí abajo, ¿no? Tenemos intereses en común, tú y yo. Tú vas a ir allí a salvar a tu pobre muchachita de la Percha. Y yo y mis muchachos te vamos a ayudar.

—¿Por qué? —preguntó Tom. Era de naturaleza confiada, casi demasiado confiada, que solía decir Hester, pero no era tan ingenuo como para confiar por completo en el Tío—. ¿Por qué querrías ayudarnos a Hester y a mí? ¿Qué sacas con ello?

—¡Oh, buena pregunta! —cacareó el Tío, frotándose las manos y haciendo un ruido con los nudillos, como si friera una cuerda de petardos—. Venga, vamos a comer. La cena se sirve en la Sala de Mapas. Caul, mi buen muchacho, tú vienes con nosotros. Skewer, piérdete.

Skewer se escabulló como un perro que se había portado mal y el Tío condujo a los demás fuera de la cámara de las pantallas por un pasaje trasero, hacia unas escaleras de cáñamo que llevaban a una habitación flanqueada desde el suelo por vigas con estanterías de madera. Enrollados y doblados se hallaban embutidos los

mapas ocupando el menor resquicio de espacio, y unos muchachos tristes y pálidos, ladrones fracasados a los que se les tenía prohibido el trabajo en las lapas, que se encaramaban y trepaban de estantería en estantería, localizando las cartas de navegación y los planos de las ciudades que el Tío necesitaba para preparar nuevos saqueos, volviendo a colocar aquellos con los que ya había terminado.

Aquí es donde el pobrecito Gargle terminará su existencia, pensó Caul, porque sabía que después de los informes que había recibido de Anchorage, el Tío nunca enviaría ya al muchacho a robar de nuevo. Esto le puso triste unos instantes, imaginando cómo transcurriría el resto de la vida de Gargle, como si se moviese entre nidos de aves marinas por aquellos acantilados de pergaminos o jugueteando con los ajustes de las cámaras espía del Tío.

El Tío se colocó en la cabecera de la mesa y encendió una pequeña pantalla informativa junto a su plato, de forma que así podía mantener vigilados a sus muchachos mientras comía.

—¡Sentaos! —gritó, haciendo a los que esperaban en las sillas grandes gestos de generosidad ante la comida distribuida por la mesa—. ¡Comed! ¡Comed!

No había nada que comer en Grimsby, excepto lo que los muchachos perdidos robaban, y los muchachos perdidos robaban solo lo que comían los muchachos que no tenían a nadie que les diese la lata sobre dietas equilibradas ni el hecho de no picar entre comidas y cosas por el estilo. Galletas empalagosas, chocolates baratos, bocadillos de panceta chorreando grasa, finas rodajas de pan de algas embadurnadas con porciones exageradas, vasos de vino mal escogido que sacudía la garganta como si fuera combustible de aeronave. La única concesión a la salud alimentaria era una sopera a rebosar de espinacas hervidas en el centro de la mesa.

—Siempre me aseguro de que los muchachos regresen con un poco de verdura —explicó el Tío, sirviendo—. Ayuda mucho a mantener el escorbuto a raya. —Y salpicó el plato de Tom con algo como dragado de un pozo negro atascado—. Y te preguntarás por qué te estoy ayudando —dijo el Tío, comiendo a toda velocidad y hablando con la boca llena, con los ojos lanzando constantes miradas como dardos a su pantalla informativa—. Pues bien, Tom, el hecho es el siguiente: no es fácil poder espiar un lugar como la Percha de los Bribones, como podría hacerse a bordo de una ciudad. Hemos tenido un puesto de escucha montado allí durante meses y aún no conseguimos saber qué pretenden hacer los de la Tormenta Verde. Son asuntos muy serios. Apenas nos es posible colocar ninguna cámara cangrejo allí dentro y yo no me atrevo a enviar ni siquiera a uno de mis muchachos a ese lugar. Hay nueve posibilidades entre diez de que sea capturado por los centinelas. Así que pensé que te enviaría a ti en vez de a ellos. Tienes la oportunidad de rescatar a Hester y, mientras tanto, yo puedo aprender un poco más de la Percha.

Tom se le quedó mirando.

—¡Pero tus muchachos son ladrones preparados y entrenados! Si no pueden entrar sin ser capturados, ¿qué te hace pensar que yo sí podré?

El Tío rio.

—Si fueses capturado, eso importaría poco. Al menos a mí. Porque, aun así, yo aprendería muchísimo sobre su sistema de seguridad con tan solo observar cómo te introduces en su plaza, y en el caso de que te interrogasen, no podrías divulgar ninguno de mis secretos. No sabes dónde está situado Grimsby. No tienes idea de cuántas lapas poseo. Y ellos, con toda probabilidad, no te creerían de ninguna forma. Parecería exactamente como si estuvieras actuando por tu cuenta, solo por amor a tu muchachita. ¡Qué dulce!

—Parece como si estuvieses esperando que me capturasen —le replicó Tom.

—No esperando exactamente —protestó el Tío—. Pero tenemos que estar preparados para cualquier eventualidad, Tom. Con un poco de suerte y cierta ayuda por parte de mis muchachos, entrarás en el recinto, conseguirás hacerte con la chica, saldrás y estaremos todos otra vez sentados alrededor de esta mesa al cabo de unos cuantos días escuchando a Hester contarnos por qué la Tormenta Verde ha desplegado todo el secreto y el poder militar sobre mi parcela.

Se metió todo un puñado de palomitas de maíz en la boca y se volvió hacia su pantalla, haciendo saltar perezosamente la conexión de un canal a otro. Tom miraba fijamente su plato con aspecto desolado, afectado por lo que el Tío estaba sugiriendo. Parecía como si tuviera la intención de utilizar a Tom como un cierto tipo de material prescindible o fungible. Como si se tratase de una cámara cangrejo de dos patas…

—¡No iré! —respondió Tom.

—¡Pero Tom! —gritó el Tío levantando la vista de la pantalla.

—¿Cómo puedo hacerlo? ¡Yo quiero ayudar a Hester, pero así sería una locura! ¡Esa Percha de los Bribones tiene todo el aspecto de ser una fortaleza! ¡Soy un historiador, no todo un comando!

—Pero tienes que ir —le respondió el Tío—. Porque Hester está allí dentro. He leído los pequeños y tristes informes de Caul y de Skewer sobre vosotros. La forma en que la amas. La manera en que te has torturado desde que se fue por causa tuya. Piensa cuánto peor sería si no intentaras salvarla ahora que tienes la oportunidad. Probablemente esté siendo *torturada*. No quisiera imaginar las cosas que esa gente de la Tormenta Verde le estará haciendo a la chica. Le echan la culpa del asesinato de la famosa Anna Fang, ya sabes.

—¡Pero eso no es justo! ¡Es ridículo!

—Probablemente lo sea. Posiblemente es lo que la pobre Hester esté diciendo a los interrogadores de la Tormenta Verde ahora mismo. Pero no puedo asegurarme de que la estén creyendo, al contrario. E incluso, aunque por casualidad decidan que es inocente, no es nada seguro que la envíen de vuelta a casa con unas disculpas, ¿a que no? Habrá una bala en su cabeza y su cuerpo aparecerá sobre los acantilados. ¿Te lo puedes imaginar, Tom? Bien. Acostúmbrate. Si no intentas acudir en su ayuda, verás esa escena cada vez que cierres los ojos durante el resto de tu vida.

Tom echó su silla hacia atrás y se fue de la mesa. Necesitaba encontrar una

ventana, mirar a cualquier otra cosa que no fuera la cara recelosa y perspicaz del Tío, pero no había ventanas en la Sala de Mapas y nada que contemplar, excepto el agua fría y los tejados de una ciudad sumergida.

Sobre un tablero cerca de la puerta estaba extendido y fijado un enorme mapa que mostraba la Percha de los Bribones y las trincheras, las crestas y los caballones del fondo marino a su alrededor. Tom se quedó contemplándolo fijamente, preguntándose dónde podría hallarse Hester, qué le estaría sucediendo en aquellos pequeños cuadrados que eran los edificios y que se señalaban en azul sobre la parte alta de la isla. Cerró los ojos, pero ella seguía esperándolo en la oscuridad de detrás de sus párpados, tal como el Tío había prometido.

Todo era culpa suya. Si no hubiera besado a Freya, Het nunca se habría ido de aquella manera y nunca habría sido capturada por los agentes de la Tormenta Verde. Freya se hallaba en peligro también, pero estaba a mucha distancia de allí y no había nada que él pudiera hacer para ayudarla, a ella o a su ciudad. Sin embargo, sí que podía ayudar a Hester. Tenía una oportunidad entre diez de conseguirlo.

Trató de calmarse lo más posible, intentando que su voz sonara firme y sin asomo de temor cuando se volvió para ponerse delante del Tío.

—De acuerdo —le dijo—. Iré.

—¡Estupendo! —soltó el Tío con una risita, aplaudiendo con su manos envueltas en los mitones—. ¡Sabía que lo harías! Caul te llevará a la Percha a bordo del Gusano de Hélice a primera hora de la mañana.

Y Caul se le quedó mirando, pensativo, con su espíritu arrastrado en dos direcciones a la vez por desgarradoras corrientes de emoción como nunca había sentido antes: temor por Tom, naturalmente, pero júbilo también porque había sentido un miedo enorme a que el Tío le castigara por lo que había hecho en la ciudad de Freya. Pero allí estaba él, aún comandante del Gusano de Hélice. Se puso en pie y caminó hacia Tom, que se apoyaba en el respaldo de su silla, mirándose las manos, con aspecto tembloroso y descompuesto.

—Todo va a ir bien —prometió—. No estarás solo. Estás con los muchachos perdidos ahora. Te introduciremos en ese lugar y te sacaremos de allí con Hester, y todo resultará perfecto.

El Tío revisaba y recorría rápidamente los distintos canales de su pantalla de vigilancia, porque no había forma de saber qué diablos harían los muchachos sin una constante vigilancia. Luego, sonriendo a Tom y a Caul, volvió a llenar sus vasos con más vino para tratar de enjuagar el atajo de medias verdades y mentiras podridas que les había estado contando.

25

El gabinete del doctor Popjoy

El tiempo había ido pasando lentamente para Hester. No había mucha diferencia entre el día y la noche en la Percha de los Bribones, a excepción de que a veces el pequeño cuadrado que formaba la ventana en lo alto de la pared de su celda cambiaba del negro al gris. Una vez, la luna le echó una miradita poco tiempo después de haber estado llena, y se dio cuenta entonces de que debía de haber pasado más de un mes desde que había dejado a Tom.

Se sentaba en un rincón, comía cuando sus guardias le metían comida por el faldón de la puerta y se agachaba en cuclillas sobre un cubo de latón si la naturaleza lo requería. Trazó los rumbos de Anchorage y de Arkangel lo mejor que pudo en el moho de la pared, tratando de calcular dónde y cuándo la gran ciudad depredadora alcanzaría a su presa. Pero en lo que más pensaba era en el hecho de ser la hija de Valentine.

Había días en los que deseaba haberlo matado cuando hubo tenido la oportunidad y otros en los que anhelaba que estuviera vivo, porque había muchas cosas que ella habría querido preguntarle. ¿Había amado a su madre? ¿Había llegado a saber quién era Hester? ¿Por qué se había preocupado tanto por Katherine y nada en absoluto por su otra hija?

A veces, la puerta se abría de golpe y entraban soldados que se la llevaban a la Cámara de la Memoria, donde Sathya esperaba con Popjoy y la cosa que había sido Anna Fang. Una enorme y horrible fotografía del rostro de Hester había sido añadida a las otras fotografías que formaban parte de la pared del entorno nemotécnico, pero Sathya aún sentía, al parecer, que ayudaría tener allí a Hester en persona mientras pacientemente repetía historias de la vida de Anna Fang a la impasible e imperturbable stalker. La ira que había sentido hacia Hester parecía haberse disipado, como si parte de ella entendiera que aquella muchacha desnutrida y llena de cicatrices no era realmente la despiadada asesina londinense que ella había imaginado. Y Hester, por su parte, poco a poco empezó a entender un poco más a Sathya y por qué estaba tan decidida a recuperar a la aviadora muerta.

* * *

Sathya había nacido en la tierra desnuda, en un campamento de ocupantes ilegales

que vivían en cuevas que tenían cortinas por puertas y que habían sido excavadas en la pared de la vieja huella de unas enormes rodadas en la zona del sur de la India barrida de ciudades. En la estación seca, su gente tenía que desplazarse cada pocos meses para escapar de ser aplastada por las cadenas tractoras de alguna ciudad que pasase por allí, Chidanagaram o Gutack o Juggernautpur. Cuando llegaban las lluvias, el mundo se derretía en una especie de estiércol o lodo líquido debajo de sus pies descalzos. Todos hablaban del día en que se irían a alguna ciudad estática establecida en las tierras altas, pero a medida que Sathya fue creciendo, empezó a entender que nunca harían el viaje realidad. Solo el simple hecho de sobrevivir les requería todo su tiempo y energía.

Y entonces llegó la aeronave. Una aeronave roja dirigida por una aviadora alta, amable y bella que descendía para realizar reparaciones en su camino hacia el norte después de cumplir una misión en la isla de Palau Pinang. Los niños del campamento se amontonaron a su alrededor, fascinados, escuchando embelesados las historias de su trabajo en pro de la Liga Antitracción. Anna Fang había llegado a hundir toda una ciudad balsa que amenazaba con atacar las Cien Islas. Había entablado batallas con los exploradores aéreos de París y Cittámotore y colocado bombas en las salas de máquinas de otras ciudades voraces.

Sathya, situada tímidamente detrás del grupo, vio por primera vez que no tenía por qué vivir el resto de su vida como un gusano. Podría pelear.

Una semana después, a mitad de camino hacia la capital de la Liga, Tienjing, la señorita Fang oyó ruidos en la bodega de la Jenny Haniver y encontró a Sathya acurrucada allí, entre el cargamento. Apiadándose de la muchacha, le pagó los estudios para que fuese entrenada como aviadora de la Liga. Sathya trabajó mucho, aprendió bien y pronto llegó a ser comandante de ala en la Flota Aérea del Norte. Tres cuartas partes de su paga iban al sur cada mes para ayudar a su familia, pero rara vez pensaba en ellos: la Liga era su familia ahora, Anna Fang era su madre, su hermana y su sabia y amable amiga.

¿Y cómo había correspondido ella ante tanta amabilidad? Subiendo con una escuadra de activistas de la Tormenta Verde hasta las cuevas de hielo de Zhan Shan, donde la Liga dejaba que descansaran para siempre sus mejores guerreros, y robando el cuerpo congelado de la aviadora. Trayéndola aquí a la Percha de los Bribones y haciendo que Popjoy utilizara su horrible alquimia sobre ella. A pesar de sí misma, Hester lo sentía cada vez más por la otra muchacha al observar cómo trataba de engatusar y meterle recuerdos a la stalker.

—Yo no soy Anna Fang —insistía la cosa una y otra vez con su voz como de hierba sacudida por la arena de las dunas. A veces llegaba a enfadarse y ellos tenían que salir de allí. En una ocasión no hubo sesiones durante varios días y luego Hester se enteró de que aquel ser había matado a un guardia y tratado de salir por la fuerza de la cámara.

En los días buenos, cuando la criatura parecía manejable, todos se iban juntos

abajo por un pasaje blindado que salía de la Cámara de la Memoria para ir al cercano hangar de carga, donde se encontraba atracada la Jenny Haniver. En los estrechos confines de la góndola, Hester se vio obligada a reconstruir y recrear todo lo que recordaba de sus dos cortos viajes con la aviadora y Sathya contaba de nuevo la vieja historia de cómo Anna había construido esta aeronave, robando una pieza tras otra del patio de rescate de Arkangel donde había sido esclava, construyendo en secreto la Jenny bajo las propias narices de su brutal amo.

La stalker la miraba con sus fríos ojos grises y susurraba:

—Yo no soy Anna Fang. Estamos perdiendo el tiempo. Me construisteis para dirigir la Tormenta Verde, no para languidecer aquí. Quiero destruir ciudades.

* * *

Una noche, Sathya vino sola a la celda. La expresión fija, temblorosa y alucinada de su rostro era más intensa que nunca y había sombras púrpura bajo sus ojos. Tenía las uñas en carne viva de tanto mordérselas. Una idea extraña bailó en la mente de Hester cuando se puso en pie para recibir a su visitante: «Ella está en su propia prisión».

—Ven —fue todo lo que dijo Sathya.

Condujo a Hester por largos y profundos túneles de medianoche hasta un laboratorio, donde filas de tubos de ensayo las recibieron con gesto inhospitalario. El doctor Popjoy estaba agazapado ante una mesa de trabajo, con su calva cabeza brillando a la luz de una lámpara de argón a medida que se movía manejando una delicada maquinaria. Sathya tuvo que pronunciar su nombre varias veces antes de que él lanzara una especie de resoplido, hiciera unos pocos ajustes finales y se separara de su trabajo.

—Quiero que Hester lo vea todo, doctor —dijo Sathya. Los ojos rosados de Popjoy parpadearon húmedos enfocando a Hester.

—¿Estás segura de que esto es sensato? Quiero decir, si sale una sola palabra… Pero supongo que la señorita Shaw no saldrá de aquí viva, ¿a que no? ¡Al menos, no en el sentido convencional!

Hizo varios ruidos con la nariz que podían significar algo así como una cierta risita e hizo señas a sus visitantes para que pasasen. Mientras Hester seguía a Sathya entre los bancos del laboratorio, vio que la cosa sobre la que él había estado trabajando era un cerebro de stalker.

—Un extraordinario ejemplar de maquinaria, ¿eh, querida mía? —dijo orgulloso Popjoy—. Por supuesto que necesita un cadáver al que poder invadir. Aquí hay exactamente un juguete inteligente. ¡Pero espera a que lo pueda ajustar a un cuerpo! Un chorrito de productos químicos, una pizca de electricidad y ¡bingo!

Se puso a bailar ágilmente por el laboratorio, entre las mesas de retortas de cristal, entre trozos de carne muerta metida en frascos y trozos de stalker a medio construir. En una percha en forma de T se posaba un gran pájaro muerto que miraba a los visitantes con ojos verdes brillantes. Cuando Popjoy alargó una mano hacia él, extendió sus andrajosas alas y abrió su pico.

—Como podéis ver —dijo el ingeniero, acariciándolo—, no me limito a resucitar únicamente seres humanos. Prototipos de aves stalker patrullan ya los cielos alrededor del Complejo, y sigo aún pensando en otras ideas: un gato stalker y puede que una ballena stalker que pudiera llevar explosivos bajo una ciudad balsa. Mientras tanto, he estado dando bastantes pasos importantes en el campo de la resurrección humana…

Hester dirigió su mirada hacia Sathya, pero Sathya no la miraba, solo seguía a Popjoy hacia la puerta abierta en la lejana pared. Estaba provista de un cierre magnético como los que había en la puerta de la Cámara de los Recuerdos. Los largos dedos del ingeniero recorrieron ágiles las teclas de marfil marcando un código. El cierre golpeteó y zumbó un instante y la puerta se abrió hasta revelar una cueva de hielo donde esperaban extrañas estatuas recubiertas con fundas de plástico.

—Ya veis, aquellos antiguos constructores de stalkers carecían de capacidad imaginativa —explicaba Popjoy completamente excitado y respirando agitadamente mientras correteaba por el gran gabinete de congelación desvelando sus creaciones—. Solo porque un stalker necesite un cerebro y un sistema nervioso humanos, no quiere decir que tenga que limitársele a tener una forma humana. ¿Por qué limitarle a dos brazos y dos piernas? ¿Por qué solo dos ojos? ¿Por qué preocuparse por una boca? Estos tipos no comen y no los hemos construido precisamente por su brillante conversación…

Las heladas cubiertas de plástico fueron apartadas a un lado, dejando a la vista unos centauros recubiertos de acero con veinte brazos y orugas de tracción en lugar de piernas, stalkers araña con pies en forma de garra y torretas de ametralladoras en sus vientres, stalkers con ojos de repuesto en la parte posterior de sus cráneos. En una losa cerca de la parte frontal del gabinete había algo a medio terminar, hecho a partir del cadáver de Widgery Blinkoe.

Hester se llevó la mano a la boca, mientras trataba de tragar saliva y respiraba con dificultad.

—¡Ese es el hombre que me drogó en Arkangel!

—Oh, solo era un agente a sueldo —dijo Sathya—. Sabía demasiado. Lo mandé liquidar la noche en que te trajo aquí.

—¿Y qué pasará si todas sus esposas vienen en su búsqueda?

—¿Vendrías tú en busca de Blinkoe si fueras su mujer? —preguntó Sathya. Ni siquiera miraba al espía muerto; su mirada se posaba sobre los otros stalkers y sobre Popjoy.

—¡Por supuesto! —dijo Popjoy con euforia, volviendo a colocar ágilmente los

sudarios en su lugar—. Mejor que salgamos de aquí antes de que estos muchachos se sobrecalienten. Hay un pequeño riesgo de descomposición antes de que sean activados.

Hester apenas podía moverse, pero Sathya la empujó de vuelta hacia el laboratorio mientras decía:

—Gracias, doctor Popjoy, ha sido de lo más interesante.

—Un placer, mi querida señora —replicó el ingeniero con una pequeña inclinación de coqueteo—. Siempre un placer. Y pronto, estoy seguro, encontraremos la forma de recuperar la memoria de tu amiga Anna… ¡Adiós! ¡Y adiós, señorita Shaw! Estoy deseando enormemente trabajar contigo tras tu ejecución.

Salieron del laboratorio y después de bajar por un corto túnel llegaron hasta una puerta que daba a una oxidada pasarela que corría por la cara del acantilado. El viento retumbaba con fuerza, rugiendo al bajar sobre el hielo desde la cima del mundo. Hester calculó su dirección antes de inclinarse sobre la barandilla para vomitar.

—Una vez me preguntaste por qué la Tormenta Verde respaldaba mi trabajo aquí —dijo Sathya—. Ahora ya lo sabes. No están interesados en Anna, eso no. Quieren que Popjoy les construya un ejército de stalkers, de forma que puedan así acumular poder dentro de la Liga y comenzar su guerra contra las ciudades.

Hester se secó los labios y dirigió su mirada hacia abajo, a las revueltas y cremosas lenguas de espuma que lamían los estrechos pasadizos entre las rocas.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí? —le preguntó.

—Porque quiero que lo sepas. Porque cuando las bombas empiecen a caer y los stalkers de la Tormenta Verde sean liberados, quiero que alguien sepa que no es culpa mía. Todo lo hice por Anna. Solo por Anna.

—Pero a Anna no le habría gustado esto nada. Ella nunca habría querido una guerra.

Sathya movía la cabeza con abatimiento.

—Ella creía que atacaríamos a las ciudades solo cuando amenazasen nuestros asentamientos. Nunca estuvo de acuerdo con que las gentes de las ciudades eran todos unos bárbaros; decía que únicamente estaban mal dirigidos. Yo pensé que cuando Anna fuera ella misma otra vez nos señalaría a todos un nuevo camino: algo más fuerte que la vieja Liga y menos feroz que la Tormenta Verde. Pero los de la Tormenta se están haciendo cada vez más y más poderosos, sus nuevos stalkers están ya casi listos y Anna aún está perdida…

Hester sintió que su rostro se le retorcía en una sonrisa sarcástica y apartó rápidamente la mirada antes de que Sathya se diera cuenta. Eran difíciles de tragar y aceptar todas aquellas preocupaciones éticas, pensando que venían de una muchacha que había asesinado al viejo Blinkoe sin el menor escrúpulo en cuanto había tenido la oportunidad. Las dudas de Sathya eran como un barrote suelto en la ventana de una prisión, una debilidad que ella podía perfectamente explotar. Por eso le dijo:

—Deberías alertar a la Liga. Enviar un mensajero al Alto Consejo para decirles lo

que tus amigos están haciendo aquí.

—No puedo —respondió Sathya—. Si la Tormenta se entera, me matarán.

Hester siguió mirando hacia el mar, saboreando las finas gotas de sal en sus labios.

—¿Y qué pasaría si un prisionero escapara? —preguntó—. No podrían echarte la culpa de ello, ¿a que no? Si un prisionero que supiera lo que está sucediendo aquí huyese y robara una aeronave y escapara volando, eso no sería culpa tuya.

Sathya se le quedó mirando fijamente. Hester se sintió temblar por dentro ante la idea de una repentina escapada. ¡Podría dejar este lugar! ¡Incluso le quedaría tiempo para salvar a Tom! Se sentía orgullosa de la forma en que se estaba aprovechando de la infelicidad de Sathya, le parecía que hacía una cosa inteligente y despiadada, digna de la hija de Valentine.

—Déjame escapar y llevarme la Jenny Haniver conmigo —le propuso—. Volaré al territorio de la Liga. Encontraré a alguien digno de confianza, como el capitán Khora. Él llevará naves de guerra al Norte y retomará este lugar. Arroja al mar a las nuevas criaturas de Popjoy antes de que puedan ser utilizadas.

Los ojos de Sathya brillaban, como si pudiera imaginarse ya al guapo aviador africano saltando de la góndola de su Achebe 9000 para ayudarla a salir de la trampa que se había tendido a sí misma. Después, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedo —dijo—. Si Khora viera a Anna en su estado actual…, no podría entenderlo. No puedo permitir que nada interrumpa mi labor con ella, Hester. Estamos tan cercanas ahora. A veces puedo sentirla, mirándome desde el interior de esa máscara… Y, de todas formas, ¿cómo puedo dejarte marchar? Tú contribuiste a que la mataran.

—Eso no te lo crees ni tú —le dijo Hester—. Ni una pizca. Si no, ya me hubieras matado.

Dos lágrimas bajaron por el rostro de Sathya, plateadas contra la oscuridad de su piel.

—No lo sé —respondió—. Tengo mis dudas. Pero tengo dudas sobre tantas cosas…

De repente, abrazó a Hester, dirigiendo su rostro hacia el almidonado y áspero hombro de su túnica.

—Es bueno tener a alguien con quien hablar. No te voy a matar. Cuando Anna esté mejor, podrá decirme si tienes la culpa de su muerte. Deberás quedarte aquí hasta que Anna se recupere.

26

El gran panorama

Si pudieras mirar hacia el mundo desde lo alto, desde algún lugar muy lejano allá arriba; si fueras un dios o un espíritu a la caza de una de las viejas plataformas armadas americanas que aún se mantienen suspendidas en órbita muy por encima del polo, los Desiertos de Hielo parecerían al principio tan borrosos como las paredes de la celda de Hester y una enorme blancura se extendería sobre la corona de la pobre y vieja Tierra como una catarata en un ojo azul. Pero mira un poco más cerca y verás cosas que se mueven en el fondo borroso. ¿No ves esa minúscula mancha al oeste de Groenlandia? Eso es Anchorage. Una pantalla de trineos de reconocimiento se extiende por delante de ella mientras culebrea entre las montañas embadurnadas de gruesas capas de glaciares y entre enormes extensiones de hielo marítimo aún no señalado en los mapas. Avanza buscando su difícil camino con esmerado cuidado, pero no con la lentitud que en este caso cabría esperar, porque todo el mundo a bordo lleva fresco el recuerdo del parásito que robó y se llevó al pobre Tom, y también el temor de que puedan surgir del hielo muchos más en cualquier momento. Se ha colocado vigilancia extraordinaria en el distrito de máquinas y las patrullas inspeccionan el casco cada mañana en busca de visitantes inoportunos.

Lo que nadie a bordo sospecha, naturalmente, es que el peligro real no procede de abajo, sino de otro punto (más grande, más oscuro) que se arrastra hacia ellos desde el este y se desliza siguiéndoles la pista, transportando su enorme masa por la accidentada espina dorsal de Groenlandia. Es Arkangel. En sus entrañas han sido despiezadas Wolverinehampton y tres pequeñas ciudades balleneras, mientras que en lo más profundo de su núcleo central, en la oficina recubierta por paneles de marfil del *direktor*, Piotr Masgard está tratando de que su padre aumente la velocidad de la ciudad.

—Pero la velocidad es cara, mi querido muchacho —dice el *direktor*, restregándose la barba—. Capturamos Wolverinehampton; no estoy seguro de que merezca la pena lanzarse hacia el oeste tras Anchorage. Puede que nunca logremos encontrarla. Puede que todo sea una treta. Me han dicho que la muchacha que te vendió su ruta ha desaparecido.

Piotr Masgard se encoge de hombros.

—Mis pájaros cantores a menudo se van volando antes de la captura. Pero en este caso tengo el presentimiento de que la veremos de nuevo. Regresará para reclamar su recompensa, el oro del depredador.

Baja los puños con fuerza sobre la mesa de su padre.

—¡Tenemos que hacernos con ellos, padre! ¡No es una zarrapastrosa ciudad ballenera de lo que estamos hablando! ¡Es Anchorage! ¡Las riquezas del Palacio de Invierno de los Rasmussen! Y todos esos motores que tienen. Comprobé los informes. Se supone que son veinte veces más eficientes que cualquier otro en el hielo.

—Cierto —admite su padre—. La familia Scabious siempre ha guardado el secreto de su construcción. El miedo a los depredadores puede adueñarse de ellos, supongo.

—Bueno, pues ahora alguien *hará* que sientan miedo —dice Masgard triunfal—. *¡Nosotros!* ¡Imagínate que Soren Scabious pudiera pronto estar trabajando para nosotros! ¡Podría volver a diseñar nuestros motores, de forma que necesitaríamos la mitad de combustible para capturar el doble de presas que hasta ahora!

—Muy bien —suspira su padre.

—No te arrepentirás, papá. Otra semana en este rumbo. Luego tomaré a mis cazadores y me los llevaré para encontrar el lugar.

Y si fueras un espíritu o un fantasma, allá arriba entre el montón de papeles y plumas y tazas de plástico y astronautas congelados que dan volteretas sin fin, podrías utilizar los instrumentos de esa vieja estación espacial e introducirte en las aguas y escudriñar de cerca los salones secretos de Grimsby, donde el Tío se sienta a observar en la mayor de sus pantallas cómo el Gusano de Hélice se suelta del redil de las lapas, con Caul en los controles, Skewer de tripulante y llevándose a Tom Natsvvorthy hasta la Percha de los Bribones.

—¡Acerca la imagen, muchacho! ¡Acércala! —dice el Tío con brusquedad, saboreando el brillo de las luces de la lapa a medida que se desvanecen en la oscuridad de las aguas profundas. Gargle, sentado a su lado en los controles de cámaras, acerca la imagen obedientemente. El Tío acaricia la despeinada cabeza del muchacho. Es un buen muchacho y será de utilidad aquí arriba, ayudándolo con sus archivos y sus pantallas. A veces piensa que los prefiere a ellos, a los pequeños e indefensos idiotas como Gargle. Al menos no suponen ningún problema. Eso es mucho más de lo que se puede decir de los muchachos blandos y extraños como Caul, que ha estado mostrando los repugnantes síntomas de poseer una conciencia últimamente, o los duros y ambiciosos como Skewer, que deben ser vigilados y vigilados, por si algún día hacen uso propio de las habilidades y de la astucia que el Tío les ha dado y las utilizan contra él.

—Ya se ha ido, Tío —dice Gargle—. ¿Crees que funcionará? ¿Crees que el seco lo hará?

—¿Y a quién le importa? —le responde el Tío, y comienza a reírse de forma entrecortada—. Resulte como resulte, nosotros siempre ganaremos, querido muchacho. Es cierto que no sé tanto como me gustaría de lo que sucede en la Percha y, sin embargo, ha habido alguna que otra pista en los informes de Wrasse. Pequeñas cosas, pero para un hombre de mi genio todo tiene sentido. Un ingeniero de

Londres… El ataúd que llega procedente de Shan Guo, envuelto en hielo… La muchacha Sathya como una madraza con su pobre amiga muerta. Elemental, mi querido Gargle.

Gargle se le queda mirando con sus enormes ojos redondos, sin entender.

—Así que… ¿Tom?

—No te preocupes, muchacho —le dice el Tío, enmarañándole el pelo otra vez—. Meter allí dentro a ese seco es una forma de distraer la atención de la Tormenta Verde.

—¿Distraerla de qué, Tío?

—Oh, ya lo verás, muchacho; ya lo verás.

27

Las escaleras

Los muchachos perdidos habían instalado su puesto de escucha justo frente al lado este de la Percha de los Bribones, donde negros acantilados caían en picado hasta una profundidad de cuarenta brazas de agua. Una de las naves de Loki el Rojo que habían ardido durante la batalla contra la Tormenta Verde había caído allí y en la nasa que formaban sus costillas llenas de percebes se habían instalado tres lapas para formar una base improvisada, cerrando sus largas patas entre los cuerpos de las otras como cangrejos en un caldero de langostas. El Gusano de Hélice se acomodó en este lío y una burbuja en su vientre se adhirió a la escotilla del techo de la lapa central, el Espíritu de la Pulga.

—¿Así que este es el nuevo recluta del Tío? —preguntó un muchacho alto que esperaba en el interior de la escotilla, mientras Caul, Skewer y Tom entraban en aquella atmósfera rancia y agria. Era el miembro más viejo de la banda del Tío que Tom había visto hasta entonces y lo miraba de arriba abajo con una mirada extraña y condescendiente, como si supiera un chiste que Tom no podría entender.

—La novia de Tom es Hester Shaw, la prisionera de la Percha de los Bribones —comenzó a explicar Caul.

—Ya, ya. El pez mensajero del Tío llegó aquí un poco antes que vosotros. Ya me lo sé todo de estos tortolitos. Misión humanitaria, ¿eh?

Se fue por un estrecho pasillo.

—Se llama Wrasse —susurró Caul, siguiéndolo con Tom y Skewer—. Es uno de los primeros.

—¿Primeros de qué? —preguntó Tom.

—Uno de los primeros que el Tío trajo a Grimsby. Uno de los líderes. El Tío le deja que se quede con la mitad de todo lo que trae a casa. Es la mano derecha del Tío.

La mano derecha del Tío los llevó hasta una bodega que había sido liberada de carga y preparada como una estación de vigilancia. Otros muchachos, todos más jóvenes que Wrasse pero mayores que Skewer y Caul, se encontraban por allí con aspecto aburrido o se inclinaban sobre los paneles de control en la media luz azul vigilando un banco de pantallas circulares que ocupaban toda una pared. Este lugar estaba abarrotado de gente. Caul nunca había oído hablar de tantos muchachos asignados a un solo trabajo. ¿Por qué habría enviado el Tío tantos solo para espiar? ¿Y por qué había tantas pantallas muertas?

—¡Solo tenéis tres cangrejos funcionando! —dijo—. ¡Nosotros teníamos treinta en marcha a bordo de Anchorage!

—Bueno, esto no es como robar a la gente de la ciudad, muchacho lapa —le espetó Wrasse—. La Tormenta Verde es material de dificultad de primera clase. Guardias y armas por todas partes, a todas horas. El único lugar para una cámara cangrejo está encima de un tubo de desagüe que lleva a unos lavabos abandonados en la zona oeste. Nos las arreglamos para meter tres cámaras allá arriba y en los conductos de calefacción, pero los secos oyeron ruidos y empezaron a volverse curiosos, así que no podemos moverlas demasiado y no hemos podido intentar meter más allí. Ni siquiera tendríamos esas tres si el Tío no nos hubiera enviado los últimos modelos, trabajos de control remoto sin cables que poder seguir. Y un par de características especiales también.

Aquella sonrisa de nuevo. Caul miraba los largos paneles de control. Montones de notas se desparramaban entre tazas de café abandonadas, listas de horarios, modelos de turnos, los hábitos de los vigilantes de la Tormenta Verde. Un conjunto de gruesos botones rojos llamaron su atención, cada uno de ellos protegido por su propia caperuza de plexiglás.

—Y esos, ¿qué es lo que hacen?

—A ti no te importa —le dijo Wrasse.

—Entonces, ¿qué se supone que está sucediendo aquí arriba? —preguntó Skewer.

Wrasse se encogió de hombros, saltando de un canal a otro.

—Y yo qué sé. En los lugares en los que el Tío está más interesado, el laboratorio y la Cámara de los Recuerdos, no hemos podido entrar para nada. Podemos poner la oreja en el hangar principal, pero no siempre podemos entender lo que sucede. No hablan inglés o nórdico como la gente de verdad, andan por ahí farfullando y parloteando en aeroesperanto y en un montón de curiosas lenguas orientales. Esta chávala es su líder.

Una cabeza morena llenó la pantalla, una imagen tomada desde un ángulo extraño, a través de la rejilla difusa de un ventilador en el techo de su despacho. Le recordó a Tom un poco a aquella muchacha que había sido tan grosera con él en Batmunkh Gompa.

—Está loca —añadió Wrasse—. Anda por todos los lados con una amiga muerta como si estuviera aún viva. El Tío estaba muy interesado en ella. Luego está este personaje encantador…

Tom contuvo la respiración. En la pantalla a la que se dirigía Wrasse alguien se hallaba encogido sentado en el fondo de una habitación muy profunda parecida a un pozo. La imagen era tan borrosa y con tan poca luz que si mirabas fijamente durante demasiado tiempo, dejaba de parecer una persona por completo y se disolvía en una especie de sopa de formas abstractas, pero Tom no necesitó mirar demasiado.

—¡Es Hester! —gritó.

Los muchachos perdidos sonrieron nerviosos, se rieron entre dientes y se dieron pequeños codazos de complicidad. Habían visto el rostro de Hester en sus pantallas y pensaban que era una enorme broma el hecho de que la muchacha le importara a

alguien.

—Tengo que llegar hasta ella —dijo Tom acercándose más, deseando poder alcanzarla desde la pantalla informativa y tocarla, solo para hacerle saber que él estaba allí.

—Oh, ya lo harás —le dijo Wrasse. Tomó a Tom por el brazo y se lo llevó por una puerta abierta en una mampara hasta un pequeño compartimento con las paredes atestadas de armas de fuego, espadas y picas—. Nosotros estamos ya listos. Hemos recibido nuestras instrucciones del Tío y tenemos hechos nuestros planes. —Escogió una pequeña pistola de gas y se la pasó a Tom, y luego un curioso instrumento de metal—. Un abrecerraduras —le dijo.

Detrás de él, en la sala de operaciones, Tom podía oír un ascendiente zumbido de actividad. Nadie parecía aburrirse ahora. Por la puerta medio abierta podía ver a los muchachos corriendo de un lado a otro con papeles y tablillas con sujetapapeles, manejando interruptores a toda velocidad en los bancos de controles de cámaras, poniéndose los auriculares.

—¿No pensaréis enviarme ahí dentro ahora? —preguntó—. Ahora mismo no, ¿verdad?

Había pensado que le darían un tiempo para prepararse; quizá algún tipo de resumen de urgencia sobre lo que los muchachos perdidos hubieran descubierto de la distribución interior de la Percha de los Bribones. No se había imaginado que le empujarían a la acción tan pronto como llegase.

Pero Wrasse le tenía por el brazo y se lo llevaba de nuevo a la sala de operaciones por aquella maraña de pasillos.

—Ningún tiempo mejor que el presente —le dijo.

* * *

Una vieja escalera de metal zigzagueaba acantilados abajo en la parte oeste de la Percha de los Bribones y, a sus pies, sobresalía un espigón de acero que se metía en el oleaje, protegido por largas espuelas de roca. Antaño había sido usado a veces por barcos de aprovisionamiento para amarrar a resguardo en los días de los piratas, pero no había vuelto ningún barco desde que la Tormenta Verde se hiciera con el islote, y ahora el malecón tenía un aspecto como de abandono y de desamor, visiblemente erosionado por la herrumbre y por el inquieto mar.

El Gusano de Hélice emergió a su sombra en el momento en que el sol se hundía tras un grueso banco de niebla en el horizonte. El viento casi se había apagado hasta quedar reducido a una inapreciable brisa, pero aún quedaba una cierta marejada y el oleaje chocaba contra el caparazón de la lapa mientras sus grapas magnéticas establecían contacto con el embarcadero.

Tom miró por las húmedas ventanas hacia las luces que venían de los edificios situados por encima de ellos y se sintió como si estuviera a punto de ponerse enfermo. Todo el camino desde que salió de Grimsby se había estado diciendo a sí mismo que todo saldría bien, pero aquí, en medio del oleaje bajo el malecón, le era imposible creer que alguna vez pudiera introducirse en esta fortaleza de la Tormenta Verde, y menos aún escapar de allí con Hester.

Deseó que Caul hubiera estado aquí, pero Wrasse había pilotado en persona el Gusano de Hélice obligando a Caul a quedarse atrás a bordo del Espíritu de la Pulga.

—¡Buena suerte! —le había deseado el muchacho, abrazándole en la cámara estanca, y Tom empezaba a darse cuenta de cuánta buena suerte iba a necesitar.

—Las escaleras llevan hasta una puerta a unos treinta metros ahí arriba —dijo Wrasse—. No tiene vigilancia: no esperan un ataque por mar. Estará cerrada, pero nada que nuestras herramientas no puedan resolver. ¿Te llevas el abrecerraduras?

Tom se palpó el bolsillo de su abrigo. Otra ola de buen tamaño elevó y zarandeó al Gusano de Hélice.

—Pues vale —dijo nervioso, preguntándose si sería ya demasiado tarde para volverse atrás.

—Te estaré esperando aquí mismo —prometió Wrasse, con aquella sonrisa suya tan débil y sospechosa. Tom deseaba poder confiar en él.

Subió rápidamente por la escalera tratando de pensar solamente en Hester porque sabía que si pensaba solo por un momento en los soldados y en las armas de aquella fortaleza que se elevaba por encima de su cabeza, acabaría perdiendo los nervios. Una ola rompió sobre el Gusano de Hélice cuando salió de la escotilla, metiéndolo de lleno en el agua helada. En un instante estuvo sobre el casco, en medio del aire oscuro y fresco, con el ruido del mar bramando a su alrededor. Se apretó más contra los noráis por debajo del malecón mientras otra ola pegaba otro envite y luego inició tanteando su viaje hacia arriba por el embarcadero. Estaba empapado y empezaba ya a temblar de frío. Mientras corría hacia las escaleras, el malecón se rebelaba como un animal bajo sus pies, tensando sus amarres, tratando de hacerle desistir en su empeño.

Ascendió escalando deprisa, contento ante la oportunidad de calentarse un poco. Los pájaros daban vueltas sobre él en el crepúsculo y sus movimientos lo sobresaltaban. «Piensa solo en Hester», seguía recordándose a sí mismo. Pero incluso recordando los tiempos mejores con ella apenas podía borrar su creciente miedo. Trató de dejar la mente en blanco y no pensar en absoluto, recordándose que tenía un trabajo que hacer, pero sus pensamientos siguieron deslizándose en su cerebro. Esta era una misión suicida. El Tío únicamente lo estaba utilizando. Aquella historia de que se necesitaba un espía dentro de la Percha no había sido la verdad completa y entera, ahora estaba seguro de ello. Y el puesto de escucha con tantas armas de fuego: se había dado cuenta de lo sorprendido que se había quedado Caul cuando aparecieron tantas armas ante sus ojos. Se había quedado pasmado. Era un títere, un peón en un juego cuyas reglas no podía ni siquiera intuir. Podía ser posible que él

mismo se rindiera a la Tormenta Verde; que gritara a los centinelas y que se entregara. Pudiera ser que no fueran tan malos como todo el mundo decía, y al menos podía tener una oportunidad de ver a Hester…

Una forma negra se desprendió del crepúsculo. Levantó inmediatamente las manos y protegió su rostro con los ojos cerrados. Se produjo un grito ronco y sintió que un pico le golpeaba en la cabeza; un golpe agudo y doloroso, como si procediera de un pequeño martillo. Después, un súbito batir y un revoloteo de alas y luego nada. Miró hacia arriba y a su alrededor. Había oído hablar de esto: de pájaros que atacaban a cualquiera que se acercara a sus territorios de anidada. Por arriba y encima de su cabeza, miles de aves revoloteaban contra la oscuridad creciente. Comenzó a darse prisa en su camino, escaleras arriba, esperando que no se les ocurriera a todas la misma idea.

Había logrado subir otro tramo de escaleras cuando el pájaro se lanzó sobre él de nuevo, atacándolo desde un costado con un prolongado graznido gutural. Tom tenía ahora una perspectiva mejor: unas mugrientas alas, como si fueran un manto harapiento, y unos ojos con verdes destellos sobre el pico abierto. Le dio un golpe con el puño cerrado y con el brazo y el bicho se marchó. Mientras seguía ascendiendo, sintió dolor y miró hacia abajo para descubrir que le salía sangre de tres largos cortes que tenía en el lateral de la mano. ¿Qué clase de pájaro era ese? ¡Sus garras habían atravesado limpiamente sus mejores mitones de cuero!

Otro chillido sonó agudo, lo suficientemente estridente y cercano como para oírse por entre el barullo de la multitud de aves que había más arriba. Se produjo un agitar de alas alrededor de su cabeza, una confusión de plumas que batían ante su cara y sobre su cabello. Pudo captar un olor químico, y en esta ocasión vio que el destello verde de los ojos del ave no era el reflejo de las luces de arriba. Sacó el arma que Wrasse le había entregado y atacó a la cosa. El ave se giró a barlovento, pero un instante después, Tom notó que otras garras más se aferraban a su cráneo: estaba siendo atacado por dos de aquellas criaturas.

Comenzó a ascender a mayor velocidad, más y más hacia arriba, con los pájaros —si es que *eran* pájaros— peleando y chillando a su alrededor, a veces embistiendo para golpearlo en la cabeza o en el cuello. Solo le atacaban dos de ellos: las otras aves se dedicaban a lo suyo, dando vueltas alrededor de la cumbre de la isla. Solo dos, pero dos eran más que suficientes. Pequeños destellos de luz rebotaban en sus garras afiladas como navajas y en unos picos que sonaban como teclas funcionando metálicamente en el aire; y aquellas alas, que tableteaban y chasqueaban como banderas en un temporal.

—¡Auxilio! —gritó, inútilmente—. ¡Fuera! ¡Fuera!

Pensó en echar a correr en dirección opuesta, hacia la seguridad de la lapa que lo esperaba, pero las aves se dirigieron derechas a su rostro cuando se volvió y la escotilla de la nave se había cerrado ya. Además, solo quedaba un tramo más de escaleras que subir.

Se abrió camino como pudo hacia arriba, patinando en los peldaños resbaladizos, llevando levantadas las manos embutidas en sus desgarrados mitones, tratando de protegerse con ellas la cabeza. Podía sentir cómo le corrían hilillos de sangre por la cara. A la última luz del día que moría vio la puerta que buscaba delante de él y se lanzó hacia ella, pero estaba demasiado atareado defendiéndose de los picos como dardos y de las cortantes garras de las aves como para poder hurgar en sus bolsillos en busca del abrecerraduras. Sumido en una completa desesperación, levantó el arma y apuntó hacia arriba. Una especie de chasquido amortiguado vino en forma de eco desde los acantilados y uno de los pájaros de ojos verdes cayó en picado, dejando el largo rastro de una estela de humo tras él mientras se hundía en el oleaje. El otro reculó y después continuó su tarea alrededor de Tom. El muchacho se tapó el rostro y el arma se le resbaló de sus manos ensangrentadas, rebotó en el pasamanos de la escalera y desapareció para siempre en la oscuridad.

La blanca hoja del rayo de luz de un reflector acuchillaba la cara del acantilado, apuñalándolo a través del torbellino de alas y de sombras que se agitaban ruidosas e incesantes. Se encogió contra la puerta. Una sirena comenzó a aullar, y luego otra, y otra, con sus largos ecos rebotando en los acantilados.

—¡Wrasse! —gritó Tom—. ¡Caul! ¡Socorro!

Parecía imposible que todo hubiera resultado tan mal y tan rápidamente.

* * *

Una voz crepitó por la radio del Gusano de Hélice:

—Ya le tienen.

Wrasse asintió con calma. El Tío le había dicho que probablemente sucedería de esa forma.

—Poned en movimiento todos esos cangrejos —le dijo a la radio—. Solo tenemos unos pocos minutos antes de que se enteren de que está solo y va por su cuenta.

Comenzó a apretar botones, a mover interruptores. Se abrió una escotilla en el casco para dejar pasar un maltrecho y viejo globo de carga. Mientras el globo se elevaba hacia el revuelo de aves y haces de luz lanzados por el reflector alrededor de la cumbre de la isla, los imanes del Gusano de Hélice se liberaban del malecón uno por uno y replegó sus patas y se hundió en el oleaje como una piedra.

* * *

La puerta de metal se abrió, deslumbrando a Tom con luces amarillas. Estaba tan contento de haberse podido librar de las aves que le pareció un alivio cuando los guardias le pusieron la mano encima. Le colocaron los brazos a la espalda, sujetaron sus inquietas piernas y alguien le metió la boca de una Weltschmerz automática bajo la barbilla.

—Gracias —les dijo—. Y lo siento —continuó diciendo mientras le metían a pulso dentro y cerraban la puerta de golpe y lo arrojaban al frío suelo. Fue recogido y transportado y lo dejaron solo de nuevo mientras se oía un barullo de voces procedentes del techo bajo. Los lanzacohetes disparaban fuera. Las voces hablaban aeroesperanto, con acentos orientales y un montón de palabras en dialecto que le era imposible captar.

—¿Está solo? —decía una voz femenina, extrañamente familiar.

—Creemos que sí, comandante: el (algo) lo encontró en la escalera.

La mujer habló de nuevo. No entendió lo que dijo, pero debía de haber preguntado cómo había podido él llegar hasta allí porque una de las otras voces respondió:

—Globo. Un globo de dos plazas. Nuestras baterías lo derribaron.

Algo que sonó como un juramento:

—¿Y por qué las torres de vigilancia no lo vieron venir?

—El centinela dijo que apareció de repente.

—No era un globo —Tom susurró confuso.

—El prisionero, comandante…

—Echémosle un vistazo…

—Lo siento —musitó Tom, sintiendo en su boca el sabor a sangre.

Alguien enfocó una fuerte luz hacia su rostro y cuando pudo ver de nuevo, vio que la muchacha que parecía aquella otra muchacha llamada Sathya estaba inclinada hacia él, mirándolo; solo que no se parecía a Sathya: *era* Sathya.

—Hola. Gracias. Lo siento —susurró él.

Ella lo miró con atención a través de la sangre y de su desordenado y húmedo cabello y sus ojos se le abrieron enormemente un instante para volverse pequeños y feroces después, cuando lo reconoció.

* * *

Tras varios meses de no haber tenido apenas nada que espiar, los muchachos perdidos, de repente, tenían demasiado. Se empujaban unos a otros frente a las pantallas, luchando por averiguar lo que estaba sucediendo entre los secos. Caul, abriéndose camino hacia el frente, vio cómo Tom era conducido en medio de una marabunta de guardias uniformados de blanco. En otra pantalla, la oficina de la

comandante aparecía vacía, con su cena a medio comer sobre la mesa. Una tercera mostraba a unos aviadores reuniéndose junto a sus naves en el gran hangar, como si la Tormenta Verde hubiera imaginado que la llegada de Tom fuera el comienzo de un gran ataque. El resto de las pantallas se llenaba de una vibrante oscuridad. Docenas de cangrejos remotos habían estado esperando fuera, en el desagüe del sumidero, y ahora los muchachos perdidos estaban aprovechando la confusión originada por la llegada de Tom y los enviaban hacia la base. Apiñadas a la salida de un retrete roto, las pequeñas máquinas se disparaban a través de un orificio de ventilación y se esparcían por los conductos y salidas de humos del Complejo, abriéndose camino a través de rejillas de seguridad y de sensores inutilizados con sus sonidos amortiguados por los aullidos de las sirenas.

En medio de todo, Caul sintió que su puesto se estremecía mientras el Gusano de Hélice atracaba. Un momento después, Wrasse entraba a través de la cámara de aire, con aspecto tenso y excitado, disparando preguntas acerca del tiempo de respuesta de la Tormenta Verde.

—Son rápidos —dijo uno de los muchachos.

—¡Estoy contento de que el Tío no me enviara a comprobarlo!

—Un cierto tipo de pájaros entrenados guardan la escalera de acceso. Ellos fueron los que hicieron saltar la alarma.

—Los tendremos en cuenta.

Caul tiraba y tiraba de la manga de la chaqueta de Wrasser hasta que el muchacho mayor se volvió, molesto.

—¡Se supone que deberías estar esperando a Tom! —le gritó Caul—. ¿Qué pasa si escapa? ¿Cómo podrá volver libre sin el Gusano de Hélice?

—Tu amiguito se lo ha buscado, amante de los secos —dijo Wrasse apartándolo de un empujón—. No te preocupes. Todo está saliendo como el Tío planeó.

* * *

Llaves en la cerradura, la sacudida de la puerta abierta de un puntapié. Los ruidos arrancaron a Hester del sueño. Se puso en pie y Sathya entró en la celda y la derribó de nuevo. Los soldados se apelotonaron allí, arrastrando una figura empapada y chorreante entre ellos. Hester no supo quién era, ni siquiera cuando Sathya le levantó la húmeda cabeza y le mostró aquella cara arañada y manchada de sangre; sin embargo, ella vio aquel abrigo largo de aviador y pensó: «Tom tiene un abrigo como ese», y aquello hizo que mirara de nuevo, aunque no fuera siquiera posible que se tratara de él.

—¿Tom? —susurró.

—¡No trates de parecer sorprendida! —gritó Sathya—. ¿Pretendes que me crea

que no lo esperabas? ¿Cómo se enteró de que estabas aquí? ¿Qué habías planeado? ¿Para quién trabajas?

—¡Para nadie! —respondió Hester—. ¡Para nadie! —Comenzó a llorar cuando los guardias obligaron a Tom a ponerse de rodillas junto a ella. Él había venido a rescatarla y ahora parecía tan atemorizado y tan herido; y lo peor de todo era que él no sabía lo que ella había hecho: había recorrido toda esa distancia para tratar de salvarla y ella no merecía ser salvada—. Tom —sollozó.

—¡Confié en ti! —gritó Sathya—. ¡Tú me atrapaste, lo mismo que hiciste con la pobre Anna, jugando a hacerte la inocente, haciéndome dudar de mí misma, y todo este tiempo tu cómplice bárbaro venía de camino hacia aquí! ¿Cuál era tu plan? ¿Hay una nave esperando? ¿Estaba Blinkoe compinchado contigo? Supongo que pretendes secuestrar a Popjoy y llevártelo a una de tus asquerosas ciudades para que *ellos* puedan tener sus stalkers, ¿a que sí?

—No, no, no; te has hecho un lío con todo —lloró Hester, pero no podía encontrar nada que pudiera decir para convencer a la muchacha de que la repentina aparición de Tom no formaba parte de ningún complot traccionista.

En cuanto a Tom, tenía demasiado frío y se encontraba verdaderamente sorprendido de escuchar todo lo que estaba sucediendo, pero oyó la voz de Hester, y levantó la vista y la vio en cuclillas junto a él. Había olvidado lo fea que era.

Sathya, entonces, lo agarró por el pelo y lo hizo agachar la cabeza de nuevo, bloqueándole el cuello con la mano. Oyó luego cómo desenvainaba la espada con una especie de resbaloso silbido, oyó el traqueteo y el borboteo de los conductos del techo, oyó a Hester decir:

—¡Tom!

Y cerró los ojos.

* * *

En las pantallas de los muchachos perdidos, la espada desenvainada se reprodujo como un resplandor en blanco. La voz de Sathya llegaba metálica por las radios de los cangrejos gritando cosas descabelladas sobre conspiraciones y traiciones.

—Haz algo —chilló Caul.

—Él es solo un seco —le recordó Skewer, y no de forma descortés esta vez—. ¡Déjalo!

—¡Tenemos que ayudarlo! ¡Morirá!

Wrasse apartó a Caul a un lado.

—¡Iba a morir de todos modos, tonto! —le gritó—. ¿Tú creíste que el Tío planeaba dejarlo marchar de verdad? ¿Con todo lo que ha visto? Incluso si consiguiera liberar a la chica, mis órdenes eran interrogarlos y matarlos. Tom está

supuestamente ahí para crear una distracción estratégica.

—¿Por qué? —gimió Caul—. ¿Solo para que puedas colocar unas cuantas cámaras más dentro? ¿Solo para que el Tío pueda ver lo que sucede en la Cámara de los Recuerdos?

Wrasse le dio un puñetazo, lanzándolo contra los paneles de control.

—El Tío ya ha resuelto hace meses lo que hay en la Cámara de los Recuerdos. Esas no son cámaras. Son bombas. Vamos a colocarlas en posición, darles a los secos unas cuantas horas para tranquilizarse de nuevo y luego explotarlo todo y entrar para llevar a cabo un verdadero y auténtico robo.

Caul miraba las pantallas sintiendo el sabor de la sangre que le brotaba de la nariz. Los otros muchachos se habían retirado de su proximidad, como si el preocuparse demasiado por los secos fuera algo que ellos pudieran coger, como si fuese una gripe. Comenzó a incorporarse y vio el bloque de botones rojos protegidos que había allí, cerca de su mano. Se quedó mirándolos por un momento. Nunca había visto antes controles como aquellos, pero podía sospechar para qué servían.

—¡No! —gritó alguien—. ¡Aún no!

En el instante antes de que lo cogieran, quitó las capuchas protectoras de tantos botones como le fue posible y golpeó con ambos puños sobre el panel tan fuerte como pudo.

Las pantallas se apagaron.

28

Desatad el viento

Algo lo golpeó en la espalda y lo lanzó hacia delante, con la cara contra el frío suelo, y le dio tiempo a pensar: «Así que es esto, estoy muerto». Pero no estaba muerto; podía sentir la humedad de la piedra contra su mejilla, y cuando se dio la vuelta, vio que una explosión había derribado el techo: una gran explosión, a juzgar por todos los escombros y el polvo, y él había esperado que se produjera algún ruido, pero no había oído nada, y todavía seguía sin poder oír nada, incluso aunque siguieran cayendo trozos considerables del tejado y del techo y la gente tratara de moverse con linternas y gritaran con sus bocas completamente abiertas; no, había tan solo un continuo quejido, un gimoteo y una especie de silbido, y un zumbido, un rumor que se movía por dentro de su cráneo y que cuando él estornudaba no hacía ningún ruido, sino que unos pequeños y calientes dedos se cerraron alrededor de su mano y tiraron de él, y miró hacia arriba y vio a Hester, blanca en el barrido y el llamear de una linterna que iluminaba como una estatua de ella misma, excepto que ella estaba pronunciando algo, tirando y tirando de él y señalando la puerta de salida, y él se revolvió y se liberó de la cosa que había caído sobre él, que resultó ser Sathya, y se preguntó si estaba malherida y si debería intentar ayudarla, pero Hester lo empujaba hacia la puerta, dando traspiés entre los cuerpos de los hombres que estaban claramente muertos, encorvándose ante los restos de los conductos de calefacción que estaban totalmente retorcidos y abiertos y humeando, como si hubieran explotado desde el interior, y cuando miró hacia atrás, alguien le disparó y vio la luz del fogonazo y sintió la bala que le pasaba rozando la oreja, pero tampoco pudo oír aquello.

Y luego se precipitaron escaleras abajo a toda velocidad, atravesando otras puertas, cerrándolas de golpe silenciosamente tras ellos. Se detuvieron para recuperar el aliento, se doblaron sobre sí mismos, tosiendo, y él trató de encontrar algún sentido a lo que había sucedido. La explosión, el conducto de la calefacción…

—¡Tom! —Hester se inclinaba junto a él, pero su voz sonaba lejana, borrosa y temblorosa, como si estuviera gritando debajo del agua.

—¿Qué?

—¡Nave! —gritó ella—. ¿Dónde está tu nave? ¿Cómo llegaste aquí?

—Submarino —le dijo—. Pero supongo que se ha ido.

—¿Qué? —Ella estaba tan sorda como él.

—¡Ido!

—¿Qué? —Las linternas destellaban a través del polvo y del humo en el extremo del pasillo—. ¡Tomaremos la Jenny! —gritó ella, y comenzó a empujar a Tom hacia

otra escalera. Estaba oscura, como el pasillo, y llena de humo, y él empezó a darse cuenta de que habían ocurrido otras explosiones, no solo la de la celda. En algunos corredores las luces aún seguían titilando, pero en la mayoría, la corriente se había ido. Grupos de atemorizados y perplejos soldados corrían tras sus linternas. Era muy fácil para Tom y Hester verlos venir y esconderse, metiéndose por accesos profundos o hundiéndose en galerías laterales llenas de escombros. Poco a poco, la capacidad de audición de Tom fue recuperándose y el silbido de sus oídos dio paso a los bocinazos de las alarmas. Hester lo empujó hacia la boca de una escalera mientras más gente pasaba disparada; aviadores, esta vez—. No sé ni siquiera dónde estamos —masculló ella cuando hubieron avanzado—. Es muy diferente en la oscuridad. —Miró hacia Tom, con su cara pintada de blanco y de negro por el polvo. Sonrió—. ¿Cómo conseguiste provocar esa explosión?

* * *

Había sido la decisión más dura en la vida de Wrasse. Por un momento, casi lo perdió, allí abajo en el Espíritu de la Pulga, mirando lleno de pánico las pantallas apagadas. ¡Todos los planes del Tío arruinados! ¡Todo lo que había estado preparando, se había ido a pique! ¡Los cangrejos que habían explotado delante de la mayoría de ellos se hallaban incluso en posición!

—¿Qué hacemos, Wrasse? —le preguntó uno de sus chicos.

Solo dos cosas podían ellos hacer: irse a casa y dejar que el Tío los despellejase vivos por volver con las manos vacías o lanzarse a por todas.

—Vamos a por ello —decidió, y sintió que las fuerzas volvían a su cuerpo mientras los otros empezaban a correr en busca de armas de fuego y redes y artilugios, sujetando linternas a sus cabezas, arrastrando a Caul del paso—. Skewer, Baitball; vosotros, los de las cámaras, quedaos aquí. ¡El resto, que se venga conmigo!

Y así, mientras la Tormenta Verde seguía presa del pánico y se hacía mil preguntas y discutía y trataba de combatir los fuegos que los cangrejos habían iniciado, mientras las columnas de luz de los reflectores aguijoneaban el cielo y las baterías de cohetes disparaban salvas ante unos atacantes imaginarios, una elegante lapa de diseño se desprendía del puesto de escucha y se dirigía navegando hacia el espigón. Los muchachos perdidos salieron como una piña, corriendo a toda velocidad y en total silencio hasta las mismas escaleras que Tom había tomado para subir una hora antes.

Cerca de la plataforma superior, un pájaro stalker los encontró, y uno de los muchachos se precipitó sobre el pasamanos gritando y cayó al oleaje. Otro fue herido por un arma de fuego desde un emplazamiento situado sobre los acantilados y Wrasse tuvo que rematarlo, porque las órdenes del Tío eran no dejar a nadie atrás para que

los secos no pudieran interrogarlo. Poco después, estaban ya ante la puerta, y la atravesaron siguiendo sus esquemáticos planos hacia la Cámara de los Recuerdos, dejando muchachos detrás en esta encrucijada para cubrir la ruta de escape. Soldados de la Tormenta Verde invadidos por el pánico equivocaban su camino a través del humo y los muchachos perdidos los mataban, porque eso figuraba también en las órdenes del Tío: no dejar testigos.

Los guardias de la Cámara de los Recuerdos habían huido. Las innumerables cerraduras desalentaron a Wrasse, pero solo por unos momentos. La corriente se había cortado, y cuando tiró de la puerta, esta se abrió dulcemente. Las linternas de los muchachos perdidos iluminaron un puente que se extendía hasta una plataforma central donde alguien daba grandes zancadas como un animal enjaulado. Una reluciente máscara de bronce lanzó de repente sus reflejos hacia la luz.

Todos dieron un paso atrás, todos. Solo Wrasse había recibido alguna idea de lo que ellos habían sido enviados a robar, y de hecho nunca lo había visto por sí mismo. El Tío le había prevenido de que no se enfrentase a la cosa directamente: «Píllala por sorpresa —decían sus órdenes— desde arriba o por detrás; lánzale encima las redes y los ganchos antes de que se dé cuenta de lo que pasa». Pero no quedaba tiempo para eso ya, e incluso si lo hubiera habido, Wrasse no estaba seguro de que hubiera funcionado. ¡*Tan fuerte* parecía! Por primera vez en toda su vida, empezó a preguntarse si era cierto que el Tío lo sabía todo.

Ocultó su miedo tanto como pudo.

—Eso es —dijo—. Eso es lo que el Tío quiere. Vamos a echarle mano.

Los muchachos perdidos levantaron sus fusiles, sus espadas, las sogas y cadenas y los rezones y las pesadas redes lanzaderas con que el Tío les había equipado y comenzaron a atravesar el puente.

Y la stalker flexionó sus manos y se adelantó a recibirlos.

* * *

Los disparos reventaban el aire y asonaban por doquier, aunque era difícil decir de dónde procedían, con todos los ecos completamente mezclados y rebotando a lo largo de los inmensos corredores. Tom y Hester seguían corriendo, siguiendo el vago mapa mental de la base aérea que tenía Hester. Empezaron a dejar atrás cuerpos: las tropas de élite de la Tormenta Verde en un montón de cadáveres; luego, un joven vestido con ropas oscuras desiguales y un cabello rubio crespo bajo su negro gorro de lana. Por un breve instante, Tom pensó que era Caul, pero este muchacho era mayor en edad y más corpulento: uno de la banda de Wrasse.

—Los muchachos perdidos están aquí —dijo.

—¿Quiénes son? —preguntó Hester. Tom no contestó, demasiado ocupado

tratando de enterarse de lo que estaba sucediendo y de la parte que a él le había correspondido en todo aquello. Antes de que ella pudiera preguntar de nuevo, una tempestad de ruido los interrumpió, resonando en algún lugar cercano: disparos de armas de fuego, concentrados al principio, más espaciados después, para convertirse en irregulares y desesperados y silenciados por gritos. Luego, un último grito ahogado, y el silencio.

Incluso las sirenas habían parado.

—¿Qué ha sido todo *eso*? —preguntó Tom.

—¿Y cómo puedo saberlo yo? —Hester tomó la linterna del muchacho perdido muerto y comenzó a bajar por otro hueco de escalera, arrastrando a Tom tras ella—. Salgamos de aquí…

Tom la siguió de buena gana. Le encantaba el tacto de su mano agarrando la suya, guiándolo. Se preguntaba si se lo debería confesar y si este era el momento de disculparse por lo que había sucedido allá en Anchorage; pero antes de que pudiera decir nada, habían llegado al fondo de las escaleras y Hester se detuvo, respirando con fuerza, haciéndole señas de que se estuviera quieto y callado.

Se encontraban en una especie de antecámara en la que se veía una puerta circular de metal completamente abierta.

—¡Oh dioses y diosas! —dijo Hester suavemente.

—¿Qué?

—¡La energía, la potencia! ¡Las cerraduras fallaron! ¡La barrera eléctrica! ¡Se ha escapado!

—¿Pero *qué*?

Ella respiró profundamente y se arrastró hacia la puerta.

—¡Vamos! —le dijo a Tom—. Hay un camino que atraviesa hasta el hangar…

Cruzaron la puerta juntos. Justo encima de sus cabezas aún persistía una espesa nube de humo de pólvora llenándolo todo, como si fuera un toldo blanco. Las sombras estaban llenas del goteo del líquido que caía. Hester recorrió con la luz de su linterna todo el puente, barriendo con el haz todos los charcos y manchas de sangre, dibujos de huellas de pasos ensangrentadas como el diagrama de alguna danza sangrienta y gotas rojas que caían del tejado curvado de encima de sus cabezas. Aquellas cosas estaban en el puente. Al principio, parecían fardos de ropa vieja, hasta que uno se acercaba más y empezaba a distinguir manos, caras… Tom reconoció alguno de aquellos rostros del puesto de escucha. ¿Pero para qué habían venido aquí? ¿Qué les había sucedido? Empezó a temblar de forma incontrolada.

—Está bien —dijo Hester enfocando la linterna hacia la plataforma central: vacía, excepto por la túnica gris empapada de sangre abandonada como el desecho de una crisálida en el mismo centro de la estancia. La stalker se había ido. Sin duda, a la caza de nuevas víctimas en el laberinto de habitaciones y corredores del piso superior. Hester tomó de nuevo a Tom por la mano, guiándolo rápidamente alrededor del extremo exterior de la cámara a la puerta que ella había atravesado tantas veces con

Sathya y los demás, en los buenos días de la stalker. En las escaleras del fondo, el aire gemía suavemente, como las voces de los fantasmas—. Esto lleva al hangar donde se guarda la Jenny —le explicó ella, apresurándose más y más hacia abajo, con Tom detrás.

Llegaron al final de las escaleras; el pasadizo hizo una curva cerrada y se ensanchó de repente en el hangar. En el tembleque del haz de luz de Hester, Tom divisó la cubierta parcheada de rojo de la Jenny Haniver suspendida sobre sus cabezas. Hester descubrió un panel de controles en la pared y tiró de una de las palancas. Una serie de poleas comenzaron a quejarse mientras volvían a la vida en algún lugar por allá arriba en el techo oscuro y copos de herrumbre empezaban a llover a medida en que las ruedas giraban y se tensaban los gruesos cabos, dejando abiertas las enormes antepuertas de la boca del hangar. El amplio espacio que se abría revelaba una estrecha pista de aterrizaje que se prolongaba hasta el acantilado exterior, y niebla, mucha niebla alrededor de la Percha, un denso y blanco paisaje de ensueño compuesto de colinas y franjas montañosas y nubes que velaban el mar. Por encima, el cielo estaba claro y el resplandor de las estrellas y de los satélites antiguos llegaba hasta el hangar, descubriendo la Jenny Haniver en su parrilla de atraque y también una fila de sangrientas huellas en el suelo de cemento.

Entre las sombras de debajo de las aspas del timón de la Jenny se alzaba una figura alta que bloqueaba el camino de vuelta hacia la puerta. Dos ojos verdes se veían en la oscuridad, como luciérnagas.

—¡Oh, Quirke! —chilló Tom—. ¿Es eso…? ¿No es un…? ¿No?

—Es la señorita Fang —dijo Hester—. Pero no es ella misma.

La stalker caminó hacia delante hasta situarse en la línea de luz que dejaban pasar las antepuertas. Pálidos reflejos destellaban de sus miembros de acero, de su torso acorazado, de la máscara de bronce de su rostro, haciendo relucir pequeñas huellas y cicatrices que las inútiles balas de los muchachos perdidos le habían hecho. La sangre de ellos aún goteaba de las garras de la stalker y le cubría las manos y los antebrazos como si fuera un par de guantes rojos.

La stalker había disfrutado de la masacre en la Cámara de los Recuerdos, pero cuando el último de los muchachos perdidos hubo muerto, ya no supo que hacer a continuación. El olor a pólvora y los sonidos apagados de la batalla sonando por los pasillos de abajo despertaron sus instintos de stalker, pero contempló la puerta abierta con precaución, recordando las barreras eléctricas que habían saltado la última vez que había tratado de salir. Al final eligió la otra puerta, movida por sentimientos que no entendía, hacia abajo, en dirección al hangar y a la vieja nave roja que esperaba allí. Había estado dando vueltas a la Jenny en la oscuridad, pasando sus dedos de metal por la rugosidad de la superficie de la góndola, cuando Hester y Tom habían irrumpido allí. Sus garras salieron de sus fundas de nuevo y la feroz ansia de matar crepitó a lo largo de sus venas eléctricas como una subida de tensión.

Tom se volvió, pensando en echar a correr hacia el pasillo de despegue, pero

chocó contra Hester, que se resbaló en el suelo ensangrentado y cayó con fuerza. Él se agachó para ayudarla y, de repente, la stalker se hallaba ya ante ellos.

—¿Señorita Fang? —musitó Tom, mirando hacia aquella cara extraña y familiar.

La stalker lo miraba agachada sobre la muchacha en el cemento manchado de sangre, y un pequeño e insignificante destello de recuerdo palpitó de repente en la maquinaria de su cerebro, cosquilleante y confuso. Dudó un instante, con las garras agitándose temblorosas y expectantes. ¿Dónde había visto a este muchacho antes? No estaba entre los retratos de las paredes de su cámara, pero le conocía. Se acordaba de haber estado caída en la nieve y él con su rostro mirando hacia ella. Detrás de la máscara, sus labios muertos formaron un nombre:

—¿Tom Nitsworthy?

—Natsworthy —dijo Tom.

Aquel recuerdo extraño se revolvió de nuevo dentro del cráneo de la stalker. No sabía por qué este muchacho parecía tan familiar, solo que ella no quería que muriese. Dio un paso hacia atrás, luego otro. Las garras se escondieron en sus fundas.

—¡Anna!

La voz, un grito quebradizo, resonó alto en el tenebroso hangar, haciendo que los tres dirigieran sus miradas hacia la puerta. Sathya estaba allá, con un farol en una mano y su espada en la otra, su rostro y su cabello aún blancos de polvo de yeso, con la sangre cayéndole de la herida de su cabeza donde la metralla del conducto que había explotado le había alcanzado. Bajó el farol y caminó deprisa hacia su amada stalker.

—¡Oh, Anna! ¡He estado buscándote por todas partes! Tenía que haberme imaginado que estarías aquí, con la Jenny…

La stalker no se movió, solo giró su rostro metálico para mirar a Tom de nuevo. Sathya se detuvo de golpe, dándose cuenta por primera vez de la existencia de aquellas figuras acurrucadas a los pies de la stalker.

—¡Los has capturado, Anna! ¡Bien hecho! ¡Son enemigos, están aliados con los intrusos! ¡Fueron tus asesinos! ¡Mátalos!

—Todos los enemigos de la Tormenta Verde deben morir —estuvo de acuerdo la stalker.

—¡Eso es, Anna! —Sathya la azuzaba—. ¡Mátalos ya! ¡Mátalos como mataste a esos otros!

La stalker dirigió la cabeza hacia un lado. La luz verde de sus ojos recorrió el rostro de Tom.

—¡Entonces lo haré yo! —gritaba Sathya, caminando hacia delante y levantando la espada. La stalker hizo un rápido movimiento. Tom chilló preso de terror y sintió que Hester se apretaba más a él. Unas garras de acero destellaron a la luz del farol y la espada de Sathya cayó ruidosamente al suelo, con su mano aún asida a la empuñadura.

—No —dijo la stalker.

Durante unos breves instantes hubo silencio, mientras Sathya se quedaba mirando fijamente la sangre que salía a chorros increíbles del muñón de su brazo, y se derramaba sobre sus rodillas, hasta que terminó desplomándose con la cara hacia el suelo.

Tom y Hester miraban, sin hablar, casi sin respirar, acurrucados, tan quietos y pequeños como podían, como si con su inmovilidad la stalker se olvidaría de ellos. Pero se volvió deslizándose de nuevo hacia ellos y elevó sus chorreantes garras otra vez.

—¡Marchad! —susurró, señalando hacia la Jenny Haniver—. Marchaos y no volváis a cruzar el camino de la Tormenta Verde nunca más.

Tom solo acertaba a mirar, acurrucado contra Hester, demasiado atemorizado para moverse, pero Hester le tomó la palabra a la stalker y se puso en pie y retrocedió, llevándose al muchacho con ella, haciendo que se moviera deprisa hacia la nave.

—¡Vamos, por todos los dioses! ¡Ya oíste lo que dijo!

—Gracias —se las arregló Tom a decir, recordando su buena educación, mientras bordeaban la figura de la stalker y ascendían a la plancha de la Jenny. El interior de la góndola olía frío y extraño después de tanto tiempo en tierra, pero cuando Hester encendió los motores, respondieron chisporroteando y volviendo a la vida con su viejo y familiar estremecimiento y su estruendo llenó de repente todo el hangar. Tom se acomodó en el asiento del piloto tratando de no mirar hacia fuera a aquella cosa que seguía observándolo, con su armadura destellando reflejos de las luces verdes y rojas de la nave.

—¿De veras nos va a dejar marchar? —preguntó Tom, con los dientes castañeteando y temblando tan violentamente que apenas si podía asir los controles —. ¿Por qué? ¿Por qué no nos mata como a los otros?

Hester hizo un gesto negativo con la cabeza, manejando interruptores, calentadores. Se estaba acordando de Shrike y de las extrañas emociones que le habían movido a coleccionar autómatas rotos o rescatar a una niña desfigurada y moribunda. Pero todo lo que pudo decir fue:

—Es un *ello*, no *ella*, y no podemos saber qué es lo que piensa. Vámonos antes de que cambie de idea.

Las abrazaderas se soltaron, los tanques giraron a la posición de despegue y la Jenny se elevó titubeante desde su parrilla y enfiló el espacio hacia la noche, rozando un aspa en la pared del hangar mientras subía. La stalker salió hasta la pista de despegue y miró cómo la vieja nave se alejaba limpiamente de la Percha de los Bribones y se adentraba en la niebla antes de que las baterías de cohetes de la Tormenta Verde decidieran si eran amigos o enemigos. Y, de nuevo, aquella extraña media memoria se coló como una mariposa en la mente de la stalker, el nacido una vez llamado Tom arrodillado sobre ella en la nieve y diciendo:

—¡Señorita Fang! ¡Eso no está bien! ¡Él esperó hasta que quedaste deslumbrada!

Por un instante, sintió una extraña satisfacción, como si hubiera devuelto un

favor.

* * *

—¿Hacia dónde? —preguntó Tom cuando la Percha de los Bribones quedaba ya a un kilómetro a sus espaldas en medio de la niebla y se sintió lo suficientemente calmado para hablar de nuevo.

—Hacia el noroeste —le respondió Hester—. A Anchorage. Tengo que volver allí. Ha sucedido algo terrible.

—¡Pennyroyal! —conjeturó Tom—. Ya lo sé. Lo descubrí antes de marcharme. No quedaba tiempo de contárselo a nadie. Tenías razón sobre lo que pensabas de él. Debí haberte escuchado.

—¿Pennyroyal? —Hester lo miraba como si él estuviese hablando una lengua que ella no entendía. Negó con la cabeza—. Arkangel les sigue la pista.

—¡Oh, gran Quirke! —musitó Tom—. ¿Estás segura? ¿Pero cómo ha podido enterarse Arkangel del rumbo de Anchorage?

Hester se limitó a tomar los controles y los fijó en dirección nornoroeste. Luego se volvió, con las manos a su espalda, agarrando el borde del panel de control tan fuertemente que se hacía daño. Y dijo:

—Te vi besar a Freya… Y yo… Yo…

Retazos de silencio se formaban entre sus palabras, como si fueran hielo. Quería decirle la verdad, de verdad que quería hacerlo, pero cuando miró a la pobre, arañada y atemorizada cara de él, pensó que no podría soportarlo.

—Het, lo siento —dijo él de repente.

—No importa —dijo ella—. Quiero decir, que yo también.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿De lo de Anchorage?

—No pueden continuar si solo hay un continente muerto delante de ellos y no pueden volverse si Arkangel está detrás.

—No lo sé —dijo Hester—. Vayamos allá primero. Luego pensaremos en algo.

—¿Pero qué? —empezó a preguntar Tom. Pero no terminó, porque Hester había tomado el rostro de él entre sus manos y se afanaba en llenarlo de besos.

* * *

El sonido de los motores de la Jenny Haniver se fue debilitando más y más, hasta que ni siquiera los oídos de la stalker pudieron distinguirlo. El recuerdo que la había

hecho perdonar la vida a Tom y a Hester se desvanecía también, esfumándose como un sueño. Ajustó sus ojos a la posición de visión nocturna y regresó al hangar. La mano amputada de Sathya se enfriaba rápidamente, pero su cuerpo aún mostraba un confuso rastro de calor. La stalker caminó hasta donde estaba caída, la levantó por el pelo y la sacudió hasta que despertó y empezó a gimotear.

—Vas a preparar naves y armas. Vamos a abandonar el Complejo.

Sathya quiso decirle algo, con los ojos casi salidos de las órbitas a causa del dolor y del miedo. ¿Había estado la stalker esperando esta ocasión durante todo el tiempo mientras ella la mantenía encerrada en la Cámara de los Recuerdos, enseñándole fotografías y haciendo sonar la música favorita de la pobre Anna? Pero, naturalmente, ¡para eso había sido construida! ¿No le había dicho ella a Popjoy que consiguiese que Anna recuperara la capacidad de comandar la Liga?

—Sí, Anna —sollozó—. ¡Por supuesto, Anna!

—Yo no soy Anna —dijo la stalker—. Yo soy la Stalker Fang, y ya estoy harta de esconderme aquí.

Otros nacidos una vez se acercaban ahora al hangar: soldados y científicos y aviadores aturdidos y sin líderes en los momentos confusos de después del final de la batalla contra los misteriosos intrusos. El doctor Popjoy se encontraba con ellos, y cuando la stalker volvió la cabeza para mirarlos, ellos lo empujaron rápidamente hacia el frente. Arrastrando a Sathya como si fuera una muñeca rota, la stalker se le acercó lo suficientemente cerca como para oler el sudor salado que salía de sus poros y oír el ritmo frenético de su atemorizada respiración.

—Tú me obedecerás —le dijo—. Tus prototipos deben ser estimulados enseguida, doctor. Regresaremos a Shan Guo, recogeremos nuestras fuerzas de las otras bases de la Tormenta Verde a medida que avancemos en nuestro camino. Los elementos de la Liga antitracción que se nos resistan serán liquidados. Debemos tomar el control de los campos de aterrizaje, campos de instrucción, fábricas de armas. Y después, desataremos una tormenta que va a dejar la Tierra limpia de ciudades-tracción para siempre.

Tercera parte

29

La grúa

Quiero contarte una pequeña historia —dijo la voz—. ¿Estás cómodo ahí colgado? ¿Sí? Entonces comenzaré. Caul abrió los ojos. Mejor dicho, abrió un solo ojo, porque el otro estaba completamente hinchado y cerrado y con una buena magulladura. ¡Menuda paliza le habían propinado los supervivientes de la banda del pobre Wrasse, mientras el Gusano de Hélice lo llevaba, en desgracia, de regreso a casa desde la Percha de los Bribones! Cuando la inconsciencia lo llamó finalmente, él la había confundido con la muerte y la había recibido de buen grado —una especie de bienvenida— y su último pensamiento había sido que estaba orgulloso de haber ayudado a Tom y a Hester a escapar. Luego despertó, ya en Grimsby, y los golpes comenzaron de nuevo y muy pronto ya no volvió a sentirse orgulloso de nada. No podía creer lo estúpido que había sido lanzando su vida por la borda para salvar a un par de secos. El Tío se reservaba un castigo especial destinado a los muchachos que verdaderamente lo decepcionaban. Arrastraron a Caul al *talego* de la lapa, le pusieron una soga alrededor del cuello, unieron el otro extremo a la grúa de amarre del Gusano de Hélice y lo fueron izando para estrangularlo lentamente. A lo largo de todo el turno de día, mientras permaneció balanceándose colgado allí, buscando respirar con dificultad, los muchachos perdidos estuvieron todo el tiempo burlándose de él, gritándole, acribillándole con insultos y lanzándole restos de comida y basura. Y cuando el turno de noche comenzó y todo el mundo regresó a sus dormitorios, comenzó a oírse la voz. Era tan lejana y débil y susurrante que Caul pensó al principio que se la estaba imaginando, pero era suficientemente real. Era la voz del Tío, que venía suavemente del gran altavoz situado cerca de su cabeza.

—¿Aún despierto, Caul? ¿Todavía vivo? El joven Sonar duró casi una semana colgado así. ¿Recuerdas? —Caul aspiró aire a través de sus labios cortados e hinchados, por los espacios donde sus dientes delanteros habían estado. Por encima de él, la cuerda crepitaba, retorciéndose lentamente, de forma que la especie de corral en que se encontraba parecía que giraba sin fin a su alrededor, con los sombríos focos y las silenciosas lapas, las figuras pintadas mirando hacia abajo desde el techo. Podía oír la voz del Tío, respirando acompasada, que le llegaba desde el altavoz—. Cuando yo era joven —decía el Tío— y yo era entonces un joven tan joven como tú (aunque al contrario que tú, yo me hice mayor), viví a bordo de Arkangel. Stilton Kael, ese era mi nombre. Los Kael eran una buena familia. Llevaban almacenes, hoteles, salvamentos, la franquicia del seguimiento de pistas y rastros. Para cuando tuve dieciocho años, me encontré al frente del patio de salvamentos y rescates de la

familia. No es que fuera este un negocio que yo viera como mi destino, ya me entiendes. Lo que yo más ansiaba era ser poeta, un escritor de grandes epopeyas, alguien cuyo nombre viviera para siempre, como el antiguo *comosellame*, ya sabes, Fulano, aquel griego ciego… Lo curioso es que todos aquellos sueños juveniles se reducen luego a nada. Pero tú ya debes saber algo de eso, joven Caul —Caul se balanceaba y trataba de respirar, con las manos atadas a su espalda y la cuerda mordiéndole el cuello. A veces se desvanecía, pero, cuando volvía en sí, la voz aún seguía allí, susurrando su insistente historia en sus oídos—. Los esclavos eran los que mantenían en funcionamiento la planta de rescate. Yo estaba a cargo de bandas enteras de ellos. El poder de la vida o de la muerte, eso tenía yo. Y entonces llegó alguien, una muchacha, que me sacó de quicio. Bella, eso es lo que era. Un poeta se da cuenta de esas cosas. El pelo como una cascada de tinta china. La piel del color de la luz de una lámpara. Los ojos como la noche del Ártico: negros pero llenos de luces y misterios. ¿Captas la imagen, Caul? Naturalmente que te estoy contando todo esto porque pronto te vas a convertir en comida para los peces. No quisiera que mis muchachos perdidos pensaran que yo había sido alguna vez lo suficientemente blando como para enamorarme. La blandura y el amor no funcionan en un muchacho perdido, Caul —Caul pensó en Freya Rasmussen y se preguntó qué sería de ella y qué tal le iría su viaje a América. Por un momento la vio tan cercana y clara que casi pudo sentir su calor, pero la voz del Tío seguía susurrante, haciéndole pedazos el sueño—. Anna era el nombre de esta esclava. Anna Fang. Era un nombre que tenía una cierta atracción para un poeta. La mantuve lejos del trabajo duro y peligroso y procuré que tuviera buena comida y buenas ropas. Yo la amaba y ella me dijo que me amaba. Planeé liberarla y casarme con ella y no preocuparme de lo que mi familia pudiera decir al respecto. Pero resultó que mi Anna me había estado tomando el pelo todo el tiempo. Mientras yo estuve pensando en las musarañas respecto a ella, la muchacha estuvo birlándome de contrabando objetos por todo mi patio de salvamentos, montando por su cuenta una vieja cubierta de aeronave por aquí, un par de tanques de motor por allá, consiguiendo trabajadores que pudieran ensamblarlo todo a una góndola con el pretexto de que yo lo había ordenado, vendiendo los regalos que yo le hacía para comprar combustible y gas elevador. Y un día, mientras yo aún me encontraba tratando de encontrar algo que rimase con Fang y una palabra que describiera precisamente el color de sus orejas, vinieron a decirme que se había ido. Que se había construido una aeronave con todas las piezas que había robado, ya ves. Y ese fue el final de mi vida en Arkangel. Mi familia me repudió; el *direktor* me mandó arrestar por ayudar a una esclava a escapar y se me desterró al hielo con nada: nada —Caul tomaba pequeños sorbos de aire, pero nunca lo suficiente como para llenar sus pulmones—. Oh, aquello fue un asunto como para formar el carácter de cualquiera, Caul. Me uní a una banda de basureros nievómadas que traían objetos de salvamento de las ruinas de Grimsby. Los maté uno por uno. Les trinqué el submarino. Me bajé para aquí. Empecé a construir un lugar de robos haciéndome con

unas cuantas baratijas sin importancia para sustituir las cosas que había perdido. También me llevaba información, porque había jurado ya para entonces que nadie volvería a guardar un solo secreto ante mí. Así que, en cierta forma, podrías decir que ella hizo de mí el hombre que soy hoy, aquella bruja de Anna Fang.

El nombre, repetido y repetido, encontró su camino por entre los remolinos de luces de colores que explotaban en la cabeza de Caul.

—Fang —trataba él de decir.

—Exactamente —susurró el Tío—. Ya averigüé lo que estaba sucediendo en la Percha de los Bribones un tiempo atrás. Todos aquellos cuadros y escenas que allí aparecían y la forma en que se aplicaron en encontrar la Jenny Haniver. O están montando un Museo Anna Fang, me dije a mí mismo, o la han hecho regresar.

Caul recordaba el puesto de escucha y el violento y confuso periodo subsiguiente al asalto. Unas cuantas cámaras habían quedado aún funcionando y mientras los operadores buscaban desesperadamente alguna pista del grupo que había salido a robar, habían captado imágenes sueltas de la stalker Fang y recogido el sonido de su terrible voz de muerta que susurraba palabras de guerra.

—Por eso puse tanto esfuerzo en el trabajo de la Percha de los Bribones —dijo el Tío—. ¡Imagínatelo! Poder recuperar a la mismísima persona que había producido mi caída todos aquellos años atrás. ¡Mi carrera volviendo a sus comienzos, como una serpiente que se come la cola! ¡Justicia poética! ¡Me iba a traer a aquella *stalkerette* hasta aquí y reprogramarla y ponerla a trabajar de esclava para mí otra vez, tiempo y tiempo, sin ningún descanso, hasta que el sol se acabase y el mundo se congelase!

»Y eso es lo que hubiera hecho. Si tú no hubieras reventado los cangrejos bomba cuando lo hiciste y Wrasse no hubiera tenido que llevarse allí a sus muchachos demasiado pronto. Todo habría funcionado. Pero tú lo estropeaste, Caul. Tú fuiste y lo arruinaste todo.

—Por favor… —pudo decir Caul, recogiendo el suficiente aliento con un gran esfuerzo y dándole cuidadosamente forma de palabra—. Por favor…

—¿Por favor, qué? —le dijo con sorna el Tío—. ¿Que te deje vivir? ¿Que te deje morir? No después de lo que hiciste, Caul, mi chico. Los muchachos tienen que tener a alguien a quien echarle la culpa de lo que le sucedió a Wrasse, y que me condene si ese voy a ser yo. Así que seguirás ahí colgado hasta que estires la pata, y luego seguirás colgado ahí hasta que el olor se haga tan malo incluso como para que los muchachos perdidos lo puedan soportar, y luego tiraremos de la cadena de la cisterna. Solo para recordar a todo el mundo que *el Tío lo sabe todo*.

Un prolongado suspiro, un movimiento de dedos contra el micro, luego aquel sonido como de globo sacudido del micrófono al cerrarse, e incluso el silbido de fondo del sonido estático desapareció. La soga chirrió, la habitación giró, el mar presionó en las paredes y ventanas de Grimsby buscando lugares para entrar. Caul fue arrastrado a la oscuridad, se despertó, fue arrastrado otra vez.

En lo alto de su cámara, el Tío observaba el rostro del muchacho moribundo en

una media docena de pantallas, primer plano, plano corto, plano largo. Reprimió un bostezo y se marchó. Incluso los ojos que todo lo ven tienen que dormir a veces, aunque a él no le gustaba que ni siquiera lo supiera el más fiel de los muchachos.

—Mantén bien la vigilancia, Gargle —le dijo a su joven ayudante, y subió las escaleras que conducían a su dormitorio. La cama estaba casi oculta ya tras montones de papeles, de carpetas y archivos y libros y documentos metidos en contenedores de hojalata. El Tío se acurrucó bajo la sobrecama (bordada en oro y robada al margrave de Kodz) y se quedó rápidamente dormido.

En sus sueños, que siempre eran los mismos, volvía a ser joven; exiliado y sin dinero y con el corazón destrozado.

* * *

Cuando Caul volvió nuevamente en sí, todavía era de noche y la soga que había estado estrangulándole había empezado a tensarse y a retorcerse. Luchó por buscar aire, haciendo unos horribles ruidos como de una especie de estertor húmedo, y alguien por encima de él siseó:

—¡Quédate quieto!

Abrió su ojo bueno y miró hacia arriba. En las sombras de encima de su cabeza brilló un cuchillo, cortando los gruesos y embreados ramales de la soga.

—¡Eh! —Trató de decir.

El último ramal se rompió. Cayó a través de la oscuridad, aterrizó sobre el duro casco del Gusano de Hélice y se quedó tendido allí abriendo mucho la boca para poder respirar, acompañado de grandes e impotentes ruidos convulsos. Sintió que alguien cortaba las cuerdas de sus muñecas. Unas manos encontraron sus hombros y le dieron la vuelta. Gargle lo estaba mirando.

Caul trató de hablar, pero su cuerpo estaba demasiado ocupado intentando respirar como para preocuparse de las palabras.

—Vamos, cálmate —Gargle le dijo suavemente—. Tienes que irte.

—¿Irme? —dijo Caul con voz cavernosa—. ¡Pero el Tío lo verá!

Gargle negó con la cabeza.

—El Tío está durmiendo.

—¡El Tío nunca duerme!

—Eso es lo que piensas. De todas formas, todas las cámaras cangrejo que te estaban observando se han estropeado. Yo lo preparé.

—Pero cuando se entere de lo que has hecho…

—No lo hará. —La sonrisa de Gargle brilló muy blanca—. Escondí los trozos de cangrejo que rompí en la litera de Skewer. El Tío pensará que Skewer lo hizo.

—¡Skewer me odia! ¡El Tío lo sabe!

—No, no lo sabe. Yo le he estado contando lo bien que vosotros dos os llevasteis a bordo del Gusano de Hélice. Cómo Skew solo tomó el mando porque estaba preocupado por ti. Cómo él haría *cualquier cosa* por ti. El Tío piensa que tú y Skew sois uña y carne como ladrones.

—¡Dioses! —dijo Caul con voz ronca, sorprendido ante la astucia del chaval y asustado ante el pensamiento de lo que le iba a suceder a Skewer.

—Yo no podía permitir que el Tío te matara —dijo Gargle—. Fuiste bueno conmigo a bordo de Anchorage. Y ahí es adonde perteneces, Caul. Toma el Gusano de Hélice y regresa a Anchorage.

Caul se frotó la garganta. Todos sus años de aprendizaje y preparación le gritaban que robar una lapa era el pecado más terrible que un muchacho perdido podía cometer. Por otro lado, se sentía muy bien por estar vivo, y cada aliento de respiración que conseguía introducir en sus famélicos pulmones le hacía más firme en su determinación de seguir así.

—¿Por qué Anchorage? —le preguntó—. Ya oíste hablar a Tom y a Pennyroyal. Anchorage está condenado. Y yo no seré bienvenido allí de todas formas. No un ladrón como yo.

—Ellos te recibirán bien. Cuando se den cuenta de lo mucho que te necesitan, se olvidarán de que una vez les robaste. Vas a necesitar esto. —Gargle le puso algo en la mano: un delgado y largo tubo de metal—. No hay tiempo de hablar, Caul —le dijo —. Tú no perteneces realmente a este lugar. Y ahora entra en esa lapa y desaparece.

—¿No vienes tú conmigo?

—¿Yo? Pues claro que no. Yo soy un muchacho perdido. Me voy a quedar aquí y me haré útil para el Tío. Él es ya un anciano, Caul. Su vista y su oído se están yendo. Va a necesitar a alguien en el que poder confiar para que le lleve sus cámaras y sus archivos. Dame unos cuantos años y me convertiré en su mano derecha. Unos pocos más y quién sabe. Puede que yo mismo sea quien dirija Grimsby.

—Eso estaría muy bien, Gargle —dijo Caul riendo doloridamente—. Me encantaría verte a cargo de Grimsby. Y acabar con todas estas intimidaciones.

—¿Acabar con ellas? —Gargle tenía una sonrisa que Caul no había visto antes, una fría y afilada sonrisa que no le gustaba nada en absoluto—. ¡Ni por asomo! ¡Voy a ser el matón más grande de todos! Eso es lo que me ha hecho seguir en la brecha. Caul: todo el tiempo, Skewer y los demás me han estado dando palizas en el Ladronarium. Y he estado pensando en lo que yo los haría a ellos cuando llegara mi turno.

Caul se le quedó mirando un momento más prolongado, medio inclinado a creer que esto no era más que otro sueño.

—Vete —le dijo Gargle de nuevo, y abrió la escotilla del Gusano de Hélice. Sueño o no, no había forma de discutir con él; había tal seguridad en su voz que Caul se sintió otra vez un novato al que un muchacho mayor y seguro de sí mismo le daba órdenes. Casi se le cayó la cosa que le había dado Gargle, pero Gargle la cogió en el

aire y se la entregó de nuevo—. ¡Vete y quédate allí, y buena suerte!

Caul la cogió y se dirigió débilmente hacia la escotilla, y luego entró y bajó por la escalera preguntándose cómo aquel abollado tubo de latón niquelado le podría ayudar.

30

Anchorage

Freya se despertó temprano y se quedó unos momentos en la oscuridad, sintiendo que su ciudad se estremecía debajo de ella mientras avanzaba a gran velocidad sobre la costra de hielo y los caballones de presión. Anchorage se encontraba ya bastante al oeste de Groenlandia, enfilando hacia el sur sobre hielo desconocido y las rocosas jorobas de las islas heladas. Varias veces, el señor Scabious había tenido que levantar la rueda del timón y dejar que las orugas arrastraran la ciudad sobre la roca cubierta de nieve y glaciares hendidos. Ahora, el hielo marino se extendía por delante de ellos de nuevo, avanzando sin grieta alguna que lo interrumpiera hacia el horizonte. La señorita Pye pensó que era la bahía de Hudson, la gran llanura de hielo que el profesor Pennyroyal decía que les llevaría hasta el corazón del Continente Muerto, casi hasta los bordes de los verdes lugares de los que había escrito. ¿Pero sería lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de Anchorage?

«Si el profesor Pennyroyal nos lo pudiera asegurar», pensaba Freya, sacudiéndose las mantas y dirigiéndose hacia la ventana. Pero Pennyroyal había hecho este camino a pie y las descripciones que se daban en su libro eran sorprendentemente vagas en realidad. La señorita Pye y el señor Scabious intentaron hacerle entrar en mayores detalles, pero él se puso malhumorado y grosero, y al cabo de un tiempo dejó de asistir definitivamente a las reuniones del Comité de Rumbo. De hecho, desde que Hester se marchara en la Jenny Haniver, el bueno del profesor se había estado comportando de una forma verdaderamente extraña.

Una ráfaga de aire frío dio en el rostro de Freya al separar las cortinas para mirar hacia el hielo exterior. ¡Qué extraño resultaba pensar que este era el extremo más lejano del mundo! Y más extraño aún recordar que pronto se encontrarían en el nuevo territorio de caza y las vistas desde las ventanas serían todas verdes: hierba y arbustos y árboles. La idea aún la atemorizaba un poco. ¿Regirían los Dioses del Hielo en tierras donde la nieve solo permanecía unos pocos meses al año? ¿O necesitaría Anchorage dioses nuevos?

Una cuña de luz tiñó de amarillo la nieve del exterior de la Casa del Timón cuando la puerta se abrió y alguien se deslizó sigilosamente fuera. Freya desempañó la ventana del vaho que su aliento había formado y acercó su rostro al cristal. No había duda en cuanto a la identidad de aquella silueta: una corpulenta figura con ropas climatizadas y un enorme turbante de piel, moviéndose con todo sigilo y con aire culpable por el Rasmussen Prospekt.

Incluso para los modelos de comportamiento últimos del profesor Pennyroyal,

esta era una forma de proceder extraña. Freya se vistió rápidamente, poniéndose las sencillas ropas de trabajo ribeteadas de piel que eran su vestimenta habitual en aquellos días, y se metió una linterna en el bolsillo. Salió silenciosamente del palacio sin preocuparse de despertar a Smew. No se veía a Pennyroyal por ninguna parte, pero sus profundas y vacilantes huellas abiertas en la nieve le mostraban el camino que había seguido.

Unos cuantos meses atrás, Freya no se hubiera atrevido a aventurarse fuera del recinto del palacio sola, pero había cambiado mucho durante el largo viaje rodeando la parte alta de Groenlandia. Al principio, el golpe de perder a Tom casi la había sumido en sus antiguas costumbres: permanecer en sus habitaciones, no ver a nadie, dando las órdenes a través de Scabious o de Smew. Pero pronto se había aburrido de estar encerrada en el Palacio de Invierno. Se moría por saber lo que sucedía fuera. Y de esa forma se atrevió a salir y se adentró en la vida de su ciudad de un modo que nunca había imaginado jamás. Se sentaba a charlar con trabajadores que tenían un rato libre y que comían sus almuerzos en los pabellones climatizados del borde de la ciudad superior, mientras veía alejarse el hielo. Aprendió de Windolene Pye a asearse sola y a lavarse los dientes y se había cortado el pelo bastante corto. Se unía a las patrullas que Scabious mandaba bajar a los soportes de los patines para comprobar que no había parásitos. Condujo máquinas de carga en el distrito de máquinas. Incluso había salido al hielo por delante de Anchorage con una sorprendida y bastante nerviosa patrulla de reconocimiento. Había tirado por la borda todas las tradiciones de la familia con un cierto sentimiento de alivio, como quien se libra de unas ropas viejas y que, encima, le sientan mal.

¡Y ahora se estaba colando a hurtadillas, en medio de la oscuridad, por el costado de estribor del Rasmussen Prospekt, para espiar a su propio navegante jefe!

Delante de ella, el chabacano turbante del profesor hizo un repentino borrón de color contra los sombríos edificios cubiertos de hielo mientras se deslizaba entre las verjas del puerto aéreo.

Freya corrió tras él, lanzándose de un espacio de sombra a otro, hasta que acabó por caer en el refugio de la cabina de la aduana nada más haber pasado las verjas de la entrada del puerto. Envuelta en la niebla de su propia respiración ardiente, miró a su alrededor pensando por unos momentos que había perdido a su presa entre aquellos brumosos hangares y plataformas portuarias. Pero no: ¡allí estaba! La mancha estridente de su turbante aparecía a la luz de una farola en el otro extremo del puerto; luego, parpadeó cuando él se metió entre las sombras de la entrada del almacén de Aakiuq.

Freya cruzó el puerto siguiendo las huellas del paso nervioso de los pies del explorador a través de la nieve. La puerta del almacén se quedó abierta. Ella se detuvo un instante, tratando nerviosamente de ver a través de la oscuridad de dentro y recordando a los muchachos parásitos que habían utilizado la oscuridad como un manto para esconderse y saquear la ciudad… Pero ya no había peligro. La linterna

que podía ver moviéndose por el extremo opuesto del almacén no pertenecía a ningún malévolo pirata del hielo, solo a un extraño explorador.

Podía oír su voz que refunfuñaba en el polvoriento silencio. ¿Con quién estaba hablando? ¿Consigo mismo? Windolene Pye le había dicho que él había vaciado la bodega del navegante jefe y ahora robaba licores en los restaurantes vacíos de Última Arcade. Posiblemente estuviera borracho, y deliraba. Se acercó un poco más, abriéndose paso entre montañas de viejas piezas de repuesto de innumerables motores.

—¡Pennyroyal llamando a quien sea! —decía su voz, baja pero con tono desesperado—. ¡Pennyroyal llamando a quien sea! ¡Entra, por favor! ¡Por favor!

Se hallaba agazapado en un espacio iluminado por la luz verde de los diales de un antiguo aparato de radio que, de una forma u otra, había conseguido hacer funcionar. Se había colocado los auriculares en las orejas y le temblaba ligeramente la mano al sujetar el micrófono.

—¿Hay alguien ahí fuera? ¡Por favor! ¡Te pagaré cualquier cosa que me pidas! ¡Solo sácame de esta ciudad de locos!

—Profesor Pennyroyal —dijo Freya en voz alta.

—¡Horror! ¡Clio! ¡Poskitt! ¡Diablos! —exclamó gritando el profesor. Se puso en pie de un salto y se produjo un traqueteo en cadena cuando el cable de sus auriculares arrastró toda una avalancha de viejos componentes de radio que cayeron a sus pies. La luz del dial se apagó y algunas válvulas estallaron en medio de una pequeña lluvia de chispas, como decepcionantes fuegos artificiales. Freya sacó su linterna y la encendió. Cogido en medio de aquel polvoriento haz de luz, el rostro de Pennyroyal tenía un aspecto pálido y sudoroso, con el miedo sustituido por una sonrisa tonta mientras fijaba la vista al otro lado de la luz y descubría a Freya—. ¿Su Fulgor?

Casi nadie se preocupaba por llamarla así en aquellos días. Incluso la señorita Pye y Smew la llamaban Freya. ¡Qué inalcanzable se había hecho el profesor!

—Me alegra ver que te mantienes ocupado, profesor —le dijo—. ¿Sabe el señor Aakiuq que estás curioseando por su almacén?

—¿Curioseando, Su Fulgor? —Pennyroyal parecía escandalizado—. ¡Un Pennyroyal nunca curiosea! No, no, no… Estaba únicamente… No quería molestar al señor Aakiuq…

La linterna de Freya titiló y ella recordó que, probablemente, ya no quedaban tantas pilas a bordo de Anchorage. Encontró un interruptor y encendió una de las lámparas de argón que colgaba de las mohosas vigas de encima de sus cabezas. Pennyroyal parpadeó en aquel repentino resplandor. Tenía un aspecto horrible: una piel pastosa, los ojos rojos, un vello de barba blanca como de tres días que desdibujaba los marcados rasgos de su barba…

—¿Con quién hablabas? —le preguntó.

—Con cualquiera. Con nadie.

—¿Y por qué quieres que te saquen de esta ciudad de locos? Pensé que venías

con nosotros. Creía que estabas deseando volver a tus verdes valles de América y al bello Código de Barras.

Ella nunca hubiera creído que él se pudiera poner aún más pálido, pero así fue.

—¡Ah! —dijo él—. ¡Hum!

A veces, durante las últimas semanas, un terrible pensamiento le había venido a Freya a la cabeza. La visitaba en momentos raros: cuando se encontraba en la ducha, o acostada en la cama despierta a las tres de la mañana, o cenando con la señorita Pye y el señor Scabious; y nunca se lo había contado a nadie, aunque estaba segura de que a ellos también se les había ocurrido. Normalmente, cuando sentía que se le metía en la cabeza, trataba de pensar en cualquier otra cosa, porque…, bueno, era una tontería, ¿no?

Solo que no era ninguna tontería. Era la pura verdad.

—Tú no conoces el camino hacia América, ¿verdad? —le preguntó, tratando de que no se le notara el tembloroso tono de su voz en aquellos instantes.

—Hum.

—Hemos recorrido todo este camino siguiendo tu consejo y tu libro y tú no sabes cómo encontrar tus verdes valles de nuevo. ¿O quizá es que no hay ninguno que encontrar? ¿Has *estado* alguna vez en América, profesor?

—¿Cómo se atreve? —Arrancó a decir Pennyroyal, y luego, al comprobar que ya no le quedaba más terreno para mentir, suspiró y sacudió la cabeza—. No, no, me lo inventé todo. —Hundió su rostro en una cubierta de proa vuelta del revés, en profunda depresión y derrotado—. Nunca fui a ninguna parte, Su Fulgor. Solo leí los libros de otras personas, y miré los grabados, y me lo inventé después todo. Escribí *América la bella* mientras estaba repantingado en la piscina de un hotel de la plataforma superior de París, en compañía de una deliciosa joven llamada Melocotones Zanzíbar. Me tomé el cuidado de establecer el argumento en algún lugar agradable y remoto, naturalmente. Nunca soñé que nadie quisiera *ir* allá.

—Y entonces, ¿por qué no admitiste que todo había sido una mentirijilla? —le preguntó Freya—. Cuando te nombré navegante jefe, ¿por qué no me dijiste que todo eran mentiras?

—¿Y dejar pasar la oportunidad de conseguir todo ese dinero y los lujosos alojamientos y la bodega del navegante jefe? Soy solo humano, Freya. Además, si volvíamos al territorio de caza, yo hubiera sido el hazmerreír de todos. ¡Hubiera quedado en ridículo! Simplemente, pensé que me marcharía con Hester y con Tom.

—¡Esa fue la razón de que te contrariaras tanto cuando Hester se llevó la Jenny Haniver!

—¡Exacto! ¡Ella cortó mi ruta de escape! No me quedaba forma de salir de esta ciudad y yo no podía admitir lo que había hecho porque me habríais matado.

—¡Yo no!

—Bueno, tu pueblo lo habría hecho. Así que he estado utilizando estas viejas radios tratando de llamar en busca de ayuda. Esperaba que hubiera algún mercader

aéreo perdido o alguna nave de exploración dentro del alcance de onda, alguien que me sacara de aquí.

Era notable lo apenado que podía sentirse por sí mismo, mientras que no le importaba en absoluto la ciudad que había dirigido a su condenación. Freya se estremeció de rabia.

—Tú… tú… ¡Estás despedido, profesor Pennyroyal! ¡Ya no eres más mi navegante jefe! ¡Deberás devolver tus brújulas de ceremonia y las llaves de la Casa del Timón inmediatamente!

Esto no la hizo sentirse mejor de ninguna manera. Se dejó caer sobre un montón de viejas juntas, que chirriaron y se desparramaron bajo su peso. ¿Cómo iba a poder dar esas noticias a la señorita Pye y al señor Scabious y a todos los demás? ¡Que estuvieran atascados en la parte errónea del mundo, con nada por delante de ellos más que un continente muerto y sin suficiente combustible para volver a casa de nuevo y que había sido *ella* la que les había llevado allí! Ella había contado a todo el mundo que este viaje hacia el oeste era lo que los Dioses del Hielo querían, cuando al fin y al cabo todo era tan solo lo que *ella* había querido. ¡Si no se hubiera dejado engañar por Pennyroyal y su estúpido libro!

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntaba—. ¿Qué voy a hacer?

Alguien gritó algo afuera, en las calles, detrás del puerto aéreo. Pennyroyal se quedó mirando por si descubría qué sucedía. Se produjo una especie de zumbido, un ronroneo que no se sabía bien de dónde procedía. Era muy débil, como un rezongar que subía y bajaba, sonando para todo el mundo como…

—¡Aeromotores! —Pennyroyal dio un salto, pegándose con más montones de piezas de repuesto en su ansia de alcanzar a toda prisa la puerta—. ¡Gracias, Clio! ¡Estamos salvados!

Freya corrió tras él, secándose las lágrimas y colocándose la máscara contra el frío. Fuera, la oscuridad había dejado paso a un crepúsculo acerado. Pennyroyal se abría camino a grandes zancadas hacia el puerto, deteniéndose una vez para volverse y señalar algo que se deslizaba por el cielo al otro lado de la oficina del puerto. Freya entrecerró los ojos y dirigió la mirada a través del viento y vio un racimo de luces, un reguero cremoso de humo de motores embadurnando irregularmente la oscuridad.

—¡Eh, aeronave! —chilló Pennyroyal iniciando una pequeña y loca danza en el centro de un nevado panel del muelle—. ¡Alguien oyó mi mensaje! ¡Estamos salvados! ¡Salvados!

Freya corrió en dirección suya y lo sobrepasó, tratando de mantener la máquina a la vista. Los Aakiuq estaban levantados frente a la oficina del puerto, mirando sorprendidos y tratando de averiguar lo que sucedía.

—¿Una aeronave ahí fuera? —le oyó decir al capitán del puerto—. ¿Quién podrá ser?

—¿Te dijeron los Dioses del Hielo que iban a venir, Freya querida? —preguntó la señora Aakiuq.

Un hombre llamado Lemuel Quaanik subió corriendo, con su calzado de nieve batiendo en sus grandes pies. Era uno de los topógrafos con quienes Freya había trabajado, y por eso no se sintió demasiado cohibido para hablarle.

—¿Fulgor? Ya la he visto antes, esa nave. ¡Es el chisme de Piotr Masgard, la Turbulencia de Aire Limpio!

—¡Los cazadores de Arkangel! —Dio un grito ahogado la señora Aakiuq.

—¿Aquí? —gritó a su vez Freya—. ¡No puede ser! Arkangel nunca cazaría al oeste de Groenlandia. No hay nada aquí que se pueda comer.

—Nosotros —dijo el señor Quaanik.

La Turbulencia de Aire Limpio dio una vuelta en círculo alrededor de Anchorage, luego retiró la popa como un lobo solitario persiguiendo de cerca a su presa. Freya corrió hacia la Casa del Timón y subió hasta el puente. Windolene Pye ya estaba allí, aún con el camisón puesto y el pelo, incipientemente canoso, sin peinar.

—¡Son los cazadores, Freya! —dijo—. ¿Cómo nos encontraron? ¿Cómo, por todos los nombres de los dioses, supieron dónde estábamos?

—Por Pennyroyal —aventuró Freya su conclusión—. El profesor Pennyroyal y sus estúpidas emisiones de radio…

—Están haciendo señales —avisó el señor Umiak asomándose por la puerta de la habitación de la radio—. Nos están ordenando que paremos nuestros motores.

Freya miró hacia popa. En aquella media luz, el hielo tenía un aspecto pálido y débilmente luminoso. Podía ver las difuminadas huellas de la rueda de popa de la ciudad extendiéndose en la lejanía hacia el noreste, disolviéndose en medio de la bruma. No había ninguna señal de persecución, solo aquella nave negra moviéndose de un lado a otro y temblando mientras seguía la estela de la ciudad.

—¿Quieres que les conteste, Freya?

—¡No! Haz como que no hemos oído.

Eso no detuvo a Piotr Masgard mucho tiempo. La Turbulencia de Aire Limpio se situó aún más cerca, hasta que se puso al lado de la Casa del Timón, y Freya pudo mirarla directamente a través del muro de cristal y vio al aviador inclinado sobre los controles del panel de vuelo y un artillero que le sonreía desde una pequeña burbuja blindada colgada bajo las vainas de los motores. Freya vio una escotilla abierta y el propio Piotr Masgard se asomó por ella gritando algo a través de un megáfono.

La señorita Pye abrió un ventilador y la enorme voz entró bramando en la habitación.

—¡Felicidades, gente de Anchorage! ¡Vuestra ciudad ha sido elegida como presa por la gran Arkangel! El Azote del Norte se encuentra a un día de viaje de aquí y acortando la distancia rápidamente. Apagad los motores y ahorradnos una persecución y seréis tratados bien.

—¡No pueden comernos! —dijo la señorita Pye—. ¡No ahora! ¡Oh, esto es horriblemente malo!

Freya sintió una especie de entumecimiento general, como si se hubiera

precipitado al agua helada. La señorita Pye la miraba, al igual que todos los demás en el puente, todos esperando que los Dioses del Hielo hablasen por ella y les dijeran qué hacer. Ella se preguntaba si debería contarles la verdad. Sería mejor ser engullidos por Arkangel que seguir rodando indefinidamente por aquel hielo sin cartografiar hacia un continente que realmente estaba muerto, después de todo. Luego pensó en todo lo que había oído hablar de Arkangel, y la forma en que trataba a la gente que se comía, y pensó: No, no; cualquier cosa es mejor que eso. No me preocupa que nos precipitemos por un agujero en el hielo o que perezcamos de hambre en la América muerta. ¡No nos tendrán!

—¡Detened vuestros motores! —bramaba Masgard.

Freya miró hacia el este. Si Arkangel hubiera atajado por la espina de Groenlandia, podía haber estado tan cerca como Masgard afirmaba, pero Anchorage aún podía dejarla atrás. La ciudad depredadora no querría aventurarse muy lejos sobre esta superficie helada de la que se carecía de mapas. Esa era la razón por la que habían recurrido a enviar a sus cazadores…

Ella carecía de megáfono para responderle, así que tomó un grueso lápiz rotulador de la mesa de mapas y escribió con grandes letras en el reverso de uno de ellos: ¡NO!

—Señorita Pye —pidió—. Dígale al señor Scabious, por favor: «Adelante a toda velocidad».

La señorita Pye se dirigió a los tubos de voz. Freya apretó el mensaje contra el cristal. Vio a Masgard esforzándose por leerlo y la forma en que le cambió la cara cuando lo entendió. Volvió a introducirse por completo en su góndola, cerró con rabia la compuerta y la nave viró y desapareció.

—¿Qué pueden hacer, después de todo? —dijo uno de los navegantes—. No nos atacarán, porque se arriesgarían a dañar las mismas cosas por las que nos quieren comer.

—¡Apuesto a que Arkangel está a mucha más distancia que un día de viaje! —declaró la señorita Pye—. ¡El enorme y pesado urbívoro! Deben de estar desesperados, o no habrían tenido que enviar a malcriados encopetados a jugar a los piratas aéreos. Bien, Freya, descubriste perfectamente su engaño. ¡Les sacaremos una gran ventaja con toda facilidad!

Y la Turbulencia de Aire Limpio se dejó caer en la nevisca de hielo en polvo de detrás de la ciudad y lanzó una andanada de cohetes a los soportes de babor de la rueda del timón de popa. Humo, chispas, llamas salían a borbotones de la popa de Anchorage. El eje cedió y la rueda cayó hacia un lado y patinó en el hielo, todavía sujeto por una maraña de poleas de cadena de dirección y montantes retorcidos en su extremo de estribor, como un ancla resultante del siniestro que obligó a la ciudad a frenar, estremeciéndose en sacudidas hasta que se tuvo que detener.

—¡Rápido! —gritó Freya, sintiendo que el pánico crecía en su interior al tiempo que las luces de la nave se elevaban y surgían de la nube imprecisa del hielo por detrás—. ¡Pongámonos de nuevo en movimiento! Bajad las orugas…

La señorita Pye se encontraba ante los tubos de comunicación escuchando los embrollados informes procedentes de abajo.

—¡Oh, Freya! ¡No podemos! ¡La rueda es demasiado pesada para que podamos arrastrarla; hay que cortarla, y Soren dice que eso nos llevará horas!

—¡Pero no tenemos horas! —gritó Freya, e inmediatamente se dio cuenta de que ni siquiera tenían minutos. Se colocó junto a la señorita Pye y ambas dirigieron su mirada hacia el puerto aéreo. La Turbulencia de Aire Limpio aterrizó allí el tiempo suficiente como para vomitar una veintena de figuras oscuras acorazadas que bajaron a toda prisa las escaleras para llegarse hasta el distrito de máquinas. Luego se elevó de nuevo, quedando suspendida en el cielo por encima de la Casa del Timón. Las paredes de cristal cedieron bajo las botas de más hombres, que se dejaban caer desde arriba con cuerdas desde la góndola. Chocaron contra el puente en medio de una nube de relucientes fragmentos y chillidos confusos, gritos, espadas brillantes a la luz de las lámparas, la mesa de los mapas patas arriba. Freya había perdido a la señorita Pye. Corrió hacia el ascensor, pero alguien se encontraba ya delante de ella, vestido con pieles y armadura, un rostro sonriente y grandes manos enguantadas adelantándose para atraparla, y todo lo que pudo pensar fue: «¡Todo este camino! ¡Hemos hecho todo este camino solo para ser devorados!».

31

El cajón de los cuchillos

A unos cuantos cientos de metros por debajo de la góndola de la Jenny Haniver se deslizaban vastos y ásperos paneles de hielo marino, y se entrecruzaban con terraplenes y caballones y protuberancias irregulares bruscamente cortadas. Tom y Hester, mirando hacia abajo desde las ventanas de la cubierta de navegación a través de la infinita blancura, se sintieron como si hubieran estado toda la vida volando sobre este océano de cristal acorazado.

Al día siguiente de su escapada de la Percha de los Bribones, se habían detenido en una pequeña estación ballenera nievómada para comprar combustible con el último de los soberanos de Pennyroyal. Desde entonces, lo único que habían hecho era volar, hacia el norte y el oeste, en busca de Anchorage. No habían dormido mucho, por miedo a la aviadora caída, que les acosaba en sus sueños. Permanecían en la cubierta de vuelo mordisqueando galletas rancias, bebiendo café, contándose el uno al otro en pequeños y torpes arranques las cosas que habían hecho desde que se separaron.

No hablaron de la escapada de Hester de Anchorage ni de lo que la había causado. No la habían mencionado desde la primera noche, cuando se quedaron acostados sin aliento y temblorosos y entrelazados en la dura cubierta, y Hester, con una voz apenas audible, le había dicho:

—Hay algo que no te he contado. Cuando te dejé, hice algo terrible…

—Te disgustaste y escapaste —dijo Tom sin entenderlo bien. Estaba tan contento de tenerla con él de nuevo que no quería arriesgarse a que se produjera una discusión, así que intentó que sonara como si hubiera sido una pequeñez sin importancia y fácil de perdonar.

—No, quiero decir… —atajó Hester, negando con la cabeza. Pero fue incapaz de dar ninguna otra explicación.

Así que habían seguido navegando, día tras día, sobre el ondulado hielo marino y las tierras profundamente heladas, hasta hoy, en que Tom dijo de repente:

—No lo hice a propósito, lo que sucedió entre Freya y yo. Cuando lleguemos a Anchorage no será lo mismo que entonces, te lo prometo. Les avisaremos de la llegada de Arkangel y luego nos iremos de nuevo en dirección a las Cien Islas o a cualquier otra parte, solo nosotros dos, como solía ser.

Hester se limitó a mover la cabeza en sentido negativo.

—Es demasiado peligroso, Tom. Se está preparando una guerra. Quizá no sea este año o el siguiente, pero pronto; y mala, muy mala; y ya es demasiado tarde para hacer

nada al respecto. Y la Liga aún sigue creyendo que nosotros quemamos su Flota Aérea del Norte, y la Tormenta Verde nos echará la culpa del ataque a la Percha de los Bribones, y la stalker no siempre estará cerca para protegernos.

—¿Entonces, dónde podremos ir para estar seguros?

—A Anchorage —le respondió Hester—. Encontraremos un modo de mantener a Anchorage a salvo y poder quedarnos ahí durante unos cuantos años, y luego, quizá…

Pero aunque hubiera incluso alguna manera de salvar la ciudad, ella sabía que no había lugar a bordo para ella. Tendría que dejar a Tom allí, a salvo con Freya, y seguir volando sola. Anchorage era buena y amable y pacífica. Allí no había sitio para la hija de Valentine.

* * *

Aquella noche, mientras las luces de la aurora danzaban sobre su cabeza, Tom miró hacia abajo a través de un hueco en las nubes y vio una gran cicatriz dibujada a lo largo del hielo que se extendía debajo: cientos de profundas hendiduras paralelas que se prolongaban hacia el este y se adentraban en tierras altas cubiertas de nubes y se desvanecían en el oeste en medio de la noche vacía.

—¡Huellas de ciudad! —gritó, apresurándose a despertar a Hester.

—Arkangel —dijo Hester. Se sintió enferma y atemorizada. La amplia estela de la ciudad depredadora le trajo el recuerdo de lo inmensa que era. ¿Cómo podía ella pretender detener algo como aquello?

Dieron un viraje para colocar la Jenny en el curso de Arkangel. Una hora después, Tom recogía el grito discordante y áspero del radiofaro buscador del depredador cortando a través de la electricidad estática de la radio y pronto vieron sus luces cintilando en la niebla por delante de ellos.

La ciudad se movía a velocidad de un cuarto, con una pantalla de vehículos de exploración y suburbios esclavos satélites extendidos por delante para comprobar el hielo. Varias aeronaves volaban a su alrededor; la mayoría, mercaderes que dejaban el puerto aéreo y se volvían hacia el este, renuentes a dejar que Arkangel les llevara tan lejos fuera de los límites de todos los mapas. Tom quería hablar con ellos, pero Hester le previno y le aconsejó que no lo hiciera.

—No puedes confiar en el tipo de naves que tienen tratos con Arkangel —le comentó. Temía que uno de los mercaderes la reconociera y pusiera en conocimiento de Tom lo que había hecho. Por eso le dijo—: Vamos a mantenernos bien separados del lugar y a seguir moviéndonos.

Se alejaron prudentemente y se mantuvieron en movimiento, y el brillo de Arkangel fue menguando en la oscuridad tras ellos, a la vez que la nieve comenzaba a

llegar a ráfagas desde el norte. Pero a medida en que la señal de su radiofaro comenzaba a debilitarse, era sustituida por otra, muy tenue al principio, pero que crecía y se hacía más intensa, y que procedía de algún lugar del hielo que tenían por delante. Se pusieron a escrutar la oscuridad mientras el viento bramaba contra la cubierta de la Jenny y los copos de nieve se iban apilando en sus ventanas. Débil y lejano, chispeó un racimo de luces, y la larga y sombría nota del radiofaro buscador subiendo enrulado por entre la electricidad estática, solitario como el aullido de los lobos.

—Es Anchorage.

—¡No se mueve!

—Algo pasa…

—¡Hemos llegado demasiado tarde! —gritó Tom—. ¿No recuerdas? Arkangel envía a sus cazadores para capturar las ciudades que desea engullir. ¡Aquel bruto con el que nos encontramos en Puertoaéreo! Las rodea, les cambia el rumbo y las dirige hacia sus mandíbulas… Tendremos que regresar. Si aterrizamos ahí, los cazadores nos retendrán hasta que llegue Arkangel, y la Jenny será engullida junto con la ciudad…

—No —dijo Hester—. Tenemos que tomar tierra. Hemos de hacer algo. —Miró a Tom, muriéndose de ganas de poder decirle por qué era esto tan importante para ella. Sabía ya que si tenía que redimirse, debería luchar contra los cazadores y que, con toda probabilidad, podía morir en la pelea. Quería explicarle a Tom lo de su trato con Masgard y conseguir que la perdonara. ¿Pero qué pasaría si él no podía perdonarla? ¿Qué sucedería si él le diese un empujón y la apartara de su lado, horrorizado? Las palabras se le agazapaban en la boca, pero no podía dejarlas salir.

Tom apagó los motores de la Jenny y dejó que el viento la fuera acercando silenciosamente. Estaba conmovido por la repentina y sorprendente preocupación de Hester por la ciudad del hielo. No se había dado cuenta en absoluto, hasta que no la hubo visto de nuevo, cuánto la había echado de menos. Se le llenaron los ojos de lágrimas, consiguiendo que las luces de la Casa del Timón y el Palacio de Invierno llamearan formando modelos de trazos inseguros.

—Todo está iluminado como un árbol de Quirkevidad.

—Por eso la puede ver Arkangel —le dijo Hester—. Masgard y sus cazadores han debido de parar los motores y encendido todas las luces y el radiofaro. Probablemente estén esperando ya en el palacio de Freya a que llegue su ciudad.

—¿Y qué pasará con Freya? —preguntó Tom—. ¿Y con todo el resto de la gente?

Hester no tenía respuesta para esto.

El puerto aéreo tenía un aspecto inusualmente bien iluminado y acogedor, pero no era cuestión de aterrizar allí. Hester apagó las luces de posición de la Jenny y dejó el asunto del vuelo a Tom, que siempre había sido mucho mejor que ella en este aspecto. Hizo que la Jenny descendiera tanto que la quilla de la góndola rozaba casi el hielo antes de tirar bruscamente de ella para que se elevara de nuevo, haciéndola

pasar por un estrecho espacio entre dos almacenes del borde de babor del nivel inferior. El sonido metálico de la nave al chocar sobre las abrazaderas de amarre sonó horriblemente alto en el tramo de cubierta, pero nadie vino corriendo para ver qué sucedía, y cuando ellos, por fin, se aventuraron a salir, se encontraron con que nada se movía en aquel silencio, en medio de las calles generosamente tapizadas de nieve.

Ascendieron rápida y silenciosamente hasta el puerto aéreo, sin decir una palabra, envueltos en los diferentes recuerdos que le traía a cada uno esta ciudad. La Turbulencia de Aire Limpio estaba anclada en una parcela abierta cerca del centro del puerto, con la marca del lobo de Arkangel brillando roja en su cubierta. Un guardia embutido en pieles vigilaba cerca de ella y había luz y movimiento detrás de las ventanas de la góndola.

Tom miró a Hester.

—¿Qué vamos a hacer?

Ella movió la cabeza en una señal negativa, sin poder aún estar segura. Tom la siguió por entre las espesas sombras de detrás de los tanques de combustible y se acercaron hasta la puerta trasera de la casa del capitán del puerto. Aquí reinaba la oscuridad, solo rota por el resplandor de las luces del puerto que se filtraba por las ventanas heladas. Parecía que había pasado un tornado barriendo la cocina y el cuarto de estar, antaño tan limpios y ordenados, haciendo añicos la colección de platos conmemorativos, destrozando vajillas, rompiendo los retratos de los hijos de los Aakiuq que se hallaban en el altarcito o santuario de la casa. El antiguo rifle para cazar lobos que solía colgar en la pared de la sala de estar había desaparecido y la estufa estaba fría. Los pasos de Hester crujían por entre los fragmentos de las caras destrozadas de los Rasmussen en su camino hacia el aparador y allí abrió el cajón de los cuchillos.

Detrás de ella, un peldaño de escalera flojo crujió de repente. Tom, que estaba más cerca de las escaleras, se giró en redondo, a tiempo de ver la mancha borrosa y gris de un rostro que le observaba desde arriba con atención a través de los barrotes del pasamanos. Desapareció casi inmediatamente, y quienquiera que se estuviera escondiendo allí, se lanzó gateando escaleras arriba hacia el primer piso. Tom gritó de sorpresa y rápidamente se tapó la boca con la mano, recordando al hombre que estaba en el exterior. Hester le dio un empujón sin miramientos al pasar con el cuchillo de cocina más afilado de la señora Aakiuq brillando pálido en su mano. Se produjo una pelea confusa en las sombras tigrescas de detrás de los barrotes de la escalera y una voz que gritaba:

—¡Piedad! ¡Perdóname la vida!

Luego se oyó el amortiguado sonido sordo de un cuerpo arrastrado escaleras abajo por la culera de los pantalones. Hester se quedó en pie, jadeando, con el cuchillo todavía preparado y Tom echó un vistazo al cautivo que ella había conseguido.

Era Pennyroyal. Mugriento y con el pelo desordenado y con blancas cerdas de

barba que se espesaban en los hoyos de su rostro, el explorador parecía haber envejecido diez años en el tiempo en que ellos habían estado fuera, como si el tiempo hubiera pasado más rápido a bordo de Anchorage que en el mundo exterior. Gimoteó un poco, con sus ojos saltones lanzando miradas como flechas entre los rostros de ellos dos.

—¿Tom? ¿Hester? Dioses y diosas, pensé que erais más de esos malditos cazadores. ¿Pero cómo habéis llegado aquí? ¿Os habéis traído a la Jenny con vosotros? ¡Oh, gracias al cielo! ¡Debemos irnos inmediatamente!

—¿Qué está sucediendo aquí, profesor? —le preguntó Tom—. ¿Dónde está todo el mundo?

Pennyroyal, manteniendo aún un ojo cauteloso sobre la mano con que Hester sujetaba el cuchillo, se arrastró hasta una postura más cómoda, apoyando la espalda contra el poste central.

—Los cazadores de Arkangel, Tom. Aerogamberros dirigidos por ese sinvergüenza de Masgard. Llegaron hará unas diez horas, destrozaron la rueda del timón y se hicieron cargo de la ciudad.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó Hester. Pennyroyal negó con la cabeza.

—Creo que no. Querían mantener a todo el mundo en buena forma para sus bestiales bodegas de esclavos, así que solo los cercaron a todos y los encerraron en el Palacio de Invierno mientras esperan que su ciudad aparezca. Algunos de los valientes muchachos de Scabious trataron de discutir con ellos y recibieron una buena paliza; pero, por otro lado, no creo que nadie haya sido herido.

—¿Y tú? —Hester se inclinó hacia la luz y dejó que él sintiera su mirada de arpía —. ¿Y cómo es que tú no estás encerrado con los demás?

Pennyroyal le esbozó una ligera y deslavazada sonrisa.

—Oh, ya conoces el lema de los Pennyroyal, señorita Shaw: «Cuando las cosas se ponen feas, los sensatos se esconden detrás de las partes más grandes del decorado». Dio la casualidad de que yo me encontraba en el puerto aéreo cuando ellos aterrizaron. Con típico pensamiento y reacción rápidos, hice un *mutis* hasta aquí y me escondí debajo de la cama. Y no salí hasta que todo hubo acabado. He considerado la posibilidad de presentarme ante el joven Masgard, naturalmente, y reclamarle el estipendio del descubridor, pero, francamente no creo que se pueda confiar en él, así que me he quedado descansando desde entonces.

—¿Qué estipendio del descubridor? —preguntó Tom.

—Oh, ah… —Pennyroyal mostraba una expresión un tanto avergonzada y trataba de ocultarla con su vieja y pícara sonrisa de bribón—. La cosa es que, Tom, creo que fui yo el que atrajo a los cazadores aquí.

Por ninguna razón que Tom fuera capaz de comprender, Hester comenzó a reír.

—¡Yo solo envié un par de inofensivas llamadas de socorro! —se quejaba el explorador—. ¡Nunca me imaginé que Arkangel las recogería! ¿Quién ha oído que alguna vez una señal de radio haya viajado tan lejos? Algún bicho raro de esos climas

boreales, sin duda… De todas formas, a mí no me ha hecho ningún bien, como podéis ver. He estado metido en este agujero durante *horas*, esperando colarme a bordo de esa aeronave de cazadores y fugarme, pero ahí está ese asqueroso y enorme centinela haciendo guardia y un par de ellos más dentro…

—Ya lo vimos —dijo Tom.

—Pero —continuó el explorador, iluminándosele el rostro— ahora ya estáis aquí de vuelta con vuestra Jenny Haniver y eso de los cazadores ya importa poco, ¿a que sí? ¿Cuándo partimos?

—No vamos a hacerlo —dijo Hester. Tom se volvió para mirarla, todavía inquieto por sus palabras sobre enfrentarse a los cazadores, pero ella continuó rápidamente—. ¿Cómo podríamos? Se lo debemos a los Aakiuq, y a Freya, y a todo el mundo. Tenemos que rescatarlos.

Ella les dejó mirándola atónitos y se fue hasta la ventana de la cocina, escudriñando el exterior a través de los prismas de la escarcha. Copos de nieve sin destino se arremolinaban en los conos de luz de debajo de las lámparas del puerto. Se imaginó a los guardias a bordo de su nave, con su camarada afuera sobre la plataforma de amarre, dando pataditas con sus botas en el suelo para alejar el frío de sus pies, y al resto de la tripulación de Masgard allá arriba, en el Palacio de Invierno, calentándose por dentro con el contenido de la bodega de los Rasmussen. Estarían ya adormilados y confiados, sin esperar ningún problema en absoluto. No habrían tenido nada que hacer ante Valentine. Quizá, si ella hubiera heredado la parte suficiente de su fuerza y de su crueldad y de su astucia, ellos tampoco serían enemigos para ella.

—¿Hester? —Tom estaba justo detrás de ella, atemorizado por su frialdad. Solía ser él el que por lo general llegase con planes precipitados e imprudentes para ayudar a los indefensos. Oír a Hester sugerir semejante cosa le hizo sentirse como si el mundo se hubiera desquiciado, se hubiera salido de sus casillas. Puso su mano suavemente sobre el hombro de ella y notó cómo se tensaba y comenzaba a oponer resistencia—. Hester, hay montones de ellos, y nosotros solo somos tres…

—Déjalo en dos —cortó Pennyroyal—. Yo no quiero ningún papel en vuestros planes suicidas…

Hester había puesto el cuchillo en la garganta del hombre con un rápido movimiento. Su mano le temblaba ligeramente, haciendo que los reflejos brillaran estremeciéndose en el limpio filo de la hoja.

—Tú harás lo que yo te diga —dijo la hija de Valentine—, o te mataré con mis propias manos.

32

La hija de Valentine

—¡Termina de comer, pequeña margravina! —le dijo Piotr Masgard desde el otro extremo de la mesa, haciéndole señas a Freya con un muslo de pollo a medio morder.

Freya miró a su plato, donde la comida estaba empezando a quedarse helada. Ella deseaba estar aún encerrada en el salón de baile con los demás, comiendo cualquier porquería o desecho que los cazadores les hubieran dado, pero Masgard había insistido en que cenase con él. Y le dijo que solo le estaba mostrando la cortesía que merecía y que resultaría totalmente fuera de tono que una margravina cenara con su pueblo, ¿o no? Como líder de los cazadores de Arkangel, era su deber, y su placer, acompañarla y hacerle los honores en su propia mesa.

Excepto que la mesa era la de Freya, la de su propio comedor, y la comida había venido de sus propias despensas y había sido preparada en sus propias cocinas por el pobre Smew. Y cada vez que levantaba la vista, se encontraba con los ojos azules de Masgard, divertidos y evaluadores, llenos de orgullo ante su captura.

En la primera horrible confusión del ataque a la Casa del Timón, ella se había consolado pensando: Scabious nunca tolerará esto; él y sus hombres lucharán y nos salvarán. Pero cuando ella y sus compañeros de cautiverio fueron conducidos como ganado al salón de baile y vio la cantidad de personas que estaban ya esperando allí, se dio cuenta de que todo había sucedido demasiado rápido. Los hombres de Scabious habían sido sorprendidos, o se hallaban ocupados tratando de apagar los fuegos que se habían iniciado con el ataque de los cohetes. El mal había triunfado sobre el bien.

—El Gran Arkangel estará con nosotros dentro de unas pocas horas —había anunciado Masgard, dando vueltas alrededor del grupo de prisioneros mientras sus hombres mantenían una guardia vigilante con fusiles y ballestas preparados para disparar. Sus palabras salían bramando de los altavoces del casco de su lugarteniente —. Portaos bien y podréis aspirar a unas vidas saludables y productivas en la entraña de la ciudad. Intentad resistir y moriréis. Esta ciudad es un trofeo estupendo; puedo permitirme el lujo de sacrificar unos cuantos esclavos si insistís en que os demuestre lo serio que soy.

Nadie insistió. La gente de Anchorage no estaba acostumbrada a la violencia, y los brutales rostros de los cazadores y sus armas de vapor eran ya suficiente para convencerles. Se acurrucaron juntos en el centro del salón de baile, las mujeres pegadas a sus maridos, las madres tratando de evitar que sus hijos lloraran o hablaran o hicieran algo que pudiera atraer hacia ellos la atención de los guardias. Cuando

Masgard llamó a la margravina para que cenara con él, Freya pensó que lo más sensato era aceptar; cualquier cosa para mantenerle de buen humor.

De todas formas, pensó, pinchando un trocito de comida que se enfriaba rápidamente, si cenar con Masgard es lo peor que tenga yo que soportar, es una pena liviana. No parecía tan liviana sin embargo, no cuando ella dirigió la mirada hacia él y sintió que el aire que había entre ellos estaba trufado de amenazas. Su estómago iniciaba unos movimientos involuntarios, como bandazos, y pensó por un momento que le iban a entrar náuseas. Como excusa para no comer, trató de entablar conversación.

—Así que, ¿cómo nos *encontró*, señor Masgard?

Masgard sonrió, con los ojos azules casi ocultos tras sus gruesos párpados. Se había sentido un poco desilusionado, contrariado, cuando llegó aquí. La gente se había rendido demasiado rápidamente y la guardia personal de Freya había resultado ser un pequeño chiste compuesto por un solo hombre, que no se merecía que Masgard desenvainase la espada ante él, pero él estaba decidido a ser galante con su cautiva margravina. Se sentía grande y guapo y victorioso, sentado aquí en el trono de Freya a la cabecera de la mesa, y tenía el sentimiento de que la estaba impresionando.

—¿Cómo sabes que no ha sido mi destreza natural o mi sentido de la caza los que me han traído hasta ti? —le preguntó.

Freya se las compuso para esbozar una pequeña y rígida sonrisa.

—No es esta la manera como trabajas, ¿no es así? He oído hablar de ti. Arkangel está tan desesperada por falta de presas que pagáis a la gente para chillaros la presencia de otras ciudades.

—Chivarse, delatar.

—¿Qué?

—Quieres decir *chivatear la posición de otras ciudades*. Si quieres utilizar jerga de bajo cubierta, del nivel bajo, Su Fulgor, por lo menos tienes que hacerlo bien.

Freya se sonrojó.

—Fue el profesor Pennyroyal, ¿verdad? Esos estúpidos radiomensajes que envió. Me dijo que solo intentaba alcanzar la onda de un explorador que pasara cerca o un mercader, pero supongo que os ha estado enviando mensajes a vosotros todo el tiempo.

—¿Profesor qué? —Masgard se rio de nuevo—. No, querida mía, fue una *rata voladora* la que dio el chivatazo.

Freya sintió sus ojos atraídos poderosamente hacia los suyos de nuevo.

—¡Hester!

—¿Y no sabes lo mejor de todo? Ella ni siquiera quería oro a cambio de tu ciudad. Solo a cierto muchacho: un desecho de basura aérea sin ningún valor. Con el nombre de Natsworthy…

—¡Oh, Hester! —susurró Freya. Siempre había pensado que aquella muchacha era un problema, pero nunca se había imaginado que fuera capaz de semejante cosa

tan terrible. ¡Traicionar a toda una ciudad entera, solo para conservar a un muchacho que no merecías y que hubiera estado mucho mejor con cualquier otra persona! Trató de que Masgard no viera su rabia porque él únicamente se reiría. Y le dijo:

—Tom ya no está aquí. Muerto, creo…

—Ha tenido una feliz escapada, entonces —soltó Masgard con una risita desde su boca llena de comida—. No tiene la menor importancia. Sus miedos ya se han desvanecido porque ella escapó antes de que la tinta se hubiera secado en su contrato…

La puerta del comedor se abrió de golpe y Freya se olvidó de Hester y regresó a la realidad de lo que estaba sucediendo. Uno de los hombres de Masgard, el hombre que llevaba los altavoces en forma de cuerno encima, se plantó en el quicio de la puerta.

—¡Fuego, mi señor! —dijo entrecortado—. ¡Arriba en el puerto!

—¿Qué?

Masgard se dirigió hacia la ventana, apartando bruscamente los gruesos cortinones. La nieve caía arremolinada por los jardines de abajo, y tras ella, un resplandor rojizo parpadeaba y se extendía, convirtiendo los tejadillos, los gabletes y los canalones de los tejados del Rasmussen Prospekt en siluetas totales. Masgard rodeó a grandes zancadas a su lugarteniente.

—¿Alguna palabra de Grastang y sus muchachos en el puerto?

El cazador negó con la cabeza.

—¡Colmillos del Lobo! —Rugía Masgard—. ¡Alguien tuvo que prender fuego! ¡Están atacando nuestra nave! —Desenvainó la espada, deteniéndose cerca de la silla de Freya en su camino hacia la puerta—. Si alguno de tus pulgosos conciudadanos ha dañado la Turbulencia de Aire Limpio, le arrancaré la piel a tiras vivo y venderé su pellejo como alfombra para la chimenea.

Freya trató de hacerse pequeña, apretándose fuerte contra la silla.

—No puede ser uno de mis conciudadanos; los tienes a todos aquí…

Pero incluso aunque dijera esto, pensó en el profesor Pennyroyal. No le había visto en el salón de baile. ¿Estaría libre, quizá? Tal vez estaría haciendo algo para ayudar. Parecía bastante improbable, pero era el único retazo de esperanza que le quedaba, y se aferró a él mientras Masgard la sacó bruscamente de su silla y se la lanzó a su lugarteniente.

—¡Llévala al salón de baile! —gritó—. ¿Dónde están Ravn y Tor y Skaet?

—Guardando aún la entrada principal, mi señor.

Masgard corrió y dejó que el otro hombre sacara a la fuerza a Freya del comedor y la empujara por la curva del pasillo hacia el salón de baile. Ella suponía que debería tratar de escapar, pero su guardia era tan grande y fuerte, e iba tan bien armado, que no se atrevió. Los retratos de sus parientes la miraban desde arriba en la pared mientras pasaba, mostrando un aspecto como si estuvieran desilusionados con ella por no haber respondido al ataque. Y dijo:

—¡Espero que alguien *haya* prendido fuego a vuestra valiosa nave!

—Eso no cambiará las cosas para nosotros —masculló su guardia—. Serás tú la que sufra las consecuencias. Arkangel pronto estará aquí. ¡No necesitaremos ninguna nave para salir de tu puñetera ciudad una vez que esté en la barriga del Azote!

A medida que se acercaban a la puerta del salón de baile, Freya comenzó a oír un murmullo de voces cada vez más alto procedentes del interior. Los cautivos debían de haber visto el fuego, también, y hablaban excitados, mientras sus guardias trataban de imponer el silencio a gritos. Entonces algo relampagueó justo detrás de su cabeza y el lugarteniente de Masgard cayó hacia atrás sin un solo grito. Freya pensó que se habría resbalado, pero cuando se volvió, había una saeta de ballesta que sobresalía de la parte delantera de su casco y un grueso chorro de sangre que comenzaba a gotear de uno de sus cuernos.

—¡Eh! —dijo.

De una especie de nicho junto a la puerta del salón de baile, salió de las sombras una figura alargada.

—¿Profesor Pennyroyal? —susurró Freya—. Pero era Hester Shaw, colocando ya una nueva flecha en la gran ballesta que traía.

—¿Has vuelto? —dijo Freya boquiabierta.

—Oh, qué deducción tan inteligente, Su Fulgor.

Freya se sonrojó de ira. ¿Cómo se atrevía la muchacha a mofarse de ella? ¡Ella tenía la culpa por consentirlo!

—¡Tú vendiste la información sobre nuestro rumbo! ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo *pudiste*?

—Bueno, he cambiado de idea —dijo Hester—. Y estoy aquí para ayudar.

—*¿Ayudar?* —Freya hablaba en un susurro furioso y ronco, con miedo de que los guardias del salón de baile pudieran oírla—. ¿Cómo puedes tú *ayudar*? ¡La mejor ayuda que podías habernos prestado era que nunca te hubieras ni tan siquiera acercado a mi ciudad! ¡No te necesitamos! ¡Tom no te necesita! Eres egoísta y malvada y fría y no te importa nadie más que tu horrible persona…

Dejó de hablar. Las dos acababan de recordar, en el mismo instante, que Hester llevaba una ballesta cargada y que con un ligero toque de su dedo podía dejar clavada a Freya en la pared. Lo consideró un momento, poniendo la punta de la saeta en el pecho de Freya.

—Tienes razón —murmuró—. Soy mala. Salgo a mi padre en eso. Pero sí que me importa Tom y eso significa que me tengo que preocupar por ti y por tu estúpida ciudad también. Y creo que ahora tú me necesitas.

Bajó la ballesta y le echó un vistazo al hombre que acababa de matar. Había una pistola de gas encajada en el cinturón.

—¿Sabes cómo usar esa cosa? —le preguntó.

Freya asintió. Sus tutores habían dedicado más tiempo a la etiqueta y las buenas maneras que al entrenamiento con pequeñas armas, pero pensó que sí que tenía una idea general al respecto.

—Entonces, ven conmigo —dijo Hester, y lo dijo con un aire de mando tal que nunca se le ocurriría a Freya desobedecer.

* * *

La parte más dura de todo había sido librarse de Tom. No quería que se metiera en peligros por su culpa y no podía ser la hija de Valentine si él se encontraba junto a ella. En la oscuridad del cuarto de estar de los Aakiuq, ella le había cogido del brazo y lo había atraído hacia sí para decirle:

—¿Conoces algún camino secreto, algún pasaje trasero para llegar a ese Palacio de Invierno? Si el lugar está lleno de cazadores no podemos limitarnos a ir andando tranquilamente hasta la entrada principal y anunciar que estamos aquí para ver a Masgard.

Tom se quedó pensativo unos instantes, luego rebuscó en los bolsillos de su abrigo y extrajo un pequeño objeto brillante que ella no había visto nunca.

—Es una especie de ganzúa, un abrecerraduras de Grimsby. La gente de Caul me lo dio. ¡Apuesto a que puedo entrar por la pequeña compuerta de la calefacción de detrás de la Wunderkammer!

Él parecía tan emocionado y complacido consigo mismo que Hester no pudo evitar besarle. Cuando hubo terminado, le dijo:

—Vete entonces. Espérame en la Wunderkammer.

—¿Qué? ¿Pero tú no vienes? —Ya no parecía emocionado, solo asustado.

Ella le tocó con los dedos en la boca para que guardara silencio.

—Yo voy a explorar por los alrededores de la aeronave.

—Pero los guardias…

Ella trató de parecer que no estaba atemorizada.

—Yo fui aprendiz de Shrike, ¿recuerdas? Él me enseñó un montón de cosas que no he tenido nunca oportunidad de utilizar. No me pasará nada. Y, ahora, vete.

Él se la quedó mirando con ganas de decir algo, pero cambió de idea, la abrazó y echó a correr. Por unos segundos, ella se sintió aliviada de estar sola; después se dio de repente cuenta de cuánto necesitaba a Tom de vuelta, estar en sus brazos y contarle todo tipo de cosas que le debería haber dicho antes. Corrió hacia la puerta trasera, pero él ya estaba lejos del alcance de su vista, siguiendo alguna ruta secreta hacia el palacio.

Ella susurró su nombre a la nieve. No esperaba volverle a ver. Sintió como si se deslizara demasiado deprisa hacia un abismo.

Pennyroyal seguía aún agachado en el fondo de las escaleras. Hester retrocedió, lo dejó atrás y entró en la cocina para recoger una lámpara de aceite de la alacena de encima del fregadero.

—¿Qué estás haciendo? —dijo él en un susurro cuando ella la encendió. El resplandor amarillo se fue concentrando lentamente detrás del cristal ahumado, luego se extendió, lamiendo las paredes y las ventanas y el rostro de Pennyroyal, pálido como la cera.

—¡Los hombres de Masgard lo verán!

—Esa es la idea —dijo Hester.

—¡No te ayudaré! —dijo el explorador con voz temblorosa—. ¡No me puedes obligar! ¡Esto es una locura!

Ella no se preocupó de blandir el cuchillo esta vez; solo acercó su cara de gárgola a la de él y le dijo:

—Fui yo, Pennyroyal. —Quería que él entendiera lo despiadada e implacable que ella podía ser—. No tú. Yo soy la única que envió a los cazadores aquí.

—¿Tú? Pero, grande y Todopoderoso Poskitt, *¿por qué?*

—Por Tom —dijo Hester simplemente—. Porque quería tener a Tom conmigo otra vez. Él iba a ser mi oro del depredador. Solo que no salió como yo lo había planeado y ahora tengo que tratar de reconducir las cosas.

Se oyó el crujido de unos pasos fuera, al otro lado de la ventana de la cocina, y se produjo como un suspiro cuando el precinto de fuera de la calefacción quedó roto. Hester se echó hacia atrás hacia las sombras junto a la puerta mientras el centinela de la plataforma de amarre dirigió sus pasos hacia la habitación, tan próximo que ella pudo sentir el halo de frío que venía de sus pieles cubiertas de nieve.

—¡Levántate! —Le ladró él a Pennyroyal, y se volvió en busca de otros fugitivos. En el preciso instante antes de que él la viera, Hester adelantó su brazo y puso el cuchillo en el espacio que quedaba entre la parte superior de su armadura y la inferior de su máscara contra el frío. Se oyó un ruido como de gárgaras y su voluminoso cuerpo al retorcerse arrastró el mango del cuchillo fuera del alcance de Hester. Hizo un quiebro lateral cuando él disparó su ballesta y oyó el golpe de la saeta al atravesar la puerta de un armario a sus espaldas. El cazador buscaba, tanteando en su cinturón, su propio cuchillo. Ella lo agarró del brazo y trató de detenerlo. No había ningún otro ruido más que su respiración violenta y el crujido de la vajilla bajo sus pies mientras avanzaban y retrocedían dando traspiés en la pelea, con Pennyroyal tratando de arreglárselas para ponerse fuera de su camino. Los grandes ojos verdes del cazador, furiosos e indignados, miraban fijamente a Hester a través de las ventanas de su máscara, hasta que por fin pareció enfocar hacia algo muy lejano y distante de ella, y su gorgoteo se detuvo y cayó hacia un lado, casi arrastrándola en su caída. Sus pies se movieron en estertor durante un rato, luego se quedó inmóvil.

Hester no había matado a nadie antes. Había esperado sentirse culpable, pero no lo sentía. No sentía nada. Esto es lo que en circunstancias parecidas sentía mi padre, pensó, haciéndose cargo del abrigo y del sombrero de pieles del muerto y poniéndose su máscara contra el frío. Solo un trabajo que había que hacer para que su ciudad y sus seres queridos estuvieran a salvo. Así era como él se sentía después de haber

matado a papá y a mamá. Sin ningún sentido de culpa y fuerte y limpio, como el cristal.

Le arrebató la ballesta al cazador y su carcaj de saetas y le dijo a Pennyroyal:

—Trae la lámpara.

—Pero, pero, pero…

Fuera, la nieve caía como si fuera un enjambre de mariposas blancas bajo las farolas del puerto. Cruzando las plataformas de amarre, empujando al aterrorizado Pennyroyal por delante de ella, le llamó la atención un breve espacio abierto entre dos hangares y al mirar vio un enorme y lejano manchón de luz por el cielo del este.

La escotilla de la Turbulencia de Aire Limpio estaba abierta. Otro cazador estaba allí esperando.

—¿Qué es eso, Garstang? —le gritó—. ¿A quién has encontrado?

—Solo a un vejestorio —le gritó en respuesta, esperando que su máscara contra el frío distorsionara y amortiguara su voz y el abrigo de piel disfrazara su huesudo perfil.

—Solo un viejo —dijo el cazador, volviéndose a hablar a alguien de dentro de la góndola. Y luego, más alto:

—¡Llévalo al palacio, Garstang! Mételo allí con los demás. Aquí no lo necesitamos.

—¡Por favor, señor cazador! —Pennyroyal gritó de repente—. ¡Es una trampa! Ella es…

Hester levantó la ballesta y apretó el gatillo y el cazador cayó hacia atrás gritando. Cuando sus camaradas trataron de avanzar y dejar atrás su cuerpo que se revolcaba en el suelo, Hester agarró la lámpara de aceite de la mano de Pennyroyal y la lanzó por la escotilla. El abrigo de uno de los cazadores se incendió inmediatamente y el fuego estalló a continuación dentro de la góndola. Pennyroyal se puso a gritar presa del terror y escapó. Hester se volvió para seguirlo, pero, al cabo de un par de pasos, se dio cuenta de que estaba volando, levantada por un viento caliente que provenía de su espalda y arrojada a una nieve que ya no era blanca, sino una especie de resplandor de la fiesta de Halloween en la víspera de Todos los Santos, una mezcla de azafrán y rojo. No hubo ningún estallido, tan solo un suave y enorme *bufff* cuando las células de gas se incendiaron. Se hizo un ovillo en la nieve y miró hacia atrás. Los hombres trataban de salir a tientas de la góndola incendiada, dando manotazos contra las chispas que se escondían entre las pieles de sus abrigos y gabanes. No eran más que dos los hombres que allí había. Uno corrió hacia Hester, haciéndola buscar a tientas su ballesta caída, pero él ni siquiera la miró sino que pasó a su lado gritando algo sobre saboteadores y a ella le dio tiempo suficiente para colocar otra saeta en el arco y dispararle en la espalda. No había señales de Pennyroyal. Dio la vuelta a la nave que ardía y encontró al último de los cazadores en un lugar donde el humo era espeso y oscuro. Le quitó la espada de la mano mientras se moría. Se la colgó del cinto. Corrió hacia el Rasmussen Prospekt y las luces del Palacio de Invierno.

* * *

El invento del Tío hacía pequeños ruiditos secos en la cerradura y la compuerta de la calefacción se abrió. Tom se deslizó dentro, respirando los olores familiares del palacio. El pasillo estaba vacío: ni siquiera una huella de pisadas sobre la gruesa capa de polvo. Se apresuró a través de las sombras en dirección a la Wunderkammer —aquella cámara de las maravillas de tantos recuerdos—, donde los esqueletos de stalker lo asustaron de nuevo, pero la estupenda ganzúa funcionó con aquella puerta también y entró sin hacer ruido en el silencio lleno de telarañas de vitrinas, sintiéndose un tanto tembloroso pero a la vez orgulloso de sí mismo. El cuadrado de láminas de metal brillaba con suave luz, recordándole claramente a Freya, y a la cámara cangrejo que había observado, desde una de aquellas rejillas de los conductos de calefacción instalados arriba, cuando él la besó.

—¿Caul? —dijo esperanzado, mirando con intensidad hacia la oscuridad de arriba. Pero no había ladrones a bordo de Anchorage ya, solo cazadores. Se sintió, de repente, sofocantemente temeroso de lo que le pudiera estar sucediendo a Hester. No le gustaba nada pensar que ella estaba allí fuera, en peligro, mientras él esperaba aquí. Se produjo un resplandor oscilante en el cielo, en algún lugar cerca del puerto. ¿Qué estaría sucediendo? ¿Debería ir a ver qué pasaba?

No. Hester le había dicho que se reuniría con él aquí. Y hasta la fecha nunca le había dejado tirado. Trató de distraerse, eligiendo un arma de la panoplia de la pared: una pesada espada roma con empuñadura y vaina llena de adornos. Una vez que la tuvo en su mano, se sintió más valiente. Se paseó de arriba abajo por entre las cajas de animales apolillados y viejas máquinas, blandiendo la espada, esperando a que ella llegara para así poder salvar a Anchorage juntos.

Solo cuando la batalla de armas de fuego empezó en el salón de baile y los gritos y los disparos y los chillidos llegaron retumbando por todos los pasillos del palacio, se dio cuenta de que ella había entrado de todas formas por la puerta principal y que había empezado el trabajo sin él.

* * *

La pistola de gas era más pesada de lo que Freya había supuesto al principio. Trataba de imaginarse disparándola contra alguien, pero no podía. Se preguntaba si debería explicarle a Hester lo asustada que se sentía pero no parecía que hubiera tiempo. Hester se encontraba ya en la puerta del salón de baile y le hacía señas a Freya, con rápidas sacudidas de cabeza, para que se acercase. Su pelo y sus ropas apestaban a humo.

Juntas, tiraron de los pomos y abrieron la enorme puerta. Nadie se volvió para verlas entrar. Los cazadores, al igual que los prisioneros, estaban mirando a través de las ventanas las grandes y sinuosas lenguas de fuego que oscilaban por encima del puerto. Freya agarró el arma con manos sudorosas, esperando que Hester gritara: «¡Arriba las manos!» o «¡Que nadie se mueva!», o cualquier otra cosa que se acostumbrara a decir en situaciones similares. En vez de eso, Hester se limitó a levantar su ballesta y a disparar al cazador más cercano en la espalda.

—Eh, eso no es… —empezó a decir Freya, y a continuación se arrojó al entarimado porque, mientras el hombre muerto se caía al suelo boca abajo, el que se hallaba a su lado se volvió y lanzó toda una ráfaga de tiros hacia ella. Freya seguía olvidando que todo aquello era real. Se quedó pegada al suelo mientras oía las balas golpear fuera de las puertas y rebotar en el mármol a su lado. Hester le arrebató veloz la pistola de la mano y el rostro del cazador se convirtió en una salpicadura de rojo. Smew le quitó el arma mientras caía y la volvió contra un tercer guardia, cogido en medio del remolino del pánico de los cautivos.

—¡Rasmussen! —gritó alguien, y de repente, toda la habitación se hizo eco del grito, el antiguo grito de guerra de Anchorage, abandonado desde los tiempos en que los antepasados de Freya habían librado batallas contra los piratas aéreos y los stalkers de los Imperios Nómadas—. ¡Rasmussen! —Hubo disparos, un chillido, un largo traqueteo como de xilófono mientras un moribundo chocaba contra una de las arañas de cristales de bolas. Todo terminó muy rápidamente. Windolene Pye empezó a organizar a la gente para cuidar de los heridos, mientras que los hombres se apoderaban de las espadas y otras armas de los cazadores muertos.

—¿Dónde está Scabious? —gritó Hester, y alguien lo empujó hacia ella. El jefe de máquinas parecía impaciente y más joven y llevaba en la mano un fusil capturado. Ella le dijo:

—Arkangel se acerca. Pude ver sus luces desde el puerto aéreo. Tienes que conseguir que este viejo lugar se ponga en movimiento a toda prisa.

Scabious asintió con la cabeza.

—Pero hay cazadores en el distrito de máquinas y le han disparado a la rueda de popa. No podemos avanzar más que a un cuarto de velocidad y solo con las orugas de las cadenas tractoras, y ni siquiera conseguiremos eso hasta que podamos cortar y desprendernos de los restos de la rueda.

—Pues manos a la obra y a cortarla —dijo Hester descargando su ballesta y sacando la espada.

Scabious pensaba en un millar de cuestiones más; luego se encogió de hombros y asintió. Salió hacia las escaleras con la mitad de Anchorage detrás de él; los que no llevaban armas, recogiendo sillas y botellas al pasar. Freya, atemorizada como estaba, sintió que debería ir con ellos y dirigir el ataque como una de aquellas margravinas de antaño. Se unió al creciente y apresurado grupo en dirección a la puerta, pero Hester la agarró del brazo y la detuvo.

—Tú te quedas aquí. Tu gente va a necesitarte viva. ¿Dónde está Masgard?

—No lo sé —dijo Freya—. Creo que se dirigía hacia la entrada principal.

Hester movió la cabeza afirmativamente, con un pequeño tic de asentimiento que podía haber significado cualquier cosa.

—Tom está en el museo —dijo.

—¿Tom está aquí? —Freya estaba empezando a tener problemas para mantenerse en pie.

—Por favor, Su Fulgor, procurad que esté a salvo cuando todo esto termine.

—Pero… —Freya empezó a decir, pero Hester ya se había ido. Las puertas acribilladas a balazos se balanceaban y se cerraban detrás de ella. Freya se preguntaba si debería seguirla, ¿pero qué podría hacer ella contra Masgard? Regresó al salón de baile y vio un puñado de personas aún acurrucadas allí: los muy jóvenes y los muy viejos, los heridos y aquellos que estaban demasiado atemorizados para unirse a la lucha. Freya sabía cómo se sentían. Sacó sus manos y las cerró en forma de puño para dejar así de temblar y comenzó a esbozar su mejor sonrisa de margravina.

—No temáis. Los Dioses del Hielo están con nosotros.

* * *

Tom, dirigiéndose hacia el salón de baile, se encontró con Scabious y con su gente que salía en tropel hacia él, un hueco sonido de miembros corriendo, un reflejo ligero sobre el metal, un oleaje de rostros mostrando toda su crudeza a la luz de las lámparas. Llenaron el pasillo como el mar llena un barco que se está hundiendo. Tom temió que le confundieran con el cazador, pero Scabious lo vio y gritó su nombre, y la marea lo incorporó al grupo y se lo llevó consigo, transformando aquella oleada en sonrientes rostros ahora recordados: Aakiuq, Probsthain, Smew. La gente se le acercaba para darle palmadas en los hombros, palmearle el pecho.

—¡Tom! —gritaba Smew tirando de su cintura—. ¡Cuánto me alegro de verte de vuelta!

—¡Hester! —chillaba Tom, luchando en medio de la marea de gente mientras la multitud le sacaba fuera del palacio—. ¿Dónde está Hester?

—¡Ella nos salvó, Tom! —gritó Smew, corriendo por delante—. ¡Qué nervio! ¡Entró en el salón de baile y acabó con los cazadores, despiadada como un stalker! ¡Qué muchacha!

—¿Pero dónde…, señor Scabious?, ¿está ella con usted?

Sus palabras se perdieron en el ruido de pies y en medio de los gritos de «¡Rasmussen, Rasmussen!», mientras la multitud le adelantaba y salía al exterior, dirigiéndose a una escalera que iba hacia el distrito de máquinas. Oyó gritos y

disparos que retumbaban bajo el tejado inferior y se preguntó si debería ir a intentar ayudar, pero el pensamiento de Hester le retuvo. Gritando su nombre, corrió por la Boreal Arcade y salió a los remolinos de nieve del Rasmussen Prospekt. Dos líneas de huellas manchaban la nieve allí, y ambas se dirigían hacia el puerto aéreo. Al dudar y preguntarse si una de las líneas sería la de Hester, vio un rostro mirándolo desde la puerta de una tienda en el extremo opuesto de la calle.

—¿Profesor Pennyroyal?

Pennyroyal se lanzó hacia un lado como una flecha, dando tumbos en la nieve y desapareciendo en una estrecha calleja entre dos *boutiques*. Sus manos regaban monedas mientras se iba. Había estado llenando sus bolsillos con monedas sueltas de la máquina registradora de la tienda.

—¡Profesor! —le gritó Tom, envainando la espada y corriendo tras él—. ¡Que solo soy yo! ¿Dónde está Hester?

Los torpes rastros de los pies del explorador llevaban al borde de una plataforma de anclaje, donde una escalera descendía hasta la ciudad inferior. Tom se apresuró a tomarla, poniendo los pies en las grandes huellas plantígradas de las botas de lujo de Pennyroyal. Cerca del fondo, se detuvo de repente, con el corazón latiéndole a un ritmo endiablado, asustado por la visión de unas alas negras; pero no era un pájaro stalker: solo el letrero anunciador de una taberna llamada El Águila Planeadora. Siguió corriendo a un trotecillo corto, preguntándose si le duraría el temor a los pájaros el resto de su vida.

—¿Profesor Pennyroyal?

* * *

Masgard no se había quedado a esperar a la entrada del palacio, entre los cuerpos de los hombres que ella había matado a su paso. Quizá el grupo de Scabious lo ha capturado, pensó Hester. O tal vez él había oído los ruidos de lucha y adivinado en qué dirección soplaba el viento. Es posible que estuviera regresando al puerto a toda prisa con la esperanza de encontrar una nave que le pudiera llevar de regreso a Arkangel.

Hester se abrió camino hacia el exterior a través de la compuerta de la calefacción. La máscara contra el frío le recortaba la visión periférica, así que se la quitó y se dirigió cuesta abajo hasta el Rasmussen Prospekt, con los copos de nieve acariciándole la cara como si fueran fríos dedos. Una larga línea de huellas se alejaba de ella y las pisadas se empezaban a llenar de nieve. Las siguió, midiendo los largos pasos. Por delante, se recortaba la silueta de un hombre contra el resplandor mortecino del puerto aéreo. Era Masgard. Ella aceleró el paso y a medida que él fue quedando más cerca, le oyó pronunciar los nombres de sus compañeros muertos:

—¿Garstang? ¿Gustavsson? ¿Spriie?

Ella podía notar cómo el pánico se iba elevando en su voz. Él no era más que un muchacho rico de ciudad al que le gustaba jugar a los piratas y nunca había esperado que nadie le hiciera frente jamás. Había venido en busca de una pelea y ahora que la pelea le había encontrado a él, no sabía qué hacer con ella.

—¡Masgard! —lo llamó Hester.

Él se giró en redondo, respirando excitado. Detrás de él, la Turbulencia de Aire Limpio había ardido por completo y se había quedado convertida en una cesta de metal carbonizada. Las plataformas de amarre parecían empujarse unas a otras a la luz loca del parpadeante fuego.

Hester levantó su espada.

—¿Qué estás planeando, aviadora? —gritó Masgard—. Tú me vendiste esta ciudad y luego les ayudas a tratar de recuperarla. ¡No entiendo! ¿Cuál es tu plan?

—No hay ningún plan —dijo Hester—. Lo voy trazando a medida que avanzo.

Masgard sacó su espada y la movió de un lado a otro en dirección a Hester, practicando vistosos movimientos de esgrima mientras avanzaba hacia ella. Cuando estuvo a tan solo unos metros de distancia, Hester arremetió a fondo y le pinchó con su hoja en el hombro. No pensó que le había causado mucho daño, pero Masgard dejó caer su espada y se puso las manos en la herida y se resbaló en la nieve y cayó al suelo.

—¡Por favor! —gritó—. ¡Ten piedad! —Buscó bajo sus pieles y sacó una bolsa repleta y regó la nieve entre ellos con grandes y brillantes monedas—. ¡El muchacho no está aquí, pero toma esto y déjame vivir!

Hester se acercó a donde él estaba caído y le clavó la espada con ambas manos, levantándola y bajándola una y otra vez hasta que cesaron sus gritos. Luego, arrojó de sí la espada y se quedó mirando cómo la sangre de Masgard iba tiñendo de rojo la nieve mientras penetraba en ella y los grandes copos blancos empezaban a enterrar el oro que él le había lanzado a sus pies. Le dolían los codos y tenía un extraño sentimiento como de decepción. Había esperado más de esta noche. Quería algo que no fuera este confuso sentimiento de vacío que se le había quedado. Había esperado morir. Parecía como si no estuviera bien que ella siguiese aún viva, sin ni tan siquiera una herida. Pensó en todos aquellos cazadores muertos. Otras personas habían muerto en la batalla también, sin duda alguna, todos por lo que ella había hecho. ¿Y se iba a quedar totalmente sin castigo?

En algún lugar por entre los almacenes del nivel inferior, un único disparo de pistola desgarró el aire.

* * *

El rastro de huellas de pisadas le había llevado a Tom hasta calles bien conocidas, iluminadas por el resplandor de los incendios de arriba en el puerto. Empezaba a sentirse un tanto inquieto; dobló una última esquina y vio la Jenny Haniver, posada donde él la había dejado, a la sombra de los almacenes. Pennyroyal estaba manipulando algo a ciegas tratando de abrir la escotilla.

—¡Profesor! —le gritó Tom caminando hacia allí—. ¿Qué está usted haciendo?

Pennyroyal dirigió la vista hacia él.

—¡Maldición! —refunfuñó, cuando se dio cuenta de que había sido descubierto, y luego, con algo de su antigua bravuconería—: ¿Qué te parece que estoy haciendo, Tom? ¡Me estoy largando de este pueblo ahora que aún estoy a tiempo! Si te quedara algo de sentido común te vendrías conmigo. ¡Gran Poskitt, qué bien has escondido esta cosa! Me llevó siglos dar con ella…

—¡Pero ya no hay ninguna necesidad de marcharse! —le dijo Tom—. Podemos poner en marcha los motores de la ciudad y dejar atrás a Arkangel. De todas formas, ¡yo no voy a abandonar a Hester!

—Lo harías si supieras lo que ha hecho —dijo Pennyroyal en tono misterioso—. Esa chica no es trigo limpio, Tom. Está completamente loca. Trastornada, desquiciada, y es horrorosamente fea también…

—¡No te atrevas a hablar de ella de esa forma! —gritó Tom indignado, alargando los brazos para apartar al explorador de la escotilla.

Pennyroyal sacó una pistola de entre sus ropas y le disparó al pecho.

La fuerza de la bala le lanzó hacia atrás y lo derribó sobre un montón de nieve acumulada en un ventisquero. Trató de luchar, pero no pudo. Tenía un agujero cálido y húmedo en su abrigo.

—¡Eso no ha estado bien! —musitó, mientras sentía que la sangre le subía por la garganta y le llenaba la boca, caliente y salada. Se presentó un dolor, como los largos y grises rompientes de la Percha de los Bribones, constante y lento, cada ola disolviéndose en la siguiente.

Se produjo un crujido de pisadas en la nieve. Pennyroyal se agachaba sobre él, aún con la pistola en la mano. Tenía un aspecto casi tan sorprendido como el de Tom.

—¡Uy! —dijo—. Lo siento. Solo pretendía asustarte. Se me escapó. Nunca había manejado una de estas cosas antes. Se la quité a uno de esos chicos que tu chiflada chica remató.

—Ayuda —Tom se las arregló para susurrar.

Pennyroyal le abrió de golpe las ropas a Tom y miró para calibrar los daños.

—¡Vaya! —dijo, moviendo negativamente la cabeza. Rebuscó en los bolsillos interiores del abrigo de Tom y sacó las llaves de la Jenny.

Tom sintió que las planchas metálicas de debajo de su cuerpo empezaban a temblar a medida en que los motores de la ciudad volvían a la vida. Las sierras empezaban a berrear en la popa mientras los hombres de Scabious cortaban y separaban las ruinas de la rueda tractora.

—¡Escucha! —musitó, y se dio cuenta de que su voz sonaba como la de cualquier otra persona, débil y lejana—. ¡No cojas la Jenny! ¡No la necesitas! El señor Scabious va a conseguir que nos movamos de nuevo. Dejaremos atrás a Arkangel…

Pennyroyal se puso en pie.

—Realmente, qué romántico tan incurable eres, Tom. ¿Adónde te crees que te vas a escapar *tú*? No hay trocitos verdes en América, ¿recuerdas? La ciudad se dirige hacia una fría y lenta muerte sobre el hielo o hacia un rápido y caliente final en la entraña de Arkangel y sea el camino que sea el que vaya a seguir ¡trataré de no estar por aquí cuando eso suceda! —Lanzó las llaves al aire y las recogió de nuevo, marchándose—. Hay que irse a toda prisa. Lo siento de nuevo. Hasta luego, ¡*ciao*!

Tom intentó comenzar a arrastrarse por la nieve, decidido a encontrar a Hester, pero tras unos pocos metros, se le había olvidado lo que trataba de decirle si la encontraba. Se quedó tumbado sobre la nieve y después de un rato le llegó al oído el ronroneo de unos motores subiendo y bajando mientras Pennyroyal elevaba la Jenny Haniver del laberinto de almacenes y la ponía rumbo a la oscuridad. No parecía que importase ya nada más. Incluso el morir parecía no tener importancia, aunque resultaba raro pensar que él se habría podido librar de los espíritus del zorro y escapado de los stalkers y sobrevivido a extrañas aventuras bajo el mar solo para terminar muriendo así.

La nieve seguía cayendo, pero ya no estaba fría, solo suave y acogedora, cubriendo con su silencio la ciudad, envolviendo el mundo entero en un sueño de paz.

33

Hielo fino

Muy poco después del amanecer, un grito de alegría corrió por el distrito de máquinas cuando la rémora de la rueda de tracción de popa fue por fin cortada y separada y la ciudad empezó a moverse de nuevo, tomando ahora el rumbo sur-suroeste. A pesar de haberse librado de la rueda y con tan solo las cadenas de oruga para arrastrarla, Anchorage únicamente podía asegurarse un movimiento de arrastre desesperantemente lento, que resultaba en unos escasos quince kilómetros por hora. Ya, en los intervalos de los chaparrones de nieve, se podía ver a Arkangel acercarse por el este como una montaña contaminada.

Freya se encontraba junto al señor Scabious en la galería de popa. El jefe de máquinas tenía un esparadrapo rosa en la frente, donde la bala de un cazador le había rozado, pero él había sido la única víctima de la batalla entablada para retomar el distrito de máquinas: los cazadores habían visto rápidamente que los otros les sobrepasaban en número y escaparon por el hielo a esperar el rescate de los suburbios exploradores de Arkangel.

—Solo nos queda una esperanza —susurraba Scabious, y él y Freya miraban el resplandor bajo del sol en los cristales de las ventanas de la ciudad depredadora.

—Si corremos y nos alejamos lo suficiente hacia el sur, el hielo se irá haciendo más fino y puede que tengan que interrumpir la persecución.

—Pero si el hielo se hace más delgado, ¿no nos precipitaremos nosotros por él también?

Scabious asintió.

—Siempre existe ese peligro. Y si queremos mantenernos por delante, no podemos permitirnos el lujo de preocuparnos por equipos de reconocimiento ni por partidas de exploración: tendremos que seguir avanzando tan rápido como podamos y esperar lo mejor. América o nada, ¿verdad?

—Sí —dijo Freya. Y luego, dándose cuenta de que no había ninguna razón para seguir mintiendo ya más, añadió—: Señor Scabious; todo era una mentira. Pennyroyal nunca ha estado en América. Se inventó todo el asunto. Por eso disparó a Tom y se llevó la Jenny Haniver.

—¿Ah, sí? —dijo Scabious volviéndose para mirarla.

Freya esperaba algo más, pero no llegó.

—Bueno, ¿y eso es todo? —preguntó— ¿Solo «Ah, sí»? ¿No vas a decirme que he sido una pequeña tonta por creer a Pennyroyal?

Scabious sonrió.

—Si quieres que te diga la verdad, Freya, tuve mis dudas sobre ese tipo desde el principio. No me acababa de convencer.

—Entonces ¿por qué no dijiste nada?

—Porque es mejor viajar con esperanzas que llegar —respondió el jefe de máquinas—. Me gustó tu idea de cruzar el Alto Hielo. ¿Qué era esta ciudad antes de que emprendiéramos nuestro viaje hacia el oeste? Una ruina andante; los únicos que no la habían abandonado eran aquellos que estaban demasiado llenos de pena como para pensar en ir a cualquier otra parte. Éramos más parecidos a los fantasmas que a los seres humanos. Y ahora, míranos. Mírate tú. El viaje ha sacudido nuestra modorra y nos ha renovado y estamos otra vez vivos.

—Probablemente, no por mucho tiempo.

Scabious se encogió de hombros.

—Aun admitiendo eso, nunca se sabe, quizá encontremos una salida. Aunque solo sea mantenernos fuera del alcance de las fauces de ese gran monstruo.

Permanecieron en silencio, el uno junto al otro, estudiando los movimientos de la ciudad perseguidora. Parecía volverse más siniestra y más cercana cuanto más miraban.

—Debo confesar —dijo Scabious— que nunca me imaginé que Pcnnyroyal llegara tan lejos como para disparar a la gente. ¿Cómo está el pobre Tom?

* * *

Yacía sobre la cama como una estatua de mármol, con las persistentes cicatrices y arañazos consecuencia de su lucha con las aves stalker que se mantenían allí descarnados sobre su pálido rostro. Su mano, cuando Hester la tomó, estaba fría, y solo el pulso desmayado y débil y a la vez agitado le decía a ella que Tom aún estaba vivo.

—Lo siento, Hester. —Windolene Pye le hablaba en un susurro, como si cualquier otra cosa dicha en tono más alto pudiera llamar la atención de la Diosa de la Muerte en esta improvisada enfermería montada en el Palacio de Invierno. Todo el día y toda la noche la dama navegante había estado ocupándose de los heridos, y en especial de Tom, que era el que estaba más malherido. Tenía un aspecto avejentado y cansado y… de persona derrotada.

—He hecho todo lo que he podido, pero la bala está alojada junto a su corazón. No me atrevería a extraerla, no con la ciudad dando bandazos así.

Hester movió la cabeza de arriba a abajo, asintiendo y dirigiendo su mirada al hombro de Tom. No era capaz de mirarle a la cara y la señorita Pye había puesto un cobertor sobre el resto de su cuerpo en aras de la decencia, pero el brazo y el hombro más cercanos a Hester se mostraban desnudos. Era un hombro pálido y anguloso,

ligeramente pecoso, y a ella le pareció que era la cosa más bella que jamás había visto. Lo tocó y acarició su brazo, viendo cómo su suave vello se levantaba a medida que pasaban sus dedos, sintiendo los músculos y los tendones fuertes bajo su piel y el desmayado latir de su pulso en su muñeca azul.

Tom reaccionó ante su suave contacto, medio abriendo los ojos.

—¿Hester? —murmuró—. Se llevó la Jenny. Lo siento.

—No pasa nada, Tom, está bien. No me preocupa la nave, solo me preocupas tú —dijo Hester acercando la mano de él a su propio rostro.

Cuando vinieron a buscarla tras la batalla y le dijeron que a Tom le habían disparado y que estaba moribundo, pensó que allí tenía que haber algún error. Ahora entendía que no había habido tal error. Era su propio castigo —reconocía Hester— por haber entregado la ciudad de Freya a las fauces de Arkangel. Debía, por tanto, sentarse en esta habitación y acompañar a Tom en su agonía hasta la muerte. Era mucho, muchísimo peor, que lo que pudiera haber sido su propia muerte.

—Tom —le susurró.

—Está inconsciente de nuevo, pobrecillo mío —dijo una de las mujeres que habían estado ayudando a la señorita Pye. Ella misma se acercó a humedecer la frente de Tom con agua fría, y alguien acercó una silla para Hester.

—Quizá es mejor que esté inconsciente —oyó decir Hester a una de las enfermeras en voz baja.

Por fuera de los largos ventanales empezaba ya a oscurecer. Las luces de Arkangel se extendían en el horizonte.

* * *

La ciudad depredadora se hallaba más cerca cuando el sol volvió a salir en el horizonte. Cuando no nevaba, se podían distinguir perfectamente ciertos edificios aislados: fábricas y talleres de desmantelamiento principalmente; las interminables prisiones de los esclavos de la ciudad y un gran templo coronado por una esbelta torreta, consagrado al dios lobo que ocupaba la mayor parte del nivel superior. Mientras la sombra del depredador se movía torpemente por el hielo en persecución de Anchorage, una nave de reconocimiento descendió zumbando para ver qué habían conseguido Masgard y sus cazadores, pero tras sostenerse en el aire unos instantes sobre las ruinas quemadas de la Turbulencia de Aire Limpio, enseñó la cola y se volvió a toda velocidad a su aguilera. Ninguna otra nave se acercó a Anchorage ese día. El *direktor* de Arkangel estaba de duelo por su hijo y su consejo no vio ningún interés en gastar más naves para asegurar la presa que sería suya de todas formas para la caída del sol. La ciudad hacía ejercicios de flexión con sus mandíbulas, dándoles a los que observaban desde la popa de Anchorage una visión inolvidable de los vastos

hornos y de las máquinas desmanteladoras que les esperaban allí.

—¡Deberíamos entrar en la radio y contarles lo que les sucedió a sus cazadores! —Votó Smew, actuando como miembro de un improvisado Comité de Rumbo aquella tarde—. Les diremos que les va a suceder lo mismo si no se retiran.

Freya no contestó. Trataba de prestar atención a la discusión, pero su mente no dejaba de volver una y otra vez a la enfermería. Se preguntaba si Tom estaba aún vivo. Le habría gustado ir y sentarse a su lado, pero la señorita Pye le había dicho que Hester estaba siempre allí, y Freya aún le tenía un cierto miedo a la muchacha de las cicatrices, incluso más aún después de lo que les había hecho a los cazadores. ¿Por qué no había sido Hester la herida por la bala? ¿Por qué había tenido que sucederle aquello a Tom?

—Creo que eso podría poner las cosas aún peor, Smew —dijo Scabious, tras esperar un tiempo decente para que la margravina diese su opinión—. No queremos que se pongan aún más furiosos.

Un enorme estruendo, como el de un cañonazo cercano, hizo vibrar los cristales de las ventanas. Todo el mundo levantó la vista sorprendido.

—¡Están disparándonos! —gritó la señorita Pye buscando la mano de Scabious.

—¡No deberían hacerlo! —gritó Freya—. Ni siquiera Arkangel.

Las ventanas estaban empañadas de escarcha. Freya se puso las pieles y salió a toda prisa a la terraza, con los demás tras ella. Desde allí podían ver lo cerca que se encontraba el depredador. El siseo de sus patines mientras se lanzaba a través del hielo parecía llenar el cielo, haciendo que Freya se preguntase si esta era la primera vez que una ciudad había logrado romper el silencio de esta llanura sin cartografiar, de aquella enorme planicie que aún no estaba en los mapas. Entonces volvió a oírse de nuevo aquel gran estruendo y ella se dio cuenta de que no era fuego de fusilería, sino el sonido que todo aquel que viviera a bordo de una ciudad del hielo más temería sin lugar a dudas. El enorme chasquido del hielo del mar al romperse.

—¡Oh, dioses! —masculló Smew.

—Tiene que ser en la Timonera —dijo la señorita Pye.

—Va a tener que ver con mis motores —murmuró Scabious. Pero no quedaba tiempo, y ninguno de ellos se movió; ya no había nada que nadie pudiera hacer más que quedarse quietos y observar vigilantes.

—¡Oh, no! —Se oyó Freya decir a sí misma—. ¡Oh no, no, no!

Otro estruendo, más agudo esta vez, como de trueno cercano. Ella dirigió su mirada hacia la cara parecida a unos acantilados que presentaba Arkangel, tratando de ver si la ciudad depredadora había oído los ruidos también y aplicaba sus frenos de hielo. Si algo estaba claro era que deberían apostarlo todo en aquella última y loca carrera. Se agarró con fuerza a la barandilla de la terracita y rezó a los Dioses del Hielo. No estaba segura si de verdad aún creía en ellos, ¿pero quién más podía ayudarla ahora?

—Haznos rápidos, Señor y Señora —pidió—. ¡Pero no nos dejes que caigamos en

el interior del hielo!

El siguiente estruendo fue más potente aún y esta vez Freya sí que vio la grieta que se había abierto, una especie de oscura sonrisa burlona que se extendía a quinientos metros a estribor. Anchorage daba bandazos y sacudidas y cambiaba su dirección para escapar. Freya se imaginó al timonel tratando desesperadamente de seguir un rumbo a través de un hielo que constantemente se rompía en forma de sierra. Otro bandazo y una enorme cantidad de cristalería cayó y se hizo añicos en algún lugar del interior del palacio. Los estruendos y los chasquidos se producían cada vez con más frecuencia, más cercanos y por todas partes.

Arkangel, dándose cuenta de que no podía seguir este rumbo mucho más allá, se lanzó a un último estallido de motores para alcanzar la máxima velocidad. Sus mandíbulas se abrieron amplias, enormes y el sol destellaba en hileras de horribles dientes de acero. Freya vio trabajadores que corrían hacia las escaleras que llevaban abajo, hacia la entraña del depredador, y espectadores embutidos en pieles congregándose en las altas balconadas parecidas a la suya para contemplar la captura. Y entonces, antes de que las mandíbulas pudieran cerrarse sobre la cola de Anchorage, todo aquel enorme edificio pareció echarse a temblar y reducir a casi nada su velocidad. Un manto de vapor blanquecino se elevó por el aire, como una cortina de cuentas de cristal que alguien corriera entre las dos ciudades.

El vapor, la neblina chocó contra Anchorage como si fuera lluvia helada. Arkangel intentaba desesperadamente dar marcha atrás, pero el hielo a sus espaldas se estaba fragmentando y sus ruedas tractoras no podían agarrarse a nada. Lentamente, como una montaña que cae, se fue venciendo hacia delante, y sus mandíbulas y las partes delanteras de su plataforma inferior se inclinaron hacia un amplio zigzag de agua negra. Surgieron de pronto allí géiseres de vapor a medida en que el frío mar entraba a raudales e invadía sus hornos y dejaba salir un inmenso bramido, como el de una enorme criatura herida a la que su presa le ha hecho trampas.

Pero Anchorage tenía también problemas y nadie a bordo tuvo tiempo de celebrar la derrota del depredador. La ciudad se estaba inclinando ligeramente a babor, con las orugas de tracción chirriando mientras luchaban por agarrarse al hielo y con salpicaduras de hielo en polvo saltando por todas partes como en una enorme nube. Freya nunca había sentido movimientos como estos y no sabía lo que significaban, pero podía fácilmente adivinarlo. Se agarró a la mano de la señorita Pye y a la de Smew. La señorita Pye estaba ya pegada al señor Scabious, y se agacharon allí todos juntos, esperando que las negras y borboteantes aguas subieran arremolinadas escaleras arriba y se los tragaran.

Y esperaron. Y siguieron esperando. Lentamente, la luz se fue desvaneciendo, y ya la noche se les vino encima. La nieve acariciaba sus rostros.

—Mejor me voy a ver si puedo acercarme al distrito de máquinas —dijo Scabious ligeramente avergonzado, separándose del grupo y saliendo a toda prisa. Al cabo de

un rato Freya sintió que los motores habían parado. Los movimientos de la ciudad parecían haberse suavizado un poco, pero el suelo aún se veía ligeramente inclinado; estaba claro que no se encontraba totalmente horizontal, y aún seguía un movimiento suave y débil, un continuo y extraño vaivén en la estructura del palacio.

Smew y la señorita Pye se metieron dentro, resguardándose del frío, pero Freya siguió fuera, en la terraza. La noche y la nieve velaban el caos de Arkangel, pero aún pudo ver luces y oír el aullido de los motores mientras trataba de arrastrarse de nuevo hacia hielo firme. No era capaz de entender lo que le había ocurrido a Anchorage: aún quedaba aquel misterioso movimiento como de bamboleo e, incluso sin motores, la ciudad parecía que se movía en una marcha constante alejándose del depredador atrapado.

Una forma propia de alguien fornido y musculoso se deslizó apresurada por los jardines del palacio, y Freya se asomó sobre la barandilla del balcón y gritó:

—¿Señor Aakiuq?

Él levantó la vista para verla, con la capucha de piel de su parka formando una O blanca alrededor de su rostro moreno.

—¿Freya? ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué sucede?

Aakiuq hizo bocina con las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Vamos a la deriva! Debemos de haber alcanzado el borde del hielo y el trocito sobre el que nos encontrábamos se rompió y se fue a la deriva.

Freya dirigió su mirada hacia la oscuridad, más allá del extremo de la ciudad. No podía ver nada, pero, sin embargo, los extraños ascensos y descensos de las plataformas de amarre tenían cierto sentido ya. Anchorage se comportaba como una ciudad marina, es decir, navegaba, equilibrándose precariamente sobre su balsa de hielo como un bañista con sobrepeso saliendo del agua para incorporarse a una colchoneta inflable. ¡Qué suerte haber topado con aquella espesa planicie de hielo marino que se extendía en dirección al Continente Muerto!

—¡Pennyroyal! —gritó ella al cielo vacío—. ¡Los dioses te castigarán por habernos traído hasta esto!

* * *

Pero los dioses no castigaron al profesor Pennyroyal. Había utilizado parte de su oro robado para comprar combustible a una nave cisterna que se iba para alejarse lo más posible de Arkangel, y ya se encontraba muy lejos, enfilando la nave hacia el este siguiendo la amplia cicatriz que la ciudad depredadora había ido cortando a través de los campos de hielo. No era muy buen aviador, pero había tenido suerte y el

tiempo no había sido muy duro con él. Se encontró con una pequeña ciudad de hielo al este de Groenlandia, había repintado y rebautizado la Jenny Haniver y contratado a una linda aviadora llamada Kewpie Quinterval para que llevase la nave hacia el sur. Al cabo de unos días ya estaba de vuelta en Brighton haciendo disfrutar a sus amigos con relatos de sus aventuras en el helado norte.

Para entonces, incluso el *direktor* de Arkangel se había visto obligado a admitir que su ciudad no podría salvarse. Muchos de los ricos ya habían escapado, lanzándose hacia el este en un reguero de yates aéreos y naves de alquiler fletadas al efecto (las cinco viudas Blinkoe hicieron dinero suficiente vendiendo literas a bordo del Temporary Blip como para comprarse una encantadora villa en los niveles superiores de Jaegerstadt Ulm). Los esclavos que se habían hecho con el control de los niveles inferiores durante todo aquel caos se marchaban también, volando en cargueros robados o lanzándose al hielo en trineos de exploración secuestrados y en suburbios esclavos. Al final, se dio la orden general de evacuar, y para mediados del invierno la ciudad estuvo vacía, una carcasa oscura que se iba blanqueando lentamente y que perdía su forma bajo un cada vez más espeso manto de nieve.

En lo más profundo de aquel invierno, unos pocos y resistentes nievómadas procedentes de ciudades recuperadoras visitaron las ruinas de Arkangel, exprimiendo sus tanques de combustible hasta dejarlos secos y desembarcando cuadrillas de abordaje para recoger los objetos de valor que sus ciudadanos, al huir apresuradamente, pudieran haber dejado atrás. La primavera aún trajo más gente, y se produjeron vuelos de aeronaves basureras como aves carroñeras, pero para entonces el hielo de debajo de las ruinas se había ido haciendo más fino y débil. En medio del verano, iluminada por la misteriosa luz crepuscular del sol de medianoche, la ciudad depredadora se agitó de nuevo, temblando en medio de un enorme fragor de hielo que se hacía astillas, y emprendió su viaje final, hacia abajo y a través de los cambiantes niveles del mar hacia el frío y extraño mundo de las profundidades.

Aquel verano hubo noticias procedentes de Shan Guo sobre un golpe en el seno de la Liga antitracción: el Alto Consejo había sido derrocado y sustituido por un grupo denominado la Tormenta Verde, cuyas fuerzas estaban dirigidas por un stalker cuyo rostro se cubría con una máscara de bronce. Nadie en todo el Territorio de Caza prestó demasiada atención. ¿Qué les importaba que unos pocos antitraccionistas anduvieran a la gresca entre ellos mismos? A bordo de París, de Manchester, de Praga, al igual que en Traktiongrado, en Gorky y en Peripatetiápolis, la vida transcurría con toda normalidad. Todo el mundo hablaba de la caída de Arkangel y, sencillamente, *todo el mundo* estaba leyendo el nuevo libro de Nimrod B. Pennyroyal.

¡RECIÉN EDITADO POR FEWMET Y SPRAINT! El último superventas interpolitano del autor de AMÉRICA LA BELLA & LAS CIUDADES ZIGURAT DEL DIOS SERPIENTE:

EL ORO DEL DEPREDADOR

Del profesor Nimrod B. Pennyroyal.

¡LA IMPRESIONANTE, APASIONADA Y VERDADERA HISTORIA DE LAS AVENTURAS DE UN HOMBRE A BORDO DE ANCHORAGE, MANTENIDO CAUTIVO POR UNA BELLA PERO DESQUICIADA JOVEN MARGRAVINA OBSESIONADA CON LLEVAR A SU YA CONDENADA CIUDAD A TRAVÉS DEL ALTO HIELO HASTA AMÉRICA!

* * *

¡MARAVÍLLESE con las batallas del profesor Pennyroyal contra los piratas parásitos que viven bajo el hielo!

¡ALUCINE al conocer sus impresiones de los agrestes paisajes nevados del oeste de Groenlandia y las ciudades salvajes que cazan ahí!

¡LLORE con el trágico relato de una desfigurada y joven aviadora y cómo su amor sin esperanzas por el profesor Pennyroyal la condujo a traicionar a Anchorage y entregarla a la terrorífica ciudad depredadora de Arkangel!

¡ALÉGRESE con la espectacular victoria individual del profesor Pennyroyal sobre los cazadores!

Estremézcase ante las descripciones de los últimos días de Anchorage, la ciudad más bella de todas las ciudades del hielo, y de la arriesgada huida del profesor mientras se hundía en las heladas aguas del mar desconocido.

* * *

34

La tierra de las brumas

Pero Anchorage no se había hundido. Una vez que se hubo alejado de Arkangel gracias a las fuertes corrientes, flotó adentrándose en una niebla espesa, con el jirón de hielo como pedestal y a modo de almadía y chirriando a veces al rozar contra otros témpanos a la deriva. Cuando se hizo de nuevo de día, la mayor parte de la ciudad se recogía en las verjas del arco del nivel superior. Con los motores apagados, había muy poco trabajo que hacer y poco también de qué hablar, porque el futuro parecía tan sombrío y tan breve que nadie se preocupaba de mencionarlo. Se mantenían en pie y en silencio, escuchando el golpeteo de las olas contra el hielo y tratando de mirar entre los espacios vacíos que dejaba la cambiante niebla, hacia los retazos de aquella nueva y extraña vista: el mar.

—¿Tú crees que esto podría ser únicamente un enorme agujero en el hielo o, quizá, un estrecho tramo de agua abierta y libre que…? —preguntó Freya sin disimular el tono de esperanza que contenían sus palabras y avanzando hacia la más adelantada de las cubiertas de observación con su Comité Directivo, también llamado de Iniciativas. No se había sentido con la seguridad de saber lo que una margravina debería ponerse para «ir a una tumba acuática», así que se había puesto el viejo anorak bordado y las botas de piel de foca que solía usar para los viajes a bordo de la barcaza de su madre y un sombrero a juego con pompones. Ahora se arrepentía de ello, porque los pompones seguían bailando de una forma alegre muy poco apropiada dadas las circunstancias, haciéndola sentir que debía mostrarse optimista—. Es posible que tengamos que desviarnos y atravesar este estrecho para encontrar un buen hielo que nos asegure que podamos correr sobre él de nuevo, ¿verdad?

Windolene Pye, pálida y cansada de atender a los heridos, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Apostaría a que estas aguas no se hielan hasta lo más crudo del invierno. Creo que deberíamos seguir a la deriva hasta que podamos fondear en alguna orilla desolada o que el témpano de hielo se rompa y nos hundamos. ¡Pobre Tom! ¡Regresar recorriendo este enorme trayecto para salvarnos, y todo para nada!

El señor Scabious la rodeó con su brazo y ella apoyó agradecida la cabeza en su pecho. Freya miró hacia otro lado, un tanto azorada. Se preguntaba si debería decirles que había sido Hester en primer lugar la que había traído a Arkangel sobre ellos, pero de alguna manera no le parecía bien del todo, no le parecía que era jugar limpio con la pobre muchacha que aún montaba guardia a los pies del lecho mortuorio de Tom. De todas formas, Anchorage necesitaba una buena heroína en estos momentos.

Muchísimo mejor que toda la culpa de los cazadores recayera sobre aquel fraude de Pennyroyal. De todas formas, había que echarle la culpa de todo lo demás. Todavía estaba tratando de pensar en algo que decir cuando una especie de brillante espalda o lomo negro rompió la superficie, justo enfrente del extremo más adelantado del témpano. Surgió como una ballena en medio de una estela de agua blanca, dando salida al aire, que formaba así una silbante columna de humo, y todo el mundo creyó que se trataba de una ballena, hasta que empezaron a darse cuenta de que tenía piezas y remaches en el casco de metal; escotillas y ventanas y rotulación troquelada.

—¡Es uno de esos diablos parásitos! —gritó Smew saliendo a todo correr con su rifle de cazar lobos en la mano—. ¡Anda, vuelve a por más botín!

La bamboleante máquina extendía sus patas de araña para asirse a los bordes del témpano de hielo y salir del agua. Los trineos ya habían salido a toda velocidad a su encuentro, llenos a rebosar de hombres armados procedentes del distrito de máquinas. Smew levantó el rifle, apuntando con cuidado a medida que la escotilla se iba abriendo. Freya extendió la mano y le apartó el rifle.

—No, Smew. Solo es uno.

Aquello, con toda seguridad, no podía ser una amenaza: esta nave solitaria saliendo a la superficie de forma tan clara. Miró hacia abajo, a la rígida y delgada figura que subía arrastrándose por la escotilla del parásito y que inmediatamente fue apresado e inmovilizado por los hombres de Scabious. Freya podía oír voces cada vez más altas, pero no lo que decían. Con Smew, Scabious y la señorita Pye a su lado, se dirigió apresuradamente al inicio de las escaleras que llevaban abajo a los bordes de la ciudad, esperando nerviosa a que el cautivo fuera izado y llevado a su presencia. Cuanto más se acercaba, más grotesco parecía, con su deformado rostro teñido de púrpura y amarillo y verde. Sabía que los conductores de parásitos eran ladrones ¡pero nunca había pensado que fueran monstruos! Y allí estaba él, de pie frente a ella, y no era un monstruo, solo un muchacho de su propia edad al que le habían hecho cosas horribles. Le faltaban varios dientes y un terrible verdugón le rodeaba la garganta, pero sus ojos, mirándola parpadeantes desde detrás de una máscara de postillas y arañazos indefinidos, eran negros y brillantes y bastante bonitos. Se acercó un poco más y trató de que su voz sonara como la de una margravina.

—Bienvenido a Anchorage, forastero. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

Caul abría y cerraba la boca pero no podía pensar en qué decir. No se le ocurría nada. Todo el camino desde Grimsby había estado haciendo planes para cuando llegara este momento, pero se había pasado tanto tiempo de su vida intentando no ser visto por los secos, que no le parecía natural estar ahí de pie, al aire libre, con tantos de ellos mirándolo. Freya le sorprendía un poco, también. No era solo su corte de pelo, como el de un muchacho; parecía de mayor envergadura y más alta de lo que él recordaba, y su cara era rosada: no era ya la muchacha pálida y soñadora que él se había acostumbrado a ver tanto tiempo en las imágenes de las pantallas. Tras ella se encontraba Scabious, y Windolene Pye, y la mitad de la ciudad, todos observándolo

con atención. Comenzó a preguntarse si no habría resultado más fácil morir en Grimsby después de todo.

—¡Habla, muchacho! —le ordenó el enano que estaba al lado de Freya, pinchándole a Caul la tripa con su rifle—. ¡Su Fulgor te ha hecho una pregunta!

—Llevaba esto encima, Freya —dijo uno de los captores de Caul, mostrando un tubo de latón abollado. La gente que se arremolinaba detrás de Freya dio unos pasos hacia atrás acompañados de un agitado respirar y de pequeñas toses nerviosas, pero Freya reconoció inmediatamente el objeto como un antiguo portadocumentos ya en desuso. Ella lo recogió de la mano del hombre y desenroscó la tapa del tubo y sacó un rollo de papeles. Miró a Caul de nuevo, sonriendo.

—¿Qué son estos papeles?

La brisa, que se había estado levantando imperceptiblemente desde que el Gusano de Hélice había salido a la superficie, hizo vibrar los papeles, moviendo con ruido sus bordes crujientes y marrones por el tiempo y amenazó con arrancarlos de las manos de Freya. Caul alargó la mano y se apoderó de ellos.

—¡Cuidado! ¡Verdaderamente los necesitas!

—¿Por qué? —preguntó Freya mirándolo desde arriba. Había marcas rojas en las muñecas del muchacho, en el lugar donde las cuerdas se le habían incrustado en la carne, y marcas rojas en los papeles también: palabras escritas en un estilo pasado de moda con tinta ya amarronada por el tiempo, latitudes y longitudes. Y la delgada y sinuosa línea de una costa. Un sello en tinta hecho con un antiguo tampón de caucho avisaba: «No sacarlo de la Biblioteca de Reikiavik».

—Se trata del mapa de Snori Ulvaeusson —dijo Caul—. El Tío debió de robarlo de Reikiavik hace años y ha estado guardado en su sala de mapas desde entonces. Hay notas también. Te dice cómo llegar a América.

Freya sonrió ante su amabilidad y realizó un gesto de negación con la cabeza.

—Pero no tiene sentido. América está muerta.

En sus prisas por hacerla comprender, Caul la cogió de la mano.

—¡No! Me enteré durante mi viaje hacia aquí. Snori no era un fraude. Él encontró lugares verdes, eso es cierto. No grandes bosques como el profesor Pennyroyal se imaginó. Ni osos. Ni gente. Pero sí lugares donde hay hierba y árboles y… —Él nunca había visto la hierba y menos un árbol: su imaginación continuó fallándole—. No lo sé. Habrá animales y pájaros, peces en el agua. Teníais que haceros estáticos y podríais vivir allí.

—Pero nunca podremos alcanzarla —dijo Freya—. Incluso aunque sea real, nunca llegaremos allí. Vamos a la deriva.

—No —dijo el señor Scabious, que había estado echando un vistazo al mapa sobre el hombro de Freya—. No, Freya, ¡podemos hacerlo! Si podemos estabilizar este témpano sobre el que descansamos y aparejar unas hélices propulsoras…

—No está lejos —dijo la señorita Pye acercándose al otro hombro de Freya y apoyando su dedo en el mapa, donde el extremo de una larga y curva ensenada estaba

etiquetado como Vineland. Una salpicadura de islas aparecía allí, tan pequeñas que podían haber sido solo manchitas de tinta, a no ser porque Snori Ulvaeusson había señalado cada una de ellas con un dibujo infantil representando un árbol—. Quizá mil kilómetros. ¡Nada en absoluto comparado con la distancia que ya hemos recorrido!

—¿Pero en qué estamos pensando? —Scabious se volvió hacia Caul, y Caul dio unos pasos atrás arrastrando los pies, recordando cómo había vuelto medio loco a aquel pobre anciano con sus fantasmales apariciones en el distrito de máquinas. Parecía que Scabious empezaba a recordarlo también, porque su mirada se volvió fría y distante, y durante unos momentos los únicos sonidos que se pudieron oír fueron la dispersa y nerviosa agitación de la gente y el susurro de las hojas de papel agitadas por el viento en las manos de Freya—. ¿Tienes un nombre, muchacho? —le preguntó.

—Caul, señor —dijo Caul. Scabious alargó la mano y sonrió.

—Bueno, parece que tienes frío, Caul, y hambre. No te vamos a tener más tiempo de pie aquí fuera. Podemos discutir todo esto en el palacio.

Freya recordó sus modales.

—¡Naturalmente! —dijo, a medida que la multitud a su alrededor comenzaba a disgregarse hablando animadamente del mapa.

—Debéis venir al Palacio de Invierno, señor Caul. Le pediré a Smew que haga chocolate caliente. ¿Dónde está Smew? Oh, qué más da; lo puedo hacer yo misma.

Y de esa forma, la margravina encabezó la comitiva a lo largo del Rasmussen Prospekt, con Scabious y la señorita Pye muy cerca detrás de ella. Caul caminaba nervioso entre ellos y otros se daban prisa por incorporarse a la extraña procesión ya que se había corrido la voz de que el muchacho del mar había traído nuevas esperanzas: los Aakiuq y los Umiak y el señor Quaanik y Smew caminaban hacia delante, y Freya agitaba el mapa de Snori Ulvaeusson en su viejo contenedor riendo y bromeaba con todos ellos. No era un comportamiento muy propio de su dignidad, y ella sabía que su padre y su madre y su dama de etiqueta y sus camareras no lo habrían aprobado, pero no le importaba en absoluto: sus tiempos se habían acabado. Freya era la margravina ahora.

35

Un arca de hielo

—¡Qué cantidad de martillazos y cuántos golpeteos llenaron la límpida atmósfera de Anchorage durante los días siguientes! ¡Qué resplandor de lámparas de trabajo durante las largas noches y qué lluvia de chispas mientras Scabious supervisaba el corte de las improvisadas palas de hélices procedentes de plataformas sueltas, y dirigía la construcción de balancines a partir de las viejas orugas de proa! ¡Qué tableteos y gruñidos de los motores al ser probados y colocados en su sitio los árboles de levas y las correas de transmisión! Caul utilizaba el Gusano de Hélice para perforar el témpano de hielo y las nuevas hélices fueron bajadas cuidadosamente al agua por debajo de la ciudad, mientras Scabious experimentaba con un timón improvisado. Nada de aquello funcionaba perfectamente bien, pero todo funcionaba lo suficientemente bien. Una semana después de la llegada de Caul, los motores arrancaron ya en serio y Freya sintió que su ciudad se conmovía y se agitaba a sus pies y comenzaba a impulsarse lenta, lentamente por el mar, con el agua chapoteando por los bordes de su arca de hielo.

Y, lentamente, los días se fueron haciendo más largos y los icebergs menores, y hubo ya un cierto calorcillo en los rayos del sol que taladraban la niebla porque Anchorage se dirigía ya hacia latitudes donde todavía estaban a finales del otoño.

* * *

Hester no tomó parte en las fiestas ni en las reuniones de planificación y demás ajetreos que ocuparon al resto de la ciudad en aquellas últimas semanas del viaje. Ni siquiera asistió a la boda de Soren Scabious y Windolene Pye. Pasó la mayor parte del tiempo en el Palacio de Invierno con Tom, y luego, cuando miraba atrás hacia aquellos días, no eran los hitos alcanzados los que ella recordaba —las islas muertas y las espesas capas de trozos de hielo flotante que Anchorage tenía que evitar y pasar casi rozando, las montañas sin vida de América mostrando sus jorobas en el horizonte —, sino las pequeñas señales que daba el lento avance de la recuperación de Tom.

Había pasado el día en que la señorita Pye reunió todo su valor y todo el conocimiento que pudo encontrar en sus libros de medicina para abrirle el pecho a Tom y llegar con unas largas pinzas por entre los oscuros y húmedos pulsos de su cuerpo hasta… bueno, Hester se había desmayado en este punto, pero cuando volvió

en sí, la señorita Pye le entregaba una bala de pistola, un trozo de metal chato y abollado que parecía como si nunca hubiera hecho daño a nadie.

Luego llegó el día en que él había abierto los ojos por primera vez y habló: unas febriles frases sin sentido alguno sobre Londres, Pennyroyal y Freya, pero aquello era mejor que nada y ella tomó su mano y le besó en la frente y lo fue calmando hasta que cayó en un sueño agitado lleno de quejidos.

Ahora que ya no se podía pensar en que Tom fuera a morir, Freya a menudo solía venir a visitarle, e incluso Hester le permitió que hiciera algún turno sentada junto a él a veces, porque ella, para entonces, empezaba ya a no encontrarse bien, como si el movimiento de la ciudad flotante no le sentara bien. Las cosas resultaron incómodas al principio entre las dos muchachas, pero tras unas cuantas visitas, Hester se armó de valor y se lo preguntó:

—¿Se lo vas a decir a ellos?

—¿Decir qué a quién?

—¡Decirle a todo el mundo que fui yo la que os vendí a Arkangel!

Freya se había estado preguntando eso mismo y se quedó pensando un rato antes de responder.

—¿Y qué si lo hiciera?

Hester bajó la vista hacia el suelo, alisando la tupida y gruesa alfombra con sus desgastadas y viejas botas.

—Si lo hicieras, yo no podría quedarme; tendría que irme a cualquier otra parte, y tú tendrías a Tom.

Freya sonrió. Siempre le atraería Tom. Pero su amor por él, su enamoramiento, se había desvanecido en algún lugar del hielo de Groenlandia.

—Yo soy la margravina de Anchorage —dijo—. Cuando yo me case, será por buenas razones políticas, con alguien de la ciudad inferior, quizá, o… —Dudó, sonrojándose un poco ante el pensamiento de Caul, tan dulce y extraño—. De todas formas —siguió diciendo apresurada—, quiero que te quedes. Anchorage necesita a alguien como tú a bordo.

Hester asintió. Podía imaginarse a su padre en una cámara del Alto Londres hacía años teniendo una conversación semejante con Magnus Crome.

—Así que cuando haya algún problema, como si el Tío y los muchachos perdidos encuentran tu pequeña población o los piratas aéreos atacan o un traidor como Pennyroyal requiere que se le mate en silencio, ¿acudirás a mí para que te haga el trabajo sucio?

—Bueno, pareces muy buena en estos asuntos —le respondió Freya.

—¿Y qué si prefiero no aceptar lo que me propones?

—Entonces le contaré a todo el mundo lo de Arkangel —Freya respondió—. En caso contrario, será nuestro secreto.

—Eso es chantaje —dijo Hester.

—Oh, ¿tú crees? —Freya se mostraba un tanto complacida, como si sintiera que

al final le había cogido el tranquillo a gobernar una ciudad.

Hester se la quedó mirando con toda atención por unos instantes; luego sonrió con aquella retorcida sonrisa suya.

* * *

Y por fin, muy cerca ya del final del viaje, llegó una noche en la que fue despertada de su soñolienta semivigilia, en la silla junto al lecho de Tom, por una pequeña voz familiar que solo decía: «¿Het?».

Ella se sobresaltó y se inclinó sobre él, sonriendo ante su pálido y preocupado rostro.

—¡Tom, estás mejor!

—Pensé que me iba a morir —dijo él.

—Por poco lo haces.

—¿Y los cazadores?

—Se han ido. Y Arkangel quedó atascada en una trampa de hielo en algún lugar por detrás de nosotros. Después nos dirigimos hacia el sur, directos al corazón de la vieja América. Bueno, podría ser la antigua Canadá, técnicamente. Nadie está seguro de dónde solía estar la frontera.

Tom arrugó la frente.

—¿Entonces, el profesor Pennyroyal no mentía? ¿El Continente Muerto es realmente verde otra vez?

Hester se rascó la cabeza.

—Yo no sé nada de todo eso. Este viejo mapa resultó…, es complicado. Al principio yo no veía por qué teníamos que creer más a Snori Ulvaeusson que a Pennyroyal, pero en realidad sí que hay retazos de verde aquí. A veces, cuando se levanta la niebla, se pueden ver pequeños árboles retorcidos y cosas que se apegan a la vida en las laderas de las montañas. Supongo que eso es lo que dio alas a todos esos cuentos de aviador. Pero no se parece en nada a lo que prometió Pennyroyal. No hay Territorio de Caza, tan solo una o dos islas. Anchorage tendrá que convertirse en una población estática.

Tom parecía atemorizado, y Hester le frotó la mano y se maldijo a sí misma por asustarle: se había olvidado de cuánto las personas criadas en ciudades temían la vida al aire libre del campo.

—Yo nací en una isla, ¿recuerdas? Era estupendo. Tendremos una buena vida aquí.

Tom asentía y sonreía, mirándola sin parar. Ella tenía buen aspecto: un tanto pálida y aún nadie podría decir que era la idea de un ser bello, sino muy sorprendente con nuevas ropas negras que ella le dijo que había cogido en la Boreal Arcade para

sustituir a sus desechos de la prisión. Se había lavado la cabeza y se había recogido el cabello con una cosa plateada y por primera vez, que él recordara, no había tratado de esconder su rostro mientras él la miraba. Él extendió la mano y le acarició la mejilla.

—¿Te encuentras bien? Pareces un poco pálida.

Hester se rio.

—Tú eres la única persona que se da cuenta del aspecto que tengo. Quiero decir, aparte de lo obvio. Solo es que me he estado sintiendo un poco mareada. —Mejor no decirle aún lo que Windolene había encontrado cuando Hester se fue donde ella quejándose de sufrir mareos. La impresión le podría poner enfermo de nuevo. Tom le tocó la boca.

—Ya sé que te sientes horrible. Todos esos hombres a los que tuviste que matar. Yo aún me siento culpable por haber matado a Shrike y a Pewsey y a Gench. Pero no fue culpa tuya. Tenías que hacerlo.

—Sí —murmuró ella, y sonrió ante el pensamiento de lo distintos que ambos eran, porque cuando ella pensaba en las muertes de Masgard y sus cazadores no sentía culpa alguna en absoluto, tan solo una cierta satisfacción y un alegre asombro de haber sido ella la que hubiera acabado con todo ello. Se acostó en la cama al lado de él y ella le envolvió con su brazo, pensando en todo lo que había sucedido desde que ambos llegaron por primera vez a Anchorage.

—Yo soy la hija de Valentine —dijo ella suavemente, cuando estuvo segura de que él ya dormía, y aquello parecía ser una buena cosa, mientras ella se encontraba allí, con Tom en sus brazos, y el hijo de Tom dentro de ella.

* * *

Freya se despertó y sus ojos descubrieron apenas una astilla de luz gris que se colaba entre las cortinas. Había voces en el exterior, abajo en la calle, fuera del palacio.

—¡Alto, tierra! ¡Tierra al fin!

No es que fueran noticias frescas, puesto que Anchorage había navegado pegada a tierra hacía ya días, avanzando con precaución por una larga y estrecha ensenada hacia el lugar que Snori Ulvaeusson había llamado Vineland. Pero el griterío continuaba. Freya saltó de la cama y se puso encima la bata, descorrió la cortina, abrió la enorme ventana, salió al frío del exterior a la balconada. Rompía la aurora, tan clara como el hielo. A cada lado de la ciudad, negras montañas se agazapaban sobre sus reflejos, con rayas de nieve en sus flancos, y entre los riscos y las pedregosas laderas se mostraban pequeños y famélicos pinos que se parecían a los primeros brotes de pelo sobre una cabeza afeitada. Y allí…

Freya se agarró a la barandilla de la balconada con las dos manos, agradecida al

mordisco del helado metal que demostraba que no estaba soñando. Por delante de ella, la silueta de una isla se iba haciendo más firme y real saliendo de la niebla que flotaba sobre las aguas tranquilas. Vio pinos en las cumbres y abedules que aún conservaban puñados de hojas del pasado verano como pálidas monedas de oro. Vio lomas verdes plagadas de brezo coloreadas de helechos secos. Vio un bordado de nieve sobre las oscuras tribunas compuestas de serbales, endrinos, robles; y más allá, a través del brillante estrecho, otra isla, y otra. Y comenzó a reírse y dejó a la ciudad temblando debajo de ella por última vez, mientras daba un bandazo y reducía la velocidad, llevándola a salvo hasta los secretos fondeaderos del oeste.

Philip Reeve (1966), Brighton, Reino Unido. Reeve empezó su carrera profesional como librero, además de director, escritor y productor de obras de teatro. Se pasó al mundo de la ilustración infantil y su trabajo ilustró más de cuarenta obras. Con *Máquinas mortales* (2001), comenzó su tetralogía *Predator Cities*, Máquinas mortales.